

MIKE LIGHTWOOD
AL OTRO
LADO



MIKE LIGHTWOOD
AL OTRO
LADO



*Para los que están
al otro lado.*

TRES SEMANAS ANTES

TODAVÍA ME COSTABA CREER lo que acababa de suceder. Observé su cuerpo desnudo sobre las sábanas, incapaz de dejar de sonreír. Se había quedado adormilado a causa del agotamiento. Estaba tan adorable que sentí un revoloteo nervioso en el corazón.

Presa de un impulso repentino, me acerqué a él y lo rodeé con los brazos. Luis abrió los ojos, frunció el ceño y se zafó.

–Quita, anda. No me agobies.

–¿Qué pasa?

–No estamos juntos –me recordó, y sus palabras fueron como una patada en el estómago. Se puso en pie y cogió su ropa interior del suelo–. No hace falta que nos quedemos abrazados después de follar.

Apreté la mandíbula, acusando el golpe.

–Ya sé que no estamos juntos. Pero tampoco tiene que ser la cosa tan fría, no sé.

Él se rio mientras se ponía la ropa interior.

–Venga ya, si sabes perfectamente para qué hemos quedado. Y recuerda... Ni una palabra de esto a nadie, ¿me oyes?

Se subió los pantalones y se agachó para buscar la camiseta.

–Espera –le pedí, levantándome de la cama yo también–. Me visto y te acompaño.

–No hace falta –dijo mientras acababa de vestirse–. Ya sé dónde está la puerta.

Sin decir más, se ató los cordones y se marchó. Y ahí me quedé yo, solo en la cama y con el corazón hecho pedazos.

The book cover features a dark, textured background resembling a chalkboard. Several white strings are stretched across the cover at various angles, intersecting. Small white rectangular paper clips are attached to these strings at various points. The title is written in a white, hand-drawn, chalk-like font in the upper center.

PRIMERA PARTE
EL PUEBLO Y LA MALDICIÓN

*Lo único que nos separa de la muerte
es el tiempo.*

ERNEST HEMINGWAY

CAPÍTULO 1

UN ROSTRO EN LA VENTANA

HABÍA TENIDO YA UNAS SEMANAS para hacerme a la idea, pero todavía no había asimilado lo que estaba pasando. Al fin había llegado ese viernes maldito que tanto había temido. Y ver el que sería mi nuevo hogar durante al menos un año tampoco ayudaba mucho, precisamente. Observé esa casa que parecía salida de una película de época y no pude evitar resoplar. Me quité los auriculares con los que llevaba todo el camino escuchando en bucle el último disco de Darío, mi cantante favorito.

–¿En serio? –pregunté con una mueca de desdén que no fui capaz de ocultar–. ¿No había una casa mejor?

–Nacho... –dijo mi madre, agobiada por toda aquella situación–. Ya lo hemos hablado mil veces. Es lo que hay.

Puse los ojos en blanco, pero me mordí la lengua para no contestar. Tenía razón: lo habíamos hablado. Y también habíamos discutido. Y habíamos gritado, nos habíamos peleado, habíamos llorado los tres hasta quedarnos sin voz. Una mañana, incluso me había ido dando un portazo para refugiarme en casa de mi amiga Leire y no había vuelto hasta por la noche. Sí, desde luego que lo habíamos hablado mil veces. Pero eso no significaba que hubiera dejado de ser una mierda.

Eché un vistazo a la casa, iluminada por un sol que me resultaba extrañamente poco caluroso para ser julio, aunque estábamos en el norte del país. Tal como me habían contado, era evidente que se trataba de una antigua granja reformada. Pero tal vez la palabra «reformada» se le quedara un poco grande, porque desde luego no se parecía en nada a lo que me imaginaba. Si era verdad que la habían reformado algún día, sin duda eso tuvo que ocurrir como mínimo antes de mi nacimiento. El corazón me dio un vuelco al darme cuenta de que aquello era real; de que aquella casa de mala muerte iba a ser mi nuevo hogar. Cerré los ojos y respiré hondo, tratando de recordarme una vez más que tan solo sería algo temporal.

Un año. Después, o bien volveríamos los tres a casa, o bien yo me iría a la universidad. Pero, si todo salía según lo previsto, tan solo estaríamos allí durante un año; al menos, ese era el tiempo que aparecía estipulado en el contrato de mi madre. Era médica de cabecera, y llevaba ya unos meses en la bolsa de empleo debido a los recortes hasta que la destinaron a aquel pueblo. Por su parte, mi padre era periodista y trabajaba desde casa. Yo había gritado, llorado y hasta les había insultado por no poder quedarme con él en mi casa de siempre, pero ellos habían sido tajantes. No podían pagar a la vez la hipoteca de nuestra casa y el alquiler de este sitio, así que

habían puesto la casa en alquiler mientras estuviéramos fuera. Al menos, todas las cosas que no me había podido traer estaban a salvo en un trastero, pero se me revolvía el estómago al pensar que pronto habría alguien durmiendo en la que había sido mi habitación durante diecisiete años.

Unas lágrimas traicioneras ardían en mis ojos. De verdad me iba a pasar al menos un año allí, muerto del asco, a casi quinientos kilómetros de casa. A quinientos kilómetros de la única vida que había conocido durante mis casi diecisiete años de existencia. A quinientos kilómetros de todos mis amigos. A quinientos kilómetros de... de él.

Todavía no podía creer que de verdad fuera a pasar un año sin verle.

Solté un suspiro. En realidad, Luis y yo no éramos nada serio; él mismo se había encargado de dejármelo claro. Me gustaba, sí. ¿Estaba enamorado? No lo sabía, la verdad. Pero sí que llevaba por lo menos un año colado por él. Y, bueno, puede que pasara algo entre nosotros en la fiesta de fin de curso... Y también a la semana siguiente, cuando fuimos juntos al cine... Y esa otra noche que me quedé solo en casa, aunque la cosa no fuera tal como yo esperaba... Y, en fin, pasaron unas cuantas cosas entre nosotros durante esas últimas semanas de junio, hasta que llegó julio y se fue a la playa con sus padres. Para entonces, mis padres ya me habían soltado la bomba, así que sabía que aquello no tenía ninguna clase de futuro.

Solté un suspiro y cerré los ojos, tratando de evitar que se derramaran las lágrimas acumuladas. Lo echaba de menos, mucho más de lo que esperaba y, desde luego, mucho más de lo que habría podido admitir. Si yo siguiera en mi casa de siempre, nos veríamos en menos de una semana, cuando volviera de sus vacaciones. Al menos, eso era lo que quería pensar. Pero en realidad, y por mucho que me gustara, yo no era nada serio para Luis, y eso era lo único que importaba después de todo. Y, ahora que estaba a quinientos kilómetros de él, ya no tenía nada que hacer. Cuando volviera a casa, a mi verdadera casa, seguro que ya no recordaría ni mi nombre. Dolía demasiado pensarlo.

—¿Bajas o qué, campeón?

La voz de mi padre me sacó de mis pensamientos. Contuve las ganas de poner los ojos en blanco por segunda vez en menos de cinco minutos. Nunca he entendido eso de llamar «campeón» a los niños, sobre todo cuando dejan de ser unos críos y los siguen llamando del mismo modo. Vale, sí, puede que de pequeño me gustara que me llamara así. Supongo que me hacía ilusión, incluso. ¿Pero ahora? Hacía mucho tiempo que no me sentía precisamente como un campeón; más bien todo lo contrario. Y, para ser sincero, el mote me daba un poco de vergüenza ajena cuando lo utilizaba en público. Pero no podía decirle eso a mi padre porque heriría sus sentimientos, así que siempre que me lo decía, yo trataba de sonreír y aguantaba... en fin, como un campeón. O algo así.

Me bajé del coche sin contestar, observando a mi madre mientras abría la puerta de la casa con las llaves que les habían dado al firmar el contrato. Pude oír el chirrido desde el coche, y eso confirmó mis peores sospechas. No quería ni imaginar lo que me encontraría cuando entrara en esa casa que probablemente estaría cayéndose a trozos.

Y, desde luego, no me imaginaba lo que me encontré. Cuando me atreví a cruzar al fin el umbral, me di cuenta de que en realidad la casa estaba... ¿bien? Vale, sí, tenía ese airecillo rural

que cualquiera podría esperar de una antigua granja, pero por dentro tampoco se diferenciaba mucho de una casa corriente. Había luz eléctrica, las paredes blancas ni siquiera tenían gotelé, y unos cables cerca del techo delataban que había conexión a internet. Dudaba que hubiera fibra óptica en aquel pueblo en el culo del mundo, pero ya era mejor de lo que esperaba.

–Bueno –dijo mi madre con una enorme sonrisa, y me di cuenta de que me estaba mirando con expectación desde que había entrado en la casa–. ¿Qué te parece?

–Eh... Pues no está mal –respondí con sinceridad–. ¿Dónde está mi cuarto?

Su sonrisa se ensanchó, como si esa fuera exactamente la respuesta que esperaba.

–Tu habitación está arriba –contestó mientras señalaba las escaleras que había al fondo del recibidor–. ¿Quieres verla?

–¡Claro! –respondí, más entusiasmado de lo que esperaba. Eso la hizo sonreír todavía más, por imposible que pareciera.

–Yo voy desembalando, ¿vale, cielo? –se ofreció mi padre, que había entrado detrás de mí con una de las cajas que llevábamos en el remolque del coche.

Aunque habíamos contratado un camión de mudanzas para la mayoría de nuestras cosas, mis padres habían alquilado un remolque para trasladar nosotros mismos lo que íbamos a necesitar el primer día, hasta que llegara el camión. Yo tenía tres cajas, dos de ellas llenas de ropa, pero la más importante había viajado conmigo en la parte trasera del coche. No iba a permitir que mi preciada PlayStation 5 y mi portátil fueran en un remolque, ni mucho menos en un camión de mudanzas en manos de unos desconocidos.

Eché un vistazo hacia la puerta de entrada y me di cuenta de que el coche todavía estaba abierto.

–Mamá, espera –le dije cuando ella hizo ademán de salir por una de las puertas del recibidor–. Voy a por mi caja.

Volví hasta el coche y saqué la caja con cuidado para llevarla hasta la casa. Una vez dentro, seguí a mi madre por la puerta de antes y abrí mucho los ojos al ver el salón. Una parte de mi mente registró vagamente la presencia de una mesa de comedor, varias sillas y un sofá, todos de colores beis a juego, pero mi atención se centró en el televisor que había en una esquina. Debía de medir al menos cincuenta pulgadas; era más grande que el de casa. Dejé mi caja en el suelo, junto a él: parecía que la PlayStation había encontrado su nuevo hogar.

–¿Qué te parece? –dijo mi madre detrás de mí.

–Es una pasada –respondí con sinceridad, solo para darme cuenta un segundo más tarde de que no se refería a la tele, sino al salón en sí. Me apresuré a darme la vuelta y miré a mi alrededor–. Está... muy bien. Más que el que tenemos en casa.

–Sí, ¿verdad? Pues ya verás cuando llegues a tu habitación...

Algo más animado, seguí a mi madre mientras subía las escaleras. El dormitorio de mis padres era enorme y tenía su propio cuarto de baño, lo que significaba que el que había en el pasillo sería solo para mí. Aunque tenía un pequeño lavadero anexo para hacer la colada, era agradable saber que, por lo demás, yo sería el único que lo utilizaría. No tenía mucha privacidad en mi antigua casa, y ni siquiera recordaba la última vez que me había podido dar un baño largo y

relajante sin que mis padres aporrearan la puerta a los cinco minutos porque tenían que entrar. Tomé nota mentalmente para hacerlo en cuanto terminara de vaciar mis cajas.

Cuando por fin llegamos a la que sería mi nueva habitación, me quedé boquiabierto. Era casi tan grande como la de mis padres, y mucho más espaciosa que la que tenía en casa. No había gran cosa, claro: una cama individual todavía sin sábanas, un escritorio de madera clara con su silla a juego, un armario y un par de estantes vacíos. Pero me había llevado varios libros y mis pósteres favoritos cuidadosamente enrollados, así que, con un poco de suerte, tal vez pronto acabara sintiendo esa habitación como mía. Las grandes ventanas dejaban entrar mucha luz, y eso me levantó el ánimo de algún modo.

–¿Qué te parece? –preguntó mi madre de nuevo, sonriendo desde la puerta.

Esta vez, le devolví la sonrisa sin esfuerzo.

–Me encanta.

Su sonrisa se ensanchó y, en ese momento, llegó mi padre cargado con dos cajas.

–¿Qué tal, campeón? ¿Te gusta tu cuarto?

–Sí, está muy bien. –Señalé las cajas con la cabeza–. ¿Son más?

Asintió mientras las dejaba en el suelo.

–¿Te parece si las vas deshaciendo ya? Dentro de media hora nos iremos a comer fuera. ¿Te parece?

–Está bien –respondí, mucho más animado que hacía un rato.

Se marcharon, dejándome allí solo con las cajas en aquella habitación desconocida. Pero, entonces, mi sonrisa flaqueó cuando me di cuenta de que, por mucho que tratara de convencerme, aquel no era mi cuarto. Mi verdadero cuarto, aquel en el que había crecido y en el que había pasado innumerables noches de cine y videojuegos con mis amigos, se encontraba a quinientos kilómetros de allí.

Mi habitación era mucho más que ropa y unos pósteres. Era donde muchas veces había llorado hasta quedarme dormido, donde me había refugiado en mis peores momentos. Era donde había aprendido a conocer mi propio cuerpo, donde había asimilado que me gustaban los chicos, y también era donde, hacía tan solo unas semanas, Luis y yo habíamos ido un paso más allá ese día que mis padres me habían dejado solo en casa, tan solo tres días antes de que él se fuera de vacaciones.

Con un suspiro, caminé hacia las cajas mientras trataba de contener las lágrimas y me di cuenta de que mi padre había dejado encima unas tijeras para que pudiera abrirlas. Necesitaba una distracción; no quería ponerme a llorar otra vez nada más llegar. Así pues, corté la cinta de embalar de una de ellas y saqué unos cuantos libros que había sobre la ropa. De pronto, mientras pasaba junto a la ventana para ir en dirección a los estantes, me pareció ver algo por el rabillo del ojo. Miré hacia el exterior y, entonces, lo vi.

Había alguien al otro lado, observándome desde la ventana de enfrente.

CAPÍTULO 2

UNA SOMBRA EN LA NOCHE

–NACHO, ¿ESTÁS BIEN? –preguntó mi madre, preocupada–. Casi no has tocado la comida.

Bajé la mirada hasta mi hamburguesa, a la que solo había dado unos bocados. El queso estaba fundido y caliente, tal como me gustaba, y las patatas caseras que todavía no había probado tenían una pinta estupenda. Pero, en ese momento, no me apetecía comer nada. No podía evitar recordar que lo primero que había comido con Luis había sido, precisamente, una hamburguesa. La que me estaba comiendo con mis padres era casera y deliciosa, mientras que la de Luis había sido la típica hamburguesa barata de una cadena de comida rápida. Y, sin embargo..., la echaba de menos. Porque, al menos, me la había podido comer con él.

–Sí, sí –respondí, tratando de recomponerme un poco para no preocuparlos. Me obligué a comer un par de patatas antes de contestar–. Es solo que... No sé, todo esto es muy nuevo. Echo de menos estar en casa.

En realidad, aquello era tan solo una parte de lo que me pasaba. La otra era, como no podía ser de otra forma, Luis. Le había mandado varios mensajes desde que había llegado, pero no me había respondido a ninguno. Incluso había tratado de llamarle por teléfono, sin éxito, aunque no sabía si era cosa de la cobertura o de que me estuviera colgando. Sentía una punzada de celos cada vez que pensaba que igual estaba en la playa con otro chico mientras yo me hallaba ahí solo, a medio país de distancia... Pero tenía que recordarme que, después de todo, no éramos nada. Ya me lo había dejado claro. Y, aun así, no podía dejar de echarle un vistazo al teléfono cada pocos minutos.

Por supuesto, también estaba lo de esa persona que había visto observándome desde la ventana de enfrente. Ni siquiera había tenido ocasión de verla bien: en cuanto me giré hacia ella, desapareció tras las cortinas. Decidí pedir a mis padres que me compraran unas cortinas cuando empezaran a decorar la casa: ya era bastante estar en una habitación extraña como para que, además, hubiera vecinos invadiendo mi privacidad.

–Es normal que te sientas así, campeón –me aseguró mi padre, siempre comprensivo–. Es un cambio muy grande, pero seguro que te adaptas.

–Si tú lo dices...

–Que sí, hombre. Ya lo verás.

Le agradecí el intento de animarme. Lo bueno de que mi padre fuera autónomo era que siempre estaba en casa, y eso nos había hecho forjar un vínculo especial. Era él quien me llevaba al colegio todos los días cuando era pequeño y después me recogía por la tarde, hasta que tuve

edad de ir y volver yo solo. Era él quien me cuidaba cuando me ponía enfermo, quien me llevaba al médico si no era algo que pudiera resolver mi madre.

Suspiré y le di un gran mordisco a mi hamburguesa. Tenía que admitir que estaba mucho mejor que la que me había comido con Luis... Pero la habría cambiado sin pensarlo con tal de estar con él.

En ese momento, apareció la camarera que nos había atendido. Era una chica joven, tal vez tres o cuatro años mayor que yo, con el pelo y los ojos claros.

–¿Está todo bien?

No me había fijado antes, pero entonces vi que no sonreía como solían hacer los camareros. Estaba casi seguro de que tenía una expresión seria desde que habíamos entrado.

–Todo bien, muchas gracias –respondió mi padre–. ¿Nos podrías traer otra botella de agua?

–Y una Coca-Cola –me apresuré a añadir.

–Por supuesto –contestó la chica con voz monótona.

Sí, sin duda había algo raro en ella. Sin embargo, al mirar a mi alrededor me di cuenta de que ella no era la única. Aquel era el único restaurante del pueblo, lo cual significaba que cualquiera que hubiera salido a comer fuera debía de estar ahí, pero nadie sonreía. Tampoco es que hubiera mucha gente; solo había otras tres mesas ocupadas. En una comía una pareja joven; supuse que rondarían los veinte años. Conversaban en voz baja, pero no había ni una muestra de cariño entre ellos. En ese momento, el chico me miró. Me apresuré a apartar la mirada, pero pude ver por el rabillo del ojo que fruncía ligeramente el ceño antes de mirar para otro lado él también.

En la segunda mesa había lo que parecía un matrimonio con dos hijos. Pero los dos niños, que no parecían superar los diez años, eran sorprendentemente tranquilos para la edad que tenían. No había gritos, no había alboroto. Simplemente estaban comiendo en silencio, perfectamente educados. Nunca había visto a niños de esa edad que se portaran tan bien.

Por último, en la tercera mesa había dos ancianos, un hombre y una mujer, junto a un hombre que debía de rondar los cincuenta años. La misma actitud que los demás: serios y extrañamente melancólicos, como si algo les rondara por la cabeza. Confuso, aparté la mirada y decidí concentrarme en mi hamburguesa, que estaba riquísima ahora que había recobrado un poco el apetito. Aunque no estuviera Luis.

Después de comer, volvimos a casa para continuar con las cajas. O, al menos, ese era el plan. En realidad, cuando llegué a mi habitación me di cuenta de que no me apetecía nada terminar de guardar mis cosas con el estómago lleno, y tampoco ayudaba el hecho de que nos hubiéramos levantado a las seis de la mañana para llegar antes de la hora de comer. Aunque había echado una cabezadita en el coche, no era lo mismo que una cama... Una cama como la que me aguardaba en mi nueva habitación, tan cómoda y blandita...

Miré la pantalla del móvil. Aún no eran ni las cuatro, así que todavía me quedaba tarde de sobra para terminar mi tarea. No iba a pasar nada por echarme un par de horas, ¿verdad? Si dormía un poco, me despertaría con mucha más energía para continuar después. El pensamiento me arrancó un bostezo, así que no me lo pensé más y me tumbé. Ya seguiría colocándolo todo más tarde.

Cuando desperté, me di cuenta de que ya había oscurecido. Parpadeé, algo desorientado, hasta que comprendí que ya no me encontraba en mi habitación de siempre. Al incorporarme, una sábana cayó sobre mi regazo, y entonces me di cuenta de que mis padres habían entrado a taparme al ver que me había quedado frito. Aunque era verano, las temperaturas habían sido suaves durante el día, y estaba empezando a refrescar ahora que ya había caído la noche.

Busqué a tientas el móvil encima de la mesita de noche y vi que ya eran casi las once. Genial... Había dormido cerca de siete horas. Eso significaba que no iba a pegar ojo en toda la noche, pero al menos podría terminar con mi habitación y conectar la PlayStation a la tele del salón para jugar un par de horas. Con suerte, tal vez encontraría la contraseña del Wi-Fi por algún sitio y podría entretenerme un rato con el portátil.

Al abrir las notificaciones, vi que tenía varios mensajes de mi madre en el grupo familiar:

Nos hemos ido ya a la cama, dormilón.

No queríamos despertarte.
sé que ha sido un día duro.

Si te levantas con hambre, te hemos dejado comida en el microondas.

Las tripas me gruñeron al leer la última parte. Aunque me hubiera acostado con el estómago lleno, siete horas de sueño eran más que suficientes para estar muerto de hambre otra vez. Era una constante en mi vida desde hacía dos o tres años: siempre tenía hambre, a todas horas y sin importar cuánto comiera, y eso volvía loca a mi madre. Mi padre se reía, claro; él siempre aprovechaba cualquier oportunidad para comer algo conmigo.

Me puse en pie y me acerqué a la ventana con pasos perezosos. Lo bueno de estar viviendo en el norte era que no pasaría demasiado calor mientras durara el verano, y esa noche corría una brisa de lo más agradable. Me asomé al exterior, pero lo único que podía ver era un cielo cubierto de estrellas sobre la oscuridad casi absoluta que cubría el pueblo. Apenas fui capaz de distinguir un par de ventanas iluminadas, y no pude evitar resoplar. ¿Realmente allí se acostaba todo el mundo antes de las doce? Parecía que me hubiera mudado directamente al siglo pasado.

Bajé las escaleras de madera tratando de no hacer ruido, aunque sin mucho éxito. Tragué saliva al llegar al piso inferior. Ya me había acostumbrado un poco a la penumbra, y por las

ventanas entraba suficiente luz como para delinear las sombras de los muebles, pero seguía estando solo y a oscuras en un lugar desconocido.

Caminé con cuidado hasta la cocina, arrepintiéndome de no haber cogido el móvil para iluminar mi camino. Todavía no conocía bien la distribución de la casa, y ni siquiera era capaz de encontrar los interruptores. Una vez en la cocina, palpé las paredes hasta que por fin pude encender la luz. Entrecerré los ojos, molesto por la repentina claridad, y abrí el microondas. Sonreí al ver la cena que habían dejado para mí: un buen trozo de tortilla de patatas, la especialidad de mi padre.

Contento por mi comida, programé un minuto en el microondas y fui hasta el fregadero para servirme un vaso de agua; estaba sediento después de haberme pasado toda la tarde dormido. Me lo bebí todo de un trago, y después me serví otro vaso y di un par de sorbos mientras miraba por la ventana. Al principio, tan solo veía la sombra de los árboles y los arbustos, con las hojas meciéndose suavemente en la brisa veraniega. Pero enseguida me di cuenta de que también había una sombra extraña, demasiado alta para ser un arbusto y demasiado baja para tratarse de un árbol más.

Entonces, la sombra se movió y casi se me cayó el vaso de las manos al darme cuenta de lo que estaba viendo en realidad: había alguien en la oscuridad, a solo unos metros de la casa. Y me estaba mirando fijamente.

Tragué saliva mientras mi corazón se aceleraba de golpe. Aquella persona me había visto, eso estaba claro. Pero no podía hacerme daño, ¿verdad? Yo estaba dentro de la casa, y él fuera. Aunque... ¿y si tenía una pistola o algo por el estilo? No, ¿quién iba por ahí con una pistola? Ni que fuéramos yanquis. Pero eso no significaba que no fuera alguien peligroso. ¿Tal vez debería gritar, salir corriendo de allí y avisar a mis padres de que había un extraño merodeando cerca de la casa? ¿O tan solo estaba exagerando por la tensión de encontrarme en un lugar desconocido?

Fui vagamente consciente del pitido del microondas, pero aquello ya no parecía importante. La figura, tal vez al darse cuenta de que la había descubierto, comenzó a caminar hacia mí mientras yo me quedaba paralizado. Se detuvo a apenas unos metros de distancia, lo justo para que no le alcanzara la luz de la cocina. Me miró fijamente y, a continuación, me hizo un gesto con la mano para que me acercara.

Titubeé un instante, sin saber muy bien qué hacer. Aquel pueblo parecía demasiado pequeño como para que hubiera gente peligrosa, ¿verdad? La figura volvió a hacerme ese gesto para que me acercara, y en ese momento tomé la decisión. Di media vuelta, salí de la cocina con la tortilla ya olvidada dentro del microondas y caminé hasta la puerta de entrada.

No sé muy bien por qué lo hice. Pero esa decisión me cambió la vida.

CAPÍTULO 3

EL VECINO DE ENFRENTÉ

VOLVÍ A ARREPENTIRME de no haber bajado con el móvil nada más salir por la puerta. La luz de la cocina se derramaba por la ventana que daba al exterior, iluminando apenas la silueta que me esperaba allí, pero todo lo demás estaba sumido en la más absoluta oscuridad. Ni siquiera sabía por qué había accedido a salir, pero ya estaba fuera.

–Hola –saludé con voz temblorosa, sin atreverme a acercarme más–. ¿Qué haces ahí?

Tardó un par de segundos en responder.

–Estaba paseando –dijo simplemente.

Parecía una voz de chico. Sonaba joven, y supuse que debía de tener más o menos mi edad.

–¿Siempre paseas pegado a las casas de la gente? –pregunté con recelo.

–No estaba paseando pegado a tu casa –señaló él–. Estaba a varios metros de distancia.

–Pero estabas mirando hacia mi casa.

Aun en la oscuridad, me di cuenta de que se encogía de hombros.

–Es que estaba la luz encendida –respondió, como si eso lo explicara todo.

–¿Y qué?

–Pues que ahí no suele estar la luz encendida.

–Ah, ya –contesté, comprendiéndolo de inmediato–. Nos acabamos de mudar... Ahora vivo aquí y tal.

–Sí, ya me he dado cuenta.

En un primer momento, sus palabras no me extrañaron. Después de todo, el coche con el remolque seguía a apenas unos metros de donde yo me encontraba, y seguro que el chico lo había visto mientras paseaba. Pero, entonces, comprendí algo más y abrí mucho los ojos mientras trataba de escudriñar su rostro en la penumbra.

–Espera... ¡Eras tú! –dije, tal vez un poco más alto de la cuenta–. El que me estaba mirando hoy por la ventana. Eras tú, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza antes de contestar.

–No te estaba espiando –me aseguró–. Es que me sorprendió ver a alguien en tu casa... Lleva muchos años vacía. Espero no haberte asustado.

Me dio la impresión de que había sonreído, pero no podía estar seguro del todo. Apenas era capaz de adivinar sus facciones.

–No, no, tranquilo –respondí, tratando de hacerme el valiente–. Es solo que estaba distraído y no esperaba ver a nadie. ¿Por qué no te acercas? Ni siquiera puedo verte la cara.

Podía haberme acercado yo a él, claro, pero por alguna razón me sentía más seguro si seguía en el umbral de mi casa. El chaval se acercó caminando a paso tranquilo, como evitando hacer movimientos bruscos que pudieran asustarme, y me pregunté si estaría oyendo los latidos de mi corazón que sentía atronando en mis oídos.

Se detuvo a apenas un metro de distancia, y la escasa luz que proporcionaban la luna y las estrellas me permitió ver su rostro al fin. Su pelo y sus ojos eran oscuros, o al menos lo parecían en la noche. Había algo en su mirada, una especie de tristeza, pero sus facciones eran suaves y agradables. Era guapo, aunque no pensaba decírselo a la cara.

–Me llamo Mario –se presentó mientras lo observaba–. ¿Tú cómo te llamas?

–Soy Nacho –dije simplemente.

Siempre me sentía un poco incómodo en estos momentos. Otros chicos de mi edad se daban la mano y cosas así al presentarse, pero a mí nunca me salía hacerlo de forma natural: siempre me quedaba plantado sin hacer nada, esperando a que el otro tomara la iniciativa, y eso fue lo que hice en ese momento. Por suerte, Mario no pareció darle importancia a mi titubeo y enseguida me tendió la mano. Me apresuré a tomársela, sintiéndome un poco idiota, y me di cuenta de que su piel suave estaba fresca, tal vez un par de grados por debajo de la mía. Debía de haberse pasado un buen rato paseando por ahí.

Entonces me miró a los ojos y sonrió, y me di cuenta de que todavía no le había soltado la mano. Enrojecí violentamente y se la solté, dando gracias por la oscuridad que no le permitiría ver el color de mis mejillas. Azorado, miré al suelo mientras deseaba que la tierra me tragara. ¿Por qué siempre tenía que quedar como un idiota con otros chicos? ¿Por qué nunca podía comportarme como una persona normal? Parecía que ni siquiera mudándome al otro lado del país iban a cambiar las cosas.

–¿Cuántos años tienes? –me preguntó tras unos instantes de silencio, como si no hubiera pasado nada.

Con algo de vergüenza, me animé a levantar la mirada antes de contestar.

–Dieciséis. Cumpló diecisiete a finales de agosto. –Hice una mueca involuntaria al darme cuenta de que probablemente pasaría mi cumpleaños solo–. ¿Y tú?

–Cumplí los diecisiete hace un par de meses –respondió con voz monótona, y algo en su tono me hizo sospechar que tal vez él también hubiera pasado su cumpleaños solo.

–¿Hay más gente de nuestra edad por aquí?

Mario negó tristemente con la cabeza, confirmando así mis peores sospechas. Iba a ser un año muy aburrido.

–Pues no, la verdad. –Eché un vistazo rápido tras su espalda antes de continuar–. Cada vez hay menos gente joven por aquí.

–¿Y vives ahí enfrente? –pregunté, aunque la respuesta era más que evidente. Después de todo, lo había visto mirándome por la ventana de arriba.

–Sí.

–Bueno... –dije, buscando alguna forma de animarlo–. Pues no sé cómo lo verás, pero me parece que estamos destinados a ser amigos.

Si antes había querido que me tragara la tierra, ahora deseaba que me cayera un meteorito directamente en la cabeza. ¿Destinados a ser amigos? Define *cringe*. Una parte de mí esperaba que Mario se riera de mis palabras, pero tan solo esbozó una sonrisa melancólica mientras me miraba a los ojos. A pesar de la oscuridad, me di cuenta de que había algo penetrante en ellos, algo que me quitó de golpe la vergüenza que había sentido al hablar.

–¿Tú crees? –preguntó, y esta vez me pareció percibir cierto matiz de esperanza en su voz. Supuse que era normal; no parecía tener muchos amigos.

–Pues claro –le aseguré. Le dirigí una sonrisa tímida, envalentonado por su mirada–. ¿Te gustan los videojuegos?

–Eh... No sé. Supongo... Hace muchísimo tiempo que no juego a uno.

–¿Por qué no te vienes mañana a jugar a la Play conmigo? –le propuse–. No tengo nada que hacer en todo el día, así que...

–Bueno, no sé si voy a poder mañana –respondió, incómodo de repente–. Pero, si no, otro día seguro que sí.

–Eh... Vale. –Me encogí de hombros–. Pues no sé, si te apetece que vayamos a dar una vuelta por el pueblo o algo... Me he pasado la tarde durmiendo, así que no tengo nada de sueño.

Mario miró a su alrededor con nerviosismo, como si estuviera esperando a que apareciera alguien de un momento a otro.

–Es que hoy no puedo. En realidad, tendría que irme ya.

Tragué saliva al oír sus palabras, un tanto cohibido. ¿Tal vez había ido demasiado rápido? Nunca se me había dado muy bien todo eso de hacer amigos, pero se suponía que había que ser simpático y esas cosas, ¿no? Y eso era lo que estaba intentando.

–Bueno, vale –respondí, incapaz de ocultar mi decepción–. Como quieras.

–Pero nos vemos un día de estos, ¿vale? –se apresuró a decir, como si hubiera captado mi tono–. Salgo a pasear casi todas las noches.

–Vale.

–Pero... No le digas a nadie que me has visto, ¿de acuerdo?

–Eh... Bueno. –Pestañee un par de veces, confuso–. ¿Y eso por qué?

Una vez más, lanzó una mirada nerviosa a su alrededor. Estaba claro que ahí pasaba algo, pero no sabía cómo preguntárselo sin parecer entrometido.

–Es que mis padres no saben que salgo por las noches. –Hizo una mueca–. Como se enteren de que me escapo por ahí, me matan.

Ahora todo tenía sentido. Estábamos muy cerca de su casa, así que era normal que estuviera nervioso si había salido a escondidas.

–Bueno, vale. Tranquilo, no se lo contaré a nadie.

–Gracias –respondió con una sonrisa. No se me escapó lo guapo que estaba cuando sonreía, y al instante me pregunté por qué tenía que fijarme en esas cosas.

–De nada. –Estaba a punto de dar media vuelta para meterme en casa, pero entonces recordé algo–. Oye, antes me dijiste que te había sorprendido ver a alguien en mi casa. ¿Cuánto tiempo llevaba vacía?

–Eh... Pues creo que habrán sido unos veinte años, más o menos.

–¿En serio? ¿Tanto tiempo? –me extrañé-. ¿Y eso por qué?

Titubeó unos instantes antes de hablar y se acercó un poco más a mí, como si fuera a revelarme un secreto.

–La gente del pueblo no quería alquilar esta casa. Hace tiempo la compró alguien de fuera y la reformó para tratar de alquilarla, pero se ve que le costó mucho. Hasta que llegasteis vosotros, claro.

Tragué saliva. Todo apuntaba a que había mal rollito con mi nuevo hogar, y eso no me gustaba ni un pelo.

–¿Por qué nadie quería esta casa?

–¿Estás seguro de que quieres saberlo?

–¡Claro! Si voy a vivir aquí, qué menos.

Soltó un suspiro al oír mis palabras. Una vez más, miró a su alrededor antes de continuar. Entendía su actitud, pero aquello estaba empezando a ponerme un poco nervioso a mí también.

–Bueno, está bien. A ver: en esa casa vivía un chaval, más o menos de nuestra edad. Y un día... –Tragó saliva antes de continuar-. En fin. Es una historia un poco larga para contártela ahora. La cosa es que murió.

–¿Qué dices? –pregunté, abriendo mucho los ojos-. ¿En la casa?

–No, no –se apresuró a responder-. Lejos de aquí, fue... en un accidente, digamos. Pero sus padres jamás lo superaron.

Por mi mente desfilaron toda clase de posibilidades macabras, cada una peor que la anterior.

–¿Qué... qué les ocurrió?

Se encogió de hombros.

–Había pasado más de un año desde la muerte de su hijo cuando, un día, desaparecieron de repente y nadie los volvió a ver. Después de eso, nadie quiso vivir aquí.

CAPÍTULO 4

CHIRRIDOS EN LA OSCURIDAD

NOS SEPARAMOS DE FORMA ABRUPTA. En cuanto Mario comenzó a hablar de ese chico muerto y de sus padres desaparecidos, todo aquello empezó a darme un mal rollo increíble. De repente me di cuenta de lo surrealista que era aquella situación. ¿Qué estaba haciendo a solas con un tío que no conocía de nada, hablando en mitad de la noche sobre muertes extrañas y desapariciones? Le di una excusa barata sobre lo cansado que estaba con todo aquello de la mudanza y volví a entrar en casa, dispuesto a acostarme y olvidarme de todo. Hasta que no entré no me di cuenta de que antes le había dicho que no tenía sueño.

Volví a calentar en el microondas la tortilla, que se había quedado fría. Me fui al salón para comérmela, lejos de la ventana de la cocina, y después conecté la PlayStation al flamante televisor para distraerme un rato. Pero enseguida me di cuenta de que no iba a ser capaz de concentrarme y, cuando los infectados me mataron por quinta vez en menos de diez minutos, apagué la consola y subí a mi habitación.

Como no podía ser de otra forma, en cuanto me metí en la cama y me puse cómodo para tratar de dormir un poco, me di cuenta de que no tenía nada de sueño. Mi mente no dejaba de volver a ese chico que había mencionado Mario, el que había muerto. ¿Sería aquella su habitación? Teniendo en cuenta la distribución de la casa, lo más probable era que sí. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo al darme cuenta de que tal vez estuviera acostado en la que un día fue su cama. Pero no podía ser, ¿verdad? Aquella cama no parecía tener más de veinte años ni de coña. Como mínimo, el colchón era nuevo, de eso estaba seguro.

Sin embargo, que aquella no fuera su cama no cambiaba el hecho de que esa tenía que ser su habitación. Recordé mi verdadera habitación, tan lejos de allí, que ahora debía de estar ocupada por un desconocido. Esa habitación en la que había crecido, jugado, reído y llorado; que me había visto convertirme en la persona que era. ¿Habría pasado lo mismo con la habitación donde estaba ahora, la del chico que había muerto? ¿Esas cuatro paredes lo habían visto crecer hasta que, un día, ya no volvió a dormir allí?

No sé cuánto tardé en quedarme dormido, pero mi mente no dejaba de darle vueltas al tema. No pasé buena noche; echaba de menos mi cama y, aunque me había llevado la almohada con la que dormía desde los doce años, me costó dormir. Me desperté varias veces, y en ocasiones me parecía que había una presencia extraña allí conmigo, tal vez la de ese chico que había vivido en la casa hacía tanto tiempo. En una de aquellas ocasiones me pareció ver unos ojos que me observaban desde la oscuridad, pero cuando encendí la linterna del móvil, comprobé que lo único

que había eran cajas a medio deshacer, montones de ropa y paredes desnudas.

Al llegar la mañana, me maldije a mí mismo por lo idiota que había sido. No tenía que haberme marchado tan pronto la noche anterior; tal como estaban las cosas, no me encontraba en posición de rechazar una posible amistad. Y, por qué no decirlo..., me habría gustado saber más sobre ese chico que había muerto. Seguro que, si hubiera descubierto más de su historia, no habría pasado tan mala noche; era la incertidumbre lo que me ponía nervioso.

No volví a ver a Mario durante todo el sábado, ni tampoco por la noche. Me asomé unas cuantas veces a la ventana, por si acaso lo veía allí enfrente, pero no hubo suerte.

A decir verdad, tampoco es que tuviera mucho tiempo de echarlo de menos. Por no echar de menos, apenas me acordé de Luis, que, por supuesto, seguía sin responderme. Me dolía cuando me acordaba de él, aunque no quisiera admitirlo; pero, por suerte, mantenerme ocupado me ayudaba. Me pasé la mayor parte del día ayudando a mis padres a poner la casa a punto, especialmente cuando llegó el camión de la mudanza, y los ratos de descanso me los pasé jugando a la PlayStation, viendo episodios de series en mi portátil y hablando por el móvil con Leire, mi mejor amiga. No me estaba aburriendo tanto como esperaba, pero calculaba que en un par de semanas, como mucho, iba a necesitar series nuevas.

El tercer día de mi nueva vida, un domingo, mis padres me mandaron a la panadería antes de la cena. No llevaba ni setenta y dos horas viviendo allí, pero ese tiempo me había bastado para conocer la mitad del pueblo. La panadería no se encontraba muy lejos de mi casa, como todo lo demás, de modo que apenas tardé cinco minutos en llegar.

Ese día no estaba el panadero al que ya había conocido al ir a comprar el pan el día anterior, sino una chica joven, tal vez un par de años mayor que yo. Me di cuenta de que se trataba de la persona más cercana a mi edad que había visto hasta el momento, a excepción de Mario.

–¡Hola! –me saludó, con una amplia sonrisa que me sorprendió. Era la primera persona que veía sonreír en el pueblo–. Tú eres Nacho, ¿verdad?

–Eh... Sí –respondí sin darle muchas vueltas. Me habían bastado esos tres días en el pueblo para darme cuenta de que allí todos sabían quién era..., aunque yo no los conociera a ellos–. ¿No está el panadero?

–Mi padre ha tenido que salir, así que me ha dejado a mí al cargo –me explicó sin dejar de sonreír–. ¿Qué necesitas?

–Pues... no lo sé, la verdad –admití–. Es que mis padres me han dicho que ya habían dejado el pedido encargado.

–Ah, ¡pues puede ser! Espera un momento... –Había unas cuantas bolsas ya preparadas detrás del mostrador, con unos trozos de papel grapados. La observé mientras leía las notas hasta que, al final, tomó una de las bolsas y me la entregó–. ¡Aquí tienes! Ya está todo pagado.

–Muchas gracias.

Estaba a punto de dar media vuelta para marcharme, pero ella parecía interesada en darme conversación.

–¿Cómo te vas adaptando a esto? –preguntó–. ¿Te gusta el pueblo?

Sabía que ser sincero no sería lo más educado, precisamente, así que opté por una mentirijilla piadosa.

–Sí, está muy bien. Mucha tranquilidad y tal.

Ella sonrió, esta vez de forma diferente, y me di cuenta de que me había calado al momento.

–Sé que es un coñazo. Créeme, me he criado aquí. Y me imagino que tiene que ser todavía más duro si no hay prácticamente nadie de tu edad... –Soltó un suspiro–. En fin, creo que te saco unos añitos, pero si alguna vez te apetece charlar, yo siempre estoy por aquí, ¿vale? –Asentí con la cabeza, azorado–. Si vienes y solo ves a mi padre, pregúntale por mí; yo suelo estar en la trastienda. Me llamo Claudia, por cierto.

–Yo soy Nacho.

–Sí, eso ya lo sabía –respondió entre risas–. Nos vemos por ahí, ¿vale?

–¡Claro!

Volví a mi nueva casa algo más animado. Puede que mi primer candidato a amigo del pueblo hubiera desaparecido de forma misteriosa, pero, al menos, parecía que ya tenía una nueva candidata, aunque fuera un poco mayor que yo. Y ¿quién sabe? Tal vez esa noche volviera a ver a Mario...

Durante esos tres días había aprendido varias cosas. La primera, y tal vez la más importante, era que Mario tenía razón en lo que me había contado: no había más gente de nuestra edad en el pueblo. Por encima, la más cercana que había visto hasta el momento era Claudia, que probablemente hubiera cumplido ya los diecinueve. Y por debajo, me había encontrado con tres o cuatro chavales que no debían de superar los quince años jugando al fútbol en la plaza, pero no me imaginaba acercándome a hablar con ellos. Además, y aunque jamás habría sido capaz de admitirlo en voz alta, había algo en los grupos de chicos que me ponía un poco nervioso, incluso aunque fueran menores que yo. Y el hecho de que tuvieran un balón no ayudaba demasiado.

La segunda cosa que había aprendido era que la cobertura allí era nefasta. Rara vez tenía más de una barra de señal cuando iba por la calle, y eso significaba que ni siquiera podía entretenerme hablando con mi amiga Leire o cazando algún Pokémon cuando salía a hacer recados. Claro que el lugar del pueblo más lejano de mi casa se encontraba a menos de diez minutos caminando, así que tampoco es que tuviera mucho tiempo para aburrirme.

La tercera cosa, y tal vez la más importante, era que la gente del pueblo se comportaba de forma... extraña. Un poco como Mario, que me había parecido bastante raro desde el primer momento. Lo que había visto en el restaurante aquel primer día había resultado ser la tónica habitual. A excepción de Claudia, que había sido de lo más maja, el resto de personas que había conocido resultaban peculiares. No eran desagradables, exactamente; tan solo parecían... No sé, reservadas, tal vez. O misteriosas. Como si ocultaran algún secreto. Algo importante. Y eso, en el fondo, me inquietaba y me impedía concentrarme en lo que hacía.

Y, cada vez que me acordaba de ello, recordaba lo que me había contado Mario acerca de ese chico que había muerto. Ese chaval que vivía en mi misma casa, y que muy posiblemente durmiera en la misma habitación que yo antes de morir. Se me ponían los pelos de punta cada

vez que pensaba en ello, así que trataba de evitarlo. Pero, a veces, por las noches me resultaba inevitable.

Aquella noche no era diferente. Estaba tirado en la cama con el portátil, pero la señal no era muy buena e iba bastante lento. Había descubierto que lo mejor que podía hacer era dejar el portátil o la tablet en el salón para descargar varios episodios y verlos después en mi habitación, pero ese día no había sido previsor y se me habían acabado antes de que me entrara el sueño.

Frustrado, bajé al piso inferior para dejar la tablet junto al router. A continuación, fui a la cocina a por un vaso de agua. Miré por la ventana, tal como había hecho aquella primera noche, y me pregunté si volvería a ver a Mario al otro lado. Me había dicho que solía salir a pasear por la noche, aunque la anterior no lo había visto. Había ido a dar una vuelta por los alrededores después de cenar, pero había regresado diez minutos más tarde sin habérmelo encontrado ni saber muy bien por dónde debía empezar a buscarlo.

Volví al salón, donde todavía no había terminado de descargarse ni la mitad del primer episodio. No tenía nada que hacer mientras esperaba, así que decidí subir otra vez para darme una ducha larga y relajante. Me sentía un poco inquieto después de haber estado pensando en la gente rarita del pueblo y en el chaval muerto, así que me vendría bien para desconectar un poco. No podía poner el disco de Darío a todo volumen, como me gustaba, porque era de noche y mis padres estaban durmiendo, pero el agua caliente cayendo sobre mi espalda tenía una magia que muy pocas cosas en el mundo lograban igualar.

No sé cuánto tiempo pasé bajo el chorro a presión, pero cuando me quise dar cuenta, ya se estaba acabando el agua caliente. Salí de la ducha, me envolví con la toalla y me senté en el retrete para secarme el pelo. Lo tenía un poco largo, pero no me había dado tiempo a cortármelo antes de mudarnos; tendría que buscar alguna peluquería por el pueblo.

De repente, oí un ruido extraño en el exterior.

Al principio, me pareció el sonido que hacían las tizas a veces al chirriar sobre la pizarra; pero allí no había tizas, ni mucho menos pizarras. Me pregunté si sería un pájaro, alguna clase de ave nocturna. Volví a oírlo, y esta vez me evocó otras cosas. No sonaba muy fuerte, pero resultaba desagradable, tal vez como unas uñas muy afiladas que estuvieran arañando algo. De repente, el sonido cesó.

Me acerqué poco a poco a la ventana, con la intención de averiguar de qué se trataba. Entonces, volví a oírlo y me quedé paralizado. Aquel chirrido sonaba justo al otro lado del cristal.

Como si las uñas afiladas de alguna criatura tenebrosa estuvieran arañándolo.

CAPÍTULO 5

MENSAJES DESDE EL OTRO LADO

CUANDO MIRÉ POR LA VENTANA, vi dos cosas.

La primera eran las cuerdas del tendedero, que se estaban moviendo solas y lograron helarme la sangre en las venas durante un breve instante.

La segunda fue lo único que evitó que me diera un infarto: en la ventana de enfrente se encontraba Mario, y era él quien movía las cuerdas.

Al principio no entendí lo que estaba haciendo. Fruncí el ceño, confuso, y bajé la mirada de nuevo. Fue entonces cuando vi el trozo de papel que avanzaba hacia mí sujeto con una pinza a una de las cuerdas, meciéndose con el movimiento mientras se acercaba. Sonreí mientras esperaba y, cuando pude alcanzarlo, lo quité de la cuerda y lo desdoblé para leer lo que decía:

Nacho, ¿estás por ahí?

Me eché a reír y volví a mirar al otro lado de la ventana. Le mostré el pulgar a Mario en señal afirmativa y él se encogió de hombros, con aspecto azorado. Por supuesto, cuando me había enviado el mensaje no podía saber con seguridad si me encontraba al otro lado o no, pero supuse que habría visto la luz encendida.

De pronto, una idea me cruzó la mente: ¿habría pasado desnudo frente a la ventana antes de meterme en la bañera? Enrojecí de golpe al darme cuenta de que probablemente fuera así. Pero, si ese era el caso, ¿me habría visto Mario? Supuse que no; no podía estar seguro, pero me pareció que yo también lo habría visto si se hubiera encontrado enfrente.

¿O tal vez me equivocaba?

Le hice un gesto con la mano para que esperara y corrí a mi habitación en busca de un bolígrafo. A continuación, garabateé una respuesta rápida en la parte de atrás de su mensaje.

Estoy. ¿Y si mejor nos damos el móvil?
Será mucho más fácil escribirnos por ahí.

Dejé la nota sujeta a la pinza y moví la cuerda al mismo tiempo que él para que le llegara lo antes posible. Vi cómo arrugaba la frente mientras leía mi mensaje y se apresuraba a responder. Apenas un minuto después, el trozo de papel ya estaba otra vez junto a mi ventana.

Es que no tengo móvil.
Por eso te escribo notas.

Pestañeé un par de veces mientras leía, sorprendido. ¿Cómo era posible que no tuviera móvil? Traté de buscarle una explicación, pero no lo conseguí. Sí, en aquel pueblo la cobertura era horrible, y tampoco es que hubiera mucha gente de nuestra edad con quien hablar, pero... ¿alguien de mi edad sin móvil? Aunque estábamos en el culo del mundo, tenía que ir al instituto en algún sitio, ¿no? Todavía no había querido pensar mucho en el tema, pero mis padres habían mencionado algo sobre un trayecto de casi media hora en coche para llevarme a clase cuando comenzara el curso. Supuse que con Mario ocurriría algo parecido; tal vez hasta fuéramos al mismo instituto cuando llegara septiembre. Y, si era así, de alguna forma tendría que estar en contacto con sus amigos, ¿verdad?

Me apresuré a responder.

¿Cómo es que no tienes móvil?
¿Seguro que eres de este siglo?

Pude ver cómo se reía al leer mi mensaje. Apenas unos segundos más tarde, la siguiente nota llegó a mi ventana.

Mis padres son muy estrictos.
¿Te importa si nos comunicamos por aquí?
Sé que para ti igual es un peñazo,
pero no tengo otra forma.

Fruncí el ceño, sin saber muy bien qué pensar. Tenía amigos con padres estrictos, pero no tanto como para no dejar que sus hijos tuvieran teléfono móvil a los diecisiete. Además, por lo que decía, no debía de tener ordenador siquiera, porque de lo contrario habríamos podido comunicarnos a través de alguna aplicación o incluso del correo electrónico. En fin. Supuse que tenía que resignarme.

El trocito de papel ya estaba lleno, así que tuve que ir a mi habitación para arrancar una hoja de un bloc de notas antes de continuar escribiendo.

No hay problema.
Esto también tiene su encanto, supongo.
¿Qué tal el día?

No me lo había planteado hasta que lo había escrito, pero me di cuenta de que era verdad: aquello tenía su encanto. Sí, habría sido más cómodo enviar y recibir los mensajes al momento en el móvil, pero había algo especial en eso de hacernos llegar las notas de un lado a otro de la

cuerda, en leer sus palabras escritas sobre el papel. Había una especie de permanencia en ellas que no existía en el móvil.

Mientras Mario leía la nueva nota y escribía su respuesta, yo observé el trozo de papel que me había enviado en primer lugar y volví a leer nuestros mensajes por ambas caras. Me planteé brevemente la posibilidad de tirarlo a la papelería que había en el cuarto de baño, pero, en lugar de eso, me lo guardé en el bolsillo. No sabía muy bien por qué, pero quería conservar esas notas.

Bueno, sin más.
No tengo mucho que hacer. ¿Y tú?

A esas alturas ya me había quedado claro que Mario no era un chico de muchas palabras o, al menos, esa era la impresión que me daba. Le di la vuelta al papel y comencé a escribir por el otro lado.

Bueno, un poco sin más también.
He conocido a la hija del panadero, Claudia,
supongo que ya la conoces. Parece maja.
Y luego, pues nada, he estado viendo
series y eso. Ahora me estaba dando una ducha
en lo que se descargan más episodios...
Es que no puedo dormir.
Con eso de estar en una cama diferente y tal,
supongo que me está costando
un poco más de la cuenta.

Me arrepentí de haber escrito tanto en cuanto Mario cogió la nota y la desplegó. Casi no le había dejado hueco para escribir, así que tal vez tirara el papel para escribir en otro nuevo y no podría quedarme con ese. O, peor todavía, ¿y si pensaba que era un pesado por escribir tanto y se arrepentía de haber empezado a escribirme? Me estaba gustando ese juego y no quería que se acabara.

Por suerte, Mario sonrió al leer mi mensaje y contestó en el mismo trozo de papel.

Yo tampoco puedo dormir.
¿Te apetece bajar a dar una vuelta?

En lugar de responderle por escrito, volví a mostrarle el pulgar: de ese modo, podría quedarme también con el segundo trozo de papel. Saqué la mano por la ventana, le mostré los cinco dedos y después señalé el suelo, para indicarle que estaría abajo en cinco minutos. Él pareció comprenderlo y asintió con la cabeza, sonriente.

Me acababa de duchar, así que solo tenía que terminar de secarme el pelo y vestirme. Por

alguna razón me sentía extrañamente nervioso, aunque supuse que tenía sentido: estaba tan cerrado al ambiente del instituto que llevaba ya años sin conocer a nadie. ¿Podía ser que realmente hubiera encontrado un amigo en el pueblo?

Cinco minutos más tarde, estaba fuera de casa. Mario me esperaba a un par de metros de la puerta.

–Ayer no te vi en todo el día... Pensaba que habías desaparecido –señalé a modo de saludo, y esboqué una sonrisa–. Hasta pensé que tan solo habías sido un fantasma.

Mario pareció alarmado de repente.

–Nacho... Será mejor que nadie del pueblo te oiga hablar de fantasmas, ¿vale? –Mi sonrisa flaqueó al oír sus palabras–. No es buena idea hablar de esas cosas por aquí –añadió.

–¿Por qué dices eso?

Tragó saliva antes de continuar y miró brevemente a nuestro alrededor, como para asegurarse de que no nos escuchara nadie.

–Digamos que a la gente del pueblo no le gustan mucho los fantasmas.

–Lo dices como si existieran –señalé entre risas.

–¿Qué te hace pensar que no existen? –replicó él, descolocándose un poco.

Pestañeeé un par de veces antes de contestar.

–¿Qué te hace pensar que sí existen?

Volvió a mirar a su alrededor con inquietud. Estaba tan mono que me costó resistir el impulso de acercarme para darle un abrazo. Un instante después, me reprendí a mí mismo mentalmente. ¿Por qué estaba pensando ahora esas cosas?

–Será mejor que no te lo cuente todavía. –Esbozó una sonrisa burlona–. Acabamos de conocernos... No quiero asustarte tan pronto.

–Ja, ja. Muy gracioso.

Echamos a caminar en silencio, el uno junto al otro. No había ni un alma por las calles, a excepción de nosotros. Pronto llegamos a un parque, aunque estaba bastante descuidado, y no creía que fueran a jugar allí muchos niños. Fuimos hasta los columpios y nos sentamos el uno junto al otro. Ni siquiera podíamos balancearnos a gusto: las cadenas estaban tan oxidadas que producían un molesto chirrido cada vez que intentábamos coger impulso. Solo entonces me di cuenta de que no habíamos dicho ni una palabra en todo el camino. Pero no había sido un silencio incómodo; más bien todo lo contrario.

–Oye, ¿tú sabes por qué nuestras casas comparten tendedero? –pregunté con curiosidad tras unos minutos más de silencio agradable.

–¿No te han contado que tu casa antes era una granja?

–Sí, me lo dijeron mis padres. Una granja reformada, ¿no? –Mario asintió con la cabeza–. ¿Qué tiene que ver eso con el tendedero?

–Antes, los terrenos de la granja eran mucho más grandes. Y tu casa también; hasta tenía un granero de madera que se quemó hace muchos años –me explicó–. Mi casa era parte de la misma finca, en su día: allí vivía uno de los hijos del matrimonio que construyó la granja. Por eso las dos casas están tan cerca. Cuando las reformaron para hacer dos viviendas independientes,

supongo que dejaron el tendedero por una cuestión de comodidad.

–Pues no vayas a robarme la ropa, ¿eh? –bromeé con una sonrisa–. Que hemos tenido que venir ligeritos de equipaje y no tengo mucha.

Él se rio de forma extraña, y enseguida me di cuenta de que parecía un tanto incómodo por mi broma. ¿A lo mejor su familia era humilde y no tenía mucha ropa? Quizá mis palabras sonaran como si lo estuviera acusando. ¿O pensaría que me estaba insinuando con eso de robarme la ropa? Enrojecí al darme cuenta de que quizá me hubiera malinterpretado. Y también me di cuenta de que, de pronto, la idea de que me robara ropa tenía cierto atractivo.

Lo miré de soslayo y vi que tenía la mirada perdida en la lejanía. Había algo melancólico en sus ojos, y no pude evitar recordar el momento en que se había puesto nervioso cuando habíamos hablado de fantasmas.

–Oye, Mario. Antes, cuando dije lo de los fantasmas...

Noté cómo se tensaba sobre el columpio.

–¿Sí?

–¿Por qué dijiste eso? ¿Lo de que sería mejor que no me oyeran hablar sobre ese tema?

–Bueno... Digamos que la gente de aquí es muy supersticiosa con esas cosas.

Genial; ahora me contestaba con evasivas.

–Pero eso no es todo –dije–, ¿verdad?

–No. La verdad es que no. –Permaneció en silencio unos instantes, pero sabía que no había terminado de hablar. Soltó un suspiro y añadió–: También está lo de la maldición.

–¿La maldición? –repetí con nerviosismo–. ¿Qué maldición?

–El pueblo está maldito –me explicó como si comentara el tiempo que hacía–. O, al menos, eso es lo que cree la gente. Intentan no hablar de ello, claro... Pero todos lo piensan, aunque no digan nada.

–¿Cómo que maldito? –En ese momento, algo pareció encajar dentro de mi cabeza–. Espera. ¿Por eso la gente de este pueblo es tan...? No te ofendas... Pero la gente de aquí es muy rara, como si ocultaran algo. ¿Es cosa de la maldición?

Yo mismo me daba cuenta de lo absurdas que habrían resultado mis palabras en cualquier otra situación. Pero, por alguna razón, todo parecía posible cuando hablaba con Mario.

Él asintió lentamente con la cabeza.

–Así es.

–¿Pero es cierto? –insistí–. ¿De verdad hay una maldición en el pueblo?

–Eso dicen. Se supone que hace muchos años ocurrió algo horrible aquí, aunque nadie habla de ello. Y, desde entonces, el pueblo entero está maldito.

–¿Qué...? –El nudo que tenía en la garganta me impedía hablar, así que tragué saliva antes de continuar–. ¿Qué fue lo que pasó?

Tardó tanto rato en contestar que, por un momento, pensé que se había quedado dormido. Cuando por fin habló, su voz sonaba extrañamente distante. Me dio la impresión de que una profunda tristeza teñía sus palabras.

–Nadie lo sabe o, al menos, los que lo saben no hablan de ello. Pero se supone que ocurrió

algo. Un... crimen. Algo lo bastante grave como para marcar el pueblo para siempre.

–¿Y en qué consiste la maldición? –pregunté con un hilo de voz.

–Es una deuda de sangre –me explicó–. Una deuda cósmica, por así decirlo. Sangre que hay que pagar. Los detalles no están muy claros... Pero, desde entonces, cada vez que llega el aniversario del crimen, muere alguien. Sin excepción. Y ya solo faltan unas semanas.

CAPÍTULO 6

MALDICIONES Y SUPERSTICIONES

POR LA MAÑANA, tratar de salir de la cama me costó tanto como me había costado quedarme dormido la noche anterior.

No dejaba de dar vueltas a la conversación que había mantenido con Mario. Repasé mentalmente todo aquello del crimen que había sucedido en el pueblo, la maldición y las muertes que tenían lugar cada año. Según me había dicho, habían sido tres personas las que habían cometido ese crimen, pero dos de ellas nunca llegaron a confesar antes de morir, aunque todos en el pueblo se imaginaban lo que había pasado.

Sin embargo, durante los tres años siguientes, el día exacto en que se había cometido el asesinato, los culpables fueron muriendo uno por uno. Las causas de la muerte fueron diversas: un accidente, una intoxicación y un infarto, a pesar de que la persona en cuestión no llegaba a los veinticinco años. El día previo al tercer aniversario, el último que quedaba con vida le confesó a su novia lo que habían hecho, creyendo que así se libraría de la maldición. Pero, esa misma noche, él también murió.

Y la cosa no terminó ahí. Al año siguiente murió el hijo de uno de ellos, de apenas un año de edad, el único descendiente de las personas que habían cometido el crimen. Un año más tarde, murió el hermano pequeño de otro. El sexto año, murió la hermana de otro de ellos. Siete años después del crimen ya no quedaban hermanos, y fue entonces cuando comenzaron a morir los padres. Y, después, sus tíos, sus abuelos, sus primos: cualquier persona que tuviera un lazo de sangre con los asesinos. Había aniversarios en los que no parecía morir nadie, pero varios días después siempre llegaba la noticia de que había muerto un familiar lejano de alguno de ellos. Otras veces, moría alguien que aparentemente no tenía nada que ver con los asesinos; pero, al investigar, siempre se descubría algún parentesco. Aquello llevaba ocurriendo más de veinte años, con sus consiguientes muertes inexplicables. En un pueblo tan pequeño como aquel, eso significaba que mucha gente corría peligro.

Me pregunté si ahí era donde entraba el anterior dueño de la habitación donde yo estaba durmiendo. No se me ocurrían muchas razones por las que un chaval de mi edad pudiera morir, así que era perfectamente posible que hubiera sido víctima de la maldición. ¿Habían desaparecido por eso sus padres? Tal vez huyeran del pueblo, creyendo que así la maldición que había acabado con su hijo no les afectaría. O puede que fuera algo todavía más macabro. ¿Y si uno de ellos murió a causa de la maldición y el otro decidió quitarse la vida? A lo mejor sus cuerpos estaban pudriéndose en el fondo del río, o en mitad del bosque...

Me estremecí al pensar todas esas cosas horribles, y tragué saliva al darme cuenta de algo: aquello significaba que Mario podía morir también. Y lo mismo ocurría con Claudia. ¿Quién me decía a mí que alguno de los dos no iba a morir en apenas unas semanas? Eran los únicos amigos que había hecho allí, y no sabía si sería capaz de hacer alguno más, dadas las circunstancias. ¿De verdad podía perderlos por una maldición que no era culpa de ninguno de los dos?

Por supuesto, no tenía ninguna forma de comprobar que lo que me había dicho Mario era real. Después de todo, ¿cuánta gente moría con normalidad? No debería ser nada raro que hubiera una muerte al año, incluso en un pueblo tan pequeño como aquel, ¿no? Y eso, si es que todas esas supuestas muertes habían ocurrido, claro. ¿Y si aquella historia no era más que un intento de asustarme? ¿De verdad era cierto todo lo que me había contado Mario sobre la maldición? Al fin y al cabo, ¿cuánto lo conocía, realmente?

Pero, aun así..., algo me decía que no mentía. Supuse que sería por su forma de decírmelo; sus palabras parecían llenas de sinceridad. Y, en cierto sentido, encajaban con lo que había visto hasta el momento. La escasez de gente joven en el pueblo, lo extraños que parecían ser todos por allí... ¿Podría explicarse todo eso con lo que Mario me había contado? Yo también sería rarito si hubiera pasado toda la vida en un lugar así...

En cualquier caso, la mera idea de tener que vivir allí durante un año me helaba la sangre en las venas.

Lo único que me sacó de la cama fue el chirrido de las cuerdas del tendedero. Me levanté con esfuerzo mientras bostezaba, me desperecé un poco y me puse la camiseta del pijama, que solía quitarme para dormir. A continuación, fui hasta el cuarto de baño, pero me quedé decepcionado al no ver a Mario al otro lado. Lo que sí vi fue una nota, sujeta por una pinza en mi lado de la ventana.

¿Has dormido bien? Espero no haberte
asustado mucho con mi historia...

Puse los ojos en blanco; casi podía oír el tono burlón en su voz. Eché un vistazo hacia su ventana antes de responder, pero seguía vacía.

Tranquilo, que he dormido perfectamente, gracias.
¿Qué vas a hacer hoy?

No es que pretendiera quedar con él tan pronto, cuando hacía apenas unas horas estábamos juntos en el parque. Pero tampoco es que tuviera mucho más que hacer en el pueblo, y, desde luego, no tenía intención de rechazar ningún plan.

Me di una ducha rápida para despejarme de los fantasmas de la noche anterior. Estuve atento por si oía el chirrido de las cuerdas, pero al salir de la ducha comprobé que no había nada en mi lado. El trozo de papel con mi respuesta seguía junto a su ventana. Cuando bajé a desayunar un par de minutos más tarde, mi padre estaba ordenando la despensa. Al parecer, había ido a

comprar, aunque yo no me había dado cuenta de que se hubiera ido ni de que hubiera vuelto.

–Menos mal que te has despertado ya, campeón –dijo–. ¿Puedes ir a por pan cuando termines de desayunar? Se me ha olvidado, y tu madre no vuelve del trabajo hasta las dos.

Mi primer impulso fue protestar, pero entonces me di cuenta de algo: con un poco de suerte, Claudia estaría en la panadería. Y, si el pueblo realmente estaba maldito, ella tenía que saber algo al respecto, ¿verdad?

Me apresuré a comerme las tostadas y me bebí de un trago el vaso de leche con Nesquik que me había preparado. A continuación, subí al cuarto de baño para lavarme los dientes. Mientras lo hacía, aproveché para mirar una vez más por la ventana para ver si Mario me había contestado, pero la nota que yo le había mandado un rato antes todavía estaba junto a su ventana.

Cuando llegué a la panadería, Claudia no estaba. En su lugar, me atendió su padre. Tenía el mismo pelo castaño y rizado de su hija, aunque el suyo escaseaba un poco y había unos cuantos rizos grisáceos aquí y allá. Era amable, pero tenía ese aire sombrío y melancólico que mostraban muchos de los habitantes del pueblo. Me di cuenta de que lo más probable era que él supiera de la maldición más que su hija, pero, por supuesto, a él no podía preguntarle nada.

–Disculpe –me atreví a decir cuando me dio mi pedido–. ¿Está Claudia por aquí?

Su expresión sombría quedó reemplazada momentáneamente por una sonrisa.

–Lo siento, chaval. Sé que por aquí no hay muchas chicas y que mi hija es muy guapa, pero me parece que Claudia es un poco mayor para ti. Creo que vas a tener que esperar hasta que empieces en el instituto nuevo.

Enrojecí ligeramente ante sus palabras, y su sonrisa se ensanchó al verlo. No podía estar más equivocado, pero ¿por qué tenía que avergonzarme tanto? Y, sobre todo, ¿por qué la gente mayor tenía que dar por sentadas tantas cosas? Era algo bastante incómodo.

–No, no es nada de eso –le aseguré, tratando de parecer sincero–. Tan solo... somos amigos. Nada más.

Él me evaluó de arriba abajo. Al final, asintió con la cabeza y se apartó del mostrador. Supongo que debí de parecerle inofensivo, aunque no sabía muy bien qué pensar al respecto.

–Espera un momento, anda.

–Gracias –me apresuré a responder.

Se metió en la trastienda y me dejó allí solo, con el pan calentito en la mano. Olía tan bien que me entraron ganas de darle un mordisco a una de las barras, pero contuve el impulso. Sabía que a mi padre no le haría ninguna gracia, y a mi madre todavía menos, así que tendría que aguantar la tentación.

–¡Eh, hola! –me saludó Claudia con una enorme sonrisa al salir de la trastienda. Su padre tenía razón al decir que era guapa, pero no me interesaba de ese modo–. ¿Cómo estás?

–Bien, haciendo unos recados y tal. ¿Te apetece dar una vuelta?

–Sí, claro –respondió. Miró a su padre y dijo–: Cojo un par de cruasanes, ¿vale?

Sin esperar respuesta, se agachó para cogerlos de debajo del mostrador y los metió en una bolsa de papel antes de salir por la puertecita lateral.

–¡Te los voy a descontar de la paga! –le advirtió su padre.

–Que sí, que sí... –dijo Claudia con voz aburrida. A continuación, me guiñó un ojo y me susurró al oído–: Siempre dice lo mismo, pero después nunca lo hace. Va de duro, pero en realidad es un buenazo.

Contuve la risa mientras salíamos de la panadería. Una vez fuera, Claudia sacó uno de los cruasanes de la bolsa y me lo tendió. Acababa de desayunar, pero olía tan bien que no pude resistirme. Me lo comí de tres bocados, olvidando la vergüenza mientras engullía sin reparos delante de ella.

–Joder, está buenísimo –dije después de tragar.

Su rostro se iluminó, y me di cuenta de que sus ojos grises brillaban mientras me miraba comer.

–¿Te gusta? –preguntó, y yo asentí con la cabeza. Con cierta timidez, añadió–: Lo he hecho yo.

–¿Qué dices? ¿En serio?

–Sí, podríamos decir que son mi especialidad. Mi padre se encarga de todo lo que tenga que ver con el pan, pero de estas cositas me encargo yo.

–Ahora me arrepiento de habérmelo comido tan rápido.

–¿Te cuento un secreto? –me preguntó, y entonces me tendió el otro cruasán de la bolsa–. He cogido los dos para ti. Si te soy sincera, yo ya los tengo un poco aborrecidos.

Abrí mucho los ojos, incapaz de creer sus palabras, y ella se rio.

–¿En serio? ¿Cómo puedes aborrecer algo así? Yo me comería varios todos los días, te lo juro.

–Cuando te pases casi diez años haciendo cruasanes y probando al menos uno de cada tanda para ver si han salido bien, me cuentas.

–Yo no creo que pudiera cansarme, la verdad.

–Eso es lo que pensaba yo –respondió entre risas–. Y, hablando de cruasanes, voy a tener que hacer una nueva tanda pronto, así que no podré quedarme mucho rato contigo. ¿Qué te apetece hacer mientras tanto?

Me encogí de hombros; lo cierto era que no había pensado en eso.

–No sé, ¿damos una vuelta?

Y eso fue lo que hicimos. Paseamos por el pueblo mientras charlábamos de todo un poco y nos conocíamos algo mejor. Claudia quería saberlo todo sobre mi vida antes de acabar allí: mi instituto, la casa donde había crecido, mis amigos y todo lo demás. Le hablé de Leire, mi mejor amiga, y no tardé en darme cuenta de que congeniarían bien. Ella me pinchó un poco, preguntándome si era algo más que una amiga, pero yo me escaqueé con evasivas. Por un momento, me planteé la posibilidad de hablarle de Luis, pero todavía no estaba preparado.

Por su parte, Claudia me habló de su vida en el pueblo y de lo monótona que era. Lo único interesante que pasaba allí eran las fiestas del pueblo, que tendrían lugar en unas semanas, y tampoco es que fueran gran cosa. Me habló de su trabajo en la panadería, de cómo había aprendido a hacer todo tipo de masas diferentes desde que era pequeña, y de cómo muy pronto había comenzado a ayudar a su padre después de clase. Gestionar una panadería exigía mucho trabajo, incluso en un pueblo pequeño, y su padre ya invertía mucho tiempo en llevarla y

recogerla del colegio todos los días. Desde que murió su madre cuando ella tenía doce años, su ayuda se había vuelto esencial.

Esto último fue lo que me dio impulso para sacar el tema del que realmente estaba deseando hablar desde que había comenzado nuestra conversación.

–Oye, Claudia... –comencé, dudoso–. La gente de este pueblo es un poco... rarita, ¿no?

Ella se echó a reír, como si hubiera dicho lo más obvio del mundo. En cierto sentido, supuse que así era.

–¿Me lo dices o me lo cuentas? –Puso los ojos en blanco–. Si te soy sincera, yo creo que la mitad del pueblo está mal de la cabeza.

–¿En serio? ¿Por qué lo dices?

–A ver, tú solo llevas un par de días aquí y ya te has dado cuenta de que la gente es rara. Pero... –Hizo una pausa–. Digamos que la cosa va un poco más allá.

–¿Más allá? ¿A qué te refieres?

–Bueno, son muchas cosas... Pero digamos que la gente de aquí es muy supersticiosa. Se creen cualquier cosa y, cuando ocurre algo malo, siempre piensan que es porque estaba destinado a pasar o algo así.

Aquello podía encajar con todo lo que me había contado Mario, pero necesitaba indagar un poco más para estar seguro.

–¿Qué clase de cosas se creen?

–Pues a ver... No te rías, ¿eh? Muchos dicen que el pueblo está maldito. Hasta mi padre se lo cree, aunque nunca le he hecho ni caso con sus batallitas. –Se rio–. Absurdo, ¿verdad?

Tragué saliva. Desde luego, aquello encajaba todavía más.

–¿Y en qué se supone que consiste la maldición?

–Bueno, hay varias versiones. Pero se supone que cada año, después de las fiestas, muere un habitante del pueblo o algo así. –Se encogió de hombros–. Según la gente, eso significa que estamos malditos porque patata.

–¿Y tú no lo crees?

–¿Yo qué me lo voy a creer? Son cuentos de viejas, Nacho. Nadie menor de veinticinco años se cree estas tonterías por aquí.

Aquello me hizo dudar. Desde luego, Mario tenía unos cuantos años menos de veinticinco. Y, a juzgar por nuestra conversación del día anterior, él sí que se creía a pies juntillas todo aquello de la maldición. Salvo que me lo hubiera contado para tratar de asustarme, cosa que seguía siendo una posibilidad...

–Pero, entonces, ¿no es verdad que siempre muera alguien el mismo día de cada año?

Se encogió de hombros una vez más.

–No lo sé. A ver, supongo que sí que podría ser verdad. Mi padre suele comentarlo con los clientes y tal. Estas fechas suelen ser difíciles, porque se supone que ya queda poco.

–Entonces, la maldición sí que podría ser cierta.

–¡Claro que no! –Frunció el ceño mientras me miraba, y por un momento temí que me tomara por idiota–. A ver, Nacho, piénsalo: en todas partes se muere gente todos los días y no pasa nada.

Seguro que todos los días trece se muere alguien, y eso no significa que el día trece esté maldito, ¿verdad? Y seguro que todos los sábados se muere alguien y eso tampoco significa que los sábados estén malditos. Simplemente son coincidencias, nada más. Cosas que pasan y ya está.

Desde luego, sus palabras sonaban lógicas. No había pensado antes en ello, pero era evidente: se moría gente todos los días. Incluso en un pueblo pequeño, tenía que morir gente con cierta frecuencia. ¿Tan raro era que muriera alguien en una fecha determinada?

Y, sin embargo, no estaba demasiado convencido. No podía quitarme de la cabeza el rostro de Mario mientras me lo contaba... Parecía demasiado seguro de lo que me estaba contando como para que fuera una superstición, demasiado sincero como para que fuera mentira.

–Bueno, mirándolo así...

–En serio, Nacho, tú no te dejes engañar –insistió; supuse que había visto la verdad en mi cara –. Son supersticiones absurdas de gente aburrida en un pueblo donde no hay nada que hacer. Nada más.

–¿Tu madre murió en esa fecha?

La pregunta había abandonado mis labios antes de poder sopesarla, pero me arrepentí al instante de habérsela hecho. Por suerte, no pareció molestarle. Tan solo titubeó un instante antes de responder.

–Eh... Pues mira, sí. Y creo que por eso mi padre está obsesionado con el tema. Pero la verdad es que prefiero no pensar mucho en ello. Ya te digo que me parece una superstición absurda. –Entrecerró los ojos mientras me miraba, y me costó un poco no apartar la vista–. ¿Por qué lo dices?

–No lo sé. Por saber. –Era como si alguien me hubiera desatado la lengua, porque mi siguiente pregunta salió también disparada–. ¿Sabes algo de un crimen que ocurrió en el pueblo? Hace ya muchos años. Fueron varias personas, y se supone que eso fue lo que dio origen a la maldición.

–¿Un crimen en el pueblo? –dijo con incredulidad, mientras se colocaba unos rizos castaños por detrás de la oreja–. Nacho, no digas tonterías. Aquí no se ha cometido ningún crimen.

–¿Estás segura?

–Pues claro –respondió tajante–. Ya sabes cómo son estos pueblos, aquí siempre se sabe todo. Si hubiera pasado algo así, yo me habría enterado, créeme. Lo más parecido a un crimen que se ha visto por aquí es el precio de la gasolina últimamente.

–Pero... –comencé–. Nada. Da igual.

–¿Quién te ha contado eso?

Por un momento, me planteé la posibilidad de hablarle de Mario. Sin embargo, había algo en el tono de mi nuevo amigo al hablarme de la maldición y el supuesto crimen que me había hecho sentir como si me estuviera haciendo partícipe de un gran secreto. Y, si me lo había contado en confianza, no quería traicionar esa confianza. Se lo debía.

Además, ya lo había dicho Claudia: en esos pueblos siempre se sabía todo. Lo más probable era que ella supiera perfectamente quién era Mario, y no quería meterlo en un lío si me dedicaba a repetir por ahí todo lo que me contaba. Estaba claro que no tenía muchos amigos, y no quería que la poca gente joven que pudiera haber pensara que era un supersticioso o algo parecido por

mi culpa.

–Lo... Lo leí en un sitio –Me estrujé el cerebro en busca de una explicación más creíble–. En un periódico viejo que había en mi casa, lo encontramos al llegar.

–Ya. Pues a mí no me suena de nada –respondió, no muy convencida. Soltó un suspiro y miró el reloj que llevaba en la muñeca–. En fin, voy a tener que irme. Ya son casi las dos. Mi padre necesita ayuda... y creo que tus padres necesitan el pan.

Miré la bolsa con el par de barras de pan que llevaba en la mano. Con tanta vuelta y tanta tensión, las había aplastado por la parte de en medio... Me iba a llevar una buena bronca de mi padre por no haber tenido más cuidado.

–Sí, será mejor que vuelva yo también. ¿Te apetece si nos vemos un día de estos?

–Claro –respondió con una sonrisa–. Ya sabes dónde encontrarme.

CAPÍTULO 7

UNA PROPUESTA INESPERADA

LO PRIMERO QUE HICE nada más llegar a casa fue subir al cuarto de baño. Ya habían pasado un par de horas desde que había dejado el mensaje, así que daba por hecho que Mario me habría respondido ya.

Sin embargo, esa vez tampoco hubo suerte. Mi lado de la cuerda estaba vacío, y la nota que le había mandado antes de desayunar seguía junto a su ventana. Supuse que habría salido a hacer recados o que estaría pasando el día fuera, aunque me extrañaba no habérmelo cruzado por el pueblo. Pero, en fin, di por hecho que acabaría contestando tarde o temprano. No podía haberse esfumado en el aire, ¿verdad?

Después de comer volví a subir al baño, y entonces... nada de nada. Otra vez. A falta de algo mejor que hacer, me fui a mi habitación para ver alguna de las series que tenía empezadas, y así fue como me pasé el resto de la tarde. Estaba atento por si sonaba el chirrido de las cuerdas, pero no oí nada. Aun así, entre un episodio y otro, iba al cuarto de baño para ver si Mario me había respondido de una vez, pero seguía sin tener noticias suyas. Aquello empezaba a preocuparme un poco. Mi mensaje todavía estaba junto a su ventana, y no había señales de vida en ninguna de las demás ventanas de la casa.

Cuando ya llevaba cinco episodios vistos y cinco visitas sin éxito a la ventana del cuarto de baño, me planteé la posibilidad de ir a su casa y llamar a la puerta. Pero no tardé en desechar la idea; después de todo, tampoco nos conocíamos tan bien. Ni siquiera había visto a sus padres todavía, y no sabía si él les habría hablado de mí... Por no mencionar que me había pedido que no hablara de nuestros paseos nocturnos. No podía ir a su casa, así por las buenas, para preguntar por él. Además, si me decían dónde estaba, ¿qué iba a hacer? ¿Presentarme allí como si fuera una especie de psicópata? Ni de coña.

Mientras volvía a mi habitación, resignado, me planteé la posibilidad de mandarle un mensaje a Luis. ¿Pero para qué? Llevaba tanto tiempo sin contestarme que no sabía si merecía la pena. Entré en nuestra conversación y solté un suspiro al ver los once mensajes que le había mandado durante los últimos días, todos ellos sin respuesta. ¿Tanto le costaba decirme algo, por poco que fuera? Me metí en Instagram y, tal como esperaba, había subido nuevos stories. Nada especial; él pasándolo bien en la playa y poco más. Le mandé un fueguito casi de forma automática en una foto sin camiseta, pero me arrepentí al instante y cancelé el envío un segundo más tarde. Con suerte, no le habría dado tiempo a ver la notificación. Enfadado conmigo mismo por mi momento de debilidad, puse un nuevo episodio de la serie que estaba viendo. Ya era el último,

así que iba a tener que elegir la siguiente.

No recibí la respuesta de Mario hasta que anocheció. Ya casi había llegado la hora de la cena, y estaba a punto de bajar para poner la mesa cuando oí por fin ese chirrido ya tan familiar.

No vi a Mario al otro lado cuando me asomé por la ventana, pero la nota estaba ahora en mi lado de la cuerda.

Hola, perdona.
He estado todo el día fuera.

Fruncí ligeramente el ceño. Después de haberme pasado todo el día esperando, me esperaba algo un poco menos escueto. Aun así, me apresuré a responder, con la esperanza de que todavía siguiera cerca.

Por la mañana salí a dar una vuelta...
Pensé que igual te vería por ahí o algo, pero no.
Y después me he pasado toda la tarde viendo series. ¿Tú dónde has ido?

Colgué el trozo de papel y comencé a mover la cuerda en dirección a su ventana. En cuanto comenzaron los chirridos, el rostro de Mario apareció tras el cristal. Me saludó con una sonrisa y un gesto de la mano. Lo observé mientras leía la nota y respondía. ¿Era cosa mía, o estaba más guapo desde el día anterior?

Tenía que ayudar a mis padres,
que trabajan en una finca a las afueras.
Y por la tarde... no sé si te haría mucha gracia saber el sitio donde he estado, la verdad.
Creo que mejor te lo cuento en persona.

Leí varias veces sus palabras, sin saber muy bien qué pensar. ¿Por qué tenía que ponerse tan misterioso? Estaba a punto de escribir una respuesta cuando oí unos golpes en la puerta del cuarto de baño.

–Cariño, ya casi está la cena. –Era mi madre–. Baja cuando acabes y ayuda a poner la mesa, anda.

Mierda. Todo el día esperando a que me contestara Mario, y ahora...

–Vale, mamá –respondí–. Ahora voy.

Me apresuré a escribir.

Tengo que irme a cenar.
¿Te parece si hablamos dentro de un rato?

Colgué la nota de la pinza y, por si acaso mi madre seguía ahí fuera, presioné el botón de la

cisterna antes de hacer llegar el trozo de papel hasta el otro lado. Con un poco de suerte, el ruido del agua bastaría para enmascarar el chirrido de la cuerda. Mario leyó la nota, me mostró el pulgar y desapareció de la ventana. Me lavé las manos y bajé a cenar.

Ya que estaba, decidí aprovechar el momento en familia para indagar un poco. No había dejado de dar vueltas a lo que me habían contado Mario y Claudia.

–¿Qué tal en el trabajo? –le pregunté a mi madre–. ¿Algo raro en la consulta?

Sabía que no le extrañaría mi pregunta: desde que era pequeño le preguntaba por las cosas que veía en el trabajo, y ella sabía que me encantaba cuando me contaba las más raras.

–Bueno, nada fuera de lo común, la verdad –contestó–. Aunque me parece que la gente de aquí está un poco obsesionada con la muerte.

Me atraganté con el trozo de pescado que me estaba comiendo. Por suerte, pude fingir que había sido por una espina.

–¿Obsesionada? –preguntó mi padre, librándome de tener que hacerlo–. ¿En qué sentido?

–No sabría decirte, pero es como que todo el mundo tiene miedo de morir. Más miedo de lo habitual, quiero decir.

–¿Qué te decían?

–Pues bueno, hubo varios que me pidieron un chequeo completo, y en su historial constaba que todos los años se hacen uno, más o menos por estas fechas. ¡Uno al año! Y dos de ellos ni siquiera han cumplido todavía los cuarenta. También había un hombre muy preocupado porque tenía un moratón en el costado, y una mujer que estaba asustada porque llevaba una semana con gripe y, claro, es verano. –Se encogió de hombros–. No sé, siempre hay gente hipocondriaca en la consulta, pero creo que lo de este pueblo es un poco exagerado. Pensaba que no habría tanto trabajo, pero tengo las citas llenas.

–¿Crees que tienen motivos para preocuparse? –pregunté.

Mi madre frunció el ceño.

–¿Por qué iban a tener motivos? Todo eran cosas muy normales.

–No sé... ¿A lo mejor es que por aquí hay muchas muertes por estas fechas?

–Qué macabros nos estamos poniendo, ¿no? –intervino mi padre–. Venga, vamos a cenar tranquilos.

Enrojecí ligeramente y volví a clavar la mirada en mi plato. No pasaba nada: ya buscaría información en internet después de cenar... Una vez hubiera visto si Mario me había escrito algo más, claro.

Por suerte para mí, así era.

¿Te apetece dar una vuelta
cuando acabes de cenar?

No tenía ni que pensármelo. Escribí un simple «¡Claro!» en la nota y comencé a mover la cuerda. En cuanto oyó los chirridos, Mario volvió a aparecer junto a la ventana. Como quería quedarme también con ese trozo de papel, estiré el brazo para cogerlo, me lo guardé el bolsillo y

le mostré ambos pulgares. Él imitó el gesto, y después señaló hacia abajo con una mano y me mostró los cinco dedos con la otra. Volví a mostrarle los pulgares.

Vale, tenía que admitir que ese juego que nos traíamos de una ventana a otra me estaba gustando bastante.

Cinco minutos más tarde, me había lavado los dientes, me había arreglado un poco el pelo y estaba saliendo por la puerta. Mario ya estaba ahí, esperándome una vez más.

–Hola –me saludó.

–Hola.

Titubeamos un instante; parecía que ninguno de los dos sabía muy bien qué hacer a continuación. Movié el brazo como si quisiera darme la mano, pero no llegó a hacerlo. Por mi parte, lo que me apetecía era darle un abrazo, pero no habría sido capaz de hacerlo ni en mil años. En lugar de eso, sonreímos con cierta timidez y echamos a andar sin rumbo fijo. Traté de ignorar el cosquilleo que sentía en la tripa.

Caminábamos a paso tranquilo, sin decir palabra. Pero, una vez más, no se trataba de un silencio incómodo, sino de uno de esos silencios agradables que por lo general solo pueden compartir personas que se conocen desde hace mucho tiempo. Al principio pensé que íbamos en dirección al parque, pero entonces me pareció que Mario giraba por otro camino. Fruncí el ceño, extrañado. Si no me equivocaba, en esa dirección no había nada más antes de que se acabara el pueblo.

–¿Adónde vamos?

–Querías saber dónde he pasado esta tarde, ¿verdad? –Asentí con la cabeza, y él sonrió–. Te lo diré con una condición: tienes que venir conmigo.

Tragué saliva, sin saber muy bien qué pensar. ¿En qué clase de sitio habría estado para que ahora quisiera que fuera con él? El parque no, imposible: estaba casi seguro de que íbamos en dirección contraria. ¿Tal vez sería la piscina? Sabía que había una pequeña piscina municipal a las afueras del pueblo, pero no estaba seguro de dónde quedaba exactamente. La idea de bañarme allí de noche con él era seductora, pero no vi que llevara puesto el bañador ni nada parecido. Aunque llevaba una mochila colgada a la espalda, así que tal vez lo tuviera allí.

En cualquier caso, si quería saber lo que había estado haciendo, lo único que podía hacer era lanzarme.

–Está bien –dije al fin–. Iré contigo.

–¿Estás seguro? Mira que no quiero que te rajes en el último momento...

Tragué saliva.

–Que sí, pesado –insistí. Sin embargo, un instante después, no pude evitar estremecerme. ¿Qué era lo que había aceptado exactamente?–. ¿Me vas a decir adónde vamos o qué?

Su sonrisa se ensanchó.

–Al cementerio.

Tragué saliva una vez más, no muy seguro de haberlo oído bien. De pronto, ya no estaba tan seguro de querer ir con él.

–¿Qué? ¿Al cementerio? ¿En serio has estado allí toda la tarde?

–Claro. Ya te lo he dicho.

–¿Por qué? ¿Qué has hecho?

–Estaba de pícnic con los muertos –respondió con una tranquilidad sepulcral, y un nuevo escalofrío recorrió mi espalda–. Hay muchos fantasmas aburridos por allí, y siempre agradecen una visita.

–Ja, ja. Muy gracioso –respondí, aunque en realidad todo aquello no me parecía gracioso en absoluto–. Los fantasmas no existen.

–Bueno, si tú lo dices...

Puse los ojos en blanco. Me di cuenta de que estaba tratando de asustarme, pero no se lo iba a permitir.

–En serio, ¿por qué quieres que vayamos al cementerio? ¿No hay otro sitio un poco más... normal?

–A mí siempre me ha parecido que es un sitio de lo más normal. Y, además, se está bastante tranquilo por allí.

–Ya sabes a lo que me refiero –insistí, frunciendo el ceño–. Hay muchos sitios más normales que un cementerio. ¿Por qué quieres que vayamos?

–¿Por qué no quieres que vayamos? –contraatacó él, sonriente.

–No sé, porque da muy mal rollo, ¿no? –Me encogí de hombros–. Con todos los muertos y esas cosas... Yo qué sé.

–Pero has dicho que los fantasmas no existen, ¿no? –preguntó con una sonrisa burlona–. ¿Qué más te da?

Solté un resoplido de exasperación.

–Eso no tiene nada que ver.

A decir verdad, nunca había ido a un cementerio. Mis abuelos habían muerto antes de que yo naciera y mis padres nunca me habían llevado a verlos. En realidad, nunca les había preguntado si estaban enterrados, si los habían incinerado o qué. Y tampoco había sufrido la muerte de ningún ser querido, así que la única experiencia que tenía con esa clase de lugares era lo que había visto en las películas de miedo.

Y si algo había aprendido de las películas de miedo, era que nunca pasaba nada bueno en un cementerio.

–Si tan seguro estás de que los fantasmas no existen, ¿qué más te da que vayamos allí? –insistió Mario, con una sonrisa que parecía retarme–. ¿O es que... tienes miedo?

Eso fue lo que me tocó un punto sensible. Nunca he sido de los que se acobardan ante los retos, así que sus palabras bastaron para convencerme.

–Está bien –respondí, tratando de sonar más valiente de lo que me sentía en realidad. Tragué saliva antes de continuar–. Pues vamos al cementerio.

En cuanto pronuncié esas palabras, supe en algún lugar de lo más profundo de mi alma que ya no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 8

UNA NOCHE EN EL CEMENTERIO

–¿ESTÁ MUY LEJOS? –pregunté cuando comenzamos a caminar de nuevo.

–No, en las afueras del pueblo –respondió Mario–. A unos quince o veinte minutos de aquí, más o menos.

–Vale, pues vamos para allá.

Continuamos la marcha, al principio en silencio. Si era sincero conmigo mismo, tenía que admitir que me gustaba el ambiente del pueblo por la noche. Se respiraba paz, lo contrario a lo que había estado acostumbrado durante toda mi vida en una ciudad. Y, sin embargo, el silencio no era absoluto ni por asomo. Estábamos rodeados de una sinfonía de sonidos nocturnos que se entretejían en un intrincado tapiz a nuestro alrededor. Podía oír el susurro de las hojas, la brisa que acariciaba la vegetación de la zona con dedos delicados. Oía el canto de los grillos y el sonido de otros insectos cercanos, así como los graznidos aislados de las aves nocturnas en la lejanía. También podía oír nuestros pasos, claro, primero sobre los caminos de tierra y después sobre la hierba de las afueras. Y, todavía más cerca, oía la respiración de Mario junto a la mía.

–¿Por qué llevas mochila? –pregunté tras unos instantes, más para hablar de algo que porque sintiera verdadera curiosidad.

–Ya lo verás –respondió de forma enigmática.

–No estará llena de cuchillos para descuartizarme y enterrarme en el cementerio aprovechando que vamos allí, ¿verdad? –bromeé con una sonrisita–. Porque no he tenido tiempo de hacer el testamento.

–Me has pillado –susurró.

De pronto, se volvió hacia mí y me miró con una frialdad que parecía extrañamente fuera de lugar en él. Mi sonrisa flaqueó. Me observó durante unos instantes y, por un momento, sus palabras parecieron muy reales. No pude evitar retroceder un par de pasos.

Pero entonces vi que le temblaba el labio con la amenaza de una sonrisa, y enseguida comenzamos a reír los dos con fuerza, haciendo que un par de aves nocturnas salieran volando desde un árbol cercano.

–Me parece que alguien está un poquito asustado –comentó, burlón.

–No estoy asustado –me apresuré a replicar, intentando que no me temblara la voz.

–¿Seguro? Tenías cara de estar a punto de hacerte pis encima. –Hizo como que olisqueaba el aire–. Espera... Creo que te lo has hecho de verdad.

–Ja, ja. –Puse los ojos en blanco mientras fruncía el ceño–. Muy gracioso.

Continuamos caminando en silencio. Tras unos minutos, vi la silueta de una gran mansión que se recortaba contra el cielo nocturno en la lejanía.

–¿Y esa casa? –le pregunté–. ¿Quién vive allí?

Mario tardó unos instantes en responder.

–Creo que será mejor dejar ese tema para otro momento.

Pestañee un par de veces, sorprendido por su respuesta.

–¿Qué? ¿Por qué?

–Creo que ya estás demasiado nervioso por hoy.

Volví a poner los ojos en blanco.

–¿Por qué te gusta tanto meterte conmigo?

–¿Por qué te gusta tanto que me meta contigo?

Esa vez abrí mucho los ojos; sus palabras me habían dejado un poco descolocado. Y, sin embargo..., tampoco es que estuviera mintiendo, exactamente.

–Yo... Yo no he dicho que... Mira. Da igual.

Una vez más, di gracias en silencio por la oscuridad que ocultaba el rubor de mis mejillas. Porque lo cierto era que Mario tenía razón: en parte, debía reconocer que me gustaba que se metiera conmigo. Lo que no tenía tan claro era si el hecho de que me gustara me gustaba o no, si es que eso tenía algún sentido... Pero tampoco parecía que pudiera hacer gran cosa al respecto.

Seguimos caminando. Enseguida vi en la distancia un muro que solo podía pertenecer al cementerio, tenuemente iluminado por la luz de la luna. Miré a Mario de reojo, nervioso de nuevo. ¿De verdad íbamos a meternos en un cementerio de noche? Vale que no existieran los fantasmas y todas esas chorradas... ¿Pero y si había animales salvajes o algo parecido? O, peor aún..., ¿y si había criminales o cualquier otra persona peligrosa? Me maldije por haber aceptado ir allí, pero ya era demasiado tarde para echarme atrás.

–¿De verdad crees que es seguro que entremos ahí? –pregunté con voz temblorosa.

–Pues claro –me aseguró–. Suelo venir mucho por aquí.

–Qué raro eres –respondí sin poder evitarlo, y Mario se echó a reír.

–¿Qué quieres que haga? –Se encogió de hombros–. Tampoco es que haya mucho que hacer en el pueblo... De alguna forma tendré que entretenerme.

–Pues también es verdad, supongo.

–Venga, vamos. Ya casi estamos.

Continuamos hasta llegar a la verja. Para mi gran alegría, se encontraba cerrada. Traté de contener un suspiro de alivio mientras observaba las puertas de hierro.

–Qué pena –dije.

–¿Qué pasa?

–Pues nada, que está cerrado –señalé–. No vamos a poder entrar, así que...

–¿Qué dices? –me interrumpió él–. El muro no tiene ni dos metros de altura. Solo hay que saltarlo.

Tragué saliva mientras miraba la pared de piedra, que en ese momento comenzó a parecerme mucho más alta de lo que era en realidad.

–¿No será peligroso? Podríamos caernos y hacernos daño, o...

–No digas tonterías –replicó Mario, y en sus labios apareció un atisbo de esa sonrisita burlona que ya estaba empezando a resultarme familiar–. Llevo años viniendo por aquí yo solo y nunca me ha pasado nada.

Y, como para demostrarlo, colocó las manos sobre la parte superior del muro y se aupó con fuerza. Unos segundos más tarde, ya se había encaramado y estaba allí sentado como si tal cosa, observándome a dos metros por encima de mí.

–Te toca –dijo.

–Que conste que en clase de Educación Física siempre me eligen de los últimos –le advertí, seguro de que estaba a punto de hacer el ridículo más absoluto–. Estas cosas no son lo mío.

–Es mucho más fácil de lo que parece, en serio –me aseguró–. Claro que, si te da miedo entrar en el cementerio...

Por supuesto, no podía permitir que pensara que tenía miedo, así que lo imité y apoyé ambas manos con firmeza sobre el muro. A continuación, me impulsé con todas mis fuerzas... y no tardé en darme cuenta de lo evidente que resultaba el hecho de que Mario tenía muchos más años de práctica que yo. Me arañé las rodillas contra el muro, y también las manos. Estaba seguro de que tenía un aspecto de lo más ridículo.

Por suerte, él me tendió la mano. Me agarré a ella y traté de impulsarme como pude. Al fin, con mucho esfuerzo y más arañazos, logré subirme al muro y me quedé sentado a su lado, respirando con fuerza. Me sentía como si acabara de correr una maratón.

–Ni lo comentes –le advertí, incapaz de mirarlo a la cara.

Me sujeté con fuerza a los ladrillos del borde, esperando a que se calmara un poco mi respiración.

–¿Ves como al final no era tan difícil?

Podía oír la sonrisa en su voz.

–Cállate, anda.

Seguía sin mirarlo, pero vi con el rabillo del ojo que pasaba las piernas por encima del muro para quedar de cara al cementerio. Sin decir nada, saltó adentro con la misma facilidad con la que había subido y me llamó desde abajo. No me encontraba tan alto, pero la caída parecía peligrosa.

–¿Vienes o qué? –Como si me estuviera leyendo la mente, añadió–: Es mucho más fácil bajar que subir, ya lo verás.

Supuse que sería cierto, pero eso no significaba que me hiciera ninguna gracia tener que entrar en el cementerio. Pero, ahora que estaba allí, ¿qué otra cosa iba a hacer? Pasé las piernas por encima del borde y miré hacia delante, al mar de lápidas y árboles que se extendía ante mí. Estaba todo cubierto de una neblina ligera, y la luz de la luna y las estrellas le daba a la zona un aspecto apropiadamente espeluznante.

–De verdad que no sé qué estoy haciendo con mi vida... –susurré para mí mismo.

Y, antes de arrepentirme, yo también salté.

Tenía que admitir que me sentía un tanto intimidado por aquel lugar. No solo estaba pisando un cementerio por primera vez, sino que, encima, era de noche. La presencia de Mario a mi lado

me reconfortaba en cierta manera, pero la experiencia seguía resultando espeluznante.

–¿Tienes miedo? –me preguntó, y me pareció oír un matiz burlón en su voz.

–¡Claro que no! –me apresuré a responder, pero el temblor de mi voz me delató un poco.

Mario sonrió.

–Llevas como un minuto ahí plantado.

–Porque no se ve nada –repliqué–. Pero, en fin, ya estamos dentro. ¿Qué quieres que hagamos ahora?

Él sonrió y me tendió la mano.

–Ven conmigo.

Miré la mano que me ofrecía, dudoso, y tragué saliva. ¿De verdad quería que le cogiera la mano? No hacía tanto tiempo que nos conocíamos; apenas empezábamos a ser amigos... ¿Aquello no era como demasiado... íntimo? Pero entonces lo miré a la cara y vi que su sonrisa era sincera, una sonrisa que se reflejaba en sus ojos. Le tomé la mano. Su piel estaba menos cálida de lo que esperaba a causa del frío nocturno, pero su tacto me resultaba agradable... Tal vez demasiado agradable. Me di cuenta de que el corazón me latía con fuerza, pero no sabía si era a causa del lugar en el que nos encontrábamos o simplemente del contacto con él.

En ese momento, una parte de mí fue vagamente consciente del hecho de que era la primera vez que un chico me cogía de la mano. Y, por un breve instante, fue como si el cementerio se desvaneciera a mi alrededor, hasta que Mario dio un paso hacia delante y aquella sensación se esfumó en el aire.

Comenzamos a caminar entre las lápidas, todas muy parecidas las unas a las otras. Mario permanecía en silencio, pero me di cuenta de que decía la verdad cuando me había contado que solía ir por allí: estaba claro que conocía el camino a la perfección. Tras unos minutos de silencio, llegamos a lo que parecía un mausoleo. Era enorme, con las paredes hechas de una piedra gris muy maltratada por el paso del tiempo. Solo entonces Mario me soltó la mano, y me di cuenta de que la mía estaba algo pegajosa por el sudor. Me la sequé en el pantalón, azorado, y lo miré de reojo. Si le daba asco, lo ocultaba muy bien, porque no hizo ademán de secarse.

Miré en dirección al mausoleo, que me daba todavía más mal rollo que el resto del cementerio.

–Si te piensas que voy a entrar ahí dentro, estás flipando.

–Tranquilo, está cerrado con llave –me aseguró él. A continuación, me dirigió una de sus sonrisitas y añadió en voz baja–: Siempre lo cierran bien para que los muertos no se escapen.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Mi cuerpo entero debió de reaccionar, porque su sonrisa burlona se ensanchó todavía más.

–No tiene gracia.

–Claro que sí –insistió con una carcajada y, muy a mi pesar, me reí yo también. Aunque era una risita más nerviosa que otra cosa, al menos me servía para disimular un poco–. Salvo que tengas miedo, claro...

–No tengo miedo –le aseguré.

–¿Tú crees? –Frunció ligeramente el ceño, como dudando de mis palabras–. Seguro que soy capaz de asustarte antes de que volvamos a casa.

–Ni de coña –le aseguré, fingiendo más valor del que sentía en realidad.

–Bueno, ya lo veremos –respondió, risueño–. Mira, ven. Ayúdame con esto.

Abrió la mochila y sacó al fin su misterioso contenido. Desde luego, no era lo que esperaba: un mantel de pícnic que me tendió para que lo ayudara a desdoblarlo. Lo abrimos y lo extendimos en el suelo, junto a la pared del mausoleo, y después nos sentamos encima de él. Permanecimos en silencio durante un rato y me di cuenta de que, en realidad, tampoco se estaba tan mal allí. De hecho, comenzaba a resultarme casi agradable.

–Seguro que en tu casa no tenías este cielo –dijo Mario.

–¿Qué? –pregunté, un tanto descolocado por la pregunta. Me había quedado un poco ido mirando los cuadros del mantel, tratando de distinguir el color que tendrían a la luz del día. Estaba casi seguro de que eran rojos y blancos.

–Tú mira.

Lo miré y vi que tenía los brazos apoyados en el mantel por detrás de su cuerpo, con la cara inclinada hacia arriba. Seguí la dirección de su mirada y comprendí a qué se refería. Los días anteriores habían estado algo nublados, así que no había visto gran cosa cuando había salido de mi nueva casa por la noche. Ahora, por el contrario, el cielo estaba despejado y plagado de estrellas. Muy a lo lejos se veía un débil resplandor anaranjado en el horizonte, las luces de la ciudad más cercana; pero allí, en el cementerio, era como si la galaxia entera se abriera sobre nosotros, rodeándonos de un universo infinito.

Mario se tumbó a mi lado y yo hice lo mismo. Cada uno teníamos los pies apuntando en una dirección, pero nuestras cabezas estaban muy cerca; tanto, que solo tendría que girar la mía para hundir la cara en su pelo. Por supuesto, no lo hice. Lo que sí hice fue concentrarme en lo que veía, y también en lo que sentía a mi alrededor. El aroma de la hierba y de la tierra, el susurro del viento entre las hojas, el sonido de mi propia respiración y la de Mario... Me concentré en esto último y, para cuando quise darme cuenta, mi respiración se había sincronizado con la suya. O tal vez hubiera sido al revés, no lo sé.

Por un momento, pensé que hasta nuestros corazones estaban sincronizados. Un instante después, comprendí que era imposible que pudiera oír su corazón; el único que oía era el mío, que retumbaba contra mis oídos en el silencio de la noche con la fuerza de un martillo neumático.

–¿No es un cementerio muy grande? –pregunté al cabo de unos minutos.

–¿Qué quieres decir? –respondió, y me dio la impresión de que su voz sonaba extrañamente lejana.

–Pues eso... Que es muy grande, ¿no? El pueblo es muy pequeño para lo grande que es el cementerio. No puede haber muerto tanta gente.

Su rostro se volvió sombrío de repente.

–Bueno, eso es porque antes el pueblo era mucho más grande –me explicó–. Y había muchos más habitantes. Pero fue muriendo gente con el paso de los años, claro.

–Déjame pensar –dije con una sonrisita, empezando a adivinar por dónde iban los tiros–. La maldición, ¿verdad?

Tardó en responder mucho más de lo que esperaba. Cuando al fin lo hizo, sus palabras me sorprendieron.

–No es solo por eso.

–Entonces, ¿pasó algo más?

Se encogió de hombros y miró fijamente hacia el cielo antes de contestar. Había algo en el resplandor pálido de la luna sobre su rostro que lo hacía extrañamente atractivo. Por primera vez, me di cuenta de que tenía unos labios gruesos y carnosos. Un instante después, me pregunté por qué estaría fijándome en sus labios.

–Hay muchas versiones de la historia, pero lo que sucedió en realidad no está del todo claro, y la gente del pueblo tampoco habla nunca de ello. –Soltó un suspiro–. Una de las cosas que sí que están claras es que hubo un incendio hace muchos años. ¿Recuerdas lo que te conté del granero que se quemó? –Asentí con la cabeza–. Tu casa se salvó porque es de piedra, al igual que la mía. Pero otras casas quedaron destruidas, y en ellas murió mucha gente.

Lo miré fijamente, sin saber muy bien qué decir. Tenía la sensación de que había algo más; algo que no me estaba contando. Y, aunque no estaba seguro de querer saberlo, mi curiosidad siempre acababa por vencer.

Pero entonces recordé lo que me había dicho un par de días antes, lo del chico que había muerto en la que ahora era mi casa, y cualquier otra idea desapareció de mi cabeza al instante.

–Oye, Mario. Me dijiste que en mi casa había muerto un chico. –Tragué saliva antes de continuar; no quería ni imaginarlo–. ¿Tuvo algo que ver con lo del incendio?

–No, no –se apresuró a responder–. Lo suyo no tuvo nada que ver.

–¿Qué pasó exactamente?

Por primera vez desde que había comenzado a hablar, apartó la mirada de la luna y clavó los ojos en los míos. A la tenue luz de la noche, los suyos parecían tener un brillo extraño, casi plateado.

–¿Seguro que quieres saberlo? –preguntó en voz baja.

–Pues claro –respondí sin dudar–. Si estoy durmiendo en la misma habitación que ese chico, creo que merezco saber cómo murió.

–Sí –dijo Mario, dirigiendo la mirada hacia la luna una vez más–. Estás durmiendo en la misma habitación que él.

Había algo en su tono que me provocó un estremecimiento.

–No fue una muerte agradable, ¿verdad? –adiviné.

–No. –Tras una pausa que tal vez durara un minuto, o tal vez una hora, añadió–: En realidad, no murió de muerte natural. Lo cierto es que lo mataron.

Tragué saliva. No sabía qué había esperado exactamente, pero desde luego no esperaba un asesinato.

–¿Por... Por qué lo mataron? –pregunté con un hilo de voz.

–Ese chico era... En fin, diferente. No encajaba en el pueblo. Había chicos mayores que se metían con él, y a veces hasta le pegaban. –Hizo una mueca de dolor; estaba claro que empatizaba con esa historia–. Hasta que un día cometió un error, y los demás fueron demasiado

lejos. Y lo mataron.

–¿Cuál fue su error?

Mario suspiró antes de continuar.

–Le gustaban los chicos, y estaba enamorado de su mejor amigo. Un día, se atrevió a contárselo al fin, pero su amigo... Pues bueno, digamos que se enfadó mucho. Se lo contó a su hermano mayor, con quien por lo general no hablaba mucho porque era uno de los que acosaban a ese chico. Y esa noche... En fin, podríamos decir que salieron de caza. Y el chico que dormía en tu habitación ya no volvió a dormir ahí jamás.

Aquellas palabras me provocaron un escalofrío. Tragué saliva. Por un momento, me pude ver en la piel de ese chico. Yo había tenido mucha suerte por nacer en la época en la que había nacido... ¿Pero y si hubiera nacido en la misma época que él? ¿Habría corrido la misma suerte?

–Eso... Eso es horrible –susurré.

–Pues sí. –Soltó un largo suspiro–. En fin, antes pasaban esas cosas. Por suerte, ya no es algo tan habitual. Y, al menos, los habitantes del pueblo han tenido su escarmiento.

–¿A qué te refieres?

Mario me miró fijamente a los ojos y, por primera vez desde que había comenzado su relato, no vi signos de lástima en ellos. Al contrario, parecían fríos e implacables.

–¿Recuerdas lo que te conté sobre el crimen y la maldición? –Asentí con la cabeza–. Fue ese asesinato lo que dio origen a todo. Desde que mataron a ese chico, el pueblo está maldito. Sus asesinos fueron los primeros en morir y, desde entonces, cada año muere alguien. Sin excepción.

Me estremecí al escuchar sus palabras. A plena luz del día, aquella conversación me hubiera hecho dudar; tal vez hasta me habría echado a reír. Pero allí, en el cementerio, bajo el manto del cielo nocturno, sus palabras tan solo podían ser ciertas. De algún modo, sentía la certeza absoluta de que Mario me estaba diciendo la verdad.

Aparté la mirada, incómodo por el rumbo macabro que estaba tomando la conversación. Siempre me había considerado una persona valiente, pero todo el mundo tiene sus límites. Clavé los ojos en la distancia, en aquellas sombras del cementerio que cada vez podía distinguir con más claridad. La forma grande y voluminosa del mausoleo, las lápidas inmóviles, los árboles que se mecían bajo la brisa nocturna...

También había estatuas entre las tumbas, muchas de ellas con forma de ángeles protectores. El paso del tiempo se notaba en ellas, claro: aun a pesar de la oscuridad, veía claramente que a algunas les faltaba un ala, o tal vez la cabeza o uno de los brazos. Había una que ni siquiera tenía alas ya, muy cerca de la entrada del cementerio. Me incorporé un poco y la miré fijamente, tratando de imaginar cómo habría sido años antes, con un par de amplias alas brotando de su espalda. ¿Estarían plegadas? ¿O tal vez extendidas y triunfales, como a punto de echar a volar?

Pero, entonces, la sombra se movió. Me quedé petrificado, con los ojos abiertos de par en par. Tragué saliva, repentinamente consciente de lo que estaba viendo.

Aquella figura no era ningún ángel y, desde luego, no era ninguna estatua.

Había alguien más en el cementerio.

Y nos estaba mirando fijamente.

CAPÍTULO 9

LA SECTA

–MARIO... –susurré, reprimiendo las ganas de ponerme en pie y salir corriendo en dirección contraria–. Hay... Hay alguien ahí....

–¿Cómo?

Levanté la mano temblorosa de la forma más disimulada que pude y señalé un punto detrás de él, donde se encontraba la figura.

–Ha-hay alguien ahí...

–Ah, bueno –respondió él, y se encogió de hombros con despreocupación–. Será uno de mis compañeros de la secta.

Mi mano se quedó paralizada en el aire. Lo miré fijamente, pero él seguía con los ojos fijos en el cielo.

–¿Se-se-secta...? –acerté a preguntar.

–Sí, claro –dijo con una sonrisa macabra–. La secta a la que pertenezco. ¿Te creías que te había traído aquí solo para hablar o qué?

–¿Q-q-qué quieres de-decir? –pregunté mientras un pánico intenso y salvaje crecía en mi interior.

–Es fácil de entender, Nacho. ¿Recuerdas que me preguntabas por qué el cementerio es tan grande? –Asentí con la cabeza y tragué saliva, incapaz de apartar la mirada de él–. Bueno, pues antes no te dije la verdad. Hay una razón por la que hay tantas tumbas en el cementerio y tan poca gente en el pueblo. Es un pueblo pequeño... No hay recursos para todos. Nosotros nos encargamos de la gente que sobra –me explicó en voz baja. Estaba calmado, como si aquello fuera lo más lógico del mundo y no una verdadera locura–. Y tú acabas de llegar al pueblo, así que... también sobras. Es una pena, me habías parecido majo.

Estaba tan aterrorizado que no era capaz siquiera de gritar. Miré a Mario sin saber qué hacer; miré la figura que deambulaba a lo lejos, y en ese momento comprendí que había llegado el final. Jamás tendría que haber mirado por la ventana; jamás tendría que haber salido de mi casa esa primera noche. Jamás tendría que haber hecho caso a esa nota. Jamás tendría que haber ido hasta un cementerio alejado del pueblo con un chico al que no conocía de nada... Un chico que estaba a punto de matarme.

Se me retorció el estómago al darme cuenta de que la charla de antes podría haber sido una estrategia, una forma de entretenerme mientras sus compañeros de secta nos rodeaban. Miré a mi alrededor, tratando de localizar a más gente, pero no lo conseguí. Si había más, estaban muy bien

escondidos. Volví a mirar a Mario, que sonreía de forma espeluznante. ¿Por qué no se movía? Durante un instante me planteé la posibilidad de darle un golpe en la cabeza y salir corriendo, pero sabía que no iba a ser capaz de trepar al muro fácilmente, y menos sin su ayuda. Estaba atrapado allí.

–Po-por fa-fav... –traté de suplicar, pero mi voz se rompió antes de que pudiera terminar.

–Es inútil que supliques –replicó él–. Ya he conseguido lo que quería.

–¿L-lo que querías?

Aquella sonrisa macabra se ensanchó en su rostro. Me di cuenta de que sus labios temblaban ligeramente, como si estuviera emocionado por lo que estaba a punto de hacer. ¿Cómo había podido confiar en él tan a la ligera? No lo conocía de nada; había sido un imbécil. Y ahora iba a pagar muy caro mi error.

–Así es –respondió–. Te dije que te iba a asustar antes de que volviéramos a casa... y lo he conseguido.

Pestañee un par de veces, sin comprender del todo sus palabras.

–¿Que me ibas a...? –Abrí mucho los ojos mientras lo miraba, y entonces lo entendí al fin. Le di un fuerte golpe en el brazo, enfadado–. ¡Serás gilipollas! ¿En serio estabas de coña?

Y, entonces, Mario se echó a reír como un histérico, doblándose sobre sí mismo mientras soltaba unas carcajadas que más bien parecían los aullidos de una fiera nocturna. Agradecí en silencio que fuera de noche, porque sentía las mejillas más rojas que mi espalda tras un día de playa. Casi podía sentir el humo saliendo de mi cara.

–Sabía... que... lograría.... asustarte –resolló mientras se retorció de risa.

Muy a mi pesar, tenía que admitir que no era para menos... ¿Cómo me había podido tragar algo así?

Le di un empujón y él cayó sobre el mantel, todavía partiéndose de risa. Por un instante lo miré con el ceño fruncido, algo molesto. Pero había algo contagioso en sus carcajadas y, sin darme cuenta, enseguida me uní a ellas. Caí de espaldas yo también y nos quedamos allí unos minutos, simplemente riendo. Eso pareció acabar de un plumazo con la tensión que había sentido hacía tan solo unos instantes. Me sorprendió lo natural que me resultaba reír con despreocupación a su lado. Era tan fácil como respirar, y me di cuenta de que era la segunda vez que me ocurría algo parecido en apenas una hora.

Pero, tras unos minutos, volví a ver esa sombra que se movía en la distancia, y mi risa se apagó de golpe. Me había olvidado con las risas, pero era cierto que en el cementerio había alguien más que nosotros. Y, fuera quien fuera aquella persona, estaba claro que no formaba parte de la broma estúpida de Mario... Lo cual significaba que tal vez fuera peligrosa. Un nuevo temor me atenazó la garganta.

–Oye, Mario –susurré.

–Dime –respondió él, secándose las lágrimas de los ojos.

–Lo que te dije antes iba en serio. Allí hay alguien.

Él echó un vistazo, despreocupado.

–Sí, no pasa nada –me aseguró–. Casi siempre está por aquí.

–¿Qué dices? ¿En serio? ¿No eres el único loco que se viene a pasar las noches en un cementerio a oscuras?

–Por raro que te parezca, no –dijo entre risas, y después puso los ojos en blanco–. Y gracias por el cumplido, ¿eh?

–A ver, no te lo tomes a mal... Pero no me negarás que muy normal no es. ¿Cómo sabes que esa persona no está mal de la cabeza, o algo así?

–No te preocupes: es inofensivo –me aseguró con voz calmada–. Vive aquí, pero no va a hacernos daño.

–¿Estás seguro? –pregunté, no muy convencido–. Alguien que viva en un cementerio no puede estar muy allá...

–Créeme, no va a hacernos nada –insistió–. Mientras lo dejemos en paz, él nos dejará en paz a nosotros.

–Bueno... Está bien –acepté, aún no muy convencido.

–Tú no le hagas caso –insistió–. Como si no estuviera.

Asentí con la cabeza, pensativo: cuanto más conocía a la gente de aquel pueblo, más flipaba con ellos. Volví a tumbarme sobre el mantel de pícnic, cerca de Mario. No me había dado cuenta al hacerlo, pero esta vez nuestros cuerpos estaban en paralelo. Nuestras cabezas se encontraban muy cerca la una de la otra, observando el cielo desde la misma posición. Teníamos las manos a solo un par de centímetros de distancia. Si quisiera, o más bien si tuviera valor, tan solo tendría que estirar los dedos para rozar los suyos. Sin embargo, ya no me quedaba mucho valor: lo había empleado todo en ir con Mario al cementerio y, después, en soportar su bromita.

Y, aun así, me di cuenta de que tampoco necesitaba ese roce, al menos por el momento. Nuestra respiración se había acompasado otra vez, y una parte de mí sentía que aquella conexión era más fuerte que cualquier contacto físico. Un instante después, esa sensación desapareció, pero su eco parecía resonar en algún lugar profundo dentro de mí. Y no sabía cómo interpretarlo.

–Oye, al final no me lo has contado –dije tras un rato en silencio–. ¿Qué has estado haciendo aquí toda la tarde?

Él se encogió de hombros.

–Es una larga historia.

–Estamos tumbados en un cementerio sin nada que hacer salvo hablar –señalé–. Yo creo que tenemos tiempo para que me la cuentes.

Él se rio con timidez.

–Ya, bueno... Ha sido una mala excusa –admitió sin mirarme, con los ojos clavados en el cielo nocturno–. En realidad, es que prefiero no hablar de ello.

–Bueno... Está bien.

Y era verdad: estaba bien. Mientras siguiera allí con él, tumbado a su lado bajo la luz de la luna y arropado por los sonidos de la noche, parecía que todo estaba bien.

No tardé en olvidarme del asesinato y del incendio, de la maldición y de todas las personas que morían misteriosamente en el pueblo en la misma fecha. Tampoco tardé en olvidar a esa persona que vagaba por el otro extremo del cementerio. Cerré los ojos, escuchando la respiración de

Mario acompasada con la mía, y me di cuenta de que me sentía tan cómodo que era como si estuviera en mi propia cama. La de verdad, no la nueva.

Tan cómodo me sentía que, al final, me acabé quedando dormido.

CAPÍTULO 10

A TRAVÉS DE LA VENTANA

CUANDO DESPERTÉ POR SEGUNDA VEZ la mañana del miércoles, noté una sensación extraña. Al principio no fui capaz de identificarla. Me quedé un rato en la cama abrazando la almohada, con los ojos cerrados y bien tapado con la sábana, y entonces lo comprendí. Era una sensación única del verano: la libertad absoluta de saber que podía quedarme en la cama todo el tiempo que quisiera, por muy tarde que me despertara; que no tenía que levantarme hasta que me apeteciera. Si quería, podría volver a dormirme hasta la hora de comer.

Pero no lo hice, aunque tampoco me levanté. Lo que hice fue recordar la visita al cementerio con Mario. Vale, sí, puede que me diera mal rollo ir, y puede que, una vez dentro, me pasara la primera media hora un poco asustado hasta acostumbrarme a la situación. Pero había sido... No sé, ¿especial, tal vez?

Estar ahí con Mario, los dos tumbados en la oscuridad mientras hablábamos y contemplábamos las estrellas, era una clase de intimidad que nunca había conocido. Recordé la sensación de su cabeza junto a la mía, nuestras manos tan cerca que casi se tocaban, mi respiración acompasada con la suya. Solo volver a pensar en ello me provocaba un cosquilleo agradable en la boca del estómago.

Un instante después, puse los ojos en blanco. Mario y yo acabábamos de conocernos: no podía pillarme por él, y menos tan pronto. Además, ¿qué sentido tendría? Tampoco iba a quedarme en el pueblo para siempre; si mis padres no volvían a casa un año después, yo me iría a la universidad igualmente. Aunque se diera el improbable caso de que llegara a pasar algo entre nosotros, aquello tendría una fecha de caducidad que llegaría más pronto que tarde. No tenía sentido.

Y, aun así..., había sido especial. Nos habíamos quedado dormidos, los dos muy juntos bajo la luna y las estrellas. No nos despertamos hasta que las primeras luces del amanecer comenzaron a teñir el cielo de un tono entre rosado y anaranjado. Mario parecía alterado; me dijo que sus padres lo matarían como se enteraran de que no había dormido en casa. Cruzamos el cementerio, me ayudó a subir al muro y echamos a correr en dirección al pueblo. Por suerte, no nos encontramos a nadie por el camino; era demasiado temprano.

Al llegar a casa, subí los escalones en silencio, rezando a todos los panteones que conocía para que mis padres no se despertaran. Tuve suerte. Cerré la puerta de mi habitación en silencio y, una vez allí, miré por la ventana. En la casa de enfrente estaba Mario, que se despidió de mí con un gesto antes de correr las cortinas. Yo hice lo mismo y bajé las persianas despacio para no hacer

ruido, maldiciéndome por no haberlo hecho antes de salir. A continuación, me tumbé en la cama con una enorme sonrisa, recordando los momentos que había pasado con Mario tan solo unas horas antes, tumbados los dos sobre el mantel. Pero estaba agotado por las emociones de la noche y la carrera hasta el pueblo, así que no tardé en quedarme dormido.

Ahora ya eran más de las once de la mañana. Me pregunté si Mario se habría despertado ya, y si daría señales de vida antes de la noche. De pronto, como si estuviera escuchando mis pensamientos, oí un chirrido que me resultaba familiar. Fui hasta el cuarto de baño y miré por la ventana, pero no había nadie al otro lado. A lo mejor no me había leído la mente, después de todo, y simplemente había dado por hecho que seguía durmiendo o que ya había bajado con mis padres.

En cualquier caso, había una nota cerca de mi ventana, sujeta por una pinza. La cogí, con cuidado de que no se cayera, y sonreí mientras leía el mensaje:

¡Buenos días!

Espero que hayas dormido bien.

No habrás tenido pesadillas, ¿verdad?

Como te veía tan asustado antes...

Si te parece, podemos volver a quedar esta noche. En el mismo sitio y a la misma hora.

Si es que no te da miedo repetir, claro.

¿Te atreves?

Puse los ojos en blanco, eché un vistazo más a la ventana y fui a mi habitación a por un bolígrafo. Una vez allí, escribí mi respuesta en la parte de atrás del trozo de papel:

¿Miedo? No sé de qué me hablas.

Esta noche nos vemos.

Volví al cuarto de baño, prendí la nota a la cuerda y la hice llegar hasta su ventana. A continuación, me quité la ropa, asegurándome de estar alejado del campo de visión que podría tener Mario desde la casa de enfrente, y me metí en la ducha para despejarme un poco.

No fue hasta que el agua caliente comenzó a correr sobre mi cuello que me di cuenta de algo: esa mañana ni siquiera me había acordado de Luis.

Por lo general, Luis era la última persona en la que pensaba antes de quedarme dormido y también la primera en aparecer en mi mente cuando me despertaba. Era así desde hacía tantos meses que me daba vergüenza admitirlo ante mí mismo. Ese día, sin embargo, había tardado tanto en acordarme de él que ni yo mismo me lo creía. ¿Estaría superándolo por fin? ¿O tal vez lo que me estaba superando era toda aquella situación y tener que adaptarme a mi nueva vida, y por eso ya no tenía tanto tiempo para pensar en él?

Una vocecilla molesta en el interior de mi cabeza me propuso una tercera posibilidad: ¿y si era por Mario? Después de todo, lo que había vivido con él la noche anterior era muy diferente a

cualquier cosa que hubiera vivido antes con Luis. En la burbuja protectora de la ducha, a solas con mis pensamientos más íntimos, tenía que admitir que tal vez eso tuviera algo que ver. Recordé ese cosquilleo en el estómago que había sentido la noche anterior con él, y un calorcillo agradable que no tenía nada que ver con la temperatura del agua se extendió por todo mi cuerpo.

–Para ya, Nacho –susurré, a sabiendas de que nadie me escucharía por encima del estruendo del agua que caía sobre mi cabeza–. Lo acabas de conocer.

Cuando salí de la ducha, me sequé bien y me aseguré de vestirme antes de pasar frente a la ventana. Entonces vi que el papel volvía a estar en mi lado. Me había ensimismado tanto mientras me duchaba que no había oído la cuerda. Lo desplegué una vez más y leí el mensaje con una sonrisa.

Perfecto. Espero que no te rajes...

Escribí una respuesta rápida, incapaz de dejar de sonreír.

En tus sueños.

No sabía qué tenía ese juego que nos traíamos con las notas, pero me estaba gustando. Esa comunicación a través de la cuerda tenía algo especial, muy diferente a los mensajes de WhatsApp a los que estaba acostumbrado. Poder tocar el mismo papel que Mario, leer su letra, hacía que me sintiera mucho más próximo a él.

Por un momento me pregunté si no estaba buscando ya demasiadas cosas especiales, pero enseguida me sacudí el pensamiento de encima. Después de lo mal que lo había pasado con Luis, también tenía derecho a disfrutar un poco.

Una vez en mi habitación, cogí el móvil de la mesilla de noche y comprobé las notificaciones. Había recibido un mensaje de Leire, mi mejor amiga.

Cómo t vas adaptando a la vida
en el pueblo?

Algún chico guapo?



Lo cierto es que el mensaje llegaba en el mejor momento posible, porque necesitaba desahogarme. Y con urgencia.

Uf. Ya verás.

Puedo llamarte dentro de un rato?

Me parece q necesito hablar 😊

Al bajar al salón me encontré con mi padre, que estaba colocando unos libros en la estantería. Había un par de cajas abiertas a sus pies.

–Buenos días, dormilón –me saludó con una sonrisa.

–Buenos días –contesté con un bostezo.

–Oye, ¿por casualidad has tocado las cuerdas del tendedero?

–¿Qué? –pregunté, sorprendido por la pregunta. Me di cuenta de que debía de tener cara de culpable, así que traté de recomponerla en una expresión neutra y añadí a toda prisa–: No, ¿por...?

–He estado oyendo chirridos, como si alguien las moviera –me explicó, y después se encogió de hombros–. Supongo que sería otra cosa.

–Creo que habrá sido... el viento –me apresuré a responder.

–¿El viento?

–Eh... Sí. –Me maldije por no haber pensado una explicación más convincente–. Creo que el aire mueve las cuerdas de vez en cuando; yo también lo he oído.

Él se quedó pensativo durante unos segundos y después se encogió de hombros una vez más.

–Sí, supongo que será eso –dijo sin darle más vueltas.

Aliviado por haber esquivado la bala, fui a la cocina en busca de algo de comer. No me sentía muy original, así que metí un par de rebanadas de pan en la tostadora y me preparé un vaso de leche con Nesquik. Cuando saltaron las tostadas, las unté con mantequilla y me senté a comérmelas.

Desde allí podía ver la ventana de la cocina, y no pude evitar acordarme de la noche que había conocido a Mario. Todavía no había pasado ni una semana, pero, después de la noche anterior, parecía que hubiera ocurrido hacía una vida. Sonreí al recordar lo mucho que me había asustado ver a un desconocido plantado frente a mi casa, mirándome desde la oscuridad. En un primer momento pensé que había conseguido disimular bastante bien, pero, a juzgar por todas las pullas sobre mi valor o la falta de él, empezaba a tener la impresión de que Mario me había calado desde el principio.

Eché un vistazo al móvil y vi que Leire todavía no me había contestado. Eran casi las doce del mediodía, lo que significaba que podría jugar a la consola al menos un par de horas antes de

comer. Pero, por supuesto, antes quería subir para comprobar si Mario me había respondido.

Tal como esperaba, había otra nota cuando me asomé a la ventana. Este trozo de papel era nuevo; el anterior se había quedado sin espacio y Mario debía de haberlo tirado a la basura. Me maldije por no haberlo cogido yo; ahora, ya no podría guardármelo.

Pues hablando de sueños...
Esta noche he soñado contigo.

Parpadeé varias veces mientras analizaba sus palabras, incapaz de creerme lo que estaba leyendo. Si la letra de Mario hubiera sido como la mía, tal vez habría dudado de mis ojos; pero su escritura era clara y precisa, y no había forma de negar lo que decía. Sentí un cosquilleo en el estómago mientras asimilaba esa información.

Mario había soñado conmigo la noche anterior. Por supuesto, no tenía forma de saber cuál había sido la naturaleza del sueño; por lo que sabía, bien podría haber sido una pesadilla. Pero eso no importaba; lo que importaba eran esas palabras escritas sobre el papel. La noche anterior había soñado conmigo. No sabía ni qué pensar al respecto.

Antes había dejado el bolígrafo sobre el alféizar, así que me apresuré a escribir una respuesta. Sin embargo, cuando la punta del bolígrafo tocó el papel, me di cuenta de que no sabía qué contestar. Después de todo, era la primera vez que alguien me decía algo así. ¿Cómo se suponía que debía reaccionar? No podía parecer demasiado entusiasmado, porque quizá tan solo se estuviera metiendo conmigo. Y tampoco podía parecer demasiado interesado, porque... Eso, ¿por qué estaba tan interesado?

No lo sabía, pero lo que sí sabía era que necesitaba saberlo. Y, a ser posible, sin que Mario se diera cuenta de lo mucho que me habían emocionado sus palabras. Por suerte, no se encontraba al otro lado, así que no pudo ver cómo le daba vueltas a la respuesta durante cinco minutos.

Finalmente, me decidí por algo simple:

¿Y qué es lo que has soñado?

Supuse que con eso bastaría. Era una pregunta directa, pero no parecía excesivamente interesada o, al menos, eso esperaba. Intentando no pensar más en ello, sujeté la nota con una pinza y deslicé la cuerda. A continuación, solté un suspiro. Después de aquello, iba a costarme mucho concentrarme en los videojuegos, que era lo que planeaba hacer durante el resto de la mañana. Podría quedarme en la cama y esperar a escuchar el ya familiar chirrido del tendedero, pero eso levantaría sospechas. Como mínimo, seguro que mi padre pensaba que seguía triste por lo de Luis... Y lo último que quería era que me hiciera preguntas que no me apetecía responder.

Así pues, bajé al salón, encendí la PlayStation y me dediqué a combatir oleadas de infectados. Al menos, mientras me enfrentaba a los monstruos podía descargar gran parte de la tensión acumulada durante esos días.

—Nacho, ya va a estar la comida —me avisó mi padre desde la cocina, poco después de las dos

-. ¿Te vienes a poner la mesa? Tu madre estará a punto de llegar.

En otro momento me habría quejado de tener que dejar el juego, pero en esa ocasión agradecía tener una excusa para hacerlo.

-¡Vale! -contesté mientras guardaba la partida-. Subo a lavarme las manos y voy.

Tal como esperaba, había otra nota esperándome en la cuerda del cuarto de baño.

Ya te lo contaré esta noche.

Si es que te atreves a venir, claro.

Puse los ojos en blanco y garabateé una respuesta rápida.

Esta noche nos vemos.

Y ya veremos entonces quién es el que pasa miedo.

Por supuesto, a esas alturas tendría que haber sabido que quien iba a pasar miedo era yo.

CAPÍTULO 11

HISTORIAS DE MIEDO

MIENTRAS COMÍA, tomé una decisión. Me había gustado mucho pasar la noche anterior con Mario en el cementerio, pero había tenido un pequeño problemilla: el sueño. Aunque me habría encantado quedarme toda la noche hablando con él, más de una vez me había dado cuenta de que estaba dando una cabezada sin querer, hasta que al final me quedé dormido sin darme cuenta. Me sonrojé ligeramente al recordarlo, y tan solo pude desear que él se hubiera dormido primero. Lo último que quería era que me hubiera visto roncando y babeando.

Para la segunda vez quería aguantar despierto toda la noche, así que iba a tener que dormir antes de quedar con él. Todavía tenía sueño después de haber pasado una noche tan rara, de modo que esa vez me iba a costar todavía más aguantar despierto si no me echaba primero una buena siesta.

Nada más subir las escaleras, fui al cuarto de baño y me encontré con una nueva nota junto a la ventana.

Los dos sabemos quién va a pasar miedo,
y está claro que no voy a ser yo.

Sonreí ante su chulería. Por un lado, me molestaba un poco que siempre fuera así, pero, por otro... ¿me hacía gracia? ¿Me gustaba? En realidad, ni yo mismo lo sabía. Pero no pensaba dejar que se quedara con la última palabra, así que un minuto más tarde mi respuesta ya estaba frente a su ventana.

Eso ya lo veremos.

Después, fui a mi habitación, bajé la persiana y me metí en la cama en calzoncillos. Puse la alarma del móvil a las ocho de la tarde; quería despertarme con tiempo de sobra para ducharme y prepararme antes de cenar. Con un poco de suerte, mis padres me dejarían dormir toda la tarde del tirón.

Me abracé a la almohada y no tardé en darme cuenta de que estaba sonriendo. Me gustaba esa sensación: saber que tenía un nuevo amigo, esa complicidad que parecía haber surgido de una forma tan rápida y natural entre nosotros, como si nos conociéramos de toda la vida. En apenas unas horas iba a volver a estar con él, pasando la noche juntos en la oscuridad del cementerio, y

la idea hizo que volviera a sentir ese agradable cosquilleo en el estómago que tanto parecía acompañarme últimamente.

Unas horas más tarde, desperté sobresaltado por el sonido estridente del móvil. Palpé la mesa torpemente y detuve la alarma antes de que me taladrara la cabeza. Mi mente estaba sumida en una especie de nebulosa, llena de imágenes entremezcladas: Mario, yo, la tapia del cementerio, las lápidas... y algo que salía de debajo de la tierra, algo viscoso y nauseabundo. Me estremecí; debía de haber tenido algún sueño extraño. La culpa era mía por irme a dormir con el estómago lleno.

Solté un largo bostezo, me desperecé y miré el móvil. Tenía seis llamadas perdidas de Leire y varios mensajes histéricos... Mierda. Le había dicho que quería hablar con ella y, en su lugar, me había ido a dormir. Todavía estaba demasiado atontado para ponerme a hablar por teléfono, así que le mandé una nota de voz procurando sonar lúcido.

—Perdona, es que la cobertura de aquí es horrible. Te cuento en cuanto pueda, ¿vale? Un besito.

A continuación, fui al cuarto de baño. Tenía cara de empanado y el pelo hecho un asco, así que me metí directamente en la ducha. No fue hasta salir de allí, diez minutos después, que me dirigí hacia la ventana; estaba tan dormido antes que no se me había ocurrido. Tal como esperaba, allí estaba la nueva nota, esperándome en su pinza.

Vale, pues si tan valiente crees que eres,
hoy te propongo otro reto. Quedaremos a las once,
directamente en el cementerio. Dentro.
Y tendrás que ir hasta allí tú solo.
¿Te atreves?

Un estremecimiento me recorrió la espalda. La noche con Mario había sido divertida, pero todavía recordaba el miedo que había sentido al principio. Se me había pasado pronto porque estaba con él, pero ir hasta allí yo solo era algo totalmente diferente. Además, ¿y si llegaba antes que él y tenía que quedarme un rato allí plantado? O, peor todavía, ¿y si todo aquello era una broma y ni siquiera se presentaba? Volví a estremecerme al recordar la persona que había visto a lo lejos. Mario me había dicho que no tenía nada de qué preocuparme, que no era peligrosa... ¿Pero de verdad era así? Si entraba yo solo en el cementerio, ¿cómo podía estar seguro de que esa persona no iba a acercarse a mí?

En cualquier caso, no podía acobardarme a esas alturas.

Allí nos vemos.

Terminé de secarme, me vestí y me peiné lo mejor que pude. Tenía que cortarme el pelo urgentemente, pero siempre se me acababa olvidando. Después, bajé al piso inferior y me encontré con mis padres, que estaban en el sofá viendo la tele.

–Hola, dormilón –me saludó mi madre con una sonrisita–. ¿A ti te parece normal despertarte a las ocho de la tarde?

–Lo siento –respondí con una sonrisa avergonzada–. Es que no estoy durmiendo muy allá últimamente.

Ellos intercambiaron una mirada.

–Sí, ya nos hemos dado cuenta –dijo mi padre–. ¿Te sientas con nosotros? Estos días casi no te vemos el pelo.

–Vale. ¿Qué hay para cenar? –pregunté mientras me sentaba, al captar un olor delicioso que se escapaba desde la cocina.

–Sopa –respondió mi madre–. Se está haciendo el caldo; estará listo en poco más de una hora.

Cuando terminamos de cenar, un par de horas más tarde, subí corriendo al cuarto de baño. Mario no había contestado, pero la nota había desaparecido, así que di por hecho que nuestro plan seguía adelante. Miré el móvil. Eran cerca de las diez y media y no sabía si me iba a costar encontrar el cementerio, así que lo mejor sería ponerme en marcha cuanto antes. Me lavé los dientes a conciencia, me arreglé el pelo una vez más y me apresuré a bajar.

Por suerte, mis padres estaban teniendo mucha manga ancha conmigo a la hora de salir por la noche. Después de todo, ¿qué iba a pasarme en el pueblo? Tan solo tuve que decirles que quería dar un paseo, porque necesitaba estirar las piernas y hacer un poco de ejercicio si quería dormir por la noche, y no me hicieron más preguntas.

Una vez en camino, saqué el móvil para buscar la mejor ruta hacia el cementerio, pero no sirvió de nada: la cobertura era tan mala que el mapa ni siquiera se cargaba. Tendría que haber descargado los datos en casa, pero ya era demasiado tarde. Por suerte, tenía una idea bastante aproximada de por dónde habíamos ido la noche anterior, así que decidí fiarme de mis instintos... Aunque eso de ir a un sitio sin consultar la aplicación me generaba un poco de ansiedad. Por primera vez, entendí a qué se referían los boomers con eso de que los jóvenes no sabemos hacer nada sin el móvil.

Unos minutos después de salir del pueblo, miré hacia la derecha y distinguí la mansión que había visto el día anterior, alejada del resto de casas. Recordaba que se podía ver tanto desde las afueras del pueblo como desde el exterior del cementerio, así que iba por buen camino. Por un momento me pareció ver un destello en una de las ventanas, pero entonces me di cuenta de que tan solo era el reflejo de la luna. Al menos, eso esperaba.

Continué caminando, inquieto, mientras trataba de ignorar los sonidos de la naturaleza extrañamente magnificados en la quietud de la noche. El susurro de las hojas de los árboles, los crujidos de las ramitas secas bajo mis pies, los correteos lejanos de algún animal nocturno... Estando junto a Mario, aquellos sonidos me habían resultado agradables; pero ahora que estaba yo solo, me ponían un poco nervioso. En más de una ocasión me pareció oír el sonido de alguien respirando justo detrás de mí y me di la vuelta, sobresaltado, pero no había nadie.

Aligeré el paso. El mismo camino se me había hecho muchísimo más corto la noche anterior, con Mario. Pero había una ligera neblina en el suelo y, después de tropezar dos veces con alguna raíz suelta que no había visto, volví a bajar la velocidad antes de acabar cayéndome.

Por fin, la forma oscura del cementerio se alzó ante mí, aunque tampoco es que eso fuera un gran alivio. Tal como esperaba, no había señales de Mario por ninguna parte, lo que significaba que iba a tener que subirme por mi cuenta al muro y, peor todavía, entrar allí solo. Solté un suspiro cuando me acerqué a la pared de piedra; sin duda, aquella iba a ser la peor parte. Encendí la linterna del móvil y alumbré la superficie. Tal como recordaba, estaba compuesta de bloques irregulares. Pronto encontré uno que sobresalía bastante más que los otros, a más o menos medio metro por encima del suelo. Si me sujetaba de la parte superior del muro, tal vez podría utilizar ese saliente para apoyar el pie e impulsarme. No parecía demasiado difícil; Mario lo había hecho sin gran esfuerzo. Tenía que intentarlo.

Por supuesto, la teoría era mucho más fácil que la práctica. Necesité unos cuantos intentos y bastantes arañazos en las manos y las rodillas, ya magulladas después del día anterior, pero al final lo conseguí sin perder demasiado la dignidad. Por suerte, no había nadie que pudiera verme; al menos, hasta donde yo sabía. Una parte de mí esperaba que Mario saliera de un momento a otro de algún arbusto, riendo a mandíbula batiente.

Una vez dentro del cementerio, noté que mi corazón se aceleraba. La misma neblina que había visto en el exterior cubría el suelo y parecía espesarse a lo lejos, y las lápidas y las estatuas sobresalían como los restos de un naufragio olvidado. Noté que temblaba un poco mientras miraba a mi alrededor. No había señales de Mario, ni tampoco de nadie más. ¿Pero quién sabía lo que podría ocultarse entre la niebla?

Caminé en dirección al mausoleo; me costaba orientarme dentro del cementerio, pero sabía que por ahí cerca era donde habíamos estado la noche anterior. Cuando apenas había avanzado un par de metros, me detuve en seco. Esta vez no tenía duda: había oído pasos, y sonaban justo detrás de mí. Tragué saliva al recordar la persona que había visto la noche anterior. Mario decía que no era peligrosa, pero...

–¡Bu!

Mi grito partió el silencio de la noche, y di un brinco tan grande que estuve a punto de caerme. Me di la vuelta con rapidez... y, por supuesto, ahí estaba Mario, riéndose a carcajadas con las manos sobre la tripa.

–Eres imbécil –le espeté, y le di un empujón que hizo que se riera todavía más.

–Tendrías que haberte visto la cara –dijo con una sonrisa–. Ni que hubieras visto un fantasma...

–Ja, ja. Muy gracioso. Los fantasmas no existen, así que no intentes asustarme.

–¿Estás seguro? –me preguntó con una expresión enigmática en el rostro.

–Pues claro. Y no intentes convencerme de lo contrario, porque no lo vas a conseguir.

Él me miró en silencio durante unos segundos, muy serio de pronto. Finalmente, se encogió de hombros y dijo:

–Como quieras. Te iba a contar una cosa, pero...

Dejando la frase inconclusa, se dio la vuelta y comenzó a caminar en dirección contraria. Puse los ojos en blanco y le seguí, en parte porque tenía curiosidad... y en parte porque no quería quedarme allí solo.

–Venga, va, cuéntamelo.

Le cogí del brazo y solo entonces se detuvo. Se dio la vuelta, me miró a los ojos y esbozó una sonrisa.

–¿Seguro que quieres saberlo? –preguntó, y yo asentí con la cabeza–. Pues ven conmigo.

Mi mano seguía sobre su brazo, y él la cubrió con la suya y entrelazó sus dedos con los míos. Un nuevo estremecimiento recorrió mi cuerpo, pero esta vez no se debía al miedo. De algún modo, aquel contacto me parecía tan natural que me resultaba imposible romperlo.

Lo seguí hasta la parte trasera del mausoleo, donde habíamos estado la noche anterior. Una vez allí, Mario me soltó la mano para quitarse la mochila y extender el mantel sobre el suelo. Nos tumbamos y nos quedamos en silencio, observando la enorme luna y las estrellas que parpadeaban sobre nosotros. De nuevo, nuestra respiración se acompasó, y por un momento me pareció sentir que los dos compartíamos un mismo corazón.

–Había una vez, hace mucho tiempo, una casa abandonada... –empezó Mario al cabo de un rato. Sin poder evitarlo, me eché a reír antes de que terminara la frase–. ¿Qué pasa?

–¿En serio? ¿«Había una vez»? –repetí con retintín–. ¿Es que vas a contarme un cuento de buenas noches o qué?

Soltó un suspiro de exasperación y, sin verle la cara, supe que estaba poniendo los ojos en blanco.

–Cerca de un pueblo había una casa abandonada. Había sido una mansión grande y lujosa en su día, pero ya nadie sabía qué había ocurrido con los dueños. Los habitantes del pueblo sabían de su existencia y la veían todos los días, pero nadie se atrevía a acercarse. Cuando alguien pasaba cerca, siempre decía que se oían ruidos extraños, como unos lamentos, pero nadie se había atrevido jamás a entrar.

–Déjame pensar –lo interrumpí–. Ese pueblo es el nuestro, y la mansión es la que hay a las afueras. ¿A que sí?

Soltó un nuevo suspiro de exasperación, esta vez más alto que antes.

–¿Me vas a dejar que siga, o qué?

–Sí, sí. Perdona.

–Un día, un grupo de chavales aburridos decidieron acercarse. Eran jóvenes y despreocupados y, como suele pasar con los jóvenes, creían que eran inmortales, que tenían toda la vida por delante. –Mario soltó un nuevo suspiro, pero esta vez parecía más de tristeza. De pronto, su voz parecía la de una persona mucho mayor–. Se internaron en la casa para investigar y, uno a uno, se fueron separando para investigar diferentes estancias. Hasta que ya solo quedaron dos.

–Vaya, pobrecitos.

–Oye, que si no quieres que te lo cuente, paso de contarte nada.

–Era broma, era broma. Sigue.

–Los dos chicos estaban enamorados –continuó Mario, y el corazón me dio un vuelco–. Nunca se lo habían dicho; pero, mientras bajaban los dos de la mano hasta el sótano, de algún modo lo supieron. El aire de allí abajo estaba frío y húmedo, y los dos chicos parecían buscar la calidez del otro. Recorrieron el sótano caminando de la mano hasta que, de repente, oyeron un

ruido tras ellos. Se dieron la vuelta, sobresaltados... y ninguno de los dos fue capaz de creer lo que veían sus ojos.

Mario hizo una pausa dramática, pero no continuó. Me miró fijamente, como esperando a ver qué decía.

–¿Y bien? –le apremié–. ¡Sigue!

–Un esqueleto. Había un esqueleto encadenado a la pared: los restos de alguien que había muerto ahí atrapado hacía mucho tiempo. De pronto, en las cuencas de sus ojos se encendió un fuego verde y siniestro, y de su boca muerta brotó un estertor que les heló la sangre en las venas.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. No quería admitirlo, pero a mí también se me había helado la sangre.

–Y... ¿qué pasó después?

–Al principio, los dos chicos pensaron que era una broma de sus amigos. Seguro que ese esqueleto era de plástico, y alguien lo estaba moviendo con una cuerda o así. Por temor a que los demás estuvieran por ahí escondidos, se soltaron de la mano. Se miraron a los ojos y, entonces, avanzaron hacia el esqueleto.

Mario hizo una pausa dramática, cerró los ojos y respiró hondo. Me estaba poniendo de los nervios.

–¡Sigue!

–El esqueleto se agitaba de forma extraña, y los dos chicos estaban cada vez más seguros de que todo era una broma macabra. Pero pronto se dieron cuenta de su error. Cuando se encontraban a apenas un par de metros del esqueleto, este dio una violenta sacudida y consiguió arrancar uno de los brazos de la pared. El fuego de sus ojos se avivó, y los dos chicos supieron que aquello no era ninguna broma. Aterrorizados, echaron a correr. Las escaleras que subían desde el sótano eran estrechas, así que tenían que ir uno detrás del otro. Sin embargo, cuando el primero de ellos logró salir de la mansión, se dio cuenta de que su amigo no estaba con él. Quiso volver a entrar, pero la puerta se cerró frente a él y, por mucho que la aporreó, no consiguió abrirla. La mansión estaba cerrada a cal y canto, con todos sus amigos dentro..., incluido el chico del que estaba enamorado.

Tragué saliva, temeroso de preguntar.

–¿Qué pasó después?

–El chico buscó la forma de entrar, pero no había manera. Al final, se rindió y volvió a su casa. Aquella noche, apenas fue capaz de dormir, y por la mañana fue a las casas de sus amigos. Ninguno de ellos había vuelto la noche anterior, y sus padres estaban desesperados. El chico les explicó lo que había pasado, así que fueron todos hacia la mansión. Algunos llevaban hachas con las que hicieron pedazos la puerta. –Hizo una pausa y me miró con una sonrisa siniestra–. ¿Quieres saber lo que ocurrió entonces?

–¡Claro!

–Cuando entraron a investigar, no había señales de espíritus, ni tampoco ningún esqueleto en la pared. Lo único que encontraron fue los cuerpos de los demás chavales en distintas estancias de la casa. Estaban todos muertos, pero nunca se llegó a averiguar quién o qué los había matado.

De entre todos los que habían entrado en la casa, solo uno de ellos logró salir con vida.

–¿También murió el chico que...?

Mario asintió tristemente con la cabeza. Sabía de quién hablaba.

–Su cuerpo fue el primero que encontraron. Estaba tirado en las escaleras, muy cerca de la puerta, con un brazo extendido hacia ella y los ojos muy abiertos, como si tratara de alcanzar a su amigo. Jamás lo consiguió.

–¿Y qué fue del que escapó?

Mario soltó un largo suspiro.

–Por supuesto, ya nunca volvió a ser el mismo. Todas las noches volvía a la mansión, tal vez para tratar de encontrarse de nuevo con sus amigos o con el chico al que quería. Se había quedado solo, y se fue apagando poco a poco hasta que perdió las ganas de vivir. Finalmente, se acabó suicidando.

Un escalofrío me sacudió al oír esas últimas palabras. Me di cuenta de que se me había puesto la carne de gallina.

–Es... Es todo mentira, ¿verdad?

Mario alzó una ceja.

–Pues claro que no. Los huesos de todos ellos descansan en este mismo cementerio.

Abrí mucho los ojos y miré hacia el muro, en la dirección donde sabía que se encontraba la mansión. Tragué saliva antes de hablar.

–¿Quieres decir que...?

–Pues claro. Esa historia ocurrió aquí, Nacho.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque he conocido a algunos de esos chicos.

–¿Eran tus amigos?

Mario esbozó una sonrisa triste y miró al cielo mientras respondía.

–No, no eran mis amigos. De hecho, ni siquiera llegué a conocerlos con vida.

–¿Cómo...? ¿Cómo que con vida?

–Cuando los conocí, ya estaban muertos –respondió con voz tranquila, como si aquello fuera lo más natural del mundo.

Me quedé helado al oír sus palabras. Una parte de mí no quería creerlo, no podía creerlo. Pero la otra era tan consciente de la seguridad de sus palabras y la seriedad de su expresión que sabía que lo que decía tenía que ser cierto.

–Eh... Estás de coña, ¿verdad? –pregunté a la desesperada.

Solo entonces Mario bajó la mirada del cielo.

–Sabes que no.

–Pero los fantasmas no existen –repliqué.

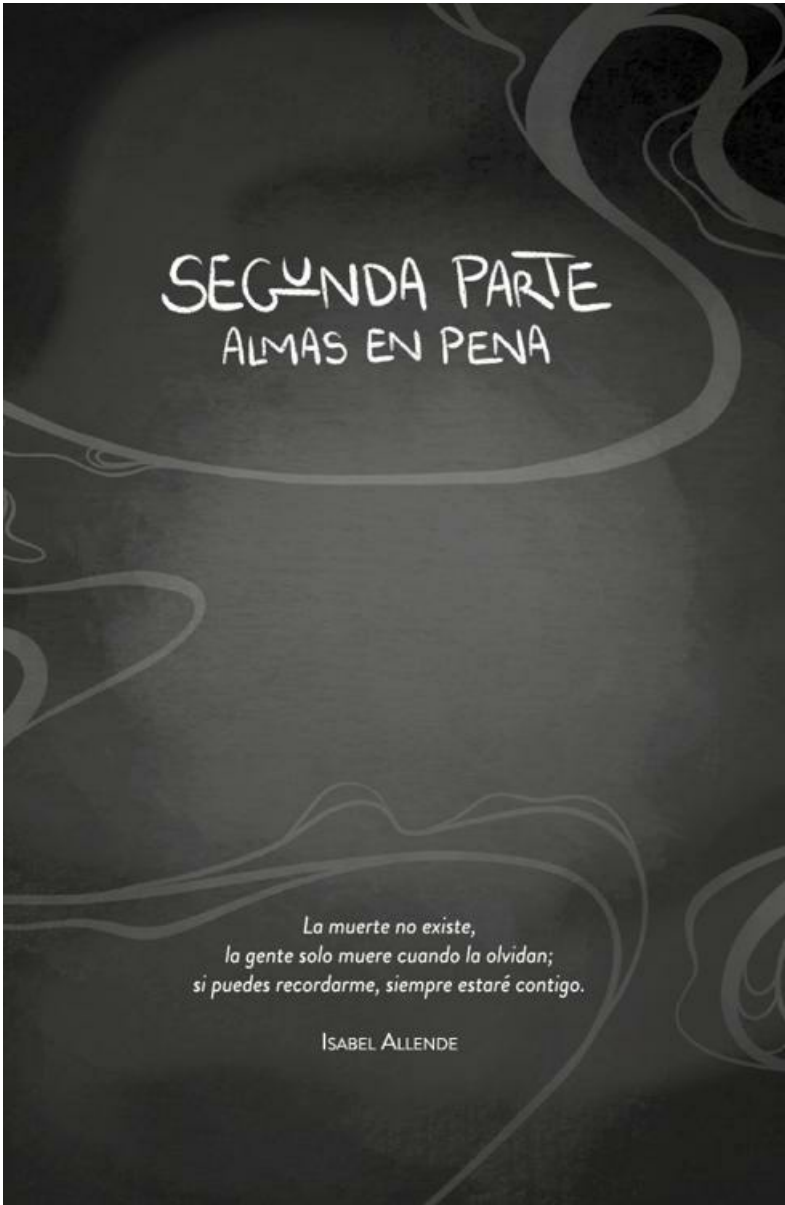
Él sonrió.

–Pues claro que existen. Y están por todas partes.

–¿Por... por todas partes?

–¿Es que todavía no te has dado cuenta, Nacho? –me preguntó él a su vez, con voz sombría–.

En este pueblo hay fantasmas.



SEGUNDA PARTE

ALMAS EN PENA

*La muerte no existe,
la gente solo muere cuando la olvidan;
si puedes recordarme, siempre estaré contigo.*

ISABEL ALLENDE

CAPÍTULO 12

EL FANTASMA

ME ECHÉ A REÍR, tratando de aparentar una entereza que no sentía, pero me di cuenta de que mi risa sonaba demasiado estridente.

–Venga ya –dije, con la voz temblorosa a mi pesar–. ¿Fantasmas en el pueblo? A ti se te ha ido la olla.

–Lo digo en serio, Nacho. Y no es buena idea reírse de ellos, por cierto. Podrían enfadarse.

–Y si en este pueblo hay fantasmas, ¿cómo es que todavía no he visto ninguno?

Esta vez fue él quien se rio.

–Pues claro que has visto fantasmas, Nacho. ¿No lo recuerdas? Ayer mismo, conmigo.

–¿Cómo que ayer...?

–Piensa bien –me instó él.

Fruncí el ceño, tratando de comprender a qué se refería, y desvié la mirada hacia las lápidas que nos rodeaban, las estatuas castigadas por el paso del tiempo. Y entonces lo comprendí. Después de todo, el día anterior no habíamos estado solos en el cementerio.

–Cuando estuvimos aquí ayer –dije–. Esa persona que vi...

–Exacto –respondió él con una sonrisa.

–¿Me estás diciendo...? –musité, apenas capaz de articular palabra–. ¿Me estás diciendo que era un fantasma?

–Pues claro –dijo, como si comentara el tiempo que hacía–. Si te soy sincero, pensé que te habrías dado cuenta.

Me puse en pie de un salto.

–¿Y qué coño hacemos aquí? ¡Vámonos ahora mismo!

Él levantó ambas manos.

–Tranquilo, tranquilo. Ya te lo dije ayer: aquí vive mucha gente... –Esbozó una sonrisita–. Bueno, en realidad no están vivos, claro. Pero son inofensivos. No pueden hacerte daño, créeme.

–Tú no has visto muchas películas de fantasmas, ¿verdad? –repliqué–. Si hay algo que no son, es inofensivos.

Mario puso los ojos en blanco.

–No te creas todo lo que ves en las películas, Nacho. Los fantasmas de la vida real no tienen nada que ver con eso.

No sabía si me sorprendía más que estuviéramos hablando de fantasmas con total naturalidad, o el hecho de haber aceptado toda aquella locura como si nada. Cuando Mario hablaba, era como si hubiera una verdad pura y sin diluir en sus palabras; su voz sonaba demasiado convincente

para rechazar lo que decía. En cualquier caso, todavía había una parte tozuda dentro de mí que no era capaz de creerse lo que me estaba contando.

–¿Cómo sé que no me mientes?

Mario alzó una ceja. Estaba tan guapo al hacerlo que el corazón me dio un vuelco.

–¿Por qué iba a mentirte?

–Ayer me dijiste que eran tus compañeros de secta –le recordé, y él esbozó una sonrisa malvada–. Y hoy dices que son fantasmas... ¿Cómo sé que mañana no vas a decirme que son..., no sé, alienígenas o algo así?

–Bueno, eso es fácil de demostrar. ¿Quieres conocerlos?

–¿Q-qué dices?

–A los fantasmas. ¿Quieres conocerlos?

–Estás de coña, ¿no?

–Claro que no. Dices que no te crees que de verdad haya fantasmas, pero yo puedo presentártelos. Si es que te atreves, claro.

Fruncí el ceño, molesto. ¿En qué momento había permitido que Mario se diera cuenta de que no me gustaba que me dejaran por cobarde? Ahora, lo único que tenía que hacer para convencerme de cualquier cosa era sugerir que no me atrevía a hacerlo. Era bastante fastidioso, pero al mismo tiempo había algo que me gustaba en esa dinámica de provocación que había entre nosotros.

–Pues claro que me atrevo –le aseguré, tratando de sonar más convencido de lo que me sentía en realidad–. Venga, vamos.

–No hace falta que vayamos a ningún sitio: aquí mismo ya hay fantasmas. Solo tenemos que ir a buscarlos.

–Vale.

Me tendió la mano. El corazón me palpitó con fuerza y titubeé durante unos segundos mientras la miraba, incapaz de tomársela. Entonces, lo miré a los ojos y él sonrió, y esa sonrisa fue el impulso que necesitaba para dar el paso. Sus dedos estaban frescos, pero eran de una suavidad tan agradable que me entraron ganas de no soltarlos jamás.

–Pase lo que pase, no me sueltes, ¿vale? –me dijo, como si estuviera leyéndome los pensamientos–. Es muy importante.

–Vale –susurré con la voz temblorosa.

Como si pensara hacerlo...

Echamos a caminar entre las lápidas, despacio y sin rumbo aparente. Había algo espeluznante en toda aquella situación, pero, al mismo tiempo, estar en compañía de Mario ayudaba a disipar el miedo que sentía. En el cementerio reinaba un silencio sepulcral, nunca mejor dicho; lo único que podía oír era el sonido de nuestros pasos sobre la hierba y el latido desenfrenado de mi corazón. Una vez más, me pregunté si mi nuevo amigo sería capaz de oírlo. Traté de quitarme la idea de la cabeza, porque solo pensarlo ya me daba vergüenza.

La niebla parecía cada vez más densa. Me estremecí de frío, dando gracias por haberme llevado la sudadera. No sabía si era mi imaginación desenfrenada, pero me daba la sensación de

que la temperatura había bajado unos cuantos grados desde que habíamos entrado.

Llevábamos ya varios minutos caminando, y cada vez estaba más seguro de que todo aquello de los fantasmas no era más que una mentira de Mario para tratar de asustarme. Estaba a punto de abrir la boca para decirle que quería irme a casa cuando se detuvo en seco.

–¿Qué pasa? –susurré.

–Ahí –dijo simplemente, con la mirada clavada en un punto delante de nosotros.

Mi corazón comenzó a acelerarse otra vez. Seguí la dirección de su mirada y, entonces, lo vi: había una sombra un poco más allá, entre las lápidas cercanas a uno de los muros del cementerio. No hubiera sabido decir qué estaba haciendo exactamente. Parecía que estaba dando vueltas alrededor de un grupo de lápidas, muy lento, pero con un movimiento constante. Por su tamaño, supuse que se trataba de un adolescente. En aquel momento no sabía si de verdad era un fantasma o no; lo que sí sabía era que quería largarme de allí lo antes posible.

Entonces, Mario comenzó a caminar otra vez. En dirección a la sombra.

–Tío, ¿qué haces? –susurré, tirando de su mano, y él volvió a detenerse.

–Te dije que te iba a presentar a un fantasma, ¿no?

Apreté los dientes. Tenía razón.

–Está bien.

Continuamos caminando hacia la sombra. No hubiera sabido decir qué esperaba ver exactamente. ¿Una figura transparente que me permitiera ver las lápidas a través de ella? ¿Tal vez un breve resplandor a su alrededor, o puede que unos pies flotando a unos centímetros por encima del suelo?

Pero no. Lo que vi era un chico de aspecto normal; debía de rondar los quince años. No había nada en él que pareciera indicar que estaba muerto. De algún modo, eso me pareció todavía más peligroso. ¿Y si estaba drogado o algo por el estilo? Teniendo en cuenta cómo daba vueltas sin parar alrededor del mismo grupito de lápidas, tal vez eso fuera lo más creíble... Al menos, si la cosa se torcía, nosotros éramos mayores y encima éramos dos contra uno.

–Ese es Pedro –me dijo Mario mientras nos acercábamos un poco más–. Murió en la mansión. Hace ya mucho tiempo, claro.

–Me estás vacilando, ¿verdad?

–¿Qué?

–Ese chaval no tiene pinta de fantasma –señalé–. Vale que igual esté fumado, pero por lo demás parece una persona normal.

Mario sonrió.

–Si crees que es una persona normal, ¿por qué no vas a hablar con él?

Tragué saliva y di las gracias a la oscuridad por ocultarle a Mario lo blanco que me había puesto de repente. Tenía que reconocer que le debía mucho al hecho de que nuestros encuentros siempre fueran de noche, porque parecía que mi cara siempre estaba cambiando de color de una forma u otra.

–A ver, tanto como persona normal... –me apresuré a corregirme–. Vamos a ver, parece que está colocado o así. Ni de coña voy a hablar con él.

–No está colocado ni nada por el estilo –me aseguró Mario–. Simplemente está muerto. Es un alma en pena, y las almas en pena a veces hacen cosas extrañas.

–A mí me parece sólido.

Mario se rio.

–¿Y eso qué tiene que ver?

–Pues que se supone que los fantasmas son transparentes y esas cosas, ¿no?

–Ya te lo he dicho, Nacho –me recordó Mario, y esbozó una de sus sonrisas burlonas que tanto empezaban a gustarme... aunque jamás se lo admitiría, claro–. Olvídate de cualquier cosa que hayas visto en las películas.

–Vale, digamos que te creo. Ese tío es un fantasma y bla, bla, bla. ¿Cómo sé que no va a hacerme daño?

–No lo hará –me aseguró.

–¿Pero cómo lo sabes? –pregunté exasperado. ¿Tanto le costaba explicarme las cosas del todo, o qué?

–No va a hacerte daño porque estás conmigo. Me conoce. ¿Quieres conocerlo tú también? No habla mucho, pero es buen chaval.

Por un breve instante, se me pasó por la cabeza la idea de que aquello fuera otra de las bromas pesadas de Mario. A lo mejor ese chico era su amigo y estaban los dos compinchados. Sin embargo, cuando lo miré a los ojos, me pareció completamente sincero. No sé qué me llevó a pronunciar las siguientes palabras, pero, para cuando quise darme cuenta, ya habían abandonado mis labios.

–Está bien.

–¿Pedro? –lo llamó Mario, alzando la voz.

El chico se detuvo; estaba a solo cinco o seis metros de donde nosotros nos encontrábamos. Noté que la mano me comenzaba a sudar un poco entre los dedos de Mario, pero me mantuve firme. Recordé lo que me había dicho antes: que no lo soltara, pasara lo que pasara. Y también recordé lo que me acababa de decir: que el supuesto fantasma no me haría daño porque estaba con él. Por si acaso, le apreté los dedos con más fuerza, y él me devolvió el apretón de una forma que logró tranquilizarme un poco. Aunque solo un poco.

Echamos a caminar. Esta vez, mi corazón latía tan fuerte que ni siquiera era capaz de oír nuestras pisadas sobre la hierba. ¿Por qué me había metido en algo así?

–Hola –lo saludó Mario al llegar junto a él.

Pedro permaneció inmóvil, pero me di cuenta de que nos miraba de reojo. Tragué saliva. Sí, tal vez hubiera algo extraño en esos ojos; pero, por lo demás, no había nada que indicara su supuesta condición de fantasma. A la tenue luz de la luna, su cuerpo me parecía completamente sólido. Salvo por la pinta de fumado y el hecho de haberlo encontrado dando vueltas por un cementerio, no parecía muy diferente a Mario o a mí.

Y, a decir verdad..., ¿acaso Mario y yo no estábamos también dando vueltas por el cementerio? Yo no era quién para juzgar, precisamente.

–Hola –me atreví a saludar, cohibido.

Entonces, el chico giró la cabeza de forma brusca para mirarme directamente a los ojos. El movimiento me sobresaltó y retrocedí un par de pasos, pero la mano de Mario se mantuvo firme y no me soltó.

–Hola –respondió simplemente.

Su voz también sonaba normal. De nuevo, no sabía muy bien qué era lo que había esperado exactamente. ¿Una voz tenebrosa que hablara entre estertores, unos sonidos de ultratumba que me pusieran la carne de gallina? No: esa voz era como cualquier otra voz que hubiera podido escuchar en la vida. Como único rasgo distintivo, tal vez podía sonar un poco cansada, pero era difícil estar seguro con una sola palabra.

–Este es Nacho –me presentó Mario, y el chaval asintió con la cabeza. Mi nuevo amigo me miró antes de continuar, y después volvió a dirigirse a él–. No se cree que estés muerto. ¿Cuánto tiempo hace que moriste, Pedro? ¿Treinta años?

–Casi treinta y dos –respondió el supuesto fantasma como si tal cosa. Seguía sin haber nada en su voz que lo delatara.

–Sí, sabía que no iba muy desencaminado. –Mario se giró para mirarme una vez más y bajó la voz al dirigirse a mí–: ¿Ves? Él mismo lo confirma. Está muerto.

Aquella situación, que había empezado siendo espeluznante, ahora comenzaba a parecerme un tanto ridícula. Que él lo dijera no significaba que fuera un fantasma. Tenía aspecto de persona normal, y también hablaba como una persona normal. No daba miedo ni era transparente, ni todas esas cosas que se supone que deberían ser los fantasmas. Lo más probable era que hubiera ido a meterse algo en el cementerio y que, entre lápida y lápida, se había tragado lo de que él mismo estaba muerto. Pero eso no significaba que lo estuviera de verdad.

¿De verdad pensaba Mario que iba a asustarme con algo así? ¿O acaso era que él mismo se creía sus palabras? Después de todo, tampoco lo conocía tanto. Me constaba que no tenía más amigos de nuestra edad, y tampoco es que hubiera mucho que hacer en el pueblo. ¿Cuántos años llevaría yendo a visitar el cementerio noche tras noche? ¿Y si él también se metía algo raro? No sabía si quería conocer la respuesta a mis preguntas, pero, por supuesto, ya era demasiado tarde para echarme atrás.

–Claro, claro –dije, haciendo como que le seguía el juego–. Si él mismo lo confirma, seguro que está muerto. Claro que sí.

Mario me miró con el ceño fruncido durante un par de segundos, y después puso los ojos en blanco.

–No te crees las cosas hasta que tú mismo las experimentas, ¿verdad? Da igual, no hace falta que respondas –se apresuró a añadir al verme abrir la boca–. Pero, si no te lo crees por las buenas, no te preocupes. Hay una forma mucho más fácil de demostrártelo.

Y entonces, sin darme opción a réplica, tiró de mi mano y echó a caminar directamente hacia el chico. Apenas tuve tiempo para reaccionar. Tiraba de mí con tanta fuerza que, cuando quise darme cuenta, noté una sensación fría durante un instante y pestañee un par de veces, aturdido. Me di la vuelta y allí estaba Pedro, de espaldas a nosotros.

Lo habíamos atravesado.

CAPÍTULO 13

BAJO LAS ESTRELLAS

UNA VEZ MÁS, Mario había extendido el mantel de pícnic en el suelo del cementerio. Estábamos los dos tumbados en silencio, mientras mi mente daba vueltas a lo que había ocurrido. Era todo demasiado surrealista; cada neurona de mi cerebro gritaba que lo que había pasado era imposible, que tenía que haber una explicación razonable. Pero, por mucho que intentara buscarle algo de lógica al asunto, no podía dudar de lo que acababa de vivir.

Había conocido a un fantasma. Un fantasma de verdad. Lo había visto, había hablado con él y, después, Mario y yo lo habíamos atravesado juntos como quien atravesaba una puerta abierta. Por supuesto, en aquel momento estuve a punto de caerme al suelo de la impresión, pero la mano de mi nuevo amigo me mantuvo firme en mi sitio. A continuación, se giró, movió nuestras manos unidas hasta Pedro y le atravesó con ellas el pecho, milímetro a milímetro, hasta que nuestras muñecas desaparecieron en su interior. Por un momento, pensé que iba a desmayarme. Al momento siguiente, estuve a punto de largarme corriendo de allí. Pero la mano de Mario contra la mía era todo lo que necesitaba para mantenerme anclado a la tierra.

Pedro me explicó cómo había muerto, corroborando la historia que me había contado Mario sobre la mansión. Para él, esa era una de las pruebas irrefutables de que en aquel pueblo pasaba algo muy turbio. Y en cuanto a mí... Debía admitir que no sabía muy bien qué pensar. Después de todo, si los fantasmas eran reales y yo mismo había conocido a uno, ¿por qué no iba a serlo la maldición y todo lo demás? Antes me lo había tomado a chiste, pero las cosas habían cambiado. Pocas cosas resultan difíciles de creer cuando has conocido a un fantasma.

Tras hablar un rato con Pedro, volvimos a nuestro lugar junto al mausoleo. Mario solo me soltó la mano para abrir su mochila y sacar el mantel antes de sentarnos en el suelo. Pero, en cuanto nos sentamos, me volvió a tomar la mano como si aquello fuera lo más natural del mundo. Y, en cierto modo, así era, por alguna razón que yo no alcanzaba a comprender. Me mantuve en silencio durante un buen rato, con los ojos clavados en la silueta de nuestros dedos unidos. No sé cuánto tiempo pasó, pero entonces Mario se recostó sobre el mantel y yo hice lo mismo. Solo entonces se separaron nuestras manos.

–Supongo que ya te lo imaginarás... –musité–. Pero tengo muchas preguntas.

–Sí, algo suponía –respondió Mario con una risita–. No sé si podré responderlas todas, pero lo intentaré. Dispara.

–¿Por qué hay fantasmas?

Mario respiró hondo y tardó un largo rato en responder.

–Ya te vale –me recriminó–: has empezado por la más difícil.

–Lo siento.

–No pasa nada. –Volvió a suspirar antes de hablar–. Hay muchas razones por las que alguien que ha muerto puede quedarse en este mundo. Pero, por lo general, suele ser por una cuestión de... asuntos pendientes.

–¿Asuntos pendientes? –Fruncí el ceño, extrañado–. ¿A qué te refieres?

–Bueno, en realidad no es tan común eso de que una persona muera en paz, con toda su vida arreglada y sin que le quede nada por hacer. Por lo general, cuando morimos nos quedan cosas importantes que queríamos haber hecho en vida.

Pensé durante unos instantes, pero aquella idea me resultaba inconcebible.

–Pero... Pero, entonces, el mundo estaría lleno de fantasmas, ¿no? Todo el mundo tiene muchas cosas que le gustaría hacer en la vida, y es imposible llegar a cumplirlas todas. Por ejemplo, imagina que me muero mañana. Me habré muerto sin haber ido a un concierto de Darío, y sin haber salido del país, y sin... un montón de cosas más.

Si se dio cuenta de mi titubeo, tuvo la delicadeza de no mencionarlo. Había estado a punto de hablar de Luis, pero, en realidad, últimamente ya no pensaba en él tanto como antes. Aunque tampoco podía contarle a Mario la razón.

–Hay cosas más importantes que otras –dijo simplemente.

–¿Y qué se supone que quiere decir eso?

–Quiere decir que no todo tiene el mismo peso. Si alguien quiere ser rico y famoso, es difícil que se quede en este mundo después de morir solo por eso, salvo que ese deseo sea demasiado intenso para él.

–¿Y cuál podría ser una buena razón para quedarse?

Una vez más, Mario se tomó su tiempo para responder. Por alguna razón, tenía la clara sensación de que me estaba contando mucho menos de lo que sabía en realidad. Pero tampoco podía culparlo, claro; después de todo, nos acabábamos de conocer.

–Puede haber muchas. Por ejemplo, puedes haberle hecho daño a alguien en vida. Si es así, cuando llega el momento de... de pasar al otro lado, es posible que la culpa sea demasiado fuerte para dejarte avanzar. Entonces es cuando te quedas en este mundo, porque hay algo dentro de ti que te obliga a tratar de solucionarlo.

–¿Y no es posible elegir?

–A veces, sí. Otras veces, no.

–Pero... –No sabía ni por dónde comenzar–. A ver, vamos a usar ese ejemplo, el de haberle hecho daño a alguien. ¿Cómo resuelves ese asunto pendiente? Si le has hecho daño a alguien en vida, ¿cómo vas a solucionarlo si ya estás muerto? Ya es demasiado tarde para pedir perdón, ¿no?

–No siempre es posible resolver tu asunto pendiente, claro. Pero..., en fin, a veces hay formas. Por ejemplo, puedes tratar de influir de forma positiva en la vida de esa persona. Y, si esa persona logra superar lo que pasó, o si logras ayudarla de alguna forma..., tal vez consigas resolver tu asunto pendiente.

–¿Qué pasa cuando no lo consigues? –pregunté, aunque no estaba muy seguro de que realmente quisiera oír la respuesta–. Por ejemplo, en ese mismo caso, ¿qué pasa si la persona a la que has hecho daño se muere sin que el problema se haya solucionado?

–Bueno, supongo que es posible que ambas personas se encuentren una vez muertas. Y tal vez la persona que ha hecho daño pueda recibir el perdón de la otra. Pero, si no es así... En fin, creo que te lo puedes imaginar, ¿verdad?

Me estremecí. Todas las historias de terror que había visto, leído y oído en mi vida parecían de pronto mucho más reales.

–¿Cuál es el asunto pendiente de Pedro?

–Eso no te lo puedo decir –se apresuró a responder–. Lo siento, son cosas muy personales.

–Vale. Pero no te creas que te vas a escapar, que todavía tengo más preguntas.

Mario se echó a reír.

–No esperaba menos, la verdad. Venga, dime.

–¿Por qué puedo verlos? O, al menos, a Pedro y al hombre del otro día. ¿Cómo es que puedo verlos, si están muertos?

Una vez más, Mario tardó en responder, como si sopesara muy bien sus palabras. Me di la vuelta hacia él y apoyé la cabeza sobre la mano, esperando a que hablara.

–Es una pregunta complicada –dijo simplemente–. Pero... creo que tiene que ver con el pueblo. Y con la maldición. Es como si la maldición hiciera más tenue la frontera entre los dos mundos, el de los vivos y el que hay al otro lado.

–Entonces, ¿aquí todos pueden ver fantasmas?

–No, todos no. Pero es cierto que, en momentos de emociones intensas, muchos han llegado a ver por un instante a los espíritus de las personas con las que mantenían un lazo especial. Sin embargo, también hay algunas personas con una... una sensibilidad especial, que pueden verlos siempre. Tú puedes verlos porque estás junto a mí, y yo poseo esa sensibilidad. Si no hubieras entrado aquí conmigo, no habrías visto a Pedro.

Me apreté las sienes. Necesitaba saber más, pero me estaba empezando a doler la cabeza con todo aquello.

–Me va a reventar el cerebro con tanta información –admití–. Me parece que ya son suficientes preguntas por hoy.

–Me parece que sí –respondió Mario con una sonrisa.

Estaba tan guapo cuando sonreía así, iluminado por el resplandor de la luna y las estrellas, que apenas pude contener el impulso de cerrar la escasa distancia que separaba mi cara de la suya.

–Eso no significa que no me queden preguntas. Pero...

–Mejor mañana.

–Mejor mañana.

Nos quedamos mirándonos, los dos con la cabeza apoyada en la mano. Después de un rato, se me escapó un bostezo. Estaba empezando a tener sueño, a pesar de mi siesta. Me saqué el móvil del bolsillo y vi que ya eran casi las tres de la mañana. El tiempo se me había pasado volando.

–¿Quieres volver a casa?

–No –me apresuré a responder, negando enérgicamente con la cabeza–. Estoy bien, no te preocupes.

–Mientes fatal –señaló, y su sonrisa se ensanchó.

–Bueno, a ver, puede que sí que tenga un poco de sueño –admití a regañadientes–. Pero no quiero volver a casa.

–Mira, vamos a hacer una cosa. Ponte cómodo y cierra los ojos. Duerme si quieres. Y, en un par de horas, yo te despierto. Volveremos a casa antes del amanecer. ¿Te parece?

Por un lado, la idea de ponerme roncar delante de él me daba vergüenza. Pero, por otro, la única alternativa viable era marcharme a casa, porque realmente me estaba cayendo de sueño. Y, aunque todavía no sabía por qué, no quería alejarme de él.

–¿Y si te quedas dormido tú también? –pregunté–. Ayer tuvimos mucha suerte, pero seguro que nuestros padres nos matan como nos pillen volviendo de día.

–No voy a quedarme dormido –me aseguré.

–Ya, pero... –comencé, pero realmente no sabía qué excusa darle.

–Duerme si quieres. En serio.

Meneé la cabeza, no muy convencido. Sin embargo, estaba tan cansado... y tan a gusto... La temperatura era agradable, y el sonido de los insectos resultaba tan relajante... Sentía que, con Mario a mi lado, no tenía nada que temer.

–Está bien –acepté al fin.

Cerré los ojos y me giré hacia el lado contrario a Mario; así, no podría verme si me ponía a babear. Entonces, noté que me imitaba y tragué saliva. Sus brazos me rozaron la espalda y sus rodillas entraron en contacto con mis piernas. Por un momento pensé que iba a abrazarme, y me puse tan tenso que Mario soltó una risita suave.

–Relájate –susurró muy cerca de mi oído, provocándome un cosquilleo placentero–. No pasa nada.

Poco a poco, comencé a relajarme. Nuestras respiraciones se acompasaron una vez más. Era muy consciente de la cercanía de su cuerpo al mío y, por un momento, me pregunté cómo sería que extendiera los brazos y me rodeara con ellos. Una parte de mí se moría de ganas de pedirle que me abrazara, pero la otra era más cobarde y también más fuerte que la otra, así que fue ella la que se impuso.

Y así, tumbado bajo las estrellas, con Mario tan cerca de mí que podía sentir su respiración sobre mi cuello, me dejé llevar por el sueño hasta que finalmente me quedé dormido.

CAPÍTULO 14

DE LA MANO

DESPERTÉ CON LA MANO DE MARIO zarandeándome ligeramente el hombro.

–Venga, despierta –dijo en voz baja–. Ya casi es la hora.

Al principio no entendía muy bien lo que estaba pasando. Pero entonces capté el aroma de la hierba y el sonido de los insectos nocturnos y lo comprendí de golpe. Preocupado, me llevé la mano a la cara y me toqué la mejilla y la barbilla antes de que Mario pudiera verme bien la cara. Había tenido suerte; no había rastros de baba.

Me giré lentamente y ahí estaba él, mirándome con una sonrisa. No tuve más remedio que sonreír yo también.

–Buenos días –dije, y me tapé la boca para soltar un prolongado bostezo.

–Buenos días, dormilón.

Me quité el pelo que me caía sobre los ojos e hice lo que pude por alisármelo; siempre se me quedaba muy revuelto al dormir.

–A ver si voy a cortarme el pelo un día de estos.

–¿Por qué? –preguntó Mario, y me retiró un mechón de la frente–. Estás muy guapo así.

El corazón se me aceleró al mismo tiempo que las mejillas se me ruborizaban. Entonces, Mario se puso en pie y me tendió la mano para ayudarme a levantarme.

–¿En serio tenemos que irnos ya? –me quejé–. Estoy muy a gusto.

–Ya está a punto de amanecer –respondió, y señaló el cielo. Tal como decía, estaba empezando a clarear en el horizonte–. Si quieres enfrentarte tú a la furia de nuestros padres...

–No, gracias.

Me despecé y, a regañadientes, tomé su mano y me puse en pie. Lo ayudé a guardar el mantel en la mochila y, después, Mario me dio la mano una vez más y me condujo hacia el muro del cementerio. Se lo agradecí en silencio, porque todavía estaba medio dormido y tropecé un par de veces. Por el camino miré a nuestro alrededor, tratando de ver a Pedro o a algún otro fantasma, pero no había señales de que hubiera nadie más por allí. De no ser porque tenía grabado a fuego en la mente lo que había ocurrido, habría pensado que todo había sido un sueño y que Mario y yo habíamos pasado la noche solos en el cementerio.

Me ayudó a subir al muro y, después, me tendió la mano para ayudarme también a bajar. Echamos a caminar, pero no me soltó la mano y yo tampoco estaba muy por la labor, que digamos.

En realidad, no sé por qué lo hicimos exactamente. Mario me había cogido de la mano para

guiarme por el cementerio y, desde entonces, aquello parecía lo más natural del mundo. Traté de no darle muchas vueltas. Si lo hacía, empezaba a pensar que a lo mejor él quería soltarme la mano y le daba reparo hacerlo para que no me sintiera mal, o que a lo mejor se sentía incómodo por mi culpa. Y, si pensaba demasiado en ello, me empezaría a sudar todavía más la mano sin que pudiera hacer nada para evitarlo, y eso era lo último que quería.

De modo que, en lugar de eso, me limité a disfrutar del momento. Me sentía cómodo con Mario, y también me sentía cómodo caminando con él de la mano. No tenía forma de saber si mi nuevo amigo se sentía igual y, desde luego, tampoco pensaba preguntárselo. Pero no me soltó la mano, y supuse que ya lo habría hecho si quisiera, ¿verdad?

A decir verdad, tampoco es que estuviera muy acostumbrado a esa clase de cosas. Mis únicas amistades reales eran chicas, especialmente Leire, y sí, solíamos cogernos de la mano entre nosotros. Pero nunca había hecho algo así con un chico. Tenía algún amigo no muy cercano, pero el único contacto físico entre nosotros eran esos apretones de manos tan incómodos o, peor todavía, cuando querían chocar los cinco conmigo, por alguna razón que nunca había llegado a comprender. Ambas cosas me hacían sentir extraño, pero no parecía que hubiera una alternativa aceptable.

No había querido darle muchas vueltas a la orientación sexual de Mario, pero, mientras caminábamos de la mano bajo las estrellas, no pude evitar preguntarme una vez más si a él también le gustarían los chicos. ¿Un chico heterosexual se habría sentido tan cómodo caminando de la mano conmigo durante tanto rato? No tenía que pensar mucho para saber que ni de coña habría sido así.

Muchos chicos heterosexuales se limitaban a, como mucho, darse la mano para saludarse: parecía que no soportaban mantener el contacto físico más de lo estrictamente necesario. Cuando se abrazaban, casi siempre acompañaban el abrazo con fuertes palmadas, como tratando de esconder el afecto que querían demostrarse. Suponía que era por miedo a que alguien juzgara su masculinidad, o tal vez porque les habían enseñado que esa era la única forma en la que se les permitía demostrarse cariño. Siempre me había parecido bastante triste, la verdad.

Pero Mario era diferente. Lo miré de reojo, y después reprimí un suspiro mientras desviaba la mirada otra vez. Después de todo, que le gustaran los chicos tampoco tenía por qué significar que le gustara yo, ¿verdad? Tal vez simplemente se sentía cómodo conmigo. ¿Y acaso no era eso más que suficiente? Un amigo era justo lo que necesitaba en ese pueblo, y no podía estar más contento de haber encontrado a alguien como Mario, ahora que iba a pasarme un año allí.

Pero, si era sincero conmigo mismo, el auténtico problema era el rumbo que parecían llevar mis pensamientos cada vez que les permitía divagar un poco. ¿Por qué le daba tantas vueltas a la orientación sexual de Mario? ¿Por qué pensaba en lo que sentiría al ir de la mano conmigo? ¿Por qué pensaba en si podría gustarle o no? ¿Por qué había llegado al pueblo triste por Luis, y en apenas unos días ya casi no me acordaba de él? La razón estaba cada vez más clara, pero no era capaz de admitirla ante mí mismo.

Y, en cualquier caso..., era como si realmente no necesitara nada más. Caminando de la mano bajo el cielo aún estrellado, éramos la promesa incipiente de dos grandes amigos que apenas

estaban empezando a conocerse. Un cariño nuevo, fuerte e intenso se estaba forjando de forma lenta pero inexorable entre nosotros, fluyendo a través de nuestras manos unidas, con las estrellas como nuestras únicas confidentes y testigos. ¿Acaso aquello no era más que suficiente?

No nos soltamos hasta que aparecieron las primeras casas del pueblo. No fue una decisión unilateral, ni un gesto que iniciara primero uno de los dos y acto seguido continuara el otro. Simplemente, nuestros dedos se separaron al mismo tiempo, como por un acuerdo tácito. Me sequé la mano húmeda en el pantalón y miré a Mario con disimulo para ver si hacía lo mismo, pero no fue así. No sabía si no se había dado cuenta o si tan solo no le importaba, pero me gustó que no lo hiciera.

Cuando al fin llegamos a nuestras casas, ya eran casi las seis de la mañana, pero para mí fue como si solo hubieran pasado unos minutos. Me quedé plantado frente a él, sin saber muy bien qué hacer, y me dio la impresión de que a él le pasaba lo mismo. Quería abrazarle. Quería rodearlo con los brazos y que él me rodeara con los suyos, sentir la calidez de su cuerpo contra el mío. Y, mientras lo miraba, estaba casi seguro de que él quería hacer lo mismo. Y no debería haber sido tan difícil, ¿verdad? Después de todo, nos habíamos pasado media noche de la mano, ¡y hasta había dormido a su lado! ¿Cómo era posible que ahora nos costara hacer algo tan simple como darnos un abrazo?

Y, sin embargo, ninguno de los dos encontró el valor de hacerlo.

–Bueno –dije al fin –. Tendría que entrar ya. Me estoy cayendo de sueño.

Él me dirigió una sonrisa; pero no una de las burlonas que solía dedicarme cuando se metía conmigo, sino una llena de calidez que me provocó un cosquilleo en el estómago.

–Sí, yo también. Descansa mucho, ¿vale? Hablamos mañana. O más bien luego.

–Vale –respondí, devolviéndole la sonrisa.

Odiándome a mí mismo por no haberme atrevido a darle el abrazo que tanto deseaba, di media vuelta para dirigirme a mi casa.

–Por cierto... –susurró antes de que pudiera abrir la puerta.

El corazón se me aceleró. Me apresuré a girarme hacia él, expectante.

–Dime.

–Recuerda que no puedes contarle nada a nadie.

En esa ocasión fui yo quien puso los ojos en blanco.

–Tranquilo, Mario: no pensaba contarle a nadie que he conocido a un fantasma –le aseguré–. Bastante tengo con ser el recién llegado, como para que encima me tomen por loco.

–No, no me refiero a eso –replicó él, negando con la cabeza. Fruncí el ceño, extrañado–. Me refiero a mí. No puedes contarle a nadie que estamos quedando.

Sus palabras fueron como un bofetón. Había algo en ellas que me dolía más de lo que hubiera esperado... y, por supuesto, más de lo que quería admitir.

–¿Qué? ¿Por qué no? –pregunté, tratando de mantener la voz firme. Entonces, comprendí a qué se refería–. Ah, ya. Lo de tus padres y todo eso, ¿verdad?

Él echó un vistazo nervioso a las ventanas de su casa.

–Sí.

–Tranquilo. No se lo diré a nadie –le prometí.

–Vale –respondió aliviado. Dudó unos instantes, y entonces añadió–: De hecho, creo que lo mejor será que no le cuentes a nadie que me conoces.

–Bueno... Está bien –contesté, todavía con el ceño fruncido.

–No es por ti –se apresuró a decir, como si estuviera leyendo mis pensamientos–. De verdad que no es por ti. Es solo que... prefiero que las cosas sigan así por el momento, ¿vale? Solo entre nosotros.

–Te recuerdo que esta noche me has presentado literalmente a un muerto –señalé con una sonrisa–. Has sido tú el primero en meter a terceras personas.

Él soltó una risita silenciosa.

–Bueno, pero eso no cuenta. Tampoco es como si Pedro fuera a decírselo a nadie... Buenas noches, anda. Necesitas dormir.

–Buenas noches.

Hice una parada rápida en el cuarto de baño de abajo antes de subir a mi habitación, para no hacer ruido. Me sorprendió ver mi rostro en el espejo al encender la luz del baño. Tenía las mejillas sonrosadas, aunque no sabía si era por el fresco en el exterior o por las emociones de la noche. Y los ojos me brillaban, llenos de una alegría que apenas era capaz de contener. No sabía adónde estaba yendo todo aquello, pero realmente me gustaba.

Una vez en mi habitación, me acerqué a la ventana y vi que Mario me estaba esperando al otro lado, tras la ventana de la casa de enfrente. Sonrió al verme, y yo le devolví la sonrisa. O ensanché la que ya había en mi cara; en realidad, no estaba del todo seguro. Nos despedimos con un gesto y Mario corrió las cortinas. Yo bajé la persiana tan despacio como pude para no hacer ruido, asegurándome de que no quedara ni una rendija por la que pudiera colarse la luz del sol, que ya comenzaba a asomar tímidamente por el horizonte.

Una vez en la cama, me abracé a la almohada como siempre hacía, dispuesto a dormir como un tronco. Sin embargo, el sueño no llegaba. Quizá la siesta de la tarde y la cabezada nocturna en el cementerio hubieran sido demasiado. O tal vez tuviera demasiadas cosas en la cabeza...

No podía dejar de dar vueltas a esas palabras que me había dicho Mario antes de despedirse: «No puedes contarle a nadie que estamos quedando». Por fin las reconocía: eran prácticamente las mismas que me había dicho Luis cuando empezamos a quedar. El primer día que nos besamos: «No se lo digas a nadie, ¿vale?». La tercera vez que quedamos para besarnos y meternos mano a escondidas entre los arbustos de un parque: «No le cuentes a nadie lo que estamos haciendo». La noche que hicimos una videollamada a escondidas, antes de dejar siquiera que yo también terminara: «Si alguien se entera de lo que acabamos de hacer, te mato». Ese día que lo invité a casa cuando mis padres estaban fuera, mientras se vestía antes de que yo hubiera tenido tiempo de levantarme de la cama: «Ni una palabra de esto a nadie, ¿me oyes?». Todas esas ocasiones me habían dolido como puñaladas, pero las había aceptado porque significaban que podíamos seguir viéndonos y haciendo lo que hacíamos. Hasta que, después de esa última vez, fue como si se lo hubiera tragado la tierra y no volvió a contestar a mis mensajes.

Por supuesto, yo sabía que la situación con Mario era muy diferente. Para empezar, Luis jamás

me había cogido de la mano; al menos, no de la forma que lo hacía Mario. Nunca me había demostrado tanto cariño en tan poco tiempo, nunca me había hecho sonreír tanto. Puede que con Luis hubiera llegado mucho más lejos físicamente, pero aquello no se comparaba con la intimidad de haber dormido junto a Mario bajo las estrellas.

En cierto sentido, me pareció que había algo de miedo en la actitud de mi nuevo amigo, y en realidad tampoco podía culparlo. Después de todo, aquel era un pueblo pequeño; allí todos se conocían desde el momento en que nacían. Aunque no habíamos hablado del tema, por su actitud di por hecho que estaría oculto en lo más hondo del armario, y no era para menos. Si alguien se enteraba, se enteraría también todo el pueblo.

Me estremecí al recordar la historia que me había contado sobre el chico que había dormido en la misma habitación que yo, hacía ya muchos años. Lo habían matado por el simple error de haberse enamorado de su mejor amigo. Quería creer que no todos eran así en el pueblo, que la mentalidad de la gente había avanzado desde entonces... Pero tampoco podía culpar a Mario por tener esa historia presente, la verdad.

En cualquier caso, si tenía algo claro era que quería seguir adelante con todo aquello, fuera lo que fuera. Quería seguir conociéndolo. Quería seguir paseando con él por las noches, quería seguir durmiendo a su lado en el cementerio. Quería averiguar lo que podía llegar a sentir yo exactamente, y también lo que podía llegar a sentir él. Y, si llegaba el momento de que tuviera que enfrentarse a sus miedos... En fin, yo estaría a su lado para ayudarlo. Con mi mano tomando la suya, tal como él me había cogido de la mano para guiarme por el cementerio.

Y así, mientras pensaba en la caricia de su mano sobre la mía, poco a poco conseguí vaciar mi mente de cualquier otro pensamiento. En un breve instante de lucidez, recordé que realmente había conocido a un fantasma, y que si había algo a lo que debería dar vueltas era justo eso. Pero el sueño ya se estaba apoderando de mí, y antes de que pudiera darme cuenta, me quedé dormido.

CAPÍTULO 15

EL SIGUIENTE PASO

EL LADO POSITIVO de haber dormido la siesta el día anterior era que me desperté mucho antes, de modo que a las diez y media ya estaba en pie.

El lado negativo era que, si seguíamos en nuestra línea habitual de quedar solo por la noche, todavía me faltaban al menos doce horas para volver a ver a Mario.

Una parte de mí quería quedarse en la cama, calentito y a gusto, con los ojos cerrados mientras repetía dentro de mi cabeza todo lo que había ocurrido con Mario el día anterior. La otra, sin embargo, necesitaba ir urgentemente al cuarto de baño, y esa fue la que ganó. Cuando terminé, me lavé las manos y me asomé por la ventana. Allí estaba la nota, tal como esperaba. Desplegué el trozo de papel y lo leí con una sonrisa.

Buenos días.
¿Has dormido bien?

Vale, sí. Puede que fuera un mensaje un poco escueto; pero el simple hecho de que se hubiera acordado de mí logró sacarme la primera sonrisa del día, que era algo que no podía decir todo el mundo. Por lo general, la primera sonrisa del día me la sacaba algún cachorrito gracioso que viera en TikTok.

Bastante bien, sí...
Aunque, donde esté un cementerio
con fantasmas, que se quiten las camas.
¿Tú cómo has dormido? ¿Qué vas a hacer hoy?

Me aseguré de hacer ruido con la cuerda al enviar la nota al otro lado, con la esperanza de que así apareciera Mario, pero no tuve suerte. Resignado, me lavé la cara e hice lo que pude por domar mi pelo, sonriendo al recordar lo que me había dicho la noche anterior. Solo cuando regresé a mi habitación miré el teléfono móvil..., que estaba a reventar de mensajes de Leire. Los leí por encima hasta llegar a los tres últimos, que me había enviado hacía apenas media hora.

T lo advierto x última vez

O das señales de vida ya, o TE MATO 

Tienes que contármelo todo!!!!!!

Solté un suspiro. Mi mejor amiga tenía razón. Llevaba desde el día anterior esperando para hablar conmigo, pero yo había tenido la cabeza tan centrada en Mario, la supuesta maldición del pueblo y los fantasmas que no le había dedicado el tiempo que merecía. Tecleé una respuesta rápida, algo avergonzado.

Lo siento... Es que están siendo unos días intensitos

Acabo de levantarme, te parece si te llamo después de desayunar?

Media hora como máximo

Vi que aparecía en línea en cuanto mandé el primer mensaje, de modo que su respuesta no tardó ni cinco segundos en llegar.

Media hora??????????

Que sean 15 mins!!!!!!   

Leí sus mensajes entre risas y bajé a desayunar. Como siempre, mi madre no estaba, pero esta vez tampoco había rastro de mi padre. Supuse que estaría trabajando en su despacho. Miré a mi alrededor y vi que la casa parecía otra distinta de la que me había encontrado al llegar. Ya estaba

todo colocado, sin rastros de cajas; podía ver algún mueble de nuestra casa de siempre y, en las estanterías, unos cuantos adornos y libros que conocía bien. Eso me hacía sentir cierta calidez, como si ese sitio estuviera empezando a ser... en fin, mi casa. Por otro lado, también me sentía culpable por no haber ayudado apenas a colocarlo todo; pero, al fin y al cabo, no era yo el que había pedido que nos mudáramos.

Fui a la cocina y vi que había una bolsa de la panadería sobre la mesa. Dentro, además del pan, había también unos cuantos cruasanes, y sonreí recordando a Claudia. Decidí decir a mis padres que yo me encargaría de comprar el pan a partir de ese momento; de ese modo, tendría la excusa perfecta para ver a la que tal vez fuera mi nueva amiga. Me preparé una taza de leche con Nesquik, me senté a la mesa y me comí tres cruasanes casi del tirón. No me había dado cuenta, pero estaba muerto de hambre después de las aventuras de la noche anterior.

Tras terminar, subí al cuarto de baño para ver si Mario me había contestado, pero mi nota se encontraba todavía junto a su ventana. Recordaba que me había contado que sus padres trabajaban en el campo a las afueras del pueblo, y que él solía ir a ayudarlos en verano. Por un momento, me planteé la posibilidad de salir a buscarlo e ir paseando hasta allí como si nada, para ver si lo encontraba, pero la descarté de inmediato. No quería parecer un psicópata que estuviera obsesionado con él o algo por el estilo.

De modo que, en lugar de eso, volví a bajar y salí a la calle. La claridad me resultó un tanto molesta al principio, y no era para menos: entre que había estado levantándome tarde últimamente, que me había pasado la tarde anterior durmiendo y que estaba pasando las noches con Mario, cada vez veía menos la luz del día.

Al mirar el móvil vi que tenía otros tres mensajes histéricos de Leire, así que me apresuré a llamarla antes de que cogiera un autobús para venir personalmente a matarme. Conociéndola, sabía que era capaz. De hecho, lo raro era que no hubiera avisado todavía a mis padres para que me obligaran a llamarla, pero debía de estar a punto.

–¿Tú sabes qué día es? –preguntó en cuanto contestó a mi llamada.

–Eh... ¿Miércoles? –pregunté a mi vez, dudoso.

–¡Jueves! –gritó, y tuve que alejarme el teléfono del oído–. Es jueves, Nacho. Llevas allí casi una semana. ¿A ti te parece normal que no hayamos hablado por teléfono hasta ahora?

No le faltaba razón. Desde que se acabaron las clases, solíamos hablar por teléfono al menos una vez por semana, a pesar de que quedábamos igualmente cada dos o tres días. Y, ahora, ya había pasado una semana entera desde que no manteníamos una conversación de verdad.

–Lo siento... Es que he estado muy liado. Con lo de la mudanza, adaptarme a la casa nueva y todo eso... Y, además, es que aquí casi no hay cobertura y el wifi va fatal, ya te lo he dicho.

Ella resopló.

–Ya, te creerás que la policía es tonta.

–¿Cómo?

–Lo de ese chico. Cuenta. Ya.

Solté un suspiro, en parte maldiciéndome por haberle dejado caer ya algo, y en parte porque no sabía muy bien por dónde empezar.

–A ver... Tampoco es que haya pasado nada –respondí para ganar tiempo.

–Mira, Nacho. Te lo voy a decir una vez: no puedes decirme que «necesitas hablar» –pronunció las palabras con cierto retintín–, y luego decirme que no hay nada. Desembucha. Ya.

–Vale, vale –contesté entre risas. Aquello era muy Leire–. Pues a ver...

Lo malo de contarle a mi mejor amiga todo lo de Mario era que, en realidad, no se lo podía contar todo. Para empezar, no podía hablar de los fantasmas ni de la supuesta maldición que pesaba sobre el pueblo. Conocía muy bien a Leire, y sabía que se iba a poner histérica como sacara el tema. Le encantaban todos esos temas del horóscopo, la espiritualidad y esa clase de cosas, así que, si le contaba que había conocido a un fantasma de verdad, sabía que se plantaría en el pueblo en el primer autobús que encontrara.

Por supuesto, lo de que Mario no tuviera móvil le pareció algo del siglo pasado, aunque era de esperar. En cambio, cuando le conté cómo nos comunicábamos, mandando notas de un lado al otro del tendedero, me dijo que era lo más tierno del mundo. Se me puso la cara de un rojo intenso mientras ella gritaba lo monos y adorables que éramos, y bajé la mirada para que no se fijaran mucho en mí los vecinos del pueblo con los que me iba encontrando aquí y allá. No se me escaparon las miradas de soslayo que me dirigían algunos de ellos.

Tal como esperaba, Leire pareció muy interesada cuando le conté lo del cementerio y las noches que habíamos pasado allí. Aunque le ofrecí una versión libre de elementos sobrenaturales, me di cuenta de que, con aquello, Mario había ganado muchísimos puntos ante ella.

A continuación, le conté que habíamos estado la mitad de la noche de la mano, y fue entonces cuando explotó de emoción. De nuevo, tuve que alejarme el móvil de la oreja para no quedarme sordo.

–¡Tienes que contármelo TODO! –me exigió, y pude oír las mayúsculas perfectamente en su voz.

–Pues a ver... Estaba muy oscuro y tal, así que me cogió de la mano para guiarme.

Por supuesto, no mencioné que más tarde lo había hecho para llevarme a conocer a un fantasma.

–¡La típica excusa!

Pestañee un par de veces, preguntándome cómo se había dado cuenta. Era imposible que supiera nada de lo que había pasado en realidad... ¿Verdad?

–¿A qué te refieres?

–Pues eso, que es la típica excusa para darte la mano –me explicó para mi alivio–. Ya sabes, lo típico: «Ay, qué oscuro está, voy a cogerte la mano para que no te caigas». Es viejísimo.

–Si tú lo dices...

–Que sí, hazme caso. Puede que tú seas un tío, pero yo entiendo de tíos mucho más que tú. Y no te ofendas, pero en general no sois muy originales.

No le faltaba razón, así que no insistí. A continuación, le conté lo que había pasado cuando nos tumbamos en el mantel: cómo me había cogido de la mano y cómo me había quedado dormido junto a él. Tenía que parar cada poco porque Leire no dejaba de taladrarme los oídos con sus

chillidos de emoción, pero finalmente terminé de contárselo todo. Salvo por las partes censuradas, claro.

–Pero vamos a ver. Entonces, ¿te gusta ese chico o no? –preguntó cuando terminó de emocionarse.

–Eh... No lo sé. ¿Puede ser? –dudé–. A ver, es que casi no nos conocemos. No llevo aquí ni una semana.

–¿Y qué? No te estoy preguntando si estás enamorado, hombre. Pero no necesitas semanas o meses para que te guste alguien, y creo que lo tuyo está clarísimo.

El rubor de mis mejillas se intensificó tanto que, bajo la luz del sol, tenía que parecer una bola de fuego andante. Si algún vecino me hubiera vaciado un cubo de agua por encima al verme así, no me habría extrañado lo más mínimo.

–Pues a ver... No sé, puede que un poco.

–¡Lo sabía! Y está claro que tú también le gustas a él. Te cogió de la mano con una excusa barata... Y no creo que fuera porque tuvieras miedo de los fantasmas, ¿a que no?

Me dio un ataque de tos ante lo inesperado de sus palabras.

–¿Nacho? ¿Estás bien?

–Sí, sí. Perdón.

–Pues lo que decía: te cogió de la mano, te dijo que te durmieras a su lado mientras él te miraba con ojos amorosos...

–No me estaba mirando con ojos amorosos –protesté.

–¿Y tú cómo lo sabes? –replicó ella–. ¿No estabas dormido?

Nuevamente, tenía razón.

–Bueno, ya. Pero no lo estaba haciendo, en serio.

–Sí, vale, lo que tú digas. Pero es que después... ¡volvió a cogerte de la mano! Yo creo que está clarísimo, vamos.

–Eso no significa nada –insistí–. Tú y yo vamos de la mano todo el rato.

–Nacho..., cariño... –Hablaba lentamente, como si estuviera explicándole un concepto complicado a un niño poco inteligente–. No sé si te has dado cuenta... Pero tú... eres maricón.

Me eché a reír.

–Y tú eres la mariliendre, no me jodas.

–Lo que quiero decir es que eso no lo hago con cualquiera, y tú tampoco –insistió–. ¿Cuándo has hecho tú manitas con un tío como si tal cosa? ¿Cuándo me has visto hacerlo a mí?

–Pero si siempre estabas haciendo manitas con Borja, y con Pol, y con Gui...

–¡Porque me gustaban! La gente hace esas cosas con la persona que le gusta.

–Si tú lo dices...

Hizo una pausa, pero casi podía sentirla poniendo los ojos en blanco.

–Mira. Voy a tener que colgar ya, pero hazme caso: a ese chaval le gustas. En serio. Te está dando todas las señales posibles... Ahora, el siguiente paso tienes que darlo tú. No puedes esperar que lo haga él todo.

–Ya, el siguiente paso. ¿Y qué hago? –pregunté entre risas–. ¿Le como la boca la próxima vez

que me coja la mano?

–Exactamente.

–Venga ya, Leire. No voy a hacer eso. Sabes que no puedo.

–Bueno, pues piensa en una forma más sutil de dejárselo claro, pero algo tienes que hacer. Si piensa que no le correspondes, a lo mejor se cansa... En fin, me tengo que ir, ¿vale? Pero mantenme informada. Como vuelvas a darme largas, te juro que llamo a tus padres y no dejo de gritarles hasta que te pasen el teléfono. ¿Te queda claro?

Me eché a reír.

–Tranquila, tranquila. No lo haré.

Miré a mi alrededor después de colgar y me di cuenta de que, de forma inconsciente, mis pasos me habían llevado casi hasta el límite del pueblo. ¿Sería por la costumbre de seguir ese camino con Mario? ¿O tal vez porque, en secreto, deseaba encontrarme ya con él? No sabía muy bien dónde trabajaban sus padres exactamente, pero tal vez no fuera muy lejos. Una vez más, me planteé por un instante la posibilidad de ir a buscarlo, pero no tardé en descartarla. Tenía ganas de verlo, pero el miedo a que me tomara por un loco obsesionado era un poco más fuerte.

De modo que, con un suspiro de resignación, di media vuelta para volver a mi casa. Por el camino, no dejé de dar vueltas a lo que me había dicho Leire. Dar el siguiente paso... ¿Pero qué podría hacer? ¿Invitarlo al cine? Ni de coña; lo más probable era que no hubiera ningún cine en cincuenta kilómetros a la redonda. Podría invitarlo a mi casa a jugar a los videojuegos, o tal vez a ver una película... Pero, claro, eso significaría tener que hablar de él con mis padres, y ya me había pedido que no lo hiciera.

Seguía pensando qué hacer cuando torcí por el camino que daba a mi casa y vi que había alguien plantado frente a la puerta. Me dio un vuelco el corazón al pensar que tal vez fuera Mario, pero enseguida me di cuenta de que parecía tratarse de una mujer. Tenía el pelo oscuro, al igual que Mario, y por un momento pensé que tal vez fuera su madre. A lo mejor había vuelto para comer... ¿Pero y si se había dado cuenta de lo que estábamos haciendo por las noches y nos habíamos metido en un lío? Iba a tener que andarme con pies de plomo.

–Hola –la saludé cuando me encontraba a un par de metros de distancia.

Me detuve. Ella me bloqueaba el paso, mirándome con ojos inexpresivos, pero no dijo nada.

–¿Hola? –insistí.

–No puedes estar aquí.

Pestañeé, confuso.

–¿Cómo?

La mujer no respondió. Parecía estar murmurando algo para sí misma, palabras susurradas que no alcanzaba a entender.

–Hola... Lo siento –volví a probar–. Es que tengo que entrar en casa.

La mujer dejó de murmurar y clavó sus ojos en los míos. Había algo en ellos que me hizo retroceder un par de pasos.

–Esta no es tu casa.

–¿Perdón?

–¡Esta no es tu casa! –gritó.

Miré a mi alrededor, pero no había nadie cerca que pudiera ayudarme.

–No, mira, es que acabamos de mudarnos aquí –le expliqué–. He venido con mis padres, llegamos la semana pasa...

–¡Vete! –me interrumpió–. ¡Vete de aquí ahora mismo! ¡Vete de aquí, antes de que sea tarde!

Y, entonces, echó a correr hacia mí como una desquiciada. Levanté los brazos para protegerme del golpe, pero este nunca llegó. Lo único que sentí fue un frío intenso que golpeaba mi cuerpo.

La mujer me había atravesado y, cuando miré atrás, se había desvanecido en el aire.

CAPÍTULO 16

SIN HOGAR

ESA MISMA NOCHE, le conté a Mario lo que había ocurrido.

–Por lo que me cuentas, lo más probable es que tuviera una relación muy fuerte con esa casa en el pasado –dijo él, pensativo–. ¿No recuerdas nada más de ella? ¿Algún detalle físico más concreto?

–Eh... A ver, tenía el pelo negro y los ojos castaños, creo que eso ya te lo he dicho. El pelo le llegaba a mitad de la espalda, y estaba así como desgredado. Tenía la piel muy pálida, más que tú incluso.

–Oye, gracias por la pullita –replicó entre risas–. ¿Recuerdas algo más? ¿Su ropa o algo así?

Me estrujé el cerebro tratando de recordar, inquieto. Estábamos tumbados a la luz de la luna sobre el mantel de pícnic, en nuestro lugar habitual junto al mausoleo. ¿Por qué no le había dicho de ir al parque para contárselo? Estando allí, me daba la impresión de que la extraña mujer iba a aparecerse frente a mí de un momento a otro.

–Pues... Vale, sí, creo que llevaba una especie de camisón blanco. Al principio pensé que era un vestido de verano, o algo así, pero de cerca me pareció más como un camisón, con encajes y todo.

Mario asintió con la cabeza y apretó la mandíbula, pero no parecía sorprendido. Más bien era como si mis palabras confirmaran sus sospechas.

–En ese caso, yo creo que ya está claro. Me parece que has conocido a la antigua dueña de tu casa.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque la conozco. Y lo que me has contado encaja con su descripción.

Tragué saliva.

–¿Y qué es lo que quiere? –pregunté, temeroso de la respuesta.

–Probablemente, entrar en tu casa. Para ella sigue siendo la suya.

Se me heló la sangre en las venas.

–¿No correré peligro estando allí dentro? ¿O mis padres? –Me estremecí ante la idea.

–No lo creo. En realidad, ya no puede entrar –me explicó–. Por lo que sé, antes la ocupaba con calma, sin nada ni nadie que perturbara su descanso. Es lo normal: la mayoría de los espíritus suelen deambular por los lugares que habitaban en vida. Pero, desde que os mudasteis, vuestra presencia debe de haberla expulsado de allí. No sabe por qué, así que está confusa.

–¿Estás seguro?

–Completamente.

–Entonces, ¿todas las historias de casas encantadas y esas movidas son mentira?

Él sonrió antes de contestar.

–Bueno, ya te dije que no te creyeras todo lo que veías en las películas... Pero, en este caso, esas historias tienen su parte de razón. A veces, los espíritus que habitan una casa son demasiado fuertes como para que la presencia de los vivos baste para expulsarlos. Y, cuando eso ocurre...

–Casas encantadas.

–Exactamente. Pero en realidad eso no es lo más habitual, y por eso esas historias son tan poco frecuentes. Por lo general, un espíritu tiene que ser muy fuerte para negarse a abandonar un lugar –me explicó–. O también puede ser que su asunto pendiente esté ligado a esa casa... Esos casos son los peores, los más macabros.

–Macabros... ¿en qué sentido?

–Muertes violentas. Asesinatos. Cosas así. Muchas veces, cuando una persona muere de forma violenta, su espíritu no puede escapar sin ayuda del lugar donde ha muerto. Y no siempre piden ayuda de la forma más adecuada...

Me estremecí al oír sus palabras. Y entonces recordé algo que me dejó todavía más preocupado.

–El chico que vivía en mi habitación... Supongo que sería el hijo de esa señora, ¿verdad?

–Sí –confirmó él.

–Me dijiste que murió asesinado –añadí, y él asintió con la cabeza–. Pues, entonces, eso cuenta como una muerte violenta. ¿Cómo puedo estar seguro de que no sigue allí, de que no se pasea por mi habitación mientras duermo o algo por el estilo?

Solo de pensarlo se me ponía la carne de gallina.

–Tranquilo, Nacho. No lo mataron allí, así que es imposible que su espíritu se haya quedado anclado a tu casa.

Sus palabras me reconfortaron un poco, pero todavía seguía con mal cuerpo.

–¿Lo conoces? –pregunté sin poder evitarlo–. ¿Al chico asesinado?

–Sí.

–Y... ¿cómo está?

–Muerto –respondió simplemente.

–No me digas. Pero... ¿está bien? Ya me entiendes.

Mario esbozó una ligera sonrisa.

–Está todo lo bien que puede llegar a estar alguien que se ha quedado atrapado en este mundo. Podría ser peor, pero también podría ser mejor.

–Me gustaría conocerle.

–¿Qué? –Frunció el ceño, sorprendido por mis palabras–. ¿Por qué?

–No sé... Ese chico dormía en mi habitación. –Y también sufrió a causa de su orientación sexual, pensé, aunque no lo dije en voz alta–. Es un poco como si estuviéramos conectados, ¿no te parece?

–No creo que te hiciera mucha gracia conocerle, la verdad.

–¿Por qué no?

Soltó un largo suspiro.

–Murió de forma muy violenta, Nacho. Sufrió mucho, y sigue sufriendo por ello. No es muy dado a hablar del tema.

–Ya, lo entiendo –le aseguré–. Pero tampoco es que pensara sacarle el tema o algo así. Tan solo quiero... No sé, conocerle. Hablar con él. Nada más.

–Bueno. Si lo veo algún día de estos, se lo comentaré. ¿Te parece bien? Es lo único que puedo prometerarte.

–Está bien.

Nos quedamos callados durante unos minutos, tumbados en la oscuridad. El silencio con Mario siempre era agradable, pero había demasiadas preguntas dando vueltas por mi cabeza.

–Dispara, anda –dijo él, como si me estuviera leyendo la mente.

–¿Cómo?

–Se te ve en la cara. ¿En qué estás pensando?

–Es solo que... No te rías, ¿vale? Pero me ha impactado ver a esa mujer de día. Pensaba que los fantasmas solo saldrían por la noche.

Mario sonrió.

–Esta vez no me voy a reír de las películas que ves, porque parte de razón tienen. Los espíritus forman parte del mundo de las tinieblas, así que por lo general sí que es más común que aparezcan solo de noche o en lugares oscuros.

–Pero, entonces, lo de esa mujer...

–Esa mujer probablemente tuviera un vínculo muy fuerte con la casa. Es raro que haya fantasmas durante el día, pero sí que es verdad que a veces aparecen en los lugares que habitaban en vida, o en los lugares donde están enterrados. Lo que es raro es que la hayas visto tú... Ver fantasmas no es tan fácil, ya te lo dije ayer. Si pudiste ver a Pedro fue porque yo estaba contigo y quería que os conocierais.

–Pero tú no estabas cuando vi a esa mujer –señalé.

–No, no estaba contigo. Pero se te olvida algo: los dos tenéis conexión con esa casa. Para ella fue su hogar en vida y lo siguió siendo después de su muerte, y para ti es tu nuevo hogar. Los dos tenéis eso en común; supongo que es lo que ha hecho posible que la vieras.

Me estremecí.

–¿Eso significa que voy a volver a verla? –pregunté temeroso.

–Es muy probable –respondió, confirmando así mis terribles sospechas. Como si me estuviera leyendo la mente, añadió–: Pero no te preocupes. No puede hacerte daño.

–¿Estás seguro?

–Sí.

–¿Y también estás seguro de que no va a poder entrar en mi casa?

–Estoy seguro. Con que viva alguien allí, ya debería ser suficiente para expulsarla, y no eres la única persona que vive allí ahora, sino que sois tres. No es lo bastante fuerte para volver a entrar en contra de vuestra voluntad.

–Si tú lo dices... –contesté, no muy convencido.

De pronto, sin que pudiera evitarlo, la boca se me abrió en un prolongado bostezo. Esa tarde había estado demasiado nervioso para dormir la siesta, y ahora me estaba cayendo de sueño.

–¿Te parece si volvemos ya? –me preguntó Mario–. Creo que necesitas dormir.

Fruncí el ceño, decepcionado.

–También puedo dormirme aquí un rato, como ayer –sugerí–. Si quieres...

–No es que no quiera, pero creo que tendrías que descansar en una cama de verdad –señaló, y no le faltaba razón–. Además, debería echar un vistazo alrededor de tu casa. Si esa mujer está por ahí todavía, me gustaría hablar con ella.

–¿Qué? ¿Hablar con ella? –repetí, alarmado–. ¿Por qué?

–Tranquilo, ya te he dicho que es inofensiva. Pero es posible que esté confusa, y prefiero que no se repitan episodios como el de esta mañana –me explicó–. Tú al menos sabías a lo que te enfrentabas cuando te encontraste con ella, pero imagina que la hubieran visto tus padres... Ellos comparten el mismo vínculo que tú con la casa.

No quería ni pensar en lo que podría pasar si eso ocurriera.

–¿Crees que sería posible que la vieran?

–Por ser posible, pues sí, pero tampoco creo que haya muchas probabilidades. Algo que es muy importante en todas estas cuestiones es que tan solo vemos lo que queremos ver. Tú ya sabías de la existencia de los fantasmas, habías conocido a uno y yo mismo te había dicho que el pueblo está lleno de ellos. Eres más propenso a verlos que alguien que no tenga mucha idea sobre el tema. –Se encogió de hombros y me miró con expresión culpable–. Culpa mía, supongo.

–Pues oye, muchas gracias. Con lo tranquilito que estaba yo antes de vivir en *Expediente Warren*...

Mario se echó a reír.

–¿Qué preferirías: saber la verdad o vivir en la ignorancia más absoluta?

Puse los ojos en blanco.

–A ver, si lo pones así...

–Pues ya está. Entonces, ¿qué? ¿Nos vamos?

–Está bien.

Una vez más, caminamos de la mano hasta el muro del cementerio. Cuando ya casi estábamos llegando, vi un movimiento entre las lápidas. Era una sombra que se movía lentamente.

–¿Es un...? –susurré.

–Sí –dijo sin entrar en detalles, y había algo en su tono que me hizo sospechar.

–¿Lo conoces?

–Sí.

–¿Me lo vas a presentar?

–No –respondió tajante.

–¿Por qué? –pregunté, pero no respondió–. ¿Es que... es peligroso?

–No, no es peligroso. Pero digamos que no tiene muy buen genio. Mejor nos vamos ya, ¿vale?

–Vale.

Y, como siempre, trepó ágilmente el muro y me tendió la mano para ayudarme a subir y a bajar. Una vez fuera del cementerio, no me la soltó, y yo sonreí con disimulo, complacido por el gesto. Todavía no sabía qué había exactamente entre nosotros, pero sí que sabía que me gustaba.

Cuando estábamos a unos metros de mi casa, Mario se paró en seco.

–¿Qué pasa? –le pregunté–. ¿Estás bien?

–Sí. Es solo que... –comenzó, pero dejó la frase inconclusa.

–¿La muerta? –Mario asintió con la cabeza, y yo tragué saliva–. ¿Está por aquí?

Volvió a asentir con la cabeza, y esa vez me quedé paralizado. Miré a mi alrededor, pero no vi ni rastro de ella.

–No te preocupes –dijo Mario–, no está dentro de la casa. Está por aquí fuera. Quiero hablar con ella... Siento que está confusa.

–¿Que lo sientes? ¿Cómo que lo sientes? ¿Por qué lo sientes? –pregunté de forma atropellada.

–Ya te lo he dicho: yo tengo afinidad con estas cosas –me recordó–. Siento su presencia.

Rodeamos la casa lentamente y en silencio, todavía cogidos de la mano. Eché un vistazo a las ventanas de mi casa y comprobé que, por suerte, estaban todas oscuras. Si me veían de la mano con un chico a las tres de la mañana, iba a tener que dar muchas explicaciones. Las luces en las ventanas de la casa de Mario también estaban apagadas, y eso fue como una dosis extra de alivio.

Habíamos dado dos vueltas cuando, de repente, volvimos a verla: la misma mujer que antes, con el mismo vestido que antes, inmóvil frente a la puerta de mi casa. Tragué saliva al verla.

Sin decir nada, Mario comenzó a caminar hacia ella, conmigo de la mano.

–¿Qué haces? –balbuceé–. ¿A ti se te ha ido la olla o qué?

–No va a hacerte daño, Nacho –me aseguró–. Pero necesita nuestra ayuda.

Me di cuenta de que había tristeza en su voz, pero en ese momento no era capaz de mostrarme compasivo.

–¿¿Cómo vamos a ayudarla?! –pregunté alarmado–. ¡Si está muerta!

–Ven aquí, anda.

En cualquier caso, no podía entrar en mi casa sin pasar junto a la mujer, así que no tuve más remedio que hacer caso a Mario y acercarme a ella.

–No se mueve –susurré cuando estábamos a un par de metros de distancia, pero Mario me ignoró.

–Hola –dijo en voz alta. La mujer no pareció escucharle, así que Mario repitió un poco más alto–: Hola.

Ella lo miró fijamente, y una expresión de reconocimiento cruzó su rostro.

–¿Eres...?

–Sí –respondió él–. Soy yo. Lo siento, hace mucho tiempo que no vengo a verte.

Entonces, la mujer se giró hacia mí con esos ojos extraños. Quise retroceder; pero eso habría significado soltar la mano de Mario, y no estaba dispuesto a hacerlo.

–A ti te conozco –dijo.

Mario me apretó la mano para instarme a contestar.

–Sí, eh... Hola. Nos hemos visto esta mañana.

Si recordaba el susto que me había dado, no dio muestras de ello. Tampoco hizo ademán de pedirme perdón.

–Nacho vive aquí ahora –le explicó Mario–. En esta casa, ¿sabes? Ahora es suya.

–Vive aquí ahora –repitió la mujer muy despacio, como si no entendiera las palabras que estaba pronunciando–. Ahora es suya.

–Sí –dijo Mario–. Es suya.

–Esta no es tu casa –susurró ella.

Tragué saliva y le eché un vistazo a mi amigo, nervioso.

–Ya estamos otra vez...

–Sí, ahora es su casa –insistió Mario.

Pero la mujer no le hizo ningún caso. En lugar de eso, dio un paso hacia mí y gritó:

–¡Vete! ¡Vete antes de que sea tarde!

Miré a Mario, sin saber muy bien qué hacer. Él parecía querer transmitirme calma con la mirada, pero no tenía mucho éxito.

–A mi señal, vete corriendo hacia la puerta y entra –me instruyó. Yo asentí con la cabeza, no muy seguro–. No te preocupes, no puede hacerte nada. Y a mí tampoco.

–Está bien.

–Vale. Pues entonces, cuando te apriete la mano y te la suelte, tú vete corriendo –me instruyó –. No mires atrás.

–De acuerdo.

–Te escribiré una nota cuando llegue a mi casa, ¿vale? Pero tú quédate tranquilo: no va a pasarme nada.

–Vale.

Mario retrocedió, y yo junto a él. La mujer se acercaba poco a poco a nosotros. Había algo maniaco en sus ojos, un brillo de locura que me asustaba. Por mucho que él dijera que era inofensiva, me costaba un poco creerlo.

Dimos unos pasos más y, entonces, Mario me dio un fuerte apretón en la mano y después me la soltó. Me alejé a la carrera, trazando un semicírculo para esquivar a la mujer fantasma, y me metí dentro de mi nueva casa tan rápido como pude. Una vez allí, cerré la puerta sin hacer ruido y eché un vistazo por la mirilla.

La mujer estaba junto a Mario, mirando confusa a su alrededor. Vi que él movía la boca como si le susurrara algo. Tras unos instantes, el fantasma pareció calmarse. Entonces, y para mi sorpresa, Mario le dio un abrazo y, apenas unos segundos después, el fantasma se desvaneció en el aire. Mi nuevo amigo echó un vistazo hacia mi puerta antes de dar media vuelta y echar a andar en dirección a su casa.

Por un momento pensé en salir allí otra vez con él, pero me daba miedo que el fantasma volviera a aparecer. En lugar de eso, fui a la cocina a servirme un vaso de agua; tenía la garganta seca. Me lo bebí entero, me serví otro y me lo bebí también. A continuación comencé a subir las escaleras, despacio y en silencio. Oí los chirridos en el tendedero justo cuando entraba en el cuarto de baño. Ahí estaba Mario, al otro lado de las cuerdas, mientras la nota se deslizaba hacia

mi lado de la ventana.

No te preocupes, de verdad que es inofensiva.
Ya no debería volver a molestarte.

Parecía muy seguro, pero yo no lo tenía tan claro.

Bueno, si tú lo dices... Como aparezca esta noche
para matarme, te mato. En fin, buenas noches.
A ver cómo duermo yo ahora.

Lo vi echarse a reír al leer mi nota. Escribió rápidamente una respuesta y me la envió.

Imagina que estamos los dos juntos,
tumbados bajo las estrellas.
Cuando cierres los ojos, piensa que yo estoy
ahí contigo.

Me quedé embobado al leer sus palabras. Me despedí de él con un gesto y, mitad flotando y mitad caminando, fui hasta mi habitación. Cerré la puerta y volví a despedirme de él a través de la ventana antes de bajar la persiana. A continuación, me metí en la cama, aferrando la nota contra mi pecho.

«Cuando cierres los ojos, imagina que yo estoy ahí contigo».
Eso era precisamente lo que pensaba hacer.

CAPÍTULO 17

INTERCEPTACIÓN

NO VI AL FANTASMA DE ESA MUJER al día siguiente, ni tampoco por la noche. Lo malo es que tampoco vi a Mario porque, según me escribió, estaba cansado después de haberse pasado todo el día trabajando con sus padres. Aquello me resultó un tanto decepcionante, pero tampoco podía quejarme. Ya llevaba varios días pasando la noche con él; no podía pretender que estuviera conmigo todo el tiempo. Así pues, aproveché para jugar varias horas a la consola y hablar un rato con Leire. Un par de horas antes de la cena, mis padres me mandaron a por pan, así que tuve oportunidad de pasear un rato con Claudia y, de paso, comerme un par de sus deliciosos cruasanes.

Por la noche, me quedé con mis padres en el salón después de cenar para ver una película. Desde que nos habíamos mudado allí, apenas habíamos compartido momentos familiares más allá de las comidas (e incluso entonces yo me pasaba la cena con la cabeza en las nubes, pensando en ver a Mario poco más tarde), así que agradecí la posibilidad de pasar un rato en familia con ellos.

El sábado por la noche, Mario y yo volvimos al cementerio. Allí me presentó a Juliana, una chica que había muerto con poco más de veinte años. Parecía menos lúcida que Pedro, y Mario me explicó que llevaba más tiempo muerta. Apenas era capaz de decir nada coherente más allá de su nombre, salvo por unas palabras que repetía una y otra vez: «Lo siento». Horas más tarde, el recuerdo todavía me producía escalofríos.

Mientras amanecía la mañana del domingo, estando tumbado en la cama después de volver del cementerio, por primera vez mis pensamientos no se centraron en Mario. Se centraron en mis padres, que tanto me querían y habían luchado por mí. Puede que los hubiera culpado por la mudanza, pero, en el fondo, sabía que lo habían hecho para poder darme una vida mejor con el sueldo de mi madre, para ahorrar y que pudiera ir a la universidad al año siguiente. Me alegré de haber compartido aquel rato con ellos, y tomé nota mentalmente para convertirlo en una costumbre y pasar más tiempo juntos. Pensé que, entre semana, podría decirles de ver un episodio de alguna serie, y los fines de semana, una película. Eso significaba que tendría que quedar con Mario un poco más tarde, pero valdría la pena.

Me despertaron unos fuertes golpes en la puerta varias horas más tarde.

—¡Nacho! —gritó mi madre—. ¡Hijo! ¿Tú sabes qué hora es?

–¡Ya estaba despierto! –le mentí–. ¡Ahora salgo!

–Baja ya, que la comida está en la mesa.

¿La comida? Con los párpados todavía entrecerrados para protegerme de la claridad, busqué mi teléfono y abrí los ojos de par en par al ver la hora: eran ya las dos de la tarde. Se me habían pegado las sábanas muchísimo más de lo que esperaba.

Maldiciéndome a mí mismo por haberme olvidado de poner la alarma antes de acostarme, me levanté de la cama mientras me quitaba el pijama y me apresuré a ponerme algo decente. A continuación, fui al cuarto de baño, primero porque lo necesitaba urgentemente y segundo... porque tenía que mirar por la ventana. Estaba deseando ver qué me había escrito Mario esa vez.

Se me cayó el alma a los pies al asomarme.

La mala noticia era que la cuerda estaba llena de ropa. Por supuesto, no había ninguna nota. Y tampoco tenía forma de hacer llegar un mensaje hasta la ventana de Mario sin quitar toda la ropa primero, cosa que a mi madre no le haría mucha gracia.

La buena noticia era que, cuando toqué la ropa más cercana a la ventana, me di cuenta de que ya no estaba húmeda. Solo tendría que descolgar la colada para volver a utilizar el tendedero.

Claro que eso podría generar un segundo problema: ¿y si había una nota cuando mi madre se había puesto a tender? Si era así, lo más probable era que la hubiera cogido, y entonces la habría leído, y entonces me haría preguntas incómodas... No quería ni pensarlo. Sin embargo, traté de ser optimista. La ropa ya estaba más que seca, así que era imposible que la hubiera tendido hacía poco. Y, teniendo en cuenta que Mario y yo nos habíamos ido a dormir cerca del amanecer, estaba seguro de que él también se habría levantado tarde. Lo más probable era que no me hubiera escrito ninguna nota todavía. O, al menos, eso era lo que quería creer.

Tras lavarme la cara e intentar peinarme el pelo desgreñado, bajé a la planta inferior. Mis padres ya estaban sentados a la mesa.

–Ya era hora, campeón –me saludó mi padre con una sonrisa–. Se te han pegado las sábanas, ¿eh?

Fui incapaz de reprimir un bostezo mientras me sentaba a la mesa.

–Un poquito.

–¿A qué hora volviste a casa? –me preguntó mi madre–. No te oí llegar.

–No lo sé –mentí–. Serían las dos o las tres.

Bueno, si multiplicaba ambos números, daba la hora correcta, ¿no? Así que no era una mentira, tan solo una... verdad a medias, digamos.

–No me gusta que llegues tan tarde –dijo con el ceño fruncido–. Puede ser peligroso.

Antes de que pudiera responder, mi padre se echó a reír.

–Venga ya, mujer. Este pueblo tiene que ser el lugar más seguro de todo el país. ¿Qué peligro puede haber?

–Ninguno –me apresuré a decir.

–De todos modos, no me gusta que llegues tan tarde y luego te pases durmiendo toda la mañana –insistió mi madre–. No es sano. Luego no haces nada en todo el día, solo quedarte tirado en el sofá con los videojuegos.

–Que no, de verdad, que sí que hago cosas. –En ese momento se me ocurrió una idea brillante –. Por ejemplo, he visto que la ropa tendida ya está seca. Si quieres, puedo recogerla después de comer.

No había fisuras en el plan. Así, me aseguraba de despejar la cuerda cuanto antes. Y, más importante todavía, podría mandarle ya un mensaje a Mario.

–No hace falta –respondió mi madre–. Ya me encargo yo luego.

Mi gozo en un pozo.

–Pero... si no me cuesta nada, en serio –insistí–. Y así te ayudo un poco.

Ella intercambió una mirada con mi padre y soltó una risita.

–Bueno, está bien. Supongo que estarás deseando contestar.

Me quedé helado al oír sus palabras.

–¿Qué?

–¿No has visto la nota? La dejé junto a la ventana, sujeta con el cesto de las pinzas.

Cerré los ojos, mientras sentía un intenso rubor que subía por mi cuello y encendía mis mejillas. Lo único que quería era que me tragara la tierra, o tal vez que me cayera un meteorito en la cabeza, pero no tuve esa suerte.

–Qué callado te lo tenías, ¿eh, campeón? –dijo mi padre–. No nos habías contado nada sobre tu nuevo amiguito.

Sabía perfectamente lo que significaba ese tono de voz al pronunciar la palabra «amiguito».

Me encogí de hombros tratando de restarle importancia.

–Se llama Mario. Solo hemos quedado un par de veces, no es para tanto.

–¿Te gusta?

–¡Papá! –grité indignado–. ¡Claro que no! Si nos acabamos de conocer...

Sin embargo, el calor cada vez más intenso de mis mejillas me estaba delatando, y vi que volvían a intercambiar una mirada cómplice con sonrisita incluida. ¿Por qué no me había matado alguno de aquellos fantasmas en el cementerio? O, mejor todavía, ¿por qué no me había caído trepando el muro y me había partido el cuello? Lo habría agradecido, si eso significara librarme de aquella conversación.

–Cierto, que a ti te gustaba ese otro chico... ¿Cómo se llamaba? ¿Lucas?

–Luis –le corrigió mi madre, que parecía molesta–. ¿Cuántas veces te lo tengo que recordar?

En esos momentos, me ardía tanto la cara que comenzaba a sentir un miedo real de que fuera a estallar en llamas. Claro que, si sufría una combustión espontánea allí mismo y me ahorraba todo aquel calvario, casi que mejor. Prefería quedar reducido a cenizas flotando en el viento antes que seguir en aquella mesa ni un minuto más.

–Oye, que estoy aquí, ¿eh? –les recordé, enfadado–. Y no, ya no me gusta Luis. Muchas gracias por el interés.

Eso también era una verdad a medias, pero de las de verdad, si es que eso tiene algún sentido. Vale, sí, todavía me gustaba Luis. Un poquito. Pero, al mismo tiempo, la cosa se había enfriado durante los últimos días. Seguía sin contestarme a los mensajes y, de todos modos, yo había dejado de mandárselos. ¿Para qué? Si él pasaba de mí y me lo había dejado ya más que claro, yo

no iba a darle la satisfacción de ir detrás de él como un perrito faldero. Ya vendría él a hablarme si de verdad sentía algún interés por mí.

Y, por supuesto, estaba el tema de Mario. En esta ocasión no iba a volver a cometer el error de contarles nada, porque ya había visto cómo actuaban con todo lo relativo a mi vida amorosa. Sin embargo, lo que no podía negar ante mí mismo era que me gustaba. Puede que acabáramos de conocernos, puede que apenas supiera nada de él, pero no podía evitarlo. Y tampoco era como si me hubiera enamorado de él, ni mucho menos. Simplemente..., me gustaba. Tal vez no fuera capaz de admitirlo en voz alta, pero tenía que admitirlo ante mí mismo.

Solté un suspiro al ver sus caras. Estaba claro que no me iban a creer, así que ¿para qué molestarme siquiera? Por suerte, durante el resto de la comida se pusieron a hablar de sus cosas. Comí a velocidad normal, fingiendo una tranquilidad que no sentía. Cuando por fin terminé, subí al cuarto de baño para buscar la nota. Tal como me había dicho mi madre, estaba sujeta bajo el cesto de las pinzas. Me maldije por no haber mirado allí antes; ahora que la veía, parecía el lugar más evidente.

Me lo pasé muy bien anoche.
¿Repetimos hoy?

Volví a enrojecer al leer sus palabras. No me extrañaba que mis padres hubieran estado con tanto cachondeo durante la comida; después de todo, la nota parecía dar a entender cosas que definitivamente no habían pasado. Por suerte o por desgracia.

Vi que el cesto de la colada se encontraba en el suelo, debajo de la ventana, así que comencé a recoger la ropa. Me daba igual lo que dijeran mis padres; de todos modos, ya me habían calado. Me apresuré a vaciar el tendedero y, entonces, escribí una nota rápida para Mario.

Mis padres han visto la nota...
A partir de ahora, será mejor que tengamos
cuidado con lo que decimos.
No quiero que me hagan preguntas incómodas.

Su rostro apareció en la ventana en cuanto comencé a mover las cuerdas. Frunció el ceño mientras leía mi mensaje y escribía la respuesta.

Jo, lo siento mucho.
Hace un par de horas oí el ruido
de las cuerdas, pero cuando me asomé
vi que tu madre estaba tendiendo.
Ya no había forma de recuperar el papel.

Tragué saliva al leer sus palabras. Parecía que mi madre no me lo había contado todo, al fin y

al cabo.

No jodas... ¿Mi madre te ha visto?

No, no, tranquilo. Estaba concentrada
en tender la ropa y no levantó la mirada.
En cuanto vi que no eras tú, me escondí.

Aquello me aliviaba, pero todavía seguía con el corazón desbocado. El trozo de papel ya estaba lleno, así que me lo llevé a mi habitación y volví con uno nuevo.

¿Hoy puedes quedar?

Sí, claro. ¿A la hora de siempre?

Vale. Pero hoy tenemos que quedarnos menos rato.

No voy a poder dormir la siesta ni de coña,
y mañana no puedo volver a quedarme dormido
hasta la hora de comer.

Sin problema.

Creo que ya sé adónde te voy a llevar...

Y supongo que no me lo vas a decir, ¿verdad?

Por supuesto que no.

Muy a mi pesar, una sonrisa atravesó mi rostro mientras lo miraba ahí, enfrente de mí, al otro lado de las cuerdas. Aquella noche me esperaba una aventura más junto a él. Solo faltaban unas horas, pero no podía esperar a ver qué me enseñaba esa vez.

Al igual que tampoco podía esperar a que volviera a cogerme de la mano.

CAPÍTULO 18

LA MANSIÓN

ESA MISMA NOCHE ME DI CUENTA de que ya no tenía forma de seguir engañándome a mí mismo: me estaba pillando por Mario. Y fuerte.

No sabía cómo había pasado. Una parte de mí quería creer que era imposible, que todavía era demasiado pronto. Después de todo..., ¿cuánto hacía que nos conocíamos? En realidad, poco más de una semana. Pero esa semana y pico había estado llena de largas noches a su lado que, en realidad, se me hacían imposiblemente cortas.

De entre todas las cosas que habían ocurrido a lo largo de esos días, lo de los fantasmas era casi lo más mundano. En realidad, lo más misterioso de todo era aquella conexión que había surgido de la nada entre nosotros. Puede que no hubieran pasado todavía ni dos semanas desde que lo había visto por primera vez, pero parecía que hubieran sido dos años. O dos vidas, quién sabe.

En el fondo, suponía que él también sentía esa conexión. Si no, ¿por qué había confiado tanto en mí desde el principio? Me había hablado de la maldición que pesaba sobre el pueblo, me había hablado de los fantasmas. Eran cosas por las que cualquier otro se habría echado a correr o lo habría dado por loco, pero yo no era cualquier otro. Y él también parecía pensarlo, porque había confiado en mí sin reservas.

Sin embargo, tenía que admitir que Mario no era como los demás chicos. Era... raro, por decirlo de alguna manera. Tampoco podía culparlo: vivía en un pueblo alejado del mundo, donde apenas había gente de su edad. Sus padres eran, como mínimo, tan raros como él: en toda mi vida, no había oído hablar jamás de unos padres que no permitieran a su hijo tener móvil después de los trece o catorce años.

Mario nunca hablaba de su vida en general, ni mucho menos de su pasado. Pero su forma de ser y los pocos comentarios que había podido pescar aquí y allá me dejaban una cosa clara: nunca había tenido muchos amigos. De hecho, era más que probable que yo fuera el primer amigo que tenía en la vida... a excepción de los fantasmas, claro. Porque esa era otra de las cosas extrañas de él: parecía estar más en contacto con el mundo de los muertos que con el de los vivos.

Por supuesto, eso suponía varios problemas para mí. Y el primero de ellos era que no tenía forma de interpretar correctamente sus acciones. Mario nunca había socializado de verdad con gente de su edad, nunca había aprendido a comportarse como un adolescente «normal», fuera eso lo que fuese. ¿Sabía siquiera lo que significa en el mundo real que un chico le cogiera la mano a

otro? ¿Sabía acaso lo que significaba para mí ese gesto que, por alguna razón, parecía tan natural desde el primer momento?

Y, sin embargo, ahí estábamos, caminando de la mano como si tal cosa, como si el corazón no me latiera con fuerza cada vez que su piel rozaba la mía, como si mis ojos no se clavaran en sus labios cada vez que acercaba su cara a la mía. ¿Cuánto tiempo podría seguir aguantando eso sin volverme loco?

–Estás muy callado –señaló Mario.

Pestañeeé, desorientado. Nos habíamos detenido, y Mario me miraba fijamente en la penumbra de la noche.

Estaba tan absorto en mis pensamientos que no me había dado cuenta de dónde nos habíamos detenido. Cuando levanté la mirada, vi la mansión que se alzaba ante mí, más cerca que nunca. En algún momento debíamos de haber tomado el camino que conducía hasta ella, pero no me había dado ni cuenta. Avergonzado, traté de no mirar a Mario a los ojos. ¿Se habría dado cuenta de lo distraído que estaba? O, peor todavía, ¿se habría dado cuenta de lo que tenía en la cabeza? Traté de no pensar en ello y, para disimular un poco, me concentré en la mansión.

La casa era impresionante a pesar de su deterioro, o al menos así me lo parecía bajo la tenue luz de la luna. Tenía cuatro plantas: era de esos edificios imponentes que hoy en día ya apenas se construyen, salvo por el capricho de alguien rico y famoso. Estaba rodeada por una verja, pero parecía tan maltratada por el paso del tiempo que lo más probable era que no fuese difícil cruzarla. De repente, sentí un estremecimiento. ¿Por qué me había llevado Mario hasta allí?

–Mario.

–Dime.

–Eso que me contaste del esqueleto encadenado no era cierto, ¿verdad?

Él se volvió hacia mí y esbozó una sonrisa.

–Pues claro que era cierto. Aunque eso no es lo único que ha ocurrido en esta mansión. Te he traído aquí para contarte qué ocurrió antes de eso. A no ser que tengas demasiado miedo para escucharlo, claro... –añadió, enarcando las cejas con expresión burlona.

Una vez más, mi maldito amor propio ganó la batalla a mi instinto de conservación, que me invitaba a alejarme corriendo de allí. Mi amor propio... y la mano de Mario estrechando la mía. De ningún modo estaba dispuesto a alejarme de él, al menos hasta el final de aquella noche.

–Vale: cuéntame lo que pasó en esta casa –le pedí.

–¿Estás seguro? Da mucho miedo, Nacho... ¿Crees que luego vas a poder dormir sin pesadillas?

Solté un resoplido.

–Ja, ja. Muy gracioso. Eres tú el que ha empezado a contarme cosas macabras, ¿vale? –le recordé–. ¿Cómo puedes esperar que no tenga aunque sea un poquito de curiosidad?

–Bueno, se supone que la curiosidad mató al gato, ya lo sabes.

–Da igual: tenía siete vidas.

Me miró en silencio durante un largo rato. Me costaba soportar la ardiente intensidad de sus ojos, pero meforcé por no apartar la mirada. Finalmente, soltó un suspiro y se encogió de

hombros.

–Te lo contaré, pero luego no te quejes si no duermes. ¿Nos sentamos?

–¿Dónde?

Hizo un gesto hacia el interior de la parcela.

–En los escalones.

–¿Entrar ahí? Sí, claro. Tú estás flipando muy fuerte.

–¿Qué pasa? –preguntó con fingida inocencia.

–A ver, dime: ahí hay fantasmas sí o sí, ¿verdad?

Noté que sus labios se crispaban, como si estuviera tratando de contener las ganas de sonreír.

–Entonces, sí que tienes miedo, ¿no?

Volví a mirar la mansión. ¿Era cosa mía, o parecía más grande a cada minuto que pasaba?

–Bueno, puede que un poco.

Y ahí estaba otra vez esa sonrisita burlona que me volvía loco... en más de un sentido.

–Recuerdas que los fantasmas no son peligrosos, ¿verdad? –me recordó–. No pueden hacerte daño.

–Buena, esa es tu opinión.

–Nacho, sabes que sé de esto mucho más que tú. ¿Es que no confías en mí?

Ahí estaban esas palabras que tanto temía que pronunciara. La sonrisita había desaparecido, y ahora me miraba con unos ojos tan llenos de sinceridad que no sabía cómo decirle que no.

–No es eso, pero...

–No voy a soltarte la mano –me prometió una vez más.

Y, por supuesto, eso era todo lo que necesitaba para ceder. ¿De verdad era tan fácil de convencer?

–Está bien –respondí a regañadientes.

Echamos a caminar hacia la verja oxidada. Tal como esperaba, no era difícil entrar: Mario solo tuvo que sacudirla un poco para que se abriera, dándonos la bienvenida a lo que un día debió de ser un jardín exuberante y ahora no era más que la viva imagen de la decadencia. ¿Cuántos años llevaba abandonada esa mansión? ¿Diez, veinte? ¿Cincuenta? No lo sabía, pero había algo en ella que me hacía pensar que ocultaba siglos de historia... y de secretos.

Caminamos por el camino de piedra invadido de maleza en dirección a la puerta, precedida por unos escaloncitos de piedra. No estaban mucho mejor que el camino, pero encontramos un hueco libre de malas hierbas y nos sentamos ahí. Estábamos muy juntos, y tenía que reconocer que, a pesar de la inquietud que me producía aquel lugar, eso me gustaba.

–Había una vez un matrimonio joven, ambos de buena familia –comenzó Mario.

–¿En serio? –pregunté con una sonrisita–. ¿Otra vez vas a empezar así?

Mario me ignoró y siguió hablando.

–Los dos eran hijos únicos y habían heredado grandes fortunas gracias a los negocios de sus antepasados. Con el dinero que tenían, se compraron una mansión que había a las afueras de un pueblo pequeño y tranquilo... Esta mansión. Aunque una casa así habría sido demasiado cara incluso para un matrimonio de su estatus social y económico, pudieron comprarla muy barata. Al

parecer, el anterior dueño de la casa había desaparecido en misteriosas circunstancias, y ninguno de los herederos quería vivir en ella. Varias generaciones más tarde, su último descendiente estaba necesitado de dinero, así que vendió la mansión al matrimonio con una advertencia: la casa ocultaba mucho más de lo que parecía a simple vista.

–Menudo cliché. Hasta el momento, un cero en originalidad, ¿eh?

Mario puso los ojos en blanco, pero no interrumpió su relato.

–La pareja destinó gran parte de su dinero a arreglar la mansión y, muy pronto, trajeron a su primer hijo al mundo. Pero ninguno de los dos había tenido hermanos y sus infancias habían sido tristes y solitarias, así que no querían que su hijo viviera lo mismo. De modo que siguieron teniendo hijos a lo largo de la siguiente década, hasta que hubo seis niños que llenaban la mansión de risas, gritos y bullicio.

–Bueno, tampoco es para tanto –señalé–. Hay una influencer que...

–¿Me vas a dejar que siga o qué? –preguntó exasperado.

–Perdón, perdón –respondí con una sonrisita–. Sigue.

–Ambos pensaban que con seis hijos era suficiente. Sin embargo, tres años después de la última, llegó un séptimo hijo, fruto de un accidente. Sus padres lo recibieron con alegría, tal como habían hecho con los anteriores. Pero pronto se dieron cuenta de que aquel bebé era... diferente. Dormía todas las noches de un tirón y jamás lloraba de hambre, de frío ni de sueño. Todos coincidían en que no era un niño normal.

–Pues espero que no se quejaran. Hace tiempo, en mi edificio había un bebé que...

–Por supuesto, sus hermanos sentían recelo hacia él –continuó Mario, ignorándome–. Habían esperado la llegada de su hermano con ganas, pero les desconcertaba que fuera tan... extraño. Según fue creciendo, se dieron cuenta de que tampoco reía jamás, de que ni siquiera tenía interés en jugar. Y, como suelen hacer los niños, comenzaron a ignorarlo. Había seis hermanos que estaban muy unidos y luego estaba ese otro niño, el séptimo hijo, al que trataban como si fuera poco más que uno de los muebles de la casa. No sabían que pagarían muy caro ese error.

–Déjame pensar: los mató a todos.

–Por supuesto –respondió Mario, y un escalofrío recorrió mi cuerpo–. Pero no fue tan rápido. Todo empezó con cosas pequeñas. Accidentes, enfermedades... Parecía que, de un modo u otro, siempre le pasaba algo a alguno de sus hermanos, pero él siempre se libraba. A veces, uno de ellos se caía por las escaleras y arrastraba a dos o tres de sus hermanos que estuvieran bajando por delante de él. Otras, uno de los hijos se contagiaba de paperas o de varicela, y todos en la casa enfermaban menos el séptimo hijo. Hasta que, una tarde, cuando estaban los seis hermanos mayores jugando en la piscina, el mayor de ellos se ahogó. Nadie se lo explicaba. Tenía ya diecisiete años y nadaba a la perfección... ¿Cómo es que se había ahogado?

–Joder con el crío.

–El niño estaba dentro de la casa en ese momento, así que nadie podía culparlo. Pero el luto no terminó. Unos meses después, murió también el segundo hermano, a los quince años. Se cayó por las escaleras, tal como les había pasado a todos en muchas ocasiones, pero esa vez se dio un fuerte golpe en el cuello y murió en el acto.

–Déjame pensar: los demás siguieron cayendo como moscas.

–Eso es. Meses después, murió la tercera hermana, con catorce años. Había estado cogiendo setas por el campo, pero una de ellas no era lo que parecía y la muchacha murió intoxicada. Cuando ya casi se había cumplido un año desde la muerte del primer hermano, murió el cuarto, con trece años. Todos en la casa habían enfermado de gripe salvo el hermano menor, pero el cuarto hermano fue el único que no sobrevivió.

–¿Y sus padres no pensaban que pasaba algo raro?

–Sus padres estaban cegados por el dolor de perder a un hijo tras otro... Pero sí: con la muerte del cuarto, ya se habían dado cuenta de que allí ocurría algo extraño. Fueron a ver a videntes, pitonisas y supuestos espiritistas, pero nadie fue capaz de darles una respuesta. Hasta que murió el quinto hijo, el día que cumplía los doce años. Nadie estaba de humor para una celebración, pero le compraron una tarta que nadie quiso comer salvo él. Por la noche, comenzó a sufrir vómitos y diarreas, hasta que murió deshidratado. Al día siguiente, sus padres se dieron cuenta de que la tarta estaba en mal estado.

–No voy a volver a tocar una tarta en mi vida, muchas gracias.

–La sexta hija tenía casi once años, y ya era lo bastante mayor como para saber que ella sería la siguiente. Sus padres también eran conscientes de ello, así que hicieron todo lo posible por protegerla. Dejó de ir al colegio. Se pasaba los días en su habitación, siempre vigilada por uno de sus padres, o por niñeras a las que pagaban cuantiosas sumas para que pasaran la noche en vela junto a ella. Su madre la duchaba personalmente por miedo a que pudiera ahogarse en un descuido, y contrataron a un cocinero para que se asegurara de que toda la comida estuviera en perfecto estado antes de dársela. Parecía imposible que la muerte alcanzara a la niña.

–Déjame pensar: le cayó un meteorito en la cabeza.

–No –dijo Mario con calma–. Un día, mientras comía, tragó demasiado rápido y se atragantó. Era su madre quien la vigilaba en ese momento, y en la casa solo estaban el cocinero, la jardinera y el séptimo hijo. Pero nadie pudo hacer nada por salvarla.

–Y con todo lo que pasó, ¿no sospechaban del niño?

–Al principio no, claro; parecía que sus hijos estaban muriendo uno por uno en el mismo orden en que habían nacido. Pero ahora le tocaba el turno a él, así que redoblaron los esfuerzos que habían hecho con la niña. Cada noche había dos niñeras junto a él, por si acaso una de ellas se quedaba dormida. Le trituraban casi toda la comida y, cuando no era posible, se la cortaban en trozos diminutos. Contrataron a una enfermera cuya única función era pasarse la vida en una de las habitaciones que se habían quedado desiertas, por si acaso algún día necesitaban sus servicios. Y así, el niño cumplió los ocho años. Y los nueve. Para cuando cumplió los diez, sus padres comenzaron a relajarse. ¿Tal vez su hijo, por ser el último, se había librado de la maldición? Por su parte, él ya se estaba haciendo mayor y no quería dormir con niñeras, así que las despidieron a todas. Ellas no se quejaron, claro: aquel niño tenía algo que les ponía la piel de gallina.

Tenía que reconocer que estaba enganchadísimo a la historia.

–Pero en algún momento se le fue la pinza y mató a sus padres, ¿a que sí?

–Nadie sabe exactamente lo que pasó –me explicó Mario–. Pero el cocinero siempre iba al pueblo dos veces por semana para comprar comida, hasta que una semana no apareció. Cuando ya llevaba dos semanas sin ir, la gente del pueblo comenzó a sospechar. Al fin, cuando se cumplió un mes desde el último día que habían visto al cocinero, un grupo de valientes se reunieron y se dirigieron hacia la mansión. Tuvieron que entrar a la fuerza y, aunque ya se lo imaginaban, no estaban preparados para lo que vieron allí.

–Déjame pensar: estaban todos muertos.

–Exactamente. Los padres del niño estaban muertos, pero también el cocinero, la jardinera y la enfermera. Pero lo más extraño de todo era cómo habían muerto. Se encontraban todos en sus camas, como si estuvieran dormidos, pero sus cuerpos habían comenzado ya a descomponerse y la mansión estaba inundada de un olor nauseabundo. No había la menor señal de violencia o forcejeos, ni en sus cuerpos ni en la propia casa.

–Espera. No has mencionado que el niño muriera. ¿Qué pasó con él?

–Oh, el niño también murió. Pero no estaba dentro de la mansión, sino fuera. Al principio, nadie sabía qué había sido de él. Hasta que a alguien se le ocurrió mirar en el pozo... Ese pozo. –Señaló un pretil que había en el otro extremo del jardín. Verlo hizo que se me pusiera la piel de gallina–. Allí estaba su cuerpo en descomposición, dentro de uno de los enormes sacos de patatas que compraban para la casa. Nadie sabe quién murió primero, pero se dice que lo intentaron matar entre todos los habitantes que quedaban en la casa y después su espíritu decidió vengarse.

Me quedé en silencio durante un largo rato. Sentía un frío tan intenso y profundo en los huesos que apenas fui capaz de hablar.

–¿Esa historia es cierta?

–Puede que sí o puede que no –respondió, esquivo–. Tal vez deberíamos entrar y averiguarlo, ¿no? Puede que nos encontremos al fantasma de alguno de esos niños... o al del séptimo hijo.

–Sabes que no voy a entrar ahí ni de coña, ¿verdad?

Mario se echó a reír.

–Tranquilo, Nacho. No vamos a entrar... hoy.

–Ni hoy ni nunca –insistí.

–¿Tú crees? –preguntó con voz burlona–. Porque a mí me parece que no me va a costar ni un poquito convencerte de que entremos otro día.

–Eres idiota –repliqué. Sabía que tenía razón, pero me negaba a dársela.

–Un poco. Pero te encanta.

La respuesta evidente acudió a mis labios: «Pues sí». Sin embargo, me obligué a reprimirla, a enterrarla debajo de mi lengua para que no escapara.

Nos quedamos en silencio. Sin conversación para distraerme ni paisajes nocturnos que contemplar, no me quedó más remedio que centrar mi atención en aquello que llevaba ya un buen rato tratando de ignorar. Estábamos sentados en las escaleras de entrada de la mansión, con las manos unidas sobre la piedra. La mano de Mario era lo único que me anclaba a la realidad del mundo material, lo que mantenía alejados a todos los fantasmas. Sus dedos eran suaves, y parecían encajar entre los míos de una forma que me hizo pensar que tal vez estaban hechos para

eso. Al momento me reprendí a mí mismo por pensar en esas estupideces. Y, sin embargo...

–Me gusta esto –dije sin poder evitarlo. Una fracción de segundo más tarde, cerré los ojos deseando que me tragara la tierra.

–¿El qué? –susurró–. ¿Las historias macabras en la oscuridad?

Puse los ojos en blanco. Después, desvié la mirada antes de contestar; era incapaz de mirarlo a los ojos. Me atravesaban como si pudiera ver hasta el fondo de mi alma.

–Esto –contesté. Pero mi lengua tenía la mala costumbre de convertirse en una ametralladora y, en el momento en que hablé, me di cuenta de que ya no había marcha atrás–. Haberte conocido y estar aquí contigo, pasear por ahí, que me cuentes historias y todo eso. No sé, me gusta.

Me ardían las mejillas, pero esperé que la oscuridad de la noche bastara para que no se diera cuenta. Al menos, agradecí no haber mencionado lo que más me gustaba de todo: estar ahí sentado con él, con su mano rodeando la mía. Pero, como si me estuviera leyendo la mente, de pronto su mano se movió. Me quedé sin aliento. Su pulgar había comenzado a moverse lentamente sobre el dorso de mi mano, titubeante al principio, y después ya más seguro. El movimiento me producía un hormigueo que empezaba en mi mano, se extendía por mi brazo e inundaba el resto de mi cuerpo.

Pestañee un par de veces, incrédulo ¿De verdad me estaba acariciando?

Con un esfuerzo titánico, me giré para mirarle a la cara. Estaba mucho más cerca de lo que esperaba; sus ojos se encontraban a unos centímetros de los míos. Mi nariz se hallaba a solo unos milímetros de la suya. Tenía la boca curvada en esa sonrisa triste de siempre, y los labios ligeramente entreabiertos. Había un fuego en mi interior que me impulsaba a dar un paso más, a acercarme más a él, a cubrir la distancia corta pero insondable que separaba nuestros labios.

Pero no me atreví. Un momento pensaba que Mario estaba a punto de besarme y, al siguiente, agaché la cabeza y desvié la mirada. El pulgar se detuvo sobre mi mano, pero al menos no me soltó. No habría podido soportarlo si lo hiciera.

–¿Volvemos? –sugirió al cabo de unos minutos. Su voz sonaba extrañamente pastosa.

–Sí, será lo mejor –acepté–. Ya es muy tarde.

CAPÍTULO 19

PIEL CONTRA PIEL

EL LUNES POR LA NOCHE, Mario me llevó a la piscina. Tonto de mí, me había emocionado pensando que tan solo nos íbamos a dar un chapuzón nocturno, pero resultó que eso no era lo que él tenía planeado.

Trepé tras él la valla que rodeaba la piscina; me costó, pero al menos era más fácil que el muro del cementerio. Una vez dentro, no pude evitar sentir una ráfaga de euforia. Y, sin embargo, también tenía miedo. Me gustaba la idea de bañarme con Mario bajo las estrellas, los dos solos en la oscuridad de la noche, pero eso también significaba que iba a tener que desvestirme delante de él.

–¿No vamos a meternos en un río? –pregunté mientras miraba a mi alrededor, en parte para ganar tiempo y en parte porque también estaba algo preocupado–. Se supone que no deberíamos estar aquí.

Mario me miró con una sonrisita en los labios, enarcando una ceja.

–¿Te pasas todas las noches colándote conmigo en un cementerio y ahora te preocupa colarte en una piscina pública?

–El cementerio está más alejado del pueblo; no hay tanto riesgo –señalé–. Como nos pillen...

–Bueno, si prefieres que vayamos a la mansión...

Puse los ojos en blanco mientras él se encogía de hombros.

–Déjalo, anda.

Tratando de retrasarlo todo lo posible, abrí la mochila que me había llevado de casa, saqué la toalla y la extendí lentamente sobre una de las tumbonas. Solo entonces me atreví a bajarme los pantalones cortos que me había puesto por encima del bañador.

–¿Qué estás haciendo? –me preguntó Mario, sorprendido.

Pestañee un par de veces, confuso.

–¿No nos vamos a bañar?

–Yo no he dicho eso –respondió.

Ahora el sorprendido era yo.

–Entonces, ¿para qué hemos venido a la piscina?

–Es que quería presentarte a alguien –me explicó–. Lo siento. ¿Pensabas que...?

–Da igual –respondí, y volví a subirme los pantalones, rojo como un tomate–. No pasa nada; en realidad, tampoco tenía tantas ganas de bañarme. ¿A quién quieres presentarme?

–Podemos bañarnos después –dijo Mario–. Lo siento, es que no pensé que...

–Que da igual, en serio.

Me daba rabia, pero unas traicioneras lágrimas de vergüenza habían brotado en mis ojos. Por supuesto, a esas alturas ya sabía que Mario era bastante rarito. ¿Por qué había pensado que querría bañarse en la piscina conmigo, pudiendo ir a ver a algún muerto?

–No, no da igual –insistió–. Después nos bañamos, ¿vale? Te lo prometo.

–Bueno... –respondí, tratando de quitarle importancia–. Como quieras.

–Ven conmigo.

Me tomó de la mano, y mi nerviosismo se incrementó. Mario había convertido ya en costumbre aquel gesto, pero a mí seguía provocándome un cosquilleo en el estómago tan intenso que a veces pensaba que estaba a punto de vomitar. Y entonces sí que habría quedado fatal frente a él.

Rodeó la piscina y me condujo al edificio donde supuse que debían de estar los vestuarios. Dio unos golpecitos en la puerta y habló en voz alta:

–Soy yo.

Retrocedió un par de pasos, y yo lo hice con él. Esperamos durante un minuto entero, pero no parecía que fuera a pasar nada. Hasta que, de pronto, un chico joven salió por la puerta. No pude evitar sobresaltarme; aunque ya había conocido a otros fantasmas, verlos atravesar objetos sólidos me seguía dando mal rollo.

El chico aparentaba tener un par de años menos que nosotros, y lo único que indicaba que estuviera muerto era la forma en la que había salido del edificio. Por lo demás, parecía totalmente normal.

–¿Quién es este? –preguntó con voz seca, observándome con sus ojos oscuros.

–Se llama Nacho –le explicó Mario–. Se acaba de mudar al pueblo. Nacho, él es Andrés. Era... amigo de Pedro.

Tragué saliva al darme cuenta de que tenía que ser otro de los chavales que habían muerto en la mansión.

–Hola –lo saludé, sin saber muy bien qué decir–. Eh... Encantado.

El fantasma me ignoró.

–¿Por qué le has traído aquí? –le preguntó a Mario–. Pensaba que vendrías solo.

–Creí que os gustaría conoceros. Dado que tú...

–No deberías ir hablando de nuestras cosas con gente corriente –lo interrumpió Andrés–. Sabes que es peligroso.

–Nacho es especial –replicó Mario, y sus palabras hicieron que el corazón me diera un vuelco. ¿De verdad lo pensaba?–. No le va a decir nada a nadie. Tan solo quería que le contaras tu historia.

–¿Le has dicho que..?

–Sí –lo interrumpió Mario–. Ya sabe lo de la maldición.

El chico me echó un vistazo y frunció el ceño antes de continuar, pensativo.

–Si eres listo, deberías largarte de aquí –me advirtió, con un tono de voz que me provocó escalofríos–. Ya te acordarás de mis palabras algún día.

Y, sin decir más, se alejó hasta la valla, la atravesó y desapareció en la noche.

–Qué simpático –comenté con sarcasmo, asegurándome de susurrar por si el fantasma todavía seguía cerca de allí–. Se ve que sois muy amigos.

–Bueno, la verdad es que no pensaba que fuera a salir así la cosa –admitió Mario.

–¿Por qué querías presentármelo?

–Andrés es el chico que logró escapar de la mansión..., el que se suicidó. Fue el primer fantasma que conocí, y fue él quien me explicó la verdad sobre la maldición... Ya sabes que a la gente del pueblo no le gusta hablar del tema. Pensaba que igual querría contarte algo. –Mario soltó un suspiro, y después se encogió de hombros–. No imaginaba que se lo fuera a tomar así.

–¿Por qué hemos venido a verle aquí? –pregunté con curiosidad–. ¿Por qué no has quedado con él en el cementerio?

–Allí es donde están algunos de sus amigos... y también el chico que le gustaba –dijo con tristeza–. Pero Andrés no quiere verlos. Se siente culpable por haberlos abandonado, piensa que murieron por su culpa. Jamás se acerca allí. Le propuse que nos viéramos aquí porque nunca hay nadie por la noche.

–Pobre... –logré decir, con un nudo en la garganta–. No me extraña que no tuviera ganas de hablar conmigo.

Nos quedamos en silencio, sin saber muy bien qué decir.

¿Te apetece que nos bañemos? –me propuso Mario al cabo de un rato–. Sé que te has quedado con las ganas.

Asentí con la cabeza, sonriendo sin poder evitarlo, y él me devolvió la sonrisa. Caminamos de la mano hasta las tumbonas, donde había dejado mi toalla y la mochila. Volví a bajarme los pantalones cortos para quedarme en bañador, pero no me quité la camiseta. Me di cuenta de que Mario estaba inmóvil, mirándome, y eso me hacía sentir un poco incómodo. ¿Es que estaba esperando para ver cómo me quitaba la camiseta o qué?

–¿Qué pasa? –le pregunté.

–Pues... A ver, es que yo venía aquí para presentarte a Andrés... No pensaba que nos fuéramos a bañar. No tengo bañador. Ni toalla.

–Ah –fue lo único que se me ocurrió decir. Sonó débil, como una ^a en letra volada.

–Lo siento... Tendría que haberlo pensado mejor.

–No pasa nada –respondí, tratando de que no me temblara la voz–. Yo puedo prestarte mi toalla. Y, sobre lo otro... –Tragué saliva, ruborizado–. No sé. Supongo que siempre puedes bañarte en calzoncillos, ¿no?

Me dio la impresión de que la piel de sus mejillas se había oscurecido un poco. ¿De verdad se había sonrojado? Pensaba que esas cosas solo me pasaban a mí.

En realidad, me hubiera gustado sugerirle que se bañara sin nada, y la mera idea hacía que mi sangre entrara en ebullición. Pero, por supuesto, me faltaba el valor necesario para proponérselo.

–Sí, supongo.

Y, sin decir más, como si cualquier vergüenza que hubiera podido sentir se esfumara de repente, se bajó los pantalones ahí mismo y se quitó la camiseta. La luz de la luna iluminó su

torso pálido, las formas de su pecho y de su abdomen, y también... Antes de poder fijarme en lo que se adivinaba más abajo, aparté la mirada, azorado. El calor de mis mejillas comenzó a bajar por mi cuerpo, aumentando cada vez más.

Me apresuré a quitarme la camiseta y, sin esperar a que mi cuerpo reaccionara de forma comprometida, corrí hasta la piscina y me zambullí de golpe. El agua estaba helada, mucho más de lo que esperaba, pero no me quejé. En cierto sentido, hasta me venía bien. Noté cómo aquel agradable calorcillo remitía..., aunque solo un poco.

Oí una salpicadura detrás de mí y, cuando me di la vuelta, vi que Mario se había unido a mí en el agua. Di unas brazadas hacia él, sonriendo, y él hizo lo mismo.

–No tienes ni idea de cuánto tiempo llevaba sin nadar –me dijo, también sonriente–. Ni siquiera recuerdo la última vez que me metí en la piscina.

–¿En serio? ¡Pero si podrías venir aquí siempre que quisieras!

Mario se encogió de hombros, y su sonrisa se desvaneció.

–Ya, bueno. Lo que pasa es que tampoco tengo a nadie con quien venir.

Sentí una punzada de tristeza en el estómago al oír sus palabras. No lo había pensado antes, pero en ese momento me di cuenta de lo solo que tenía que haberse sentido Mario antes de que yo llegara. Por lo que sabía, su única compañía eran los fantasmas... Y no es que ellos fueran una compañía muy alegre, precisamente. Nuestro reciente encuentro con Andrés era prueba de ello.

–Bueno, pero ya no –dije sin pensármelo–. A partir de ahora, podemos venir a bañarnos siempre que quieras.

Su rostro se iluminó, como si nadie le hubiera hecho una propuesta mejor en la vida.

–¿En serio?

–Pues claro. Si quieres, también podemos venir a pasar la tarde algún día de estos.

–Por la tarde no –se apresuró a decir él–. Bueno, ni por el día en general. Es que me quemo mucho. Tengo la piel muy blanca, por eso nunca vengo por aquí.

A decir verdad, aquello no me suponía ningún problema. Solo había algo mejor que estar con Mario en una piscina, y era estar con Mario a solas en una piscina.

–Bueno, no pasa nada. Podemos venir de noche, como hoy.

–Genial –respondió con una enorme sonrisa.

Nos quedamos en silencio. Era como si ninguno de los dos supiera muy bien qué hacer, y no era para menos. Por su parte, estaba claro que no sabía ni lo que solía hacer la gente en la piscina. En cuanto a mí, no tenía costumbre de ir a la piscina porque era de esa clase de lugares que prefería evitar; pero cuando había ido con mis amigos, siempre había pelotas con las que jugar, carreras y cosas así. Pero, por alguna razón, todo aquello me parecía fuera de lugar con Mario.

–En realidad, no sé qué es lo que se suele hacer aquí –admitió Mario después de un par de segundos, librándome de ser el primero que lo dijera.

Miré a mi alrededor, tratando de pensar qué decir.

–Ya, bueno, tampoco es que yo esté muy acostumbrado. –Entonces se me ocurrió una idea–. ¿Sabes flotar?

–¿Flotar?

–Sí, flotar. Mira, así.

Me impulsé con las piernas y me tumbé poco a poco, con los brazos extendidos, hasta quedarme suspendido en el agua. Había perdido un poco la práctica, pero no me costó volver a cogerle el truco. Miré de reojo a Mario, que me observaba fijamente, y volví a ponerme de pie.

–Creo que nunca lo he hecho –dijo él.

–Venga ya –repliqué entre risas–. ¿En serio no sabes flotar?

–En serio.

–Bueno, yo tampoco sabía trepar a los muros –señalé–, pero al final aprendí. Ahora te toca a ti aprender.

–Bueno, vale. –Hizo una pausa–. ¿Me ayudas?

Tragué saliva antes de contestar.

–Eh... Claro.

Mario intentó quedarse en posición horizontal, pero acabó con la cabeza debajo de la superficie. Cuando la sacó, comenzó a toser y a escupir agua mientras yo me partía de risa. Me acerqué a él y coloqué las manos bajo su espalda, tratando de ayudarlo a estabilizarse.

–¿Así? –preguntó con cara de susto, tan adorable que me entraron ganas de besarle.

Vi que estaba moviendo las piernas como si nadase y no pude evitar sonreír. ¿Cómo era posible que no supiera hacer algo tan sencillo?

–Espera. Intenta no mover la espalda, ¿vale? Voy a ayudarte con las piernas.

Me di cuenta de que era mala idea en cuanto coloqué las manos sobre sus piernas y mi corazón se aceleró. Tenía las pantorrillas duras, y supuse que todos esos saltos al muro del cementerio lo habrían ayudado a tornerlas. Había un vello suave en ellas, ahora mojado, que se enredaba entre mis dedos. Me pregunté cómo sería acariciar esas piernas secas, y ese calorcillo tan familiar volvió a invadir mi cuerpo sin permiso.

Traté de sujetárselas lo mejor que pude, pero eso significaba tocarlas, y también apretarlas un poco para impedir que se movieran. Ya había empezado a acostumbrarme a cogerle de la mano, pero aquello era algo nuevo. Y lo cierto era que me gustaba. Tal vez demasiado.

Puede que aquella idea no fuera tan mala, después de todo...

–¿Voy bien? –preguntó Mario cuando conseguimos entre los dos que mantuviera las piernas inmóviles.

Tragué saliva antes de apartar la mirada de sus pies. Mis ojos recorrieron la longitud de sus piernas y llegaron hasta sus calzoncillos. Estaban mojados y el tejido se pegaba a su cuerpo, pero traté de no fijarme en la forma tentadora que se adivinaba por debajo. Continué mirando su vientre y después su torso, perfectamente inmóviles, hasta acabar con los brazos que había extendido a ambos lados del cuerpo.

–Sí. Perfectamente.

Solo entonces aparté las manos de sus piernas y me alejé.

–¿Quieres flotar conmigo? –me preguntó.

En esos momentos, no me convenía mucho tumbarme boca arriba, pero no había nada que

pudiera hacer al respecto. Era yo quien había propuesto la idea.

–Eh... Vale. Pero tienes que cerrar los ojos.

–¿Qué? ¿Por qué?

–Porque... así es mejor. Ya lo verás.

Lo miré mientras lo hacía y vi que estaba sonriendo. Eso me hizo sonreír también.

–Es verdad... Es una pasada –dijo entusiasmado–. Es casi como volar.

Ahora que estaba seguro de que no iba a mirar, me tumbé yo también y cerré los ojos. Llevaba mucho tiempo sin hacerlo, y de inmediato me invadió una paz infinita, una sensación de calma cálida en el pecho. Mario tenía razón: aquello era como volar. Volar a su lado, bajo la luna y las estrellas. Y, aunque hacía apenas unos minutos había tenido ganas de besarle, en ese momento no necesitaba nada más que estar allí con él.

No sé cuánto tiempo permanecimos así. En cierto modo, aquello era muy parecido a lo del cementerio: los dos tumbados bajo el cielo nocturno, protegidos por el silencio de la noche, solos él y yo. No hablamos; en realidad, ni siquiera lo necesitábamos. Nos bastaba con estar el uno junto al otro, mientras nuestra respiración se sincronizaba y puede que también nuestros corazones. La calma y la paz que sentía parecían fluir desde su cuerpo hasta el mío.

Hasta que, de pronto, el movimiento del agua quiso que la cabeza de Mario chocara con la mía, y los dos perdimos el equilibrio y acabamos con la cabeza sumergida. Yo tenía la boca abierta, así que comencé a toser y escupir agua en cuanto saqué la cabeza, tal como había hecho Mario hacía solo un rato.

Él se echó a reír mientras me miraba y, entonces, yo coloqué las manos sobre sus hombros y me impulsé para hundirlo. Lo pillé por sorpresa mientras reía, así que ahora era él quien volvía a atragantarse con el agua. Se abalanzó hacia mí, estirando los brazos para devolverme la jugarreta, pero logré sujetárselos antes de que lo consiguiera. Forcejeamos durante un rato, salpicándonos y escupiendo agua, tratando de no hacer demasiado ruido al reírnos para que nadie nos pillara. Era perfecto.

Y entonces nos quedamos inmóviles. Nos estábamos sujetando mutuamente de los antebrazos, y nuestras caras se encontraban tan cerca que podía sentir su respiración sobre mi rostro mojado. Su boca estaba entreabierta, curvada en una pequeña sonrisa. Lo tenía muy cerca, tan cerca que solo tendría que acercarme unos centímetros para unir mis labios a los suyos. Deseaba hacerlo..., No, *necesitaba* hacerlo.

Pero, por supuesto, no lo hice. Nos quedamos allí en silencio durante unos minutos, mientras nuestra respiración se calmaba y volvía a sincronizarse una vez más. Y, en cierto modo, aquello fue mejor de lo que habría podido ser un beso. Al menos, eso creía.

Pero la temperatura había bajado y estar en el agua no ayudaba, así que pronto me estremecí.

–¿Tienes frío? –me preguntó Mario, mirándome con cara de preocupación.

–Un poco –admití.

–Venga, vamos fuera.

Me habría gustado quedarme más tiempo, pero no quería ponerme enfermo. Eso me impediría pasar más tiempo con Mario, y aquello era lo último que quería.

Salí de la piscina por las escalerillas y corrí hasta la tumbona, donde había dejado mi toalla. Me envolví con ella, temblando un poco, y me froté el pecho y los brazos para secarme. Solo entonces me fijé en Mario, que estaba plantado a unos metros de donde yo me encontraba. De pronto, recordé que él no tenía toalla con la que secarse.

–Toma –dije, y le tendí la mía–. Está mojada, pero al menos te servirá de algo.

Para mi sorpresa, él negó con la cabeza.

–No, tranquilo. Sécate tú, que tienes mucho frío.

–¿Y tú qué?

–Yo estoy bien.

Alcé una ceja mientras observaba cómo su cuerpo chorreaba agua.

–No seas tonto. Estás empapado. –Me acerqué un poco más a él–. Toma, anda.

–No quiero que te pongas malo por mi culpa.

–¡Y yo no quiero que te pongas malo tú!

–Creo que esto está siendo una conversación de besugos –dijo con una sonrisa, y yo se la devolví–. Mira, vamos a hacer una cosa. Tumbate ahí.

Señaló la tumbona que había a mi lado. Extrañado, hice lo que me pedía, me giré hacia él y me apoyé sobre el codo para mirarle. Entonces, Mario avanzó y se tumbó a mi lado, justo enfrente de mí. A continuación, cogió la toalla y nos cubrió a los dos con ella, ocultándonos hasta de la luna y las estrellas que nos observaban una noche tras otra. Mi ritmo cardíaco se elevó al instante. El problema era que mi espalda seguía al aire, así que me estaba helando igualmente.

–Tengo la mitad del cuerpo fuera –señalé mientras me estremecía–. Y creo que tú también.

–No pasa nada –dijo con una sonrisa–. La toalla es grande.

Y entonces se acercó a mí y me rodeó con los brazos. Ya no era solo mi corazón lo que estaba acelerado; mi respiración también. Con torpeza, lo abracé y aproximé mi cuerpo al suyo. Él, respondiendo, entrelazó sus piernas con las mías. Cada punto de contacto entre nuestros cuerpos era una chispa, y entre todas creaban una intensa llamarada que se extendía por todo mi ser.

El problema de ir tan ligero de ropa era que eso conllevaba un peligro evidente. Y, por si no fuera suficiente con el contacto físico, el tejido de mi bañador era mucho más fino que mi ropa habitual, y eso hacía imposible ocultar las reacciones naturales de mi cuerpo, que no tardaron en llegar. Tragué saliva, preocupado. Lo miré de reojo, pero no parecía haberse dado cuenta. Con disimulo, alejé un poco mi pelvis de la suya, tratando de prevenir contactos incómodos.

–Para –susurró de repente–. Nos vas a destapar.

Cerré los ojos con fuerza, deseando que la tierra me tragara. Por suerte, no parecía haberse dado cuenta de nada. La oscuridad de la noche y la protección de la toalla ayudaban, pero cualquier movimiento inesperado o un roce fortuito podrían delatarme, y eso era lo último que quería. De modo que hice lo que pude por quedarme inmóvil, respiré hondo y traté de vivir el momento. Me empapé de la brisa fresca de la noche, el sonido de los grillos, el canto puntual de algún ave nocturna. Me concentré en nuestra respiración sincronizada, en el latido acelerado de mi corazón resonando contra su pecho, en la humedad de nuestros cuerpos, en ese calorcillo agradable que se apoderaba de mí... No, aquello no estaba ayudando.

Pero, con el paso de los minutos, conseguí tranquilizarme al fin. La reacción de mi cuerpo remitió y, poco a poco, sentí un amodorramiento que me invadía. Y allí, refugiados en nuestra crisálida oculta del mundo, nos quedamos dormidos y abrazados hasta que comenzaron a aparecer en el cielo las luces del amanecer.

Fue la mejor noche de mi vida.

CAPÍTULO 20

CONVERSACIONES INCÓMODAS

MIENTRAS YACÍA EN LA CAMA, incapaz de dormir, no dejaba de maldecirme por mi estupidez.

Mario me gustaba, y mucho; eso era algo que ya tenía claro a esas alturas. La duda era si yo le gustaba a él, y durante esas últimas noches había comenzado a albergar esperanzas. Heterosexual no era, de eso estaba seguro. Un chico hetero no se habría pasado tantas horas conmigo de la mano, casi sin soltármela en ningún momento. Un chico hetero no me habría acariciado la palma con el pulgar, ni me habría dicho que estaba guapo con el pelo largo. Un chico hetero no habría acercado su boca tanto a la mía. Un chico hetero no se habría pasado una noche entera abrazado a mí, piel contra piel.

Pero, por supuesto, que Mario no fuera hetero no tenía por qué significar que yo le gustara también, o al menos eso era lo que llevaba varias noches diciéndome. Sin embargo, después de esa última noche, no tenía más remedio que plantearme cosas diferentes. Al igual que me planteaba otras cuestiones, como la experiencia que tendría él en esta clase de cosas. No es que yo tuviera muchísima experiencia con los chicos, pero estaba casi seguro de que tenía más que él.

Después de todo, Mario se había pasado toda la vida en ese pueblo tan alejado del resto del mundo. Por lo que me había contado, nunca había salido de allí siquiera, salvo para ir a clase. Y en ese pueblo prácticamente no había más adolescentes, por no hablar del reducidísimo porcentaje que debía de haber de chicos a los que también les gustaran los chicos; me resultaba difícil creer que hubiera alguno que se nos acercara siquiera en edad. No podía echarle en cara que no hubiera dado él el paso: probablemente, jamás había besado a nadie. Y, aun así, había sido más valiente que yo.

Pero yo, en cambio, sí que tenía algo más de experiencia, por mucho que las cosas con Luis hubieran salido como salieron.

Mi primer beso había sido a los quince años y, desde entonces, me había besado con tres chicos más. Con el segundo de ellos llegué a dar un paso más, aunque ninguno de los dos nos sentíamos preparados para llegar hasta el final. Pero con Luis sí que había ido más allá, aunque había veces que me arrepentía. En cualquier caso, debería haber llevado yo la iniciativa con Mario; no tenía excusa. Después de todo, era él el que me había cogido de la mano, el que se había quedado varias veces con la cara a tan solo unos centímetros de la mía, tal vez expectante. Era él quien había dado el paso de abrazarme la noche anterior, convirtiéndola, con diferencia, en

la mejor noche de mi vida.

Y, sin embargo, me daba miedo. Me daba miedo que me rechazara, me daba miedo estar malinterpretando las señales, me daba miedo que ni siquiera le gustaran los chicos y que tan solo fuera un chaval demasiado aislado de la masculinidad tóxica como para haberse contagiado de ella. Pero entonces recordaba su mirada, sus labios entreabiertos como invitándome a besarlos, y todo era un mar de dudas en mi interior.

Me invadían las dudas, sí, pero también la excitación. La noche con Mario había sido maravillosa, pero también dura... en más de un sentido. Nada más llegar a mi casa, me había despedido de él por la ventana, había bajado la persiana y me había metido en la cama, dispuesto a aliviar las necesidades de mi cuerpo que había tenido que ignorar pacientemente durante toda la noche.

Y ahora, varias horas en vela más tarde, no podía evitar preguntarme si a él le había ocurrido lo mismo. Algo me decía que él había hecho exactamente lo mismo que yo al llegar a su habitación, muy cerca de mí y a la vez tan lejos, al otro lado de la ventana. Por supuesto, mi cuerpo no tardó en reaccionar ante ese pensamiento, y una vez más me entregué a aliviar la tensión que me había invadido durante buena parte de la noche.

Pero, cuando terminé, lo único que podía pensar era en volver a estar con Mario en esa tumbona, los dos abrazados hasta quedarnos dormidos. Mientras mi cuerpo agotado se rendía al fin y me abandonaba al sueño, me prometí algo: la próxima vez que nos encontráramos en una situación similar, iba a dar el paso. No sabía cómo reaccionaría él, pero tendría que dejar que pasara lo que tuviera que pasar.

Un día más, desperté después del mediodía. Y, un día más, lo primero que hice fue ir al cuarto de baño para ver si Mario me había escrito algo. Sonreí al ver el trozo de papel al lado de la ventana.

Buenos días, marmota.
Espero que hayas dormido bien.
Hoy voy a estar casi todo el día fuera, ¿vale?
Ya hablamos por la tarde/noche.

No quise mencionar los problemas que me habían impedido dormir, así que escribí una versión censurada de lo que había ocurrido.

Sí, al principio me costó un poco quedarme
dormido, pero después dormí cuatro o cinco horas
del tirón. Esta noche hablamos :)

Me di una ducha rápida y le mandé un mensaje a Leire. Necesitaba hablar con ella urgentemente, y por suerte estaba en línea.

Tía... vas a flipar

Esta noche he dormido con Mario

Abrazados



Su respuesta no tardó más que un par de segundos en llegar.

CUÉNTAMELO TODO

YA

Y eso fue lo que hice. Durante media hora, le conté lo que había ocurrido durante la noche anterior con todo lujo de detalles. Bueno, salvo por lo del fantasma que había conocido. Y lo de las reacciones de mi cuerpo. Y, por supuesto, lo que había hecho nada más llegar a mi habitación. Ni lo que volví a hacer un par de horas más tarde, antes de quedarme dormido al fin. Pero, por lo demás, se lo conté todo.

Pero vamos a ver

Eres tonto???

Te gusta ser TONTO?????

Yo también te quiero xd

A ver, parguelas

Q ese tío está loco por ti

Q quieres q haga??

Q t lo diga por carta certificada???

Me eché a reír, muy a mi pesar.

A ver, si yo también lo pienso

Pero tía... no sé

Me cuesta mucho dar el paso xd

Pero q paso???

Si literalmente no te lo puede dejar más claro

Tú crees???

Pero vamos a ver...

Lo de la toalla??

HOLA??? xd

T estaba diciendo q quería

q os reventarais ahí mismo!!!

Qué fina eres, Leire



Mira, ese tío está loco por ti

Como no des el paso,

te vas a enterar

Que sí, que sí...

Lo intentaré, vale? 😊

Pero cómo q lo intentarás?????

QUE TE LANCES!!!!

Con la mente atolondrada, bajé al salón y vi que mi padre ya estaba empezando a preparar la comida.

–Benditos sean los ojos –dijo con cierto sarcasmo–. Creí que se te había tragado la cama, campeón.

–Ja, ja. Es que pensaba que estarías trabajando. No quería molestar.

–Hijo, seré un boomer, pero a mí no me engañas. ¿Qué tal con ese chico?

–¡Papá! –le grité fastidiado, y él se echó a reír–. No empieces.

–Vale, vale. No te alteres. –Su risa se apagó de golpe–. Pero... tengo que hablar contigo, Nacho.

Y, en ese momento, fue como si toda mi vida pasara por delante de mis ojos en un segundo. Sabía perfectamente qué era lo que quería decirme... y no me apetecía lo más mínimo. Mis mejillas comenzaron a arder y bajé la mirada hasta las baldosas del suelo, que de pronto me parecían lo más interesante del mundo.

–Papá, sabes que tengo internet, ¿verdad? –le recordé, tratando de esquivar la bala–. Estoy bien informado.

Pero, por supuesto, aquello no sirvió de nada.

–No te puedes creer todo lo que cuentan por internet, campeón. Y, además, ahí no está toda la información. –Soltó un suspiro, y me di cuenta de que aquello era casi tan difícil para él como lo estaba siendo para mí–. En fin, es que a mí tu abuelo me contó esto de forma diferente. Lo de las flores y las abejas y todo eso. Lo bueno es que tú no vas a dejar embarazado a nadie, pero...

–En realidad, sí que podría –lo interrumpí casi sin pensármelo–. Existen los chicos trans y tal.

Parpadeó un par de veces. Parecía que mis palabras lo habían dejado fuera de combate. Por desgracia para mí, no tardó en recuperarse.

–A ver, yo no sé mucho de... En fin. –Tragó saliva, y me di cuenta de que sus mejillas también

se habían vuelto rojizas; al parecer, aquello iba en los genes. Lo único que me consolaba de aquella conversación era que él parecía estar pasándolo tan mal como yo-. No sé mucho de las relaciones entre chicos, la verdad.

-Tranquilo, no hace falta que sepas nada -le aseguré con la más absoluta sinceridad-. ¿Podemos dejarlo ya?

-Mira, tu madre es médica. Entiende de estas cosas mucho más que yo. Si quieres, podemos hablar con ella y...

-¡No! Ni de coña.

Bastante horrible era tener que hablar con mi padre de aquello como para, encima, tener que hablar con mi madre también. Antes prefería subirme al campanario de la iglesia del pueblo y tirarme al vacío.

-Lo que quiero decir es que tienes que ir con cuidado. Independientemente de que puedas dejar embarazado a alguien o no..., tienes que estar seguro de protegerte. -Soltó un suspiro, como si lo que iba a decir a continuación fueran las palabras más difíciles que había pronunciado en su vida-. He ido a la frutería antes.

Lo miré fijamente, confuso. Desde luego, no era lo que esperaba.

-¿Perdón?

-Mira... No sé qué es lo que te gustará más a ti, y tampoco es que quiera saberlo, pero si necesitas que te enseñe a ponerte un...

Fue entonces cuando vi los plátanos en el frutero.

-¡No! -Me ardía tanto la cara que parecía que me fuera a estallar de un momento a otro-. No hace falta, papá. En serio.

Él frunció el ceño.

-Pero es muy importante que sepas hacerlo -insistió, y en cada una de sus palabras era patente el esfuerzo que estaba haciendo por seguir hablando-. Soy tu padre, y si necesitas ayuda...

-Papá -lo corté tajante-. En serio. No hace falta. Ya sé... Ya sé ponérmelo, ¿vale?

-¿En serio? -preguntó, en parte sorprendido y en parte aliviado. Si no estuviera deseando que me tragara la tierra, me habría hecho hasta gracia-. Bueno, en ese caso...

-¿Podemos dejar ya esta conversación y hacer como que no ha pasado en la vida?

-Bueno, campeón, tampoco es para tanto. Soy tu padre y tú te estás haciendo mayor. Es natural que me preocupe por estas cosas.

-Gracias por la preocupación -contesté-. Y ahora, se acabó el tema.

-Vale -dijo, aunque vi en su rostro que todavía no había terminado-. Pero...

-¿Qué pasa ahora, papá? -pregunté a regañadientes, preparándome para lo peor.

-Nada. Es solo que... En fin, como antes estabas con lo de Luis, y ahora lo de este chico... -Tragó saliva antes de continuar-. Tan solo me preguntaba si ya habrías...

Dejó la frase inconclusa, y di las gracias a todos los dioses del universo. Me pareció que ninguno de los dos habría sido capaz de soportarlo si lo hubiera dicho en voz alta. ¿Era posible que dos personas murieran a la vez de combustión espontánea? Algo me decía que habíamos estado muy cerca de averiguarlo.

–No pienso responder a eso –dije tajante, y casi podía sentir el humo que se elevaba de mis mejillas–. Se acabó la conversación. No se va a repetir jamás, y de hecho ni siquiera ha ocurrido. Adiós.

Por supuesto, esas palabras eran toda la respuesta que necesitaba mi padre. Pero, por suerte, ya no insistió más, y me dejó tranquilo mientras me iba al salón y me tumbaba en el sofá para jugar a la consola. Me di cuenta de que de vez en cuando me echaba un vistazo de reojo, a veces sonriendo, pero hice todo lo posible por ignorarlo. Aquella había sido la conversación más incómoda de toda mi vida, y no estaba dispuesto a continuarla. Antes preferiría arrancarme las uñas con unas tenazas. Una por una.

Una hora más tarde, me llamó a la cocina. Me temí lo peor y me preparé para un segundo asalto, pero, por suerte, lo único que quería era que pusiera la mesa antes de que llegara mi madre.

–Oye, Nacho, ¿sabes en qué trabajan los padres de tu amigo? –me preguntó mientras cogía los vasos, y no se me escapó la inocencia fingida con la que pronunció esa última palabra.

–Trabajan en el campo, en una finca a las afueras del pueblo. ¿Por?

–Nada, es solo que me parece que nunca los he visto, y tu madre tampoco. –Se encogió de hombros–. De hecho, pensábamos que la casa estaba deshabitada... Tenía toda la pinta. Aunque la nuestra también tiene un poco esa pinta por fuera, y aquí estamos nosotros tres.

–Ya, bueno. Tampoco es que las demás casas de este pueblo sean muy diferentes. Estamos en el culo del mundo.

–Eso es cierto. –Hizo una pausa, pensativo, y entonces continuó–: En fin, puede que me pase hoy para saludar antes de la cena.

–¡No! –grité alarmado, y él frunció el ceño.

–¿Por qué no? Nunca está de más conocer a los vecinos nuevos.

–Ya, pero... es que Mario me ha dicho que sus padres son un poco raritos. No hagas nada, ¿vale? No quiero que se meta en problemas por mi culpa.

Mi padre me miró con una sonrisa.

–Te importa mucho ese chico, ¿verdad?

–Bastante –admití.

–Te veo diferente.

–¿Diferente? ¿Cómo que diferente?

–No sé... Feliz. –Se encogió de hombros–. Con Luis no estabas tan contento como ahora. Creo que este chico te conviene más.

–Sí... Supongo que sí.

Mis mejillas habían vuelto a encenderse, pero esta vez no era el ardor furioso de antes. No: en realidad era un rubor suave, un calorcillo casi agradable. Sentía vergüenza, pero al mismo tiempo había algo reconfortante en aquella conversación.

–¿Nos lo vas a presentar algún día? –preguntó, y soltó una carcajada–. Tu madre no dice nada, pero está que se muere por conocerlo.

No pude evitar reír yo también... Aquello era muy típico de ella.

–Ni siquiera somos nada, papá –le aseguré–. Tan solo quedamos para ir por ahí, me cuenta movidas del pueblo y todo eso. Nada más.

–Pero a ti te gusta. ¿A que sí?

–Sí –dije con un hilo de voz. Después de todo, ¿qué sentido tenía tratar de negarlo a estas alturas? Envalentonado por el rumbo de la conversación, añadí–: Pero no sé si yo le gusto a él.

–Tiempo al tiempo. Si pasáis tanto tiempo juntos, no tardará en darse cuenta de lo maravilloso que eres –me aseguró con una sonrisa llena de ternura–. Cualquier chico sería afortunado de tenerte.

–Si tú lo dices –respondí, notando que se me humedecían los ojos.

–Hazme caso, que soy tu padre. Y estoy aquí contigo para apoyarte en lo que sea, ¿entendido? –Asentí con la cabeza–. Puedes confiar en mí para lo que necesites.

Sentía un nudo en la garganta que me impedía hablar, así que asentí con la cabeza una vez más. Entonces me vino a la cabeza el chico que había dormido en la misma habitación que yo. Ese chico al que habían matado por ser diferente... Por ser como yo. Su vida había acabado en tragedia, y en ese momento me di cuenta de la suerte que tenía yo por la época que me había tocado vivir y por los padres que tenía.

Recordé a esa mujer que se había aparecido frente a mi casa, y que probablemente fuera su madre. ¿Cómo habría sido la relación de ese chico con ella, cómo habría sido su relación con su padre? ¿Lo habrían apoyado como hacían mis padres... o más bien todo lo contrario? En cualquier caso, su trágico final no daba lugar a dudas: yo había tenido muchísima más suerte que él con la vida que me había tocado.

–Me alegro de que hayamos hablado, papá –dije al fin–. Gracias.

Él se acercó a mí y me abrazó.

–Yo también, campeón. Yo también.

CAPÍTULO 21

EL MAUSOLEO

CUANDO SUBÍ AL CUARTO DE BAÑO después de cenar, me encontré con la ya habitual nota de Mario junto a la ventana.

¿Te consideras un chico valiente?

Fruncí el ceño, tratando de descifrar lo que quería decir con ello. ¿Estaba tratando de asustarme otra vez, o qué?

Me he pasado varias noches contigo
en un cementerio, me has contado
un par de historias bastante malrolleras
y he conocido a unos cuantos fantasmas.
¿Responde eso a tu pregunta?

Como era habitual, Mario apareció en la ventana en cuanto comencé a mover las cuerdas. Cuando recibió la nota, su respuesta tampoco se hizo esperar.

Bueno, creo que eso no es nada
comparado con lo que tengo preparado
para esta noche. Has sido muy valiente
estos días..., pero me gustaría que dieras
un paso más. ¿Te atreves?

Tragué saliva, sin saber muy bien cómo interpretar aquello. Desde luego, parecía una indirecta bastante directa. Yo mismo había estado maldiciéndome por mi cobardía, fustigándome por no ser capaz de dar el paso que estaba deseando dar. ¿Sería eso lo que quería decir Mario? ¿O tan solo se refería a que tenía planeado algo que daba todavía más miedo que cualquier cosa que hubiéramos hecho hasta el momento? En cualquier caso, sabía que no podía darle un no por respuesta. Ya había dejado muy atrás esos días en los que aquello habría sido siquiera una posibilidad.

Fuera lo que fuera, la mezcla entre expectativas e incertidumbre hacía que sintiera retortijones

en el estómago.

No lo dudes.

Mario sonrió al leer mi respuesta, me mostró el pulgar y desapareció de la ventana. No hacía falta hablar de cómo íbamos a quedar; ya era algo que teníamos establecido. Me quedaba todavía media hora, así que me di una ducha con el agua bien caliente, para calmar un poco los nervios. Después, me lavé los dientes a conciencia por lo que pudiera pasar. Me maldije por no haberme acordado de comprar chicles en el pueblo, pero ya era tarde.

Cuando bajé, mis padres seguían viendo la tele en el salón.

–Me voy ya.

–Está bien, cariño –respondió mi madre, mirándome con una sonrisa–. Ten cuidado, ¿vale? Y no llegues muy tarde.

–No, tranquila.

–Campeón, ven un momento –dijo mi padre, y se puso en pie.

Caminó hasta la cocina y yo lo seguí, extrañado. Me temía lo peor.

–¿Qué pasa? –pregunté con recelo–. No le habrás contado nada a mamá, ¿verdad?

–No, no, tranquilo –me aseguró–. Es solo que... Bueno, sobre la conversación que hemos tenido esta tarde...

–¿Qué conversación? –lo interrumpí, y miré alarmado en dirección al salón. Por suerte, mi madre estaba concentrada en la televisión–. No hemos tenido ninguna conversación, ¿recuerdas?

–Esto es serio, hijo. No olvides que es muy importante que te protejas siempre, ¿de acuerdo? Tenía que habértelo dicho antes, pero, si lo necesitas, puedo darte unos...

–¡No! –dije más alto de la cuenta, y mi madre se giró extrañada para mirarme. En voz más baja, repetí–: No. No necesito que me des nada, en serio.

–Pero...

–Me voy ya, ¿vale? –le corté–. Adiós. Te quiero.

Y, sin darle opción a réplica, salí por la puerta. El aire nocturno resultaba todavía más fresco contra mis mejillas ardientes.

Mario ya se encontraba al otro lado, esperándome. No sabía cómo lo hacía, pero siempre conseguía llegar antes que yo, por mucha prisa que me diera.

–¿Estás bien? –me preguntó nada más verme.

–Sí, claro. ¿Por?

–Te noto como... No sé. Agitado.

Al menos, no podía ver el rubor de mis mejillas, que todavía seguían ardiéndome intensamente.

–Ah, bueno. Tonterías de mis padres, nada importante. –Deseoso de cambiar de tema, añadí–: Bueno, ¿me vas a contar el misterio? ¿Qué es lo que vamos a hacer hoy?

Me dirigió una sonrisa diabólica.

–Si te lo digo, seguro que das media vuelta y te vuelves a casa.

–Ja, ja. No vas a conseguir asustarme, que lo sepas.

–Si tú lo dices... –contestó sin perder la sonrisita.

¿Por qué tenía que ser así? Y, sobre todo, ¿por qué tenía que gustarme tanto que fuera así?

–Claro que lo digo.

Seguimos caminando en silencio hasta salir del pueblo. Una vez en las afueras, me tomó de la mano, tal como siempre hacía. Y entonces mi corazón se aceleró, también como siempre hacía. Su mano era fresca a causa de las bajas temperaturas del exterior, pero, como siempre, el mero contacto encendió chispas en mis dedos que se extendieron como llamaradas por todo mi cuerpo.

Una vez más, me pregunté si él se daría cuenta de todo lo que me hacía sentir algo tan simple como la unión de sus dedos con los míos. Y, por supuesto, me pregunté si él también sentiría lo mismo. ¿Tal vez esa era la razón por la que aprovechaba cada excusa para cogerme de la mano? ¿Podía ser que él necesitara ese contacto entre los dos tanto como yo? Fuera como fuera, no tenía forma de saberlo y, desde luego, tampoco pensaba preguntárselo.

Entonces me fijé en la silueta de la mansión que se recortaba contra el cielo nocturno, y me dio un vuelco el corazón. Aunque hubiera dicho que sí a su propuesta misteriosa, no estaba preparado para entrar allí. Después de lo que me había contado, la mera idea de cruzar esas puertas me ponía la carne de gallina.

Por suerte, enseguida me di cuenta de que tan solo estábamos siguiendo nuestro camino habitual en dirección al cementerio. Ahogué un suspiro de alivio al ver la sombra del muro que comenzaba ya a adivinarse a lo lejos.

Porque era mil veces más normal entrar de noche en un cementerio lleno de fantasmas que en una casa, claro que sí.

Al principio, todo iba ocurriendo con normalidad... O lo que era la normalidad para nosotros, más bien. Una vez estuvimos dentro del cementerio, nos dirigimos al mausoleo. Habíamos recorrido ese camino tantas veces que empezaba a reconocerlo incluso en la oscuridad.

Pero, al llegar, Mario no sacó el mantel de la mochila. En lugar de eso, me miró fijamente a los ojos.

–Hemos llegado –dijo sin más.

Miré a mi alrededor, sorprendido.

–Pero si estamos donde siempre.

–Sí –respondió con una sonrisa–. Pero hoy no nos vamos a quedar fuera.

Le echó un vistazo al mausoleo, y entonces lo comprendí.

–No. Tú flipas. Ni de coña.

–He encontrado la forma de entrar –continuó, ignorando mis palabras–. Y creo que vamos a estar mucho más a gusto dentro que fuera.

–Sí, claro, a gustísimo. Rodeados de muertos.

Él enarcó una ceja.

–Ya nos pasamos todas las noches rodeados de muertos, Nacho.

–Eso es diferente –protesté, aunque no sabía explicar por qué–. Aquí, al menos, estamos al aire libre. Pero si nos quedamos encerrados ahí dentro...

Entonces, Mario hizo algo que nunca había hecho: se quedó frente a mí y me cogió la otra mano, provocando una oleada ardiente por todo mi cuerpo. Me miró fijamente a los ojos, con la cara a solo unos centímetros de la mía.

–¿Qué pasa? –preguntó con su habitual sonrisita burlona–. ¿Es que te da miedo que los muertos nos dejen ahí atrapados o qué?

–No es eso –respondí, pero no sabía qué excusa darle.

Se acercó todavía un poco más a mí, y ahora nuestros labios ya casi se estaban rozando. El corazón me retumbaba dentro del pecho. Solo tendría que cruzar esos escasos milímetros que me separaban de él, y entonces...

–Eres un cobarde –susurró muy cerca de mis labios, y el frescor de su aliento hizo que me estremeciera–. Lo estás deseando. Lo veo en tu cara. Te mueres de ganas, pero no te atreves.

–Sí que me atrevo –respondí con un hilo de voz, hipnotizado por el movimiento de sus labios.

–No te atreves.

–Sí que me atrevo –repetí, esta vez más fuerte.

Mario sonrió. Se suponía que estábamos hablando del mausoleo. Se suponía que me estaba retando a entrar. Y, sin embargo, parecía que la conversación tratara de otra cosa. Observé sus labios húmedos, tan cerca de los míos. Sí, puede que lo estuviera deseando. ¿Pero cómo iba a ser capaz de dar el paso, si solo de pensarlo me sentía como si mi estómago diera volteretas dentro de mi cuerpo?

–Pues demuéstremelo –dijo sin perder la sonrisa.

Se acercó todavía más, y nuestras narices se tocaron. Sus labios prácticamente rozaban ya los míos. Parecía tan fácil dar el siguiente paso, tan rematadamente fácil, que no entendía cómo podía ser al mismo tiempo lo más difícil que había hecho en toda mi vida. Sus manos apretaron ligeramente las mías, como para infundirme ánimos.

Y entonces lo hice.

Besé sus labios. Mario pareció sorprendido al principio, como si no se lo esperara, y yo todavía no era capaz de creérmelo del todo. Había besado a otros tres chicos antes, pero nunca había dado yo el paso, siempre había esperado a que lo hicieran ellos. Lo besé con cierto temor, pero, cuando él me devolvió el beso, el temor dio paso al alivio, y este, a su vez, al júbilo.

Me di cuenta de que respondía con torpeza, como si no supiera muy bien qué hacer. Comprendí que aquel era su primer beso, y quise asegurarme de que lo recordara para siempre. Lo besé con ternura, saboreando sus labios y el propio momento como se saborea el primer helado del verano después de un largo día de calor. Lo besé con cuidado, tratando de no excederme y de guiar sus labios con el movimiento de los míos, al igual que él me había guiado para saltar el muro del cementerio, o al igual que yo lo había guiado para flotar en la piscina.

No tardó en pillarle el truco. Respondía a mis movimientos con naturalidad, como si lleváramos años haciendo eso. Nuestros labios parecían encajar a la perfección; la simple idea de romper aquel beso se me antojaba inconcebible.

Pero, finalmente, tuvimos que separarnos para recuperar el aliento. Nos miramos a los ojos, jadeantes, y no pudimos aguantar más que unos segundos antes de que una necesidad

inexplicable nos obligara a besarnos de nuevo. Cuando nos separamos por segunda vez, varios minutos más tarde, sentía que el corazón me iba a estallar. Aquello no se parecía en nada a lo que había sentido con los otros tres chicos, ni siquiera con Luis.

–¿Vamos adentro? –preguntó Mario con la respiración entrecortada.

Asentí con la cabeza; no tenía la menor intención de discutir. Todos mis miedos anteriores sobre entrar en el mausoleo habían desaparecido de golpe: lo único que me importaba era poder seguir explorando esos labios. Y, si tenía que bajar hasta el mismo infierno para ello, lo haría.

Una vez dentro, Mario abrió la mochila y extendió el mantel en el suelo.

–¿No podíamos haber hecho eso fuera? –pregunté.

–Fuera hay fantasmas –me recordó–. Me pareció que sería mejor tener un poco de intimidad para esto.

–Ah, ¿sí? –pregunté entre risas–. ¿Tan seguro estabas de que esto iba a pasar?

–¿Seguro? No lo sé –admitió con una sonrisa tímida–. Pero no te imaginas cuánto lo deseaba.

Sus palabras hicieron que me hirviera la sangre en las venas, y no tuve más remedio que acercarme a él para volver a besarlo. Se recostó sobre el mantel y yo me coloqué encima de él, saboreando sus labios, explorando su boca, bebiendo de aquel beso como si fuera la última gota de agua del desierto. Todo mi cuerpo estaba en llamas, y la emoción y el júbilo de los besos dieron paso a la excitación, un deseo puro y ardiente que me invadió. Mi lengua jugaba con la suya, una de mis manos estaba enredada en su pelo y la otra le frotaba el pecho, mientras que nuestras piernas estaban tan entrelazadas que parecía imposible poder llegar a separarlas alguna vez. Sentía una presión insoportable en los pantalones, y me froté ligeramente contra él para tratar de aliviar parte de esa tensión que amenazaba con volverme loco.

Unos segundos más tarde, separó su boca de la mía.

–Nacho... –susurró.

–Dime.

–¿Crees que lo...? –comenzó, pero entonces cerró la boca y tragó saliva–. ¿Crees que lo estoy haciendo bien?

–Ni te lo imaginas –respondí con una sonrisa.

Bajé la cabeza para volver a besarlo, pero él me puso los dedos sobre los labios. Se los besé uno a uno, y me invadió una oleada de júbilo al darme cuenta de todas las partes de su cuerpo que todavía me quedaban por besar.

–Nacho... Yo... Nunca había besado a nadie –dijo con timidez, y por primera vez desde que lo conocía, me abrumó la imperiosa necesidad de protegerlo.

–Tranquilo. –Mi sonrisa se ensanchó–. Me he dado cuenta. Pero no pasa nada.

–Lo que quiero decir es que nunca he tenido nada así. Necesito... Necesito que vayamos con calma, ¿vale?

Capté al vuelo a qué se refería. Después de todo, a juzgar por el roce, la presión de sus pantalones tenía que ser, como mínimo, similar a la que yo sentía. Me hubiera gustado ir un poco más allá, me habría encantado ir un poco más allá, pero sabía que Mario no estaba preparado. Y, si para él no había llegado el momento, yo estaba más que dispuesto a respetarlo.

El fuego que me invadía no remitió, pero sí que suavicé un poco los besos y el movimiento de mis manos. Era como si, en vez de devorar sus labios, me estuviera alimentando de ellos, lentamente y con cuidado, como si fueran de cristal. Esos labios me daban la vida, y sabía que jamás podría separarme de ellos por voluntad propia.

No sabría decir cuánto tiempo permanecemos así, bebiendo el uno del otro en silencio, pero parecía imposiblemente pronto cuando Mario se apartó de mí una vez más.

–Creo que tendríamos que irnos ya –dijo sin muchas ganas–. Está a punto de amanecer.

–¿Amanecer? Ni de coña –repliqué–. Como mucho llevaremos aquí... No sé, media hora o así.

Él se echó a reír, y estaba tan adorable al hacerlo que me costó controlar el impulso de volver a besarlo.

–Nacho, llevamos aquí varias horas. Tenemos que irnos.

–Cinco minutos más –supliqué–. Por favor.

–Está bien –respondió con una sonrisa.

Y entonces volvimos a besarnos. Los cinco minutos transcurrieron demasiado rápido, como si fueran solo cinco segundos, y al fin no tuvimos más remedio que ponernos en pie. Lo observé mientras guardaba el mantel en su mochila y, a regañadientes, salí del mausoleo tras él. Solo cuando sentí el frescor de los últimos momentos de la noche me di cuenta de lo ardiente que tenía en realidad el cuerpo; casi parecía que tuviera fiebre.

Salimos del cementerio y, en silencio, echamos a caminar de la mano en dirección al pueblo. De vez en cuando nos robábamos algún beso furtivo y, en un par de ocasiones, tuvimos que detenernos durante unos minutos para explorar nuestras bocas de nuevo. Al fin, llegamos a nuestras casas y nos detuvimos unos minutos más para despedirnos en condiciones. Nos habíamos olvidado por completo de la posibilidad de que nuestros padres pudieran pillarnos; en ese momento, seguir besándonos se había convertido casi en una necesidad fisiológica.

Cuando me metí en mi cama, mi cuerpo inflamado exigía alivio por la tensión acumulada durante las largas horas en el mausoleo, y yo me entregué encantado a proporcionárselo, recordando cada segundo que habíamos pasado allí. Cuando terminé, en esos pocos minutos de dicha neblinosa previos a la llegada del sueño, me di cuenta de algo: no recordaba la última vez que me había sentido tan feliz.

CAPÍTULO 22

LA REVELACIÓN

AL DESPERTAR YA PASADO EL MEDIODÍA, me di cuenta de que en la mesilla de noche había algo en lo que no había reparado la madrugada anterior. Era una cajita de cartón, de un discreto color azul oscuro. La cogí extrañado, todavía medio dormido, y abrí mucho los ojos al leer la marca y el texto. Parecía que mi padre se tomaba muy en serio eso de asegurarse de que tuviera cuidado... Pero no podía enfadarme con él: después de lo que había ocurrido la noche anterior, era posible que tuviera que darle uso más pronto que tarde. Ese pensamiento hizo que aquel fuego familiar volviera a arder en mi interior, pero no podía entretenerme con él. Sabía lo que me esperaba en la ventana del cuarto de baño, y eso era más importante.

Desdoblé la nota mientras sonreía de oreja a oreja. Tan solo había una palabra escrita, pero leerla me hizo sonreír todavía más.

Gracias.

Que me diera las gracias él a mí después de la noche que habíamos pasado me parecía algo alucinante, pero así era. Incapaz de perder la sonrisa, me apresuré a responder.

Gracias a ti.

Ha sido la mejor noche de mi vida.

Tal como esperaba, su cara apareció en la ventana cuando comencé a mover las cuerdas. Lo observé mientras leía y, un minuto más tarde, recibí la respuesta.

Yo te podría decir lo mismo.

¿Te parece si lo repetimos esta noche?

Y, por supuesto, eso fue lo que hicimos. Durante los cinco días siguientes, mi vida consistió en levantarme ya pasado el mediodía, leer la nota de Mario que me esperaba en la ventana del cuarto de baño y darme una ducha para despejarme un poco. Después, bajaba a jugar a la consola hasta que llegaba mi madre y entonces comíamos los tres juntos. Por las tardes me dedicaba a jugar a la consola un poco más, hablar con Leire y hacer recados; en un par de ocasiones fui a la panadería de Claudia para comprar el pan y dar una vuelta con ella. Si me quedaba tiempo, me

echaba una siesta para aguantar mejor más tarde. Eso también ayudaba a que se me hiciera más corta la espera hasta la noche, aunque no siempre me resultaba fácil quedarme dormido: no podía evitar que los nervios se apoderaran de mí.

Al atardecer, me metía en el cuarto de baño para darme una ducha bien caliente. Después cenaba con mis padres y, cuando terminábamos, me quedaba un rato con ellos; aunque a esas alturas ya estaba deseando salir, había decidido hacer un esfuerzo por valorarlos. Además, no volvieron a sacar el tema de Mario ni mencionaron la caja que había aparecido misteriosamente en mi mesita de noche, así que no podía quejarme.

Pero mi vida de verdad comenzaba después. El primer beso de la noche siempre se hacía de rogar; ninguno de los dos nos atrevíamos a hacerlo tan cerca de casa mientras nuestros padres estaban despiertos. No nos besábamos hasta que salíamos del pueblo y, aun entonces, era como si ninguno de los dos supiera bien cómo dar el primer paso. Pero al fin lo hacíamos y, después, no podíamos parar. Íbamos casi corriendo hasta el cementerio, nos encerrábamos en el mausoleo y, una vez allí, nos dedicábamos a devorarnos con ansia en la oscuridad.

Me preocupé por respetar los límites de Mario, por dejar que siempre fuera él quien marcara el ritmo. Si él profundizaba el beso, yo también lo hacía. Si sus labios se calmaban un poco, yo me refrenaba por mucho que estuviera ardiendo por dentro. Quería que, cuando llegara el momento de ir más allá, él se sintiera seguro y completamente preparado. Sabía que esa era la única forma de que los dos lo disfrutáramos al máximo.

La quinta noche que pasamos en el mausoleo, Mario fue un poco más allá. Solíamos besarnos tumbados uno encima del otro y, en esa ocasión, yo estaba encima de él. Nuestras lenguas parecían enzarzadas en una batalla furiosa, y las manos de Mario me recorrían la espalda como si fuera incapaz de dejar de tocar mi cuerpo, tal como me pasaba a mí. Era algo habitual en nosotros; sentíamos una necesidad casi física de que entre nuestros cuerpos hubiera el mayor número de puntos de unión posibles.

Pero, entonces, las manos de Mario comenzaron a descender. Llegaron hasta mi cintura, se detuvieron como dudando un momento y continuaron bajando. Unos segundos después, se detuvieron en mis nalgas, dejándome paralizado. Las acarició y, entonces, las apretó de modo que mi cuerpo quedó todavía más pegado al suyo.

La excitación era una fiel acompañante en nuestras noches en el mausoleo. La intensidad de nuestros besos, la delicadeza o la fiereza de nuestras caricias y la presión de mi cuerpo contra el suyo despertaban una pasión salvaje dentro de mí, un deseo que solo refrenaba mi decisión de respetar sus límites. Pero, en ese momento, con los pantalones a punto de estallar mientras sus manos apretaban mi cuerpo inflamado contra el suyo, provocándome unas palpitaciones ardientes que no sabía cómo controlar, sentí que estaba a punto de explotar.

Deseaba explotar. No, *necesitaba* explotar. Con él.

Pronto se suavizó la situación, pero, cuando llegué a mi casa, mi cuerpo exigió alivio con tanta urgencia que hasta sentía dolor físico. No sabía cómo iba a aguantar una noche más como aquella, y me planteé la posibilidad de empezar a dar alivio a mi cuerpo también antes de quedar con Mario, a modo de prevención. Me conocía muy bien a mí mismo y sabía que, aunque llegara

el momento de dar un paso más con él, no tendría problema alguno para responder.

Pero entonces llegó la mañana del lunes y, con ella, una nueva nota.

Hoy hace una semana
desde que fuimos a la piscina.
¿Te parece si esta noche repetimos?

Tragué saliva. ¿Sería posible que hubiera llegado ya el momento? La piscina no era un lugar tan privado como el mausoleo, pero podía imaginarme por qué la había escogido. Allí tendríamos excusa para desvestirnos, aunque no fuera del todo... Solo de imaginar algo como lo que había pasado la noche anterior, pero estando los dos semidesnudos bajo la toalla, volvió a prender en mí ese fuego ya tan familiar. Mi cuerpo pareció cobrar vida propia de nuevo, ardiente y palpitante, exigiendo atención. No estaba dispuesto a que lo dejara esperar hasta la noche, así que volví a mi habitación, me metí otra vez en la cama y di rienda suelta a mis fantasías.

El resto del día transcurrió con normalidad. Después de comer con mis padres, me quedé en el salón jugando a la PlayStation mientras ellos se echaban una merecida siesta. Cada par de minutos tenía que pausar la partida porque no dejaban de llegarme mensajes de Leire, deseosa de saber con todo lujo de detalles lo que había ocurrido la noche anterior. Cuando le conté que ese día iba a volver a la piscina con Mario, estuvo a punto de explotar de la emoción, y tuve que parar de jugar durante diez minutos para responder a su marea de mensajes. Me alegré de que mis padres no estuvieran en el salón, porque mi sonrisita de felicidad y mis mejillas rojizas me habrían traicionado.

Ya estaba a punto de atardecer cuando mi madre bajó a la cocina y empezó a rebuscar en la despensa. Unos minutos más tarde, se acercó al salón y dijo:

–Cariño, casi no queda pan. ¿Puedes pasarte a comprar antes de que cierren?

–Sí, claro.

Le eché un vistazo al reloj. Eran poco más de las ocho y la panadería cerraba a y media, así que tendría que darme prisa. Apagué la consola, subí a mi habitación a cambiarme y salí de casa. Bueno, es posible que antes me pasara por el cuarto de baño para ver si Mario me había dejado alguna nota, pero no tuve suerte.

Era el padre de Claudia quien estaba detrás del mostrador. Pero, en cuanto mi amiga oyó mi voz, salió de la trastienda con una enorme sonrisa. Como de costumbre, metió un par de cruasanes en una bolsa de papel, ignorando las protestas de su padre, y salió conmigo de la panadería.

–Están recién hechos –dijo mientras me tendía la bolsa.

El cruasán quemaba al tacto, pero el olorcillo me hacía la boca agua. Lo probé y, por un momento, sentí que tocaba el cielo. Sus cruasanes eran una obra de arte, pero calientes estaban todavía mejor.

–Madre mía –suspiré después de comerme el primero, mientras sacaba el segundo de la bolsa –. Un día de estos tengo que llevarle a alguno a Mario.

–¿Mario? –preguntó ella–. ¿Quién es Mario?

Me atraganté con el trozo que había mordido del segundo cruasán.

–Nadie –acerté a decir.

Pero no debí de sonar muy convincente. Claudia me estaba mirando con las cejas arqueadas, y al verla así me di cuenta de que mis mejillas comenzaban a enrojecer. ¿Por qué siempre tenían que delatarme de esa manera?

–Viendo lo nervioso que te has puesto, yo creo que sí que es alguien.

Sus palabras me hicieron enrojecer todavía más.

–No es nadie, en serio.

–¡Venga ya, Nacho! –protestó–. Este pueblo es un coñazo supremo, nunca pasa nada interesante. Solo quiero saber quién es.

–Ya, pero...

–Me lo debes –me interrumpió–. Por los cruasanes. Los hago siempre con mucho amor y cariño para que luego tú te los comas en dos segundos. ¿No crees que me merezco algo a cambio?

Solté una risita y puse los ojos en blanco. Claudia era de fiar, ¿verdad? Estaba seguro de que, si se lo pedía, no le diría nada a nadie. Sin embargo, hablarle de Mario también significaba contarle ciertas cosas sobre mí, y eso no siempre era fácil. Sabía que algún día tendría que acostumbrarme a eso de salir del armario, pero aún no había llegado ese momento.

–Pues a ver... Es una larga historia –comencé, tratando de ganar tiempo. No sabía ni por dónde empezar.

–Tenemos tiempo –señaló ella.

Solté un suspiro. Estaba claro que no me iba a librar.

–A ver, es que tengo que contarte algo muy personal –le expliqué–. Algo un poco... íntimo, por así decirlo.

–Si estás enamorado de mí, siento decirte que eres muy joven –respondió entre risas–. Pero para cualquier otra cosa, dispara sin miedo.

Me eché a reír yo también. Si ella supiera...

–¿Me prometes que vas a guardar el secreto? –insistí–. No puedes decírselo a nadie del pueblo: ni a tu padre, ni a mis padres, ni a nadie.

–No habrás matado a alguien, ¿verdad?

–No, tranquila –respondí entre risas. Me di cuenta de que estaba tratando de aliviar la tensión, y di las gracias en silencio por ello.

–Venga, dímelo. Puedes confiar en mí.

Volví a soltar un largo suspiro. A continuación, tragué saliva y lo solté sin más.

–A ver... Digamos que me gusta un chico.

–¿Un chi...? ¡Ah! –exclamó, y abrió mucho los ojos–. Oh. Vaya. No sabía que tú... Que a ti... Bueno, ya sabes.

Agaché la cabeza, azorado.

–Ya, bueno. Pues ya lo sabes.

–Qué guay, ¿no? –dijo con evidente sinceridad–. ¿Tú también le gustas?

–Sí, parece que sí –respondí con una enorme sonrisa de idiota–. Todavía no me lo creo del todo, la verdad.

–Me alegro muchísimo por ti, Nacho. En serio.

Sonreí aliviado al ver que no se lo tomaba mal, sino más bien todo lo contrario. Aunque, pensándolo mejor, para Claudia tal vez fuera un alivio saber que no estaba interesado en ella.

–Y, bueno, como te habrás dado cuenta, ese es el Mario del que hablaba... Supongo que lo tengo tan metido en la cabeza que se me escapó su nombre sin pensarlo.

–¿Mario? –Se quedó pensativa unos instantes–. No me suena nadie con ese nombre por aquí. ¿O es que no es del pueblo?

–No, no... Es de aquí. Lo que pasa es que es un poco reservado... Prácticamente no tiene amigos y tal.

En realidad, por lo que yo sabía, sus únicos amigos eran fantasmas, pero eso no podía mencionárselo.

–Qué raro... –dijo con el ceño fruncido–. Pensaba que conocía a toda la gente joven de por aquí, pero te juro que no conozco a ningún Mario. ¿Dónde vive?

–Justo enfrente de mi casa. Lo vi por la ventana el primer día que llegué, y esa noche nos vimos también fuera de casa. Nuestras casas comparten tendedero, así que nos mandamos notas por ahí, y...

Perdí el hilo de mis palabras. Acababa de darme cuenta de que Claudia se había puesto tan blanca que su cara parecía de tiza, y me miraba con los ojos muy abiertos.

–Nacho...

–¿Qué pasa? Me estás asustando.

–Creo que ese chico no es quien dice ser.

El corazón me dio un vuelco al oír sus palabras.

–¿Qué? ¿Por qué?

En ese momento, me di cuenta de que lo que había en sus ojos era miedo.

–Nacho... Esa casa lleva más de veinte años vacía.

TERCERA PARTE

ASUNTOS PENDIENTES



*No le tengo miedo a la muerte,
a lo que sí le tengo respeto es al trance,
el ir hacia allá.*

ATAHUALPA YUPANQUI

CAPÍTULO 23

LA CASA

–ESTÁS DE COÑA, ¿VERDAD?

–Te lo digo en serio... Esa casa está vacía. Allí no vive nadie.

Me reí ante la broma de mi amiga, aunque tal vez mi risa sonara un poco más estridente de la cuenta.

–Venga ya, tienes que conocerlo. Me dijo que lleva toda la vida viviendo ahí.

–Joder, Nacho, escúchame –insistió con voz muy seria, y me borró la sonrisa de golpe–. Te juro que esa casa lleva más de veinte años abandonada.

Esa vez, quien se puso blanco fui yo.

–Pero... No puede ser. Nos vemos muchas veces a través de la ventana... Nos mandamos notas por el tendedero. Estoy segurísimo de que Mario vive allí, Claudia.

–Mira, no dudo de que lo que me estás diciendo sea verdad. Pero... Tienes que creerme, Nacho. Ese tío no es quien dice ser. Esa casa está abandonada.

No sabía qué pensar. Hacía más de dos semanas que conocía a Mario. ¿Cómo era posible que en esa casa no viviera nadie? ¿Es que Mario era un okupa o qué?

–No... No entiendo nada.

–¿Nunca has entrado en esa casa?

–No, la verdad es que no –admití–. Es que siempre quedamos... por ahí.

Puede que me hubiera sincerado con Claudia sobre algunas cosas, pero contarle que nos pasábamos las noches en el cementerio tal vez fuera demasiado.

–Vamos allí –dijo de repente.

–¿Qué?

–Lo que oyes. Estamos cerca, ¿no? –Asentí con la cabeza; nos encontrábamos a menos de diez minutos–. Pues entonces, vamos a llamar al timbre y a ver qué pasa.

–Pero Mario dice que sus padres son muy raritos, y...

–Mario te ha mentado, Nacho –replicó ella–. No sé por qué, pero lo ha hecho. ¿Es que no quieres saber la verdad?

–Sí... Claro que sí.

Nos pusimos en marcha. Unos minutos más tarde, ya estábamos allí. Era cierto que la casa parecía abandonada, pero, al fin y al cabo, la mía no tenía un aspecto muy distinto. Sin embargo, yo sabía que la mía había estado vacía más de veinte años, así que tenía excusa... ¿Cómo no había sospechado nada hasta el momento? ¿Tan cegado había estado por Mario como para

ignorar el sentido común?

–Voy a llamar –anunció Claudia.

Estuve a punto de negarme, casi por impulso. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, ella ya había golpeado la puerta. Pasó un minuto sin que recibiéramos respuesta, y entonces volvió a llamar.

–No hay nadie –susurré después de tres minutos y otras tantas llamadas.

–Te lo dije –me recordó ella–. Aquí no vive nadie.

–A ver, hoy es lunes. Seguro que sus padres están trabajando.

Claudia me miró alzando una ceja.

–Son más de las ocho y media de la tarde, Nacho –señaló–. ¿No crees que deberían haber vuelto ya?

–Sí, pero... No sé.

–Ven conmigo, anda. Vamos a rodear la casa, a ver si hay alguna forma de entrar.

Sabía que no iba a poder convencerla de lo contrario, de modo que eché a andar tras ella a regañadientes. Al fin, en un lateral, tuvimos suerte: había una ventana rota a la que le faltaba casi todo el cristal. Desde luego, eso no era propio de una casa habitada, y ya estaba empezando a pensar que mi amiga tenía razón. Pero, entonces, ¿cómo se explicaba todo lo de Mario?

–Ayúdame a entrar –me pidió, y la aupé mientras se subía al alféizar y se metía dentro de la casa–. Aquí no hay nadie. Entra.

Me encaramé con su ayuda y entré. Encendí la linterna del móvil y miré a mi alrededor, pero no había nada. Ni gente... ni nada en absoluto. Era una estancia amplia, tal vez un salón, pero estaba vacía. Ni sofás ni ninguna otra clase de muebles, ni televisión, ni estanterías... Absolutamente nada.

–Te juro que estoy flipando –susurré.

–Joder, no me extraña.

Seguimos caminando por el piso inferior, claramente abandonado. La única estancia donde había algo era la cocina, pero la encimera estaba medio podrida por el paso del tiempo, y los pocos electrodomésticos que había eran anticuados. Abrí la nevera, pero ni siquiera se encendió la luz de su interior. Lo único que percibí fue un olorcillo agrio.

–¿Subimos? –preguntó Claudia, acercándose a las escaleras.

Tragué saliva y asentí con la cabeza, aunque no estaba del todo seguro de querer hacerlo. Me pareció oír un susurro detrás de mí, pero, cuando me di la vuelta, no vi a nadie. Miré a Claudia, pero ella no parecía haberse dado cuenta de nada. Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Qué estaba pasando allí?

Subimos los escalones, que crujían. Si había alguien allí arriba..., tenía que habernos oído ya, eso estaba claro. El corazón me latía con tanta fuerza que probablemente hubieran oído eso también.

Pero, al igual que había ocurrido abajo, la planta superior estaba despejada. Me di cuenta de que la distribución de la casa era una versión inversa de la mía, así que entré primero en la habitación equivalente a la de mis padres. Lo único que había allí era un colchón ennegrecido.

En el cuarto de baño anexo, el mismo panorama que en la cocina: se notaba que aquello no se había utilizado desde hacía años.

El siguiente paso fue ir al equivalente de mi habitación, donde había visto a Mario por primera vez. Una parte de mí esperaba encontrarlo allí, o tal vez descubrir alguna señal de su existencia. Pero no había nada, ni siquiera una cama vieja y sucia.

–Te lo dije –susurró Claudia–. Aquí no vive nadie.

Lo único que quedaba por explorar era el cuarto de baño restante: el sitio desde el que recibía las notas un día tras otro. De nuevo, era como una versión inversa del mío, pero con la diferencia de que estaba abandonado. Corrí las cortinas, que de cerca estaban sucias y estropeadas por el paso del tiempo, y vi la cuerda del tendedero que llegaba hasta mi casa. Allí estaba la ventana de mi propio cuarto de baño, a través de la cual habíamos intercambiado tantos mensajes durante esas últimas semanas. Mario había estado muchas veces donde yo me encontraba en ese momento, lo había visto con mis propios ojos. Pero, entonces, ¿cómo es que no había rastro de él?

–Vámonos de aquí –dijo Claudia, y yo asentí con la cabeza.

Ni siquiera era capaz de responder. Sentía un nudo en la garganta que me impedía hablar, una sensación molesta en el estómago muy diferente a ese cosquilleo agradable que sentía cada vez que estaba con Mario. No entendía lo que estaba pasando, no era capaz de comprender por qué me había mentido. Y tampoco sabía cómo iba a reaccionar cuando descubriera la verdad, fuera la que fuese.

Entristecido, cerré la ventana y seguí a Claudia hasta el pasillo. Mientras salía, volví a sentir un susurro casi imperceptible detrás de mí. Pero seguía sin haber nadie allí.

Y entonces, cuando llegamos al piso inferior, lo oí. Era una voz de mujer fría y cortante, que me resultaba extrañamente familiar. Tan solo pronunció una palabra, pero bastó para helarme la sangre en las venas.

–¡Fuera!

Me di la vuelta con el móvil en alto, sobresaltado... Y, una vez más, no vi a nadie.

–¿Qué pasa? –preguntó Claudia, alarmada por mi aspaviento.

–¿No lo has oído?

–¿El qué? –Frunció el ceño.

–Me ha parecido que... –Solté un suspiro. Había reconocido la voz, y por eso precisamente no podía mencionarle nada a Claudia–. Nada. Da igual.

Ella me miró con suspicacia.

–Oye, ¿no te habrás inventado todo eso de un tal Mario solo para traerme aquí y tratar de asustarme, verdad? Porque, si es así, lo has conseguido, así que puedes dejarlo ya.

–¡No! Claro que no.

–Bueno... Pues entonces, vas a tener que decidir qué vas a hacer. Está claro que no te puedes fiar de él.

Fruncí el ceño, molesto por sus palabras.

–¿Por qué no?

–¿Estás de coña? –Arqueó tanto las cejas que le desaparecieron bajo los rizos del flequillo–. Ese tío te ha mentado, Nacho.

–Ya, pero... Puede que solo me mintiera con lo de la casa, ¿no? Sé que Mario no...

–Si es que de verdad se llama Mario –apuntó ella–. Yo no estaría muy segura de que nada de lo que te haya dicho sea verdad.

–Sí, se llama Mario –insistí–. Mira, sé que es normal que pienses así, pero eso es porque no lo conoces. Pero yo sí, y sé que...

–¿Estás seguro? –preguntó–. ¿De verdad crees que lo conoces? Te recuerdo que no llevas aquí ni tres semanas. Por lo que sabemos, todo lo que te ha dicho podría ser falso. Empezando por su nombre, siguiendo por lo de la casa y terminando por lo que supuestamente siente por ti.

Aquellas palabras dolían más de lo que quería admitir. Después de todo, ¿cómo sabía que no me había mentado también en eso? Pero no, no podía ser. Sus besos eran demasiado reales.

–Au. La delicadeza no es lo tuyo, ¿verdad?

–Solo intento ser realista, Nacho. Eres mi amigo y me importas, y no quiero que te haga daño un loco que...

–Mario no está loco.

–Bueno, eso no lo sabes. A mí, eso de hacer el paripé de que vives en una casa que no es la tuya y dedicarte a mandar notitas por el tendedero no me parece muy de persona normal.

Por supuesto, Claudia no podía saber ni la mitad de lo que había pasado entre nosotros. No podía hablarle de nuestras noches en el cementerio, ni de la escena en la piscina, ni de la mujer que habíamos encontrado delante de la puerta. No podía contarle nada acerca de los fantasmas, pero yo sabía que eran tan reales como ella y como yo. Y tenía que admitirlo: si mis únicos amigos en la vida hubieran sido muertos, seguro que yo también me habría vuelto un poco raro. ¿Acaso podía culparlo? No, claro que no. Estaba seguro de que todo aquello tenía una explicación razonable.

Aunque eso no significaba que me sintiera cómodo volviendo a quedar con él como si nada, claro.

–Íbamos a quedar esta noche, pero lo voy a cancelar –le dije, aunque me dolió pronunciar las palabras–. Me pensaré bien cómo sacar el tema y ya hablaré con él mañana.

–Creo que es lo mejor que puedes hacer –respondió ella, algo más tranquila–. La otra opción sería que pasaras de él, pero sé que no lo harás. Así que esta es la segunda mejor opción.

–Sí... Supongo que sí –admití con tristeza.

–Y, oye... Que sepas que lo siento, ¿vale?

–¿Por qué?

–No sé, por habértelo estropeado. Te veía tan ilusionado cuando empezaste a contármelo... –Se encogió de hombros–. Ahora me siento un poco culpable, la verdad.

Meforcé por dirigirle una sonrisa.

–Ya, bueno. –Me encogí de hombros yo también–. Pero mejor haberme enterado de que aquí hay algo raro cuanto antes, ¿no?

No me apetecía nada seguir hablando, así que, sin decir más, salí por la ventana que habíamos

usado para entrar, y Claudia me siguió. Ya fuera, nos despedimos y Claudia se marchó a su casa. Yo entré en la mía, dejé el pan en la cocina y subí hasta el cuarto de baño. Por primera vez, no miré por la ventana; sabía que no tenía ningún sentido. En su lugar, llené la bañera con agua bien caliente, eché varios chorros de gel para formar espuma y me di un baño. Me lo había ganado.

Cerré los ojos en el agua, tratando de olvidarme de todo lo que había pasado. Al principio lo conseguí y, durante poco más de quince minutos, estuve como flotando, envuelto en un estado de profunda relajación. Lo que había sucedido en la casa parecía muy lejano, como si perteneciera a otra vida. Tal vez, cuando saliera de la bañera, descubriría que jamás había ocurrido.

Pero entonces oí un sonido que me devolvió de golpe a la realidad.

Era el chirrido de las cuerdas del tendedero. Mario volvió a mi cabeza de inmediato y, con él, también lo hizo todo lo que había sucedido en esa casa desde la que ahora me escribía, hacía solo un rato. Mi primer instinto fue salir de la bañera de inmediato para recoger la nota, pero logré contenerme. En lugar de eso, empecé a dar vueltas a lo ocurrido, tratando de pensar en alguna explicación lógica.

Quince minutos más tarde, el agua ya estaba demasiado fría y me vi obligado a dar por terminado el baño. Estaba empezando a llegar a una conclusión sobre todo aquello. No me gustaba en absoluto; pero había demasiadas cosas que cuadraban, y eso era lo peor de todo. No quería aceptarlo, no podía aceptarlo. Y, por otro lado, había unas cuantas cosas que todavía no encajaban con mi teoría, así que traté de aferrarme a ellas en un intento desesperado. Porque, si mi suposición era verdad..., no sabía cómo iba a superarlo.

Al otro lado de la ventana me esperaba la habitual nota de Mario.

¿Nos vemos a la hora de siempre?

No te olvides del bañador...

Leer esa nota fue como recibir una patada en el estómago a cámara lenta. Te la esperas porque la ves venir, pero no puedes hacer nada por evitarla, y el dolor es más intenso todavía porque es como si se dilatara en el tiempo. Y escribir la respuesta fue todavía más doloroso.

Lo siento, es que hoy no me encuentro
muy bien. Será mejor que me quede esta noche
en casa, ¿vale?

Como siempre, su rostro apareció en la ventana en cuanto comencé a mover las cuerdas del tendedero. Me saludó con una enorme sonrisa y un gesto de la mano, y en ese momento comencé a dudar de mi propia cordura. ¿De verdad habíamos visto todo aquello en la casa? ¿De verdad habíamos llegado a entrar, siquiera? ¿Y si tan solo había estado durmiendo la siesta y lo había soñado todo antes de meterme en la bañera? Aunque, ahora que me fijaba..., las cortinas que había a ambos lados de su cara sí que parecían un poco sucias, ¿no? Otras veces me habían parecido sombras, pero ahora que las había visto de cerca...

Su sonrisa se apagó mientras leía la nota y escribía la respuesta.

Vaya... Lo siento, espero que no sea
nada grave. Hablamos mañana entonces, ¿vale?
Buenas noches y descansa mucho.

Le mostré ambos pulgares y traté de sonreír, pero el gesto me resultaba casi doloroso. A continuación, me guardé la nota en el bolsillo y bajé a cenar; ya había oído a mis padres llamándome.

Al acabar, vimos una serie los tres juntos. Los convencí a duras penas para poner un tercer episodio, aunque no se me escaparon las miradas de suspicacia que intercambiaron, pero ya no hubo forma de poner un cuarto. Se fueron a dormir y, finalmente, me quedé solo. Solté un suspiro y subí a mi habitación, resignado. Iba a ser la primera noche que pasaba allí en mucho tiempo.

Antes de dormir, abrí el cajón de la mesita de noche, donde guardaba todas las notas que me había enviado Mario, y las leí una por una. ¿De verdad había sido todo aquello una mentira? O, peor todavía..., ¿y si había sido todo cierto, pero todavía me quedaba por conocer la verdad más terrible de todas?

Con las notas aferradas contra mi pecho, me abracé a la almohada y rompí a llorar en silencio. No sé cuánto tiempo permanecí así, pero me pareció escuchar el canto lejano de un gallo antes de quedarme dormido al fin.

CAPÍTULO 24

UNA DECISIÓN COMPLICADA

POR PRIMERA VEZ EN UN PAR DE SEMANAS, me desperté mucho antes del mediodía, pero no salí de la cama. En lugar de eso, recogí las notas que se habían quedado desperdigadas por el colchón, las alisé una a una y las guardé en el cajón de la mesita de noche. Después, volví a abrazarme a la almohada y traté de pensar.

Cuando salí de la cama una hora más tarde, había llegado a una conclusión. Sabía que Mario era de fiar. Sabía que podía confiar en él, sabía que sus sentimientos eran sinceros. Sabía que... En fin, sabía que me quería, o algo así. Y también sabía que prácticamente todo lo que me había dicho era cierto, y hasta había confiado en mí para todo aquel asunto de la maldición del pueblo y los fantasmas.

Pero también sabía que no me había dicho toda la verdad, claro. No sabía si eso suponía algún peligro para mí o no, pero quería creer que se trataba de lo segundo. Por lo que sabía, solo me había mentido en lo relativo a su casa, y puede que también en lo de sus padres. Lo cierto era que nunca los había visto. Pero tenía que haber una explicación. Tal vez sus padres estuvieran muertos y no quisiera hablar de ello. O... puede que fuera esa otra opción, pero no quería ni planteármela siquiera.

Recordé lo que me había dicho una vez de que pasaba mucho tiempo en el cementerio. ¿Sería esa su verdadera casa, por así decirlo? Por lo que sabía, bien podría ser cierto, y a lo mejor tan solo iba a la casa que había enfrente de la mía para dormir.

En cualquier caso, había tomado una decisión: antes de saber la verdad, necesitaba al menos un día más de normalidad con él... o, más bien, una noche más. Necesitaba esa noche en la piscina de la que habíamos hablado, necesitaba saber lo que habría pasado si nunca le hubiera contado nada a Claudia. Entonces sí que podríamos hablar, aunque la verdad me destrozara por dentro.

Cuando entré en el cuarto de baño, vi que había una nota suya en la ventana. La desdoblé y acaricié las palabras con los dedos mientras sentía un dolor extraño en el corazón.

Buenos días... ¿Cómo estás?

Anoche me dejaste un poco preocupado, la verdad. Espero que hoy estés mejor.

Intentaré volver a media tarde
para ver si me has escrito algo, ¿vale?

Un beso.

«Un beso». Al leer sus palabras, no pude más que recordar todos esos besos que habíamos compartido durante los últimos días, todas esas caricias que habíamos intercambiado en la oscuridad. No podían ser falsos, era imposible. Escribí la respuesta con lágrimas en los ojos.

Sí, ya estoy mejor. Siento haberte preocupado.

¿Nos vemos esta noche?

Creo que teníamos que ir a la piscina...

Releí la nota una y otra vez, hasta estar seguro de que no podría apreciar nada extraño en ella. Solo entonces la sujeté a la pinza y moví la cuerda hacia su ventana... No, hacia la ventana de la casa abandonada. Una parte de mí esperaba que Mario asomara la cabeza al oír el chirrido, pero, cuando la nota llegó a su destino, la ventana seguía cerrada a cal y canto. Sabía que no había nadie al otro lado.

Al volver a mi habitación, vi que Claudia me había mandado un par de mensajes preguntándome cómo había pasado la noche y cómo estaba, así que me apresuré a responder. También tenía una larga columna de mensajes de Leire, exigiendo que le contara la noche en la piscina con todo lujo de detalles. No me apetecía explicarle nada más por el momento, así que me limité a decirle que lo habíamos aplazado y, después, dejé el móvil en modo avión. En esos momentos, no me apetecía hablar con nadie.

Cuando bajé al piso inferior, mi padre ya había salido de su despacho y estaba comenzando a preparar la comida.

–Buenos días, campeón. ¿Quieres ayudarme?

–Vale –respondí, agradecido por la oportunidad de hacer algo rutinario que diera un poco de descanso a mi mente.

El plato del día era tortilla de patatas, así que me lavé las manos, saqué un buen puñado del saco que había en la despensa y comencé a pelarlas con cuidado. Cuando yo acababa con una patata, mi padre la lavaba, la secaba con un trozo de papel de cocina y la cortaba en taquitos sobre la tabla. Nunca dejaba que nadie las cortara por él; decía que tenía que cortarlas a la perfección para que se hicieran todas por igual. Yo no protestaba, pues ya hacía muchos años que había aprendido a no meterme con sus manías en la cocina.

Permanecimos en silencio durante un rato, hasta que terminé de pelar la última patata y me acerqué al fregadero para lavarme las manos otra vez.

–Oye, campeón... ¿Va todo bien?

La pregunta me pilló de improviso, pero hice lo que pude por salir airoso.

–Sí, claro. ¿Por qué lo dices?

–Anoche no quedaste con ese chico.

Me encogí de hombros tratando de fingir indiferencia.

–Tampoco hace falta que nos veamos todos los días.

–Pero no parecías muy contento –señaló, y vi su cara de preocupación al mirarlo de reojo.

–Ya, bueno. Es que es complicado.

–¿Cómo de complicado? Sabes que puedes contarme lo que sea.

No, realmente no podía contarle lo que fuera a mi padre, por muy abierto que fuese. Pero sí que podía contarle una parte.

–Imagina que yo no existo y que todavía no estás casado con mamá.

–No me gustaría volver a esa vida, créeme –dijo, y consiguió arrancarme una sonrisa–. Vale, lo voy a intentar. ¿Y ahora qué?

–Imagina que has conocido a una chica. Os gustáis y todo va genial entre vosotros. La cosa va cada vez mejor. Pero entonces...

Hice una pausa. No sabía cómo seguir explicándoselo.

–Vale. No digas más –dijo con una sonrisa–. Creo que ya entiendo por dónde vas.

–¿En serio? –pregunté extrañado.

–Pues claro. Es normal que tengas esas dudas –me aseguró. Parpadeé, confuso–. Mira, yo no sé muy bien cómo funcionan las cosas entre dos chicos. Pero tu madre y yo nos hemos estado informando y...

–Papá, ¿de qué piensas que estoy hablando exactamente?

Comenzaba a temerme lo peor.

–Pues que quieres dar el siguiente paso con ese chico, ¿no? –Me quedé con la boca abierta, incrédulo–. Por lo que dices, supongo que eres virgen y no sabes cómo...

–¡No! –lo interrumpí–. Joder, papá, otra vez con eso.

La temperatura de mi cara había aumentado varios grados de golpe. Para mi sorpresa, él también enrojeció un poco.

–Entonces, ¿no eres virgen? Estarás usando pro...

–¡Y dale con lo mismo! No tiene nada que ver con eso, ¿vale? Déjame hablar. –Respiré hondo un par de veces, tratando de calmarme. La temperatura de mis mejillas descendió un poco–. A ver, imagina que todo va genial con esa chica, estáis genial juntos y todo eso, pero entonces te das cuenta de que te ha estado mintiendo. Te ha ocultado algo... Algo importante. ¿Tú qué harías en esa situación?

Se quedó pensativo unos instantes. Me miró a los ojos antes de hablar.

–¿Ese algo tiene que ver con otro chico?

–No. Bueno, al menos, que yo sepa.

–Y supongo que no me vas a decir de qué se trata –adivinó, y yo negué con la cabeza–. En ese caso, supongo que depende de lo grave que sea ese secreto.

–En realidad no lo sé, pero me lo puedo imaginar –le expliqué sin entrar en detalles–. No es... grave, exactamente. O sea, no es que haya hecho algo malo ni nada por el estilo. Pero sí que es importante. Tanto como para habérmelo contado antes.

Permaneció en silencio mientras salaba las patatas.

–Bueno, está claro que es una decisión complicada –dijo–. Pero yo diría que tienes dos opciones. La primera sería pasar de él. Si consideras que ha traicionado tu confianza al no contártelo, podrías marcar el límite ahí.

–No quiero hacer eso –respondí sin pensármelo.

–Me lo imaginaba. Por eso está la segunda opción: hablar con él.

–No es tan fácil...

–Pero tenéis que hablarlo. Y, si os queréis... Supongo que podréis llegar a una solución.

Asentí con la cabeza, sin saber muy bien qué decir. Mi padre pareció sentirlo, porque se acercó a mí y, sin decir nada, me rodeó con los brazos. Y allí, envuelto en su aroma, me permití dejarme llevar y volver a la infancia, aunque solo fuera durante unos instantes. Puede que esa noche tuviera que enfrentarme a algo muy difícil, puede que me esperara la conversación más complicada de mi vida, pero en ese momento no era más que un niño consolado por su padre.

Y, como ese niño que me sentía, rompí a llorar contra su pecho, mientras él me acariciaba la espalda y el pelo y me susurraba palabras cariñosas al oído.

Fui al aseo del piso inferior para lavarme la cara; no quería subir a mi cuarto de baño y sufrir la tentación de mirar por la ventana. Pronto, el aroma de las patatas en la freidora llenó la casa, y mi madre llegó unos minutos más tarde. La comida transcurrió con normalidad, y después nos quedamos los tres charlando un buen rato. Después, cuando se fueron, dediqué lo que quedaba de tarde a jugar a la consola. Aquello era tan normal, tan mundano, que por momentos dudaba de todo lo que había vivido el día anterior.

Cuando se acercaba la hora de la cena, mi madre me pidió que fuera a por una barra de pan. Agradecí encantado la excusa para volver a ver a Claudia; necesitaba aclarar un poco las ideas antes de quedar con Mario en persona.

–¿Y dices que te ha mandado otra notita de las tuyas como si nada? –me preguntó Claudia con el ceño fruncido cuando la puse al día. Asentí con la cabeza–. Bueno, supongo que eso es buena señal, ¿no? Debe de significar que no se ha dado cuenta de que estuvimos allí.

–A ver: aunque esa no sea su casa, Mario no es un loco peligroso ni nada por el estilo –señalé–. No me va a hacer nada.

–Bueno, esa es tu opinión –dijo ella, todavía recelosa–. ¿Qué has decidido?

Solté un suspiro antes de contestar; sabía que no le iba a gustar mi respuesta.

–Voy a quedar con él –respondí, tratando de sonar más firme de lo que me sentía–. Necesito una última noche normal.

Claudia tardó un rato en responder.

–Estás muy enamorado, ¿verdad? –preguntó al fin.

Enarqué las cejas, confuso por sus palabras.

–¿A qué viene eso ahora?

–No sé... Hemos descubierto que ese chaval te ha estado mintiendo con lo de la casa, pero tú todavía quieres pasar la noche con él. –Se encogió de hombros–. Tienes que estar muy enamorado; si no, no me lo explico.

–A ver, todavía no sé lo que siento exactamente –dije, notando cómo se incrementaba la temperatura de mis mejillas–. Pero, en fin, está claro que me gusta... Me gusta mucho.

Ella soltó un suspiro.

–Ya, bueno, supongo que es normal. En fin, al menos prométeme que tendrás mucho cuidado, ¿vale? No te separes del móvil y llámame como ocurra algo.

–Está bien. Tranquila.

No fui capaz de dejar de dar vueltas a las palabras de Claudia durante la cena. ¿De verdad pensaba que Mario podía llegar a hacerme daño si le contaba lo que había averiguado? Me estremecí. Lo conocía bien o, al menos, eso creía. Sabía que sentía algo por mí, algo fuerte.

Pero, entonces, ¿por qué me había mentido?

CAPÍTULO 25

LA ÚLTIMA NOCHE

LA NOTA DE MARIO me esperaba junto a la ventana cuando subí después de cenar. Al desdoblarla, me di cuenta de que debía de haber escrito un mensaje a media tarde, y después, al ver que yo no contestaba, había recuperado el trozo de papel para añadir otro más. Me sentí un tanto culpable por no haberlo visto antes.

¡Me alegra que estés mejor!
Estaba un poco preocupado, la verdad.

Antes he pasado junto a tu casa
y he oído risas en el salón...
Supongo que habrás estado distraído
por la tarde, pero me alegró que sonaras
tan animado. ¿Nos vemos a la hora de siempre?

No pude evitar sonreír al leer sus palabras. Se había preocupado por mí, y parecía sincero. Y, después, se había alegrado al oírme reír. Estaba claro que las sospechas de Claudia eran infundadas. Mario me quería, o algo parecido, y sabía que no sería capaz de hacerme ningún daño.

Lo siento. Es que he pasado la tarde
con mis padres y no se me ha ocurrido mirar
si me habías escrito. Ya he cenado,
así que podemos vernos cuando quieras.

Su rostro apareció al otro lado en cuanto sonó el familiar chirrido. Me miró con una enorme sonrisa, y yo se la devolví en un acto reflejo mientras me saludaba con la mano. Estaba claro que se alegraba de verme, y yo también me alegraba de verlo a él. Por un momento, fue como si todos mis temores se desvanecieran de golpe, como si todas las sospechas perdieran su importancia.

Quince minutos más tarde, ya me había lavado los dientes, me había dado una ducha rápida y estaba bajando por las escaleras. A la espalda llevaba una mochila con la toalla.

—Mucha suerte, campeón —dijo mi padre con una sonrisa al verme bajar, y se acercó a mí antes

de susurrar-: Y no te olvides de utilizar pro...

-Como termines esa frase, no pienso volver a casa hasta dentro de un mes -lo amenacé entre risas, y él se rio conmigo.

Mario ya estaba fuera cuando salí, como siempre. Por primera vez, me di cuenta de que nunca lo había visto entrar ni salir de su supuesta casa: siempre estaba fuera cuando quedábamos, y esperaba hasta que entrara yo cuando nos despedíamos. Por supuesto, aquello tenía mucho más sentido después de lo que habíamos descubierto Claudia y yo el día anterior.

Extrañamente, mi relación con él no parecía haber cambiado. Caminamos en silencio al principio, pero era el mismo silencio agradable de siempre. No me dio la mano; nunca lo hacía dentro del pueblo, pero a veces nuestros nudillos se rozaban mientras caminábamos, y en todas y cada una de esas ocasiones pude sentir ese familiar chisporroteo.

Una vez dentro de la piscina, comenzamos a relajarnos un poco, y fue entonces cuando me cogió la mano al fin. Me miró con una sonrisa, y yo se la devolví mientras ese fuego que ardía entre nosotros se extendía a través de mi brazo y llegaba hasta lo más profundo de mi corazón. Lo que había ocurrido en su casa cada vez se parecía más a un sueño febril.

-¿Qué te pasó ayer? -me preguntó con suavidad.

-Nada importante -dije, y su sonrisa flaqueó-. Me encontraba un poco mal, nada más.

-Bueno... Me alegra mucho que ya estés mejor -respondió.

Su sonrisa volvió a ensancharse, hipnotizándome un poco. ¿Era cosa mía, o cada día que pasaba estaba más guapo?

Caminamos hasta llegar a las tumbonas. Una vez allí, saqué la toalla de la mochila y dejé mi móvil encima. Le había hecho una llamada perdida a Claudia antes de separarnos esa tarde, y después había dejado el móvil bloqueado en el registro de las últimas llamadas. Así, solo tendría que desbloquearlo para poder llamarla si ocurría algo.

Comencé a bajarme los pantalones para quedarme en bañador y me di cuenta de algo.

-Mierda.

-¿Qué pasa?

-Es que... Se me ha olvidado ponerme el bañador -le expliqué, sonrojándome un poco-. He estado un poco disperso hoy, y al final...

Al menos, después de lo que había ocurrido la última vez, en esta ocasión estaríamos en igualdad de condiciones. Para bien o para mal.

-Bueno, no te preocupes -dijo él, encogiéndose de hombros-. Yo he estado buscando hoy en casa y resulta que no tengo bañador, así que vamos a tener que bañarnos los dos en ropa interior.

Por supuesto, aquello no me extrañaba. Si ni siquiera tenía casa, ¿por qué iba a tener bañador? Lo que había ocurrido el otro día cobraba un poco más de sentido después de la visita que habíamos hecho Claudia y yo a su supuesta casa. ¿Qué más piezas seguirían encajando si me ponía a repasar detalles?

-¿Cómo es que no tienes? -pregunté, más que nada para ver qué respondía-. Todo el mundo tiene bañador.

-Ya, bueno, pero ya te dije que llevaba años sin venir por aquí. Tenía uno viejo en el armario,

pero se me ha quedado pequeño.

Me vino a la cabeza el armario de su supuesta habitación. Allí habíamos encontrado telarañas y bichos, pero desde luego no había ningún bañador viejo.

Pero pronto todo aquello comenzó a perder importancia, porque en ese momento Mario se quitó la camiseta y los pantalones y se quedó prácticamente desnudo delante de mí. Comencé a notar ese calorcillo familiar en las mejillas y, tratando de no mirar, me desvestí yo también.

—¿Vamos al agua? —preguntó con una sonrisa llena de despreocupación y, sin decir más, corrió hacia el borde de la piscina y se lanzó.

Sonreí yo también al verlo asomar la cabeza del agua, sacudiéndola como si fuera un perro.

—¡Ven conmigo! —me llamó.

Sin más, me lancé. El salpicón le dio en plena cara y, cuando me asomé a la superficie, vi que no paraba de reír mientras se frotaba el agua de los ojos. Solté una carcajada, notando que me invadía ese júbilo que llevaba más de un día sin sentir.

—Creo que tenemos una cosa pendiente —dijo entonces, y me quedé paralizado. ¿Acaso había descubierto lo que habíamos hecho Claudia y yo? ¿Iba a sacar el tema allí mismo, en la piscina? —. Ven aquí, anda.

Y, entonces, me cogió de la mano y tiró de mí. Me besó en los labios, primero con una ternura infinita y después con esa pasión que se había encendido entre nosotros. Me di cuenta de que aquellos dos días que había pasado sin besarle habían sido muy largos, demasiado largos.

—Oye... ¿Y Andrés? —pregunté cuando nos separamos para coger aire, recordando al fantasma que había conocido la última vez.

—Tranquilo, no está por aquí —me aseguró Mario—. Como el otro día se alteró un poco, he hablado con él antes de venir. No nos molestará.

—Está bien —respondí aliviado, y volví a acercar mis labios a los suyos.

No sé cuánto tiempo permanecimos dentro de la piscina. A ratos nos besábamos, y a ratos jugábamos como niños pequeños. Y, aunque el agua estaba fría, todo parecía arder a nuestro alrededor. Nos rodeábamos con los brazos, nos acariciábamos, nuestras piernas se entrelazaban. Nuestros cuerpos chocaban una y otra vez, y comencé a preguntarme cómo era posible que aquel fuego que ardía entre nosotros no provocara un vapor visible.

Una vez más, agradecí que el agua y la noche ocultaran lo que ocurría bajo la superficie, porque mi ropa interior era mucho menos discreta que el bañador a la hora de ocultar las reacciones de mi cuerpo. Mi cuerpo ardía de pasión y de deseo, y me di cuenta de que el suyo también. Se pegaba a mí más de lo habitual, se frotaba contra mí y de vez en cuando podía sentir algo duro contra mis piernas, o contra mi vientre, y en esos momentos no tenía más remedio que devorar su boca como si fuera lo único que pudiera salvarme de la más absoluta perdición.

—¿Salimos ya? —murmuró al cabo de un rato—. No quiero que te resfríes.

Estábamos los dos abrazados en el agua, piel contra piel, y la pasión parecía haber remitido un poco. Era el momento perfecto para salir del agua y esconderme en la toalla antes de que mi cuerpo volviera a reaccionar.

—Está bien.

Al igual que la vez anterior, me sequé un poco con la toalla y después se la pasé, tratando de no fijarme en aquello que se adivinaba bajo su vientre. Me tumbé sobre la tumbona y él hizo lo mismo, colocándose frente a mí y cubriéndonos a los dos con la toalla. Esta vez no hubo remilgos ni timidez entre nosotros; directamente, nos abrazamos mientras la toalla nos protegía del frío de la noche.

–Me gusta esto –susurró contra mi oído.

–A mí me gustas tú –susurré yo, y besé sus labios con delicadeza.

Pero estábamos abrazados, muy pegados, y nuestros cuerpos estaban entrelazados en demasiados lugares. La intensidad del beso aumentó, y pronto comenzó a crecer esa pasión que habíamos vivido en el cementerio, con la diferencia de que ahora había mucha menos ropa interponiéndose entre nosotros. Dos pequeños trozos de tela, eso era todo lo que impedía el contacto total entre nuestros cuerpos. Pero esa tela era fina y estaba húmeda, y pronto noté esa presión contra su cadera, y la presión de él contra mi vientre. Continuamos besándonos, presas de un deseo feroz, frotando ligeramente nuestros cuerpos para disfrutar de esa sensación nueva entre nosotros. Sin poder evitarlo, se me escapaban unos jadeos ahogados contra su boca que él se tragaba con ansia.

Ardía en deseos de bajar la mano, de explorar su cuerpo un poco más o de que él lo hiciera, y tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no hacerlo. Me había prometido respetar su ritmo, y pensaba cumplir mi promesa autoimpuesta. Aunque, en parte, temiera quedar reducido a cenizas como siguiéramos así...

Y, entonces, Mario redujo la intensidad del beso. Una parte de mí sintió frustración; la otra, en cambio, agradeció la posibilidad de calmar un poco las cosas antes de acabar explotando. El corazón me latía como una ametralladora.

–Oye, Nacho –susurró contra mi oído, provocándome un cosquilleo que bajó por mi pecho, llegó hasta mi tripa y desapareció entre mis piernas.

–Dime –contesté con voz estrangulada.

–Creo que no nos vamos a secar del todo si seguimos con la ropa mojada.

Parpadeé, no muy seguro de haberlo entendido bien.

–¿Te refieres a...?

–Sí –contestó–. ¿Te parece bien?

–Eh... Sí. Claro que sí.

El calor que había tratado de mantener a raya comenzó a crecer de nuevo dentro de mí. Aparté la mano de su espalda para llevarla hasta mi ropa interior, pero él me la sujetó antes de que pudiera hacer nada.

–Espera. Quiero hacerlo yo. Si te parece bien.

Un nudo en la garganta me impedía responder, así que me limité a asentir con la cabeza. Mario deslizó la mano por mis costados, descendiendo poco a poco hasta llegar a mi ropa interior. Una vez allí, la llevó hasta mis nalgas y apretó ligeramente una de ellas para presionar mi cuerpo contra el suyo, arrancándome un gemido bajo. A continuación, clavó sus ojos en los míos y su mano avanzó hacia la parte delantera, de forma lenta pero inexorable.

Cuando su mano se cerró sobre mí, no tuve más remedio que cerrar los ojos mientras se me escapaba un nuevo gemido, largo y anhelante. Mario enganchó los dedos en la cinturilla y bajó poco a poco esa tela que se interponía entre nosotros, hasta deshacerse de ella. Moví las piernas para ayudarlo hasta que, al fin, quedé completamente desnudo bajo la toalla.

Decidí imitar a Mario, aunque yo no tenía la paciencia para ir tan lento. Cerré la mano sobre el bulto que se adivinaba bajo su ropa interior y la moví ligeramente, de arriba abajo, disfrutando del gemido que soltó contra mi oído. Impaciente, le quité también ese trozo molesto de tela y seguí moviendo la mano, de forma lenta pero constante. Él hizo lo mismo, y juntos dimos comienzo a una sinfonía de gemidos entrelazados que nos arrulló durante un largo rato.

Una parte de mí quería ir más allá, mucho más allá. Quería utilizar mi boca para explorar su cuerpo, quería que mi lengua recorriera hasta el último centímetro de su piel. Quería saborearlo por completo. Pero la otra parte estaba llegando al séptimo cielo solo con lo que estábamos haciendo, y me di cuenta de que no necesitaba nada más. Al menos, por el momento.

–Mario... –susurré con la voz entrecortada, al cabo de lo que podrían haber sido varios minutos o varias horas-. Voy a terminar ya.

–Creo... que yo también –respondió.

–Ya, pero... vamos a ponerlo todo perdido.

–Es verdad.

Dejé de mover la mano, provocándome un gruñido de frustración, y aparté la toalla. Después, se tumbó boca arriba y yo hice lo mismo, y nuestras manos volvieron a la tarea de darnos placer mutuamente. Por un momento me tentó bajar la mirada para ver su cuerpo desnudo por primera vez, pero no lo necesitaba. Mantuve los ojos cerrados, sintiendo que cada vez me acercaba más a un éxtasis como nunca había sentido.

Nos besábamos como podíamos; aquella no era precisamente la posición más cómoda que podíamos tener, pero no nos importaba. Estábamos ya demasiado cerca, y el movimiento de nuestros brazos se incrementó hasta que, finalmente, los dos estallamos al unísono en sendas explosiones de placer que se derramaron sobre nuestros cuerpos desnudos.

Entonces, nuestras manos se encontraron. Permanecimos varios minutos en silencio con los ojos cerrados, mientras nuestros corazones y nuestra respiración se calmaban poco a poco. Me sentía tan bien que estuve a punto de quedarme dormido, pero sabía que no era buena idea.

–Deberíamos ducharnos –dije al cabo de unos minutos, muy a mi pesar.

–Está bien –susurró Mario contra mi boca, y me dio un beso en los labios.

Lo observé mientras se ponía en pie frente a mí, y entonces me di cuenta de algo: era la primera vez que lo veía completamente desnudo. Puede que Mario no fuera el chico más guapo que hubiera conocido, y su cuerpo no era el más definido y musculoso que había visto en la vida. Pero era él, y con eso me bastaba. Era él, y eso lo hacía simplemente perfecto.

–¿Qué miras? –me preguntó con una sonrisa tímida.

–Lo bonito que eres –respondí con total naturalidad.

Él me dio un manotazo en el brazo, avergonzado.

–Eres idiota. Venga, vamos.

Lo seguí hasta las duchas que había junto a la piscina. Él puso una de ellas en marcha, y yo hice ademán de dirigirme hacia la de al lado. Pero, antes de que pudiera apretar el botón, Mario me cogió del brazo y me atrajo hacia él. El agua estaba helada, pero él me abrazó con fuerza para darme calor mientras mi cuerpo se acostumbraba poco a poco a la temperatura del agua, que por suerte comenzó a volverse más caliente después de un minuto.

Aquella también era una experiencia nueva para mí. No solo era la primera vez que me duchaba con Mario: era la primera vez que me duchaba con un chico. No teníamos gel o jabón, pero nos frotamos mutuamente el cuerpo por turnos, con delicadeza, para acabar con el cloro, el sudor y los restos de lo que habíamos hecho unos minutos antes en la tumbona. De vez en cuando, nos dábamos algún beso furtivo en los labios. Nuestras manos recorrían el cuerpo del otro una vez más, pero esta vez no había el deseo de antes, sino un profundo cariño y una ternura infinita.

Cuando ya estuvimos limpios, volvimos a besarnos bajo el agua hasta que, inevitablemente, nuestros cuerpos reaccionaron en consecuencia. Y allí mismo, en las duchas, nos entregamos de nuevo al placer de nuestros cuerpos mientras nuestras bocas se devoraban como si no hubiera un mañana.

Y es que, después de todo, tal vez no hubiera un mañana para nosotros.

CAPÍTULO 26

LA CONFESIÓN

ESTÁBAMOS TUMBADOS OTRA VEZ bajo la toalla, abrazados mientras nos secábamos después de nuestra larga ducha. Había mirado el móvil y había visto que eran las dos de la mañana, así que todavía nos quedaban unas cuantas horas de oscuridad.

Era consciente de que ya no podía retrasarlo más.

–Oye, Mario. Tengo que hablar contigo.

Él me miró con suspicacia.

–No serás hetero, ¿verdad? –dijo con fingida seriedad.

–Muy gracioso –respondí entre risas–. No, esto va en serio.

–Dime.

–Ayer fui a tu casa –solté sin más preámbulos.

Su cuerpo se puso rígido entre mis brazos. Tragó saliva de forma audible.

–¿Para qué? –preguntó con calma.

–Es que le hablé de ti a mi amiga Claudia –admití–. ¿Recuerdas? La hija del panadero, ya te he hablado de ella.

–Sí, sé quién es Claudia. –Su rostro se ensombreció–. Te pedí que no le hablaras de mí a nadie, Nacho.

–Lo sé, y lo siento. No fue a propósito, pero se me escapó tu nombre, ella me preguntó, y... En fin, digamos que una cosa llevó a la otra.

Permaneció en silencio durante un minuto antes de responder. Me dio la impresión de que su respiración se había detenido.

–¿Y qué te dijo?

–Bueno... Me dijo que en tu casa no vivía nadie. Que llevaba muchos años abandonada.

–Y tú la creíste. A pesar de que me ves allí todos los días.

Solté un suspiro.

–Ya te he dicho que fuimos hasta allí, Mario. No tienes que seguir ocultándolo.

–¿Qué hiciste? ¿Llamasteis a la puerta?

–Sí, bueno, eso fue lo primero que hicimos. Pero nadie contestó, así que buscamos la forma de entrar. Había una ventana rota, y nos colamos por ahí.

Mario abrió mucho los ojos, pero no dijo nada. Ahora sí que no tenía dudas: ni siquiera estaba respirando.

–¿Qué piensas de lo que viste? –preguntó al fin.

–Que me has mentido –dije sin rodeos–. Que llevas semanas engañándome. Esa no es tu casa, Mario.

Él esbozó una sonrisa triste.

–Bueno, en cierto sentido sí que es mi casa. Pero no en el sentido habitual, claro.

–¿Me vas a explicar lo que está pasando aquí? –pregunté.

–¿Cuál es tu teoría? –preguntó él a su vez.

–Bueno, cuando Claudia me dijo que la casa llevaba años abandonada, al principio pensé que serías un okupa o algo parecido. Que te habías colado ahí a vivir sin que nadie lo supiera, y por eso me habías pedido que no le hablara a nadie de ti.

–Interesante conclusión –dijo con una sonrisa–. La verdad es que podría encajar.

–Ya, bueno. Pero, cuando entramos, estaba claro que allí no vivía nadie. Entonces recordé que te pasabas todo el día fuera, y que me habías dicho más de una vez que solías ir mucho por el cementerio. Así que pensé que a lo mejor no tenías casa de ningún tipo, okupada o no, y que tan solo ibas allí a pasar la noche o a descansar.

–Pero también descartaste esa opción –adivinó, y yo asentí con la cabeza–. ¿Por qué lo hiciste?

–No lo sé, pero supongo que tampoco me terminaba de cuadrar. No había ningún objeto personal por allí, nada que pudiera ser tuyo. Había una cama, pero estaba hecha un asco, y no había sábanas ni nada por el estilo. No parecía que hubiera dormido nadie allí en muchos años, la verdad.

–Son todas conclusiones muy acertadas –dijo, con esa misma calma que me resultaba un tanto escalofriante–. Pero, en ese caso, ¿cuál es tu teoría? Sé que estás pensando en algo, y sé que llevas toda la noche pensándolo a ratos. Lo he visto en tu cara.

–Me gustaría que me lo dijeras tú.

–¿Por qué?

–Porque quiero que seas sincero conmigo –respondí con un hilo de voz–. Porque necesito oírlo de tus labios. Porque tengo miedo y no soy capaz de pronunciar las palabras en voz alta.

Una lágrima resbaló hasta mi mentón, y él me la secó cuidadosamente con el dedo. A continuación, me abrazó con fuerza. Y entonces pronunció contra mi pelo las palabras que llevaba temiendo oír desde el día anterior.

–Estoy muerto, Nacho.

Y, con eso, mi mundo entero se hizo pedazos. Sus palabras fueron como un cuchillo clavándose en mis entrañas, una hoja al rojo vivo desgarrándome por dentro. Mis peores sospechas habían resultado ser ciertas. Y, aunque ya esperaba la puñalada, no por ello dolió menos. Me aovillé contra su pecho y él me rodeó con los brazos, tratando de aliviar un dolor que no tenía solución posible. Lloré pegado a él, mientras Mario me acariciaba el pelo y susurraba palabras de consuelo en mi oído. Pero no había nada que pudiera consolarme.

Una parte de mí no quería creérselo, claro. Y, sin embargo, todo tenía sentido. Su cuerpo siempre fresco, más de lo normal. El aura de misterio que lo rodeaba. Que no tuviera móvil ni ningún otro medio de comunicación que no fueran las notas a través del tendedero. Todo aquel

asunto de su casa y sus padres que nunca había visto. Que nadie más supiera de su existencia. Lo cómodo que se sentía en el cementerio, demasiado cómodo para estar vivo. El hecho de que pudiera ver a los fantasmas, de que pudiera enseñármelos. Lo de que siempre quedáramos de noche, cuando él mismo me había dicho que a los fantasmas les costaba salir a la luz del día...

En realidad, eran tantos detalles que casi me extrañaba no haber sospechado nada antes de que Claudia me contara lo de su casa. ¿Pero cómo podría haber adivinado la realidad? Mis cinco sentidos me gritaban lo real que era cada vez que estábamos juntos. Lo que me decía parecía demasiado imposible para ser cierto.

–Lo siento –me susurró al oído–. De verdad que lo siento.

–No me estás mintiendo, ¿verdad? ¿No es otra de tus bromas?

–Claro que no –me aseguró–. Jamás haría algo así.

Me abrazó con más fuerza, y entonces recordé algo que no encajaba en absoluto: el principal punto en contra de la teoría a la que llevaba dando vueltas desde el día anterior. El único clavo ardiendo al que podía aferrarme, a pesar de sus propias palabras.

–Pero me estás abrazando –señalé a la desesperada–. Me estás abrazando, y podemos besarnos, y siempre vamos de la mano y todo eso. Si estás... Bueno. Ya sabes. –Tragué saliva, tratando de deshacerme del nudo que tenía en la garganta–. ¿Cómo es posible que podamos hacer estas cosas?

–Puedo tocarte porque yo quiero tocarte –explicó simplemente–. O, más bien, porque necesito tocarte. Pero podría no hacerlo. Mira.

Alzó las manos entre nosotros, con los dedos entrelazados. Las mantuvo en el aire durante un instante y, de pronto, dejé de notar el contacto con su piel, como si no hubiera sido más que un espejismo. Abrí mucho los ojos al ver cómo sus dedos atravesaban los míos, provocándome una extraña sensación de frío mientras su mano salía por el dorso de la mía. La visión era grotesca, como las manos de esas imágenes cutres generadas por inteligencia artificial. Un instante más tarde, su mano se volvió sólida otra vez y volvió a entrelazar los dedos con los míos. Los acaricié con las yemas, confuso. Eran tan sólidos, tan... reales...

Parecía imposible que su dueño fuera un fantasma.

–No entiendo nada –admití.

–Es normal: es complicado de entender. Al principio, a mí mismo también me costaba comprender por qué podía tocarte.

–¿Por qué no me lo habías dicho antes?

–Si te soy sincero..., al principio no recordaba que estaba muerto.

–Venga ya –resoplé–. ¿Ahora eres como el prota de *El sexto sentido* o qué?

Mario sonrió.

–Recuerdo el tráiler de esa película –dijo con nostalgia–. Tenía ganas de verla, pero no pudo ser. Morí antes de que se estrenara.

Hice cálculos mentalmente.

–Entonces... ¿Moriste en el 99? ¿En el 98?

–En el 99. Ya ves, no llegué a vivir el nuevo milenio.

–Madre mía. Moriste antes de nacer yo.

La simple idea me resultaba abrumadora. Me di cuenta de que, si Mario no hubiera muerto, en ese momento tendría más de cuarenta años.

–Si dices que el protagonista de esa película está muerto sin saberlo –continuó–, entonces creo que hay algo de verdad en ella. Estar muerto no es como estar vivo, solo que pudiendo atravesar las cosas y todo eso. No, morir es algo parecido a... No sé, soñar. –Debió de ver mi cara de confusión, porque sonrió y trató de explicarse–. Estar muerto no consiste en despertarse un día, mirar por la ventana a ver qué tiempo hace y pensar qué es lo que vas a hacer hasta que llegue la noche. No es seguir una rutina y hacer tus planes para pasar la muerte de la mejor forma posible. No: estar muerto es más bien como una colección de... de momentos, de sensaciones. No tenemos conciencia plena de lo que está pasando a todas horas. Y los momentos en los que podemos materializarnos en el mundo de los vivos son muy escasos.

La cabeza me daba vueltas tratando de procesar toda aquella información, pero tenía sentido. Más o menos.

–Suená aburrido.

–Ya, bueno, no es que sea una fiesta –sonrió–. En realidad, nos pasamos casi todo el tiempo en una especie de trance, mientras los días, los meses y los años transcurren a nuestro alrededor.

–Hasta que te olvidas de que estás muerto.

–No es que yo me olvidara, exactamente –precisó–. Más bien es como que... me había acostumbrado demasiado a cómo es mi existencia en este plano. Llevaba muchos años sin darle vueltas a qué significa estar vivo y qué significa estar muerto.

–¿Y qué fue lo que cambió?

Su sonrisa se ensanchó.

–Lo que cambió fuiste tú. O, más bien, tu llegada, la llegada de tu familia a esa casa. Allí no vivía nadie, así que la había adoptado como mi hogar en la muerte. Había pasado muchos años tranquilo, salvo por esa época en la que hicieron reformas hace unos años. Recuerdo que esos meses los pasé en el cementerio, hasta que pude volver otra vez para descansar en paz. Por suerte, seguía sin vivir nadie allí.

–Hasta que llegamos nosotros.

Mario asintió con la cabeza.

–Lo primero que perturbó mi descanso fue la llegada de tus padres. Sentí su presencia un día, aunque todavía no era lo bastante fuerte para expulsarme de allí. Pero sabía que no sería así durante mucho tiempo. Estaban hablando con un hombre sobre el alquiler de la casa, y después firmaron unos papeles. Ese día durmieron allí, y fue entonces cuando comencé a sentirme inquieto. Al día siguiente se marcharon, pero dejaron varias cajas y un par de maletas. Sabía que no tardarían en volver.

–Lo recuerdo –dijo–. Fue hace como un mes. Mis padres vinieron a ver la casa y firmar el contrato un par de semanas antes de mudarnos.

No le dije que recordaba bien ese día porque Luis y yo habíamos aprovechado que me había quedado solo en casa para ir un paso más allá de todo lo que habíamos hecho hasta el momento.

Por motivos evidentes, no me parecía apropiado sacar el tema.

–Cuando se fueron, volví a sumirme en mi letargo habitual, pero entonces llegasteis los tres. Estabais llenos de vitalidad, y os rodeaba la energía de todas las cosas que os habíais traído. Esa energía fue creciendo rápidamente y se extendió por toda la casa, hasta que ya no pude soportarlo más. Fue entonces cuando tuve que marcharme y me refugié en la casa de enfrente.

–Y también fue entonces cuando te vi espiándome desde la ventana.

–No te estaba espiando. Simplemente estaba confuso..., desorientado. No sabía lo que pasaba. Miré hacia mi habitación, la que había sido mi habitación desde hacía más de cuarenta años, y entonces vi a un extraño en ella.

–Me diste un susto de muerte –admití.

–Sí, y eso es lo más raro de todo –me aseguró–. No debería haberte asustado, Nacho. Porque, en realidad, no deberías haberme visto. La gente normal no puede ver a los muertos sin una conexión previa; hace falta tener unas habilidades psíquicas muy potentes. Cuando me di cuenta de que me veías, no podía creérmelo.

–Te desvaneciste en el aire, ¿verdad? Pensaba que tan solo te habías ido... Pero no. Te desvaneciste en el aire.

Él asintió con la cabeza.

–Estaba asustado, Nacho. Me sentía confuso. No entendía lo que estaba pasando.

–¿Por eso fuiste luego a mirarme a través de la ventana de la cocina? –adiviné–. ¿Para comprobar si seguía viéndote?

–Eso es. Y, otra vez, no podía creérmelo. Debería haber sido yo el único que te viera, pero ahí estabas tú, mirándome como si nada.

–Espera –dije al darme cuenta de algo–. En realidad, al principio no te veía claramente. Lo que veía era una sombra, aunque pensaba que era cosa de la oscuridad.

–No es fácil volver a adoptar una forma física, y menos después de tanto tiempo sin hacerlo. Pero entonces lo conseguí, y pudiste verme como si estuviera tan vivo como tú. Podías oírme hablar. Pero eso no fue lo más sorprendente. –Sus labios se curvaron en una sonrisa que parecía llena de nostalgia–. No: lo más sorprendente fue que podías tocarme. Llevaba más de veinte años sin tocar a nadie, y de repente ahí estabas tú, tomando mi mano. Te juro que no podía creer lo que estaba pasando.

–¿Pero por qué? A los otros fantasmas que he conocido los he atravesado. ¿Por qué a ti sí que puedo tocarte?

–Tienes que saber que es extremadamente difícil que un muerto pueda interactuar con el plano de los vivos –me explicó–. Por eso todas las historias de *poltergeists*, casas embrujadas y demás son tan poco frecuentes, en comparación con la cantidad de almas errantes que deambulan por el mundo. Hace falta una gran cantidad de energía para hacerlo, y muchísima concentración. Y, aun así, solo podemos hacer gestos pequeños... como colgar un trozo de papel de una cuerda con una pinza, por ejemplo.

Me mordí el labio, confuso.

–¿De verdad tienes que esforzarte tanto solo para poder tocarme?

–No, y esa es la cosa: contigo no tengo que esforzarme lo más mínimo. Te tendí la mano sin pensármelo, y estuve a punto de retirarla al darme cuenta de que la ibas a atravesar e ibas a salir despavorido. Pero entonces me cogiste la mano y... –Bajó la mirada, como si estuviera avergonzado–. No tienes ni idea de lo vivo que me siento cuando tengo tu mano entre la mía. No te imaginas cuánto necesito el contacto de tu piel, Nacho.

Sus palabras me tiñeron las mejillas de un rojo intenso. Me miró, sonriendo con timidez, y yo le devolví la sonrisa. Busqué sus dedos con los míos y se los estreché.

–Por eso siempre vas de la mano conmigo.

–Eso es.

–Pero eso no responde a mi pregunta. ¿Por qué a ti sí que puedo tocarte?

–No sé cómo explicarlo –respondió en voz baja–. Cuando morimos, nadie nos explica las reglas de todo esto, nadie nos cuenta cómo son las cosas o si hay normas que cumplir. Es algo que debemos adivinar solos, o tal vez hablando con fantasmas que lleven en este mundo más tiempo que nosotros. Pero lo más probable es que sea porque tú tienes algo que ver con mi asunto pendiente. Y, cuanto más tiempo pasamos juntos, más seguro estoy de que es así.

–¿Por qué? ¿Cuál es tu asunto pendiente?

–No siempre es fácil saberlo... Y, de todos modos, todavía no estoy seguro del todo.

Me di cuenta de que no quería hablar más de ese tema, así que no insistí. Después de todo, ya se estaba sincerando mucho conmigo esa noche. Y, aunque estaba deseoso de saber más, sabía que todo aquello estaba siendo muy difícil para él. Lo veía en sus ojos. La noche había sido muy intensa para los dos, en muchos sentidos diferentes, y yo mismo me sentía agotado tanto física como mentalmente. Me tapé la boca para reprimir un bostezo.

–Igual deberías irte a dormir a casa –me dijo suavemente.

–Supongo que sí –reconocí a regañadientes–. Oye, Mario... Gracias por contármelo.

–Gracias por seguir aquí –dijo él con una sonrisa triste–. Siento que las cosas no hayan sido diferentes.

–Ya, bueno. Pero así es la vida, ¿no?

–Así es la vida... o la muerte –sonrió.

Sin embargo, ninguno de los dos hizo ademán de moverse. Nos quedamos como estábamos, cogidos de la mano y sumidos en el más profundo de los silencios.

Me sorprendí a mí mismo por lo bien que me estaba tomando todo aquello, dada la situación. Puede que llevara ya más de un día planteándome esa posibilidad, pero aun así... Decir que no es fácil descubrir que llevas semanas enamorándote de alguien que está muerto sería un eufemismo. Supuse que, tal vez, las condiciones me habían ayudado. Después de todo, Mario no se había cortado al hablarme de asuntos sobrenaturales casi desde que nos conocimos.

Sonreí al darme cuenta de todas las cosas que había hecho para ayudarme a procesar aquello cuando llegara el momento. Me llevaba por las noches al cementerio, me contaba historias de terror y hasta me había presentado a unos cuantos fantasmas. Era cierto que yo había tenido curiosidad por conocerlos, ¿pero por qué lo había hecho él? Comenzaba a sospechar que había sido una forma de prepararme para lo que me tenía que contar, aunque quizá ni él mismo se diera

cuenta de ello.

Sumido en esos pensamientos, pronto volví a quedarme adormilado, hasta que al cabo de un rato se me volvió a escapar un bostezo.

–Necesitas dormir –dijo Mario con un tono que no daba lugar a réplicas, y levantó la toalla que nos cubría–. Venga, vístete, que te vas a morir de frío –me ordenó, y a los dos se nos escapó una breve sonrisa por lo irónico de sus palabras.

Nos pusimos la ropa en silencio y emprendimos el camino de vuelta a casa también en silencio. Eran demasiadas cosas que asimilar, demasiados sentimientos que mantener bajo control. Pero entonces, cuando vi la casa en la que él realmente no vivía, me asaltó una duda.

–Oye, Mario. Si no vives en esa casa..., ¿qué haces por las noches?

–Es complicado de explicar... Cuando no estoy contigo, suelo ser inmaterial. A veces me quedo en esa casa, para poder estar cerca de ti. Para sentirte cerca. Y otras veces, vuelvo al cementerio... A mi tumba.

Hasta ese momento no me lo había planteado, pero tenía lógica. Si Mario estaba muerto, sus restos tenían que descansar en alguna de las tumbas del cementerio en el que pasábamos casi todas las noches.

–¿Me llevarías a verla? –le pedí sin pensarlo–. ¿Mañana?

–Claro –respondió él con una sonrisa–. Me encantaría que la vieras.

Y, tras eso, nos despedimos con un beso largo y dulce en los labios. Subí a mi habitación y me metí en la cama, aunque sabía que no iba a ser capaz de dormir. Y allí, abrazado a mi almohada y refugiado bajo la capa protectora de la sábana, dejé al fin que se desbordaran todos mis sentimientos de golpe, entre lágrimas y sollozos.

Mario estaba muerto. No sabía qué sentía por él exactamente, pero me gustaba. Me gustaba más de lo que querría admitir. Pero estaba muerto. Y no había nada que pudiera hacer al respecto.

CAPÍTULO 27

LA TUMBA

ME QUEDÉ UN LARGO RATO en la cama antes de levantarme. Una parte de mí se negaba a creer lo que había ocurrido la noche anterior. Quería convencerse de que no había sido más que un sueño o, más bien, una pesadilla. La otra parte sabía perfectamente que no serviría de nada tratar de engañarme a mí mismo.

Tenía el cuerpo dolorido. Tal vez hubiera dormido en mala postura, o tal vez fuera una consecuencia de toda la tensión acumulada; pero me dolían la espalda y el cuello, y el simple hecho de girar la cabeza me provocaba un fuerte pinchazo. Aunque eso no era nada comparado con el dolor que sentía por Mario...

Necesitaba saber de él, así que fui al cuarto de baño en busca de su habitual nota de buenos días.

Hola, Nacho. ¿Estás bien?
Sé que lo de ayer fue difícil,
así que voy a intentar estar por aquí hoy.
Si necesitas hablar, avísame, ¿vale?

Sus palabras hicieron que se me llenaran los ojos de lágrimas, pero traté de quitarle importancia con mi respuesta.

No te preocupes, estoy bien.
Muchas gracias por contármelo todo.

Pero, por supuesto, no estaba bien. Me miré al espejo y vi que tenía los ojos rojos, con esas lágrimas traicioneras luchando por escapar. Todos los sentimientos de la noche anterior se arremolinaron de nuevo en mi interior, invadiéndome hasta que me sentí a punto de vomitar. No estaba triste, no: aquello iba mucho más allá. El pulso se me había acelerado, y por un momento pensé que me iba a estallar.

Me pasé horas y horas en mi habitación, en la cama, dentro de esa crisálida protectora, mientras trataba de aferrarme al recuerdo de la noche anterior, a lo que había ocurrido antes de que Mario me contara la verdad y todo se desmoronara.

Lloré por Mario, por el hecho de que estuviera muerto, por la dura realidad de que tenía un

asunto pendiente que lo anclaba a esta tierra sin poder avanzar. Lloré por mí, por haber tenido que enamorarme precisamente de un fantasma. Ya había vivido un amor imposible hacía años, cuando me enamoré de mi mejor amigo hetero, pero aquello era peor, mucho peor. Lloré por nosotros, por el nosotros que podía haber sido, por el nosotros que ya jamás sería.

En todo el día solo me levanté para mandar una nota a Mario, proponiéndole quedar esa noche, y para comer y cenar con mis padres. Claramente notaban que me pasaba algo, pero, por suerte, no me preguntaron nada. No sé cuántas veces a lo largo del día di las gracias para mis adentros por tener unos padres como ellos.

Me despertaron unos golpecitos suaves en la puerta. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había quedado dormido.

–Pasa –respondí con voz pastosa.

–No sé si te habrás dado cuenta, pero aquí huele a muerto –dijo mi padre al entrar. Hice una mueca al oír la última palabra, pero no dije nada–. Te abro la ventana, ¿vale? –Lo observé mientras lo hacía. Después, se acercó a mí y se sentó en el borde de la cama–. ¿Estás bien, campeón? Me tienes preocupado.

Me encogí de hombros.

–Estoy.

–¿No fue bien la conversación de anoche?

–No, no es eso.

–¿Quieres hablar de lo que pasó? –preguntó, y yo negué enérgicamente con la cabeza–. Está bien.

–Gracias por preguntar.

Él me miró con una sonrisa de infinito cariño y me revolvió un poco el pelo.

–¿Puedo hacer algo para ayudarte? ¿Necesitas algo?

Mi primer impulso fue volver a negar con la cabeza. Pero entonces me di cuenta de que sí que había algo. Necesitaba a mi padre.

–Te necesito a ti –respondí con voz estrangulada–. ¿Te tumbas un rato conmigo?

Si pareció extrañado por mis palabras, no lo demostró. Me aparté un poco, y él se recostó en la cama junto a mí. No había mucho espacio, pero no me importaba. Me puse de costado y, tal como hacía cuando era pequeño, me abracé a su pecho. Él me rodeó la espalda con el brazo y comenzó a acariciármela con lentitud, también como solía hacer.

–Estoy aquí, campeón –susurró contra mi pelo–. Y voy a seguir aquí siempre.

En ese momento fue cuando rompí a llorar de nuevo. Pero, en esa ocasión, al menos no tenía que estar solo. Esa vez, tenía a alguien para consolarme. Podía llorar con mi padre, como lo había hecho de niño. En ese momento, volvía a tener siete años y el consuelo de mi padre era lo único que necesitaba en el mundo para arreglar las cosas.

Como siempre, Mario y yo nos vimos a las once de la noche, frente a mi casa. Por lo general, no solíamos permitirnos ninguna muestra de afecto hasta estar lejos de allí, pero en esa ocasión fue como si ninguno de los dos pudiera evitarlo. Nos lanzamos el uno a los brazos del otro, nos estrechamos con fuerza y permanecimos allí durante un largo rato. Puede que estuviera muerto, pero eso no significaba que no fuera real. Y, con ese abrazo, fue como si terminaran de desaparecer los últimos restos de esa tensión que me había acompañado durante todo el día.

Ninguno de los dos mencionó lo que íbamos a hacer; los dos lo sabíamos. Sin mediar palabra, comenzamos a caminar en dirección al cementerio. Ese silencio agradable era como una capa protectora que nos aislaba del mundo exterior.

–Tienes muchas preguntas, ¿verdad? –dijo cuando estábamos ya a medio camino.

–¿Tanto se me nota? –pregunté, y él asintió con la cabeza–. Unas cuantas, sí.

–Pues venga, dispara.

–A ver... Antes, cuando nos hemos abrazado. ¿Qué ocurriría si alguien hubiera pasado por ahí? ¿Nos habría visto a los dos? ¿O me habría visto solo a mí, abrazando el aire en plan loco?

Se echó a reír, arrancándome una sonrisa. Me gustaba demasiado ese sonido.

–¿Sinceramente? No estoy seguro. Pero supongo que lo más probable es que fuera lo segundo.

–¿Por eso nunca hablábamos, ni me cogías la mano ni me besabas hasta salir del pueblo? ¿Para que nadie me viera así? –adiviné, y él asintió con la cabeza. Yo siempre había pensado que era por miedo, pero en realidad la razón era mucho más práctica–. Me alegra que al menos no fuera porque te avergonzaras de mí.

Una vez más, soltó una carcajada que me provocó un agradable cosquilleo en el estómago. Se detuvo y me miró fijamente a los ojos, con una ternura infinita en los suyos.

–Eres increíble, ¿lo sabías?

–¿Yo? ¿Por qué?

–No sé, acabas de enterarte de que tu novio está muerto, y aun así puedes hacer bromas. No creo que todo el mundo fuera capaz de hacerlo.

Parpadeé, sin saber si lo había oído bien.

–¿Novio?

–¿No es eso lo que somos? –preguntó con una sonrisa tímida, y yo se la devolví.

–Bueno, es que no lo habíamos hablado. –Mi sonrisa se ensanchó–. Pero me gusta la idea, la verdad. ¿Qué día es hoy? Así sabremos cuándo celebrarlo.

Su sonrisa flaqueó.

–Sí, bueno... No deberíamos emocionarnos con esas cosas –señaló–. Después de todo, no... No sé si podremos celebrar muchos aniversarios.

–Bueno, da igual. No me recuerdes eso ahora. –Mi humor había comenzado a agriarse un poco, así que traté de cambiar de tema–. Entonces, ¿te parece bien que sea bromista?

–Me encanta –respondió–. Supongo que por eso me gustas tanto.

Y, con esas palabras, la sonrisa volvió a mi rostro.

–Tú también a mí.

Permanecimos en silencio durante el resto del camino hasta el cementerio. Una vez allí,

saltamos la tapia, cosa que cada vez se me daba un poco mejor, y seguimos caminando de la mano. La noche era clara, y en esa ocasión no había niebla que diera un aire siniestro al lugar. Miré a mi alrededor y vi que no había rastro de otros fantasmas. Mario me guio entre las tumbas.

–Pues ya estamos –dijo al cabo de un par de minutos.

Nos habíamos detenido frente a una lápida, y allí, grabado en la piedra, estaba su nombre. Debajo había una fecha: «1982-1999». No pude evitar estremecerme. Había nacido más de veinte años antes que yo, y ya estaba muerto incluso antes de que yo llegara al mundo. Y, sin embargo, ahí lo tenía, a mi lado, tan real como yo.

Sin saber muy bien por qué, le solté la mano. Me arrodillé frente a la lápida y acaricié el nombre con las yemas de los dedos, sintiendo unas lágrimas ardientes que se acumulaban en mis ojos. De algún modo, ver aquella losa con su nombre hacía que todo pareciera mucho más real.

La piedra estaba maltratada por el paso del tiempo, e incluso algunas partes estaban manchadas de barro. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie visitaba su tumba? ¿Quedaba alguien con vida que se acordara de él, aparte de mí? Ese pensamiento hizo que las lágrimas se derramaran por mis mejillas.

En el bolsillo llevaba un paquete de pañuelos que había tenido la previsión de llevar, consciente de lo que podría pasar, así que saqué uno y me sequé las lágrimas con él. Pero, en lugar de volverlo a guardar, comencé a frotar las manchas de barro, sin dejar de llorar. Seguí sacando un pañuelo tras otro hasta que, lágrima a lágrima, todas las manchas desaparecieron al fin.

A continuación, pasé la mano por la hierba, con los ojos cerrados. Ahí enterrado, a dos metros bajo tierra, yacía su cuerpo, o lo que quedaba de él. Ni siquiera podía imaginarlo: lo único que veía era la imagen del Mario que yo conocía. Casi sin darme cuenta de lo que hacía, me tumbé sobre la hierba y le tendí la mano.

–¿Vienes conmigo?

Él asintió con la cabeza, se tumbó junto a mí y me rodeó con sus brazos de esa forma que siempre lograba reconfortarme y calentarme por dentro. Incluso aunque su piel siempre estuviera algo más fría que la mía, era como si su mero contacto encendiera algo ardiente en mi interior.

–Ojalá no hubieras muerto –susurré contra sus labios, y él esbozó una sonrisa triste.

–Si no hubiera muerto, yo tendría ya más de cuarenta años. No habría sido posible, igualmente.

–Ya, bueno. Pero habrías podido tener una vida feliz.

–Soy feliz ahora, Nacho. Soy feliz contigo. No digo que me alegre haber muerto, pero, de no haberlo hecho, no habría podido estar estas semanas junto a ti. Supongo que eso lo compensa un poco.

–Sigues estando muerto –señalé–. Igual te estás pasando un poco de optimista.

–Tú me haces ser optimista. Llevaba más de veinte años atascado y sin poder avanzar, Nacho. Había olvidado lo que era el optimismo hasta que te conocí a ti.

Tras eso, nos quedamos callados. No sentíamos la necesidad de besarnos como solíamos hacer, ni de acariciarnos siquiera. Tan solo estábamos ahí abrazados, los dos juntos, saboreando

esa especie de milagro que nos había permitido encontrarnos en el tiempo.

–¿Estuviste en tu funeral? –pregunté al cabo de unos minutos de silencio, y él asintió–. Tuvo que ser bonito... Bueno, dentro de lo que cabe, ya sabes. ¿Vino mucha gente a despedirte?

Él hizo una mueca.

–Sí, bueno... Prácticamente todo el pueblo. Aunque yo no diría que fuera bonito precisamente, sino más bien una cuestión de morbo. Todos querían quedar bien presentando sus respetos a la familia del chaval asesinado.

Abrí mucho los ojos al oír esas palabras.

–Espera. ¿Asesinado? ¿Cómo que asesinado?

Mario frunció el ceño, confuso de repente.

–Pensaba que ya te habías dado cuenta. Yo no morí de muerte natural, Nacho. –Tragó saliva y desvió la mirada, como si fuera incapaz de mirarme a los ojos–. Me asesinaron.

CAPÍTULO 28

EL ASESINATO

SUS PALABRAS RESONABAN EN MIS OÍDOS como un eco perverso. Me había quedado sin voz.

–¿Cómo...? –acerté a decir al cabo de unos minutos. Respiré hondo antes de continuar–. ¿Cómo que te asesinaron?

Mario suspiró. Estaba claro que aquello era tan difícil para él como para mí.

–Pensaba que te había quedado claro cuando te dije que solía estar en tu casa antes de que llegaraís vosotros... Yo soy el chico que vivía ahí, Nacho. Tu casa era la mía. Estás durmiendo todos los días en la que era mi habitación. Creí que te habías dado cuenta...

Y, a decir verdad, sí que tenía que haberme dado cuenta; era tan evidente que no entendía cómo no había atado cabos antes. Pero había más cosas, claro. Por ejemplo, la mujer que había visto aquel día, la que pretendía entrar en mi casa. Esa mujer a la que parecía conocer tan bien... Demasiado bien. Recordé el abrazo que le había dado Mario mientras yo atisbaba por la mirilla. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Si los fantasmas no eran sólidos, ¿cómo es que Mario podía tocarla, si supuestamente estaba vivo? Esa mujer no podía ser otra que su madre: una madre que había perdido a su hijo, y que ya ni siquiera podía entrar en la casa donde había vivido tanto en la vida como en la muerte. Sin embargo, actuaba de forma extraña, como si no supiera muy bien qué le pasaba. Recordé lo que habíamos hablado sobre *El sexto sentido*. ¿Sabría ella siquiera que estaba muerta?

–¿Qué le pasa a tu madre?

–Está confusa. –Se encogió de hombros–. Como muchos otros, en realidad. Aunque su caso es especialmente difícil.

–¿Qué le pasó? Parece muy joven... ¿Cuándo murió?

–Fue alrededor de un año después de que me mataran a mí. Bueno, eso si hablamos de su muerte física, claro. En espíritu, ya llevaba mucho tiempo muerta.

Sus palabras me provocaron un escalofrío, pero por suerte tenía los brazos protectores de Mario para guarecerme. Él debió de notarlo, porque me abrazó con más fuerza.

–Me dijiste que los padres de ese chico... que tus padres habían desaparecido –recordé–. Pero no es cierto, ¿verdad?

–No –admitió él–. Me pareció que ya te había contado demasiadas cosas macabras, así que traté de suavizarlo un poco.

–¿Cómo murió? –pregunté, aunque una parte de mí ya se empezaba a imaginar la respuesta.

–Se suicidó –dijo, confirmando mis sospechas–. El día que me mataron, algo se rompió para siempre en su interior. Dejó de comer y de beber, tan solo lo hacía cuando la obligaban. Parecía una especie de zombi. Y tampoco dormía apenas: se quedaba las noches en vela en mi cama, abrazando mi almohada hasta que caía rendida de puro agotamiento.

Me di cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas y acerqué la mano a su cara para secárselas con una caricia.

–¿No podías tratar de ayudarla de alguna manera?

–Lo intenté. Desde luego que lo intenté –aseguró–. Estaba junto a ella todos los días, intentando reconfortarla con mi presencia. Pero no servía de nada. No podía hablar con ella, no podía tocarla, y ella ni siquiera me veía. Yo estaba a su lado el día que se abrió las venas en la bañera, pero no pude hacer nada para impedirlo.

La voz se le rompió en la última palabra. Ahora sí que estaba llorando, llorando de verdad, y me di cuenta de que no había nada que pudiera hacer salvo seguir abrazándolo, seguir dándole ese cariño infinito que guardaba para él en mi interior.

–¿Qué pasó con tu padre? –pregunté tras unos minutos de silencio.

Él esbozó una mueca.

–Se mató al ver a mi madre muerta. Puede que a mí no me quisiera, pero ella era su mundo... De hecho, si soportaba mi presencia era por ella. Y, ahora que se había muerto también, supongo que no fue capaz de seguir adelante. –Se encogió de hombros–. Al menos, eso creo que pasó. O a lo mejor pensó que lo iban a culpar a él, y le dio miedo pasarse el resto de su vida pudriéndose en la cárcel. Lo único que sé es que quería a mi madre como jamás me quiso a mí.

–¿Cómo que...? ¿Cómo que no te quería?

–Mira, yo sé que tu padre es maravilloso... Pero no todo el mundo tiene la misma suerte. A mí me ocurrió todo lo contrario. –Soltó un suspiro de resignación–. Mi padre no sufrió el día que me mataron, Nacho. Al revés: prácticamente le hicieron un favor.

–¿Qué dices? –pregunté, alarmado.

–Lo que oyes. Mi madre me quería de forma incondicional, pero mi padre... En fin, él nunca me aceptó. Yo nunca le dije a ninguno de los dos que me gustaban los chicos, pero ellos lo sabían. Él trató de corregirme desde que empezó a darse cuenta, pero nada funcionó: ni los golpes, ni los insultos, ni las amenazas, ni los castigos. Por mucho que lo intentara, no podía cambiar quién era yo. Ni siquiera la muerte pudo cambiarlo.

–¿Y has vuelto a verlo? Como fantasma, digo.

–¿A mi padre? No, y doy gracias. Me maltrató durante casi toda mi vida, pero se ve que eso no era suficiente para que le remordiera un poco la conciencia. No tenía ningún asunto pendiente que le obligara a quedarse en este mundo... Y menos mal, porque si no lo soportaba en vida, mucho menos querría soportarlo muerto.

No volvimos a hablar del tema. Nos quedamos dormidos sobre su tumba, abrazados el uno al otro. Poco antes del amanecer, Mario me despertó con suavidad y volvimos juntos a casa.

Me costó quedarme dormido otra vez, ahora que sabía que aquella habitación le había pertenecido a él. Allí era donde había jugado de pequeño, donde había crecido, donde había

dormido prácticamente cada día de su vida. Allí era donde estudiaba, donde pasaba su tiempo libre. Allí fue donde comenzó a conocer su propio cuerpo y a sí mismo; probablemente, también fuera allí donde empezó a darse cuenta de que era diferente a los chicos que lo rodeaban.

Saber que su padre le maltrataba hacía que aquello fuera todavía más difícil. ¿Le habría pegado alguna vez en esa misma habitación? ¿Le habría insultado allí, le habría amenazado? ¿Cuántas noches se habría pasado allí solo, llorando, odiando ser lo que era, odiando al mundo que lo obligaba a odiarse a sí mismo?

No sé cuándo me quedé dormido exactamente, pero me despertaron unos golpes en la puerta.

–Campeón, voy a empezar a hacer la comida –dijo mi padre desde el otro lado–. ¿Te importa ir a por pan? Tengo mucho lío hoy en la cocina.

–Está bien –respondí con voz pastosa–. Enseguida bajo.

Miré el móvil. Ya era casi la una del mediodía; no esperaba que fuera tan tarde. Fui al cuarto de baño y cogí la nota de Mario de la ventana.

Gracias por escucharme anoche.

No me había dado cuenta,
pero necesitaba desahogarme.

Repasé las palabras con cariño antes de responder.

Soy yo el que tendría que darte las gracias.

Gracias por contármelo, de verdad.

Significa mucho para mí.

Me di una ducha rápida, me vestí y bajé a la cocina. Mi padre estaba haciendo lasaña; al menos, tendría algo con lo que animarme el día. Apunté en el móvil lo que quería que trajera y emprendí el camino.

Claudia estaba tras el mostrador, claramente aburrida. La panadería cerraba a la una y media y todavía eran y cuarto, pero aprovechó mi llegada para darme mi pedido, añadir un par de cruasanes y cerrar el negocio.

–Sí que tienes ganas de charlar hoy –dije con una sonrisa.

–Es que quería hablar contigo... Pensaba escribirte después de comer. He estado hablando con mi padre.

Aquellas no eran las palabras que esperaba.

–¿De qué?

Claudia miró a su alrededor; parecía preocupada por algo.

–Tenías razón –susurró–. Lo del asesinato, la maldición y todo eso... Tenías razón en todo.

Sentí una punzada en el estómago. No le había dado demasiada importancia al asesinato cuando le había hablado de ello en su día, pero la cosa cambiaba ahora que sabía que ese chico era Mario.

–¿Qué te ha contado tu padre exactamente?

–Que es todo verdad. Resulta que guarda en cajas los periódicos desde hace más de treinta años. –Hizo una mueca–. La edición solo sale una vez por semana, así que tampoco es que sean tantos. Pero buscó el periódico y me lo enseñó. Asesinaron a un chaval del pueblo, Nacho. Entre varios. Le dieron una paliza, lo mataron y lo arrojaron al pozo de la mansión esa que hay a las afueras.

Tragué saliva al oír sus palabras. Mario no me había dado demasiados detalles sobre su muerte, pero, por lo que me había dicho, sabía que tenía que haber sido macabra. Y las palabras de Claudia no hacían más que confirmarlo.

–¿En la noticia ponía cómo se llamaba?

–Mario. Es... Es el nombre de tu chico, ¿verdad? –Asentí con la cabeza–. Nacho, ¿me puedes explicar qué está pasando aquí? ¿Estás seguro de que ese tío es de fiar? ¿Sabes si ese es su nombre, siquiera? Porque, si no es así, me parece muy macabro que esté jugando con eso.

Respiré hondo.

–No es fácil de explicar... Pero, Claudia, has dicho que también tenía razón con lo de la maldición. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

–Mi padre me fue enseñando la sección de esquelas de todos los periódicos, una por una. Este pueblo es pequeño, así que no hay demasiadas muertes. De media, suele morir alguien cada par de meses como mucho... Pero siempre, *siempre*, hay alguien que muere en el aniversario del asesinato –me explicó–. Según mi padre, primero murieron los asesinos, y después han ido muriendo sus familiares. Siempre el mismo día.

–¿Pero cómo es que ahora le crees? Recuerdo que eras muy escéptica cuando te lo conté.

Claudia cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz antes de contestar.

–Mi madre era prima de uno de los asesinos; me lo ha dicho mi padre. Y la fecha coincide. Mi padre dice que su muerte fue a causa de la maldición, y sé que él jamás jugaría con algo como eso... Así que supongo que tiene que ser cierto.

Asentí con la cabeza, sin saber qué decir. Y entonces tomé una decisión: tenía que contarle lo que había pasado. La persona ideal para sincerarme habría sido Leire, claro, pero había un problema: se encontraba a medio país de distancia. Y en ese momento necesitaba a una amiga allí conmigo, una amiga que pudiera apoyarme. Alguien que me abrazara cuando inevitablemente acabara desmoronándome.

–Claudia... Ese chico del asesinato... –Tomé aire–. Ese chico es Mario.

Pestañeó un par de veces, confusa.

–Sí, ya te lo he dicho. Se llamaba Mario.

–No, no es eso. El chico que asesinaron... es Mario. Mi Mario. Mi novio.

La ironía de la situación era macabra. Era la primera vez que pronunciaba en voz alta las palabras «mi novio», y lo hacía para decir que estaba muerto.

–¿Qué estás diciendo, Nacho? Eso no tiene gracia.

–Sí, ya sé que es difícil de creer. ¿Te crees que para mí ha sido fácil? –Solté una carcajada amarga–. Primero, el chico con el que me estoy liando me hace ghosting, y después, el chico con

el que empiezo a salir es un fantasma. A mí me están grabando.

–Te juro que ahora mismo no entiendo nada.

–Ya, es normal. Pero es la verdad, Claudia. Mi novio es Mario, el chico que murió. Por eso siempre lo veía desde mi ventana: porque se quedaba cerca de la casa donde había vivido antes de morir. Y no es el único fantasma que hay en el pueblo. He conocido a unos cuantos más; cuando estoy con él, me resulta fácil verlos.

Claudia me miró en silencio.

–Nacho, te juro que me voy a cabrear mucho contigo como sigas así.

–No te cabrees con él –dijo una voz a nuestra espalda–. Si tienes que enfadarte con alguien, que sea conmigo.

Volvimos la cabeza, alarmados, y ahí estaba Mario. Se encontraba bajo la sombra de un edificio. Aun así, había algo diferente en él. Por un momento me pareció que su piel era translúcida. Me di cuenta de que era la primera vez que lo veía de cerca a la luz del día... o, más bien, a la sombra del día.

–Joder –susurró Claudia–. Es él.

–¿Cómo lo sabes? –pregunté extrañado.

–Vi su foto en el periódico. Nacho..., es él. El chico que murió. ¿Cómo puede ser?

Mario levantó el brazo en un gesto de despedida, con aire melancólico, y se desvaneció en el aire.

CAPÍTULO 29

DENTRO DE LA MANSIÓN

TAL COMO ESPERABA, Claudia no me lo puso difícil después de aquello. Aunque me hizo mil preguntas, empeñada en saber todo lo que estaba pasando, me limité a contarle lo básico de la historia: que Mario estaba muerto y que, por alguna razón, yo podía verlo desde que había llegado a mi nueva casa. Que no era un caso único, pues ya había conocido a otros fantasmas en el pueblo y en el cementerio. Que, efectivamente, la maldición era cierta.

Por suerte para mí, ya era un poco tarde para ambos y pronto tuvimos que irnos cada uno a comer a nuestra casa, así que pude evitar más preguntas difíciles, al menos por el momento.

No quedé con Mario esa noche. Después de cenar, me encontré con una nota suya en la ventana; según me dijo, había empleado demasiada energía para materializarse a la luz del día, y necesitaba descansar. Me entristecía la idea de no volver a verlo hasta el día siguiente, pero aquello también tenía su lado positivo: necesitaba dormir una noche del tirón, y más después de las emociones de aquellos días. Todo aquello le estaba pasando factura a mi cuerpo, y el dolor de cabeza que sentía a ratos desde hacía un par de días era prueba de ello.

Esa noche, sin embargo, no permití que me acosaran los malos pensamientos. En lugar de eso, traté de imaginar los momentos felices que había pasado Mario en aquella habitación. Me pregunté cómo habría sido su vida antes de morir, cuáles habrían sido sus sueños y sus esperanzas. Pensando que estaba acostado en la misma cama donde había dormido él durante años, me abracé a la almohada como si del propio Mario se tratara y no tardé en quedarme dormido.

Cuando desperté, fue como si hubiera tomado una decisión mientras dormía. Había tratado de ser comprensivo con Mario mientras me explicaba la situación, de no agobiarlo con demasiadas preguntas. Pero en ese pueblo estaba pasando algo serio, y era mucho más grande que él y que yo. Sobre ese pueblo pesaba una maldición, y todo indicaba que la había originado la muerte de Mario.

Pero el tiempo apremiaba. Mario me había contado que faltaban apenas dos semanas para el aniversario de su asesinato, y eso significaba que moriría alguien inocente. ¿Pero no habría alguna forma de anular la maldición? ¿Acaso no era posible que Mario y yo encontráramos la forma de romperla, un muerto y un vivo trabajando juntos?

Además, no podía dejar de darle vueltas a algo. Las primeras víctimas de la maldición habían sido los asesinos de Mario, y después, sus familiares directos. Pero Claudia ya me había confirmado que su madre había muerto a causa de la maldición, y de eso habían pasado ya unos

años. ¿Y si Claudia era la siguiente víctima? Sabía que no sería nada descabellado; después de todo, ella formaba parte de la siguiente generación. Si había una posibilidad de que mi nueva amiga muriera, tenía que hacer todo lo que estuviera en mi mano por impedirlo. Y, en realidad, lo mismo ocurría si moría cualquier otra persona, aunque yo no la conociera. Ya había muerto demasiada gente.

Pero, para impedir que muriera nadie más, teníamos que averiguar cuál era el desencadenante de la maldición.

En el cuarto de baño me encontré con la habitual nota de Mario, que esta vez me decía que ya estaba recuperado. Hicimos planes para quedar por la noche, pero no le dije lo que tenía pensado hacer. Temía que se negara si se lo contaba primero.

Por la tarde llamé a Claudia y le propuse vernos. Ella también se había pasado la noche dando vueltas a lo ocurrido, y, ahora que empezaba a asimilarlo, estaba asustada. Me dijo que tenía demasiado en lo que pensar y que prefería no salir por el momento, aunque me propuso quedar a la semana siguiente, cuando se celebraran las fiestas del pueblo, para dar una vuelta y despejarnos un poco. Acepté de buen grado, porque sabía que iba a necesitar alguna distracción.

Cuando salí de casa por la noche para encontrarme con Mario, estaba hecho un manojo de nervios. Pero no era por verlo a él, sino por lo que me proponía hacer.

Después de darnos un beso breve, echamos a caminar de la mano, yo marcando el camino. Me negué a responder a sus preguntas hasta que llegamos.

–¿Qué hacemos aquí, Nacho? –se extrañó Mario cuando ya nos encontrábamos frente a la mansión–. Pensaba que habías dicho que no ibas a entrar ahí ni muerto... Y te recuerdo que aquí el único muerto soy yo.

Puse los ojos en blanco y resoplé; no estaba dispuesto a reconocer que en realidad me había hecho gracia.

–Ja, ja. Me parto. –Lo guie con la mano hasta los escalones donde me había contado la historia de aquella casa y me senté junto a él–. Tenemos que hablar. Y necesito que seas sincero conmigo.

–Está bien. ¿Qué pasa?

–Quiero que me digas exactamente cómo moriste.

Él desvió la mirada, incómodo.

–No me acuerdo bien –dijo con un hilo de voz.

–Mario, te he pedido que seas sin...

–No es eso –me interrumpió–. No es que no quiera contártelo, de verdad. Es solo que... En fin, los últimos momentos están borrosos. Por lo que he hablado con otros muertos, parece que es algo bastante común. Nos cuesta recordar nuestra muerte, sobre todo si ha sido violenta y dolorosa. Supongo que por eso hay algunos a los que les resulta difícil convencerse de que están muertos.

Sus ojos se humedecieron, y me di cuenta de que estaba pensando en su madre. Llevé su mano

a mis labios y le di un beso suave.

–Cuéntame lo que recuerdes, por poco que sea –insistí–. Por favor. Creo que es importante.

Él soltó un suspiro, me miró a los ojos y comenzó a hablar.

–Estaba enamorado de mi mejor amigo, aunque sabía que él no me correspondía. Pero llevaba mucho tiempo callándome ese secreto, y no podía seguir aguantándolo más. Además, en el pueblo se metían conmigo... Ya sabes, los típicos insultos, «maricón» y todas esas cosas.

Me ardieron los ojos al pensar en lo mal que lo había tenido que pasar, en lo mucho que tenía que haber sufrido en vida, pero no permití que se derramaran las lágrimas.

–Su hermano estaba en el grupo de los que me acosaban –prosiguió Mario–, así que pensé que contarle lo que sentía por él serviría para que intercediera por mí y me dejaran un poco en paz. Pero estaba muy equivocado.

Asentí con la cabeza. Ya me había contado esa historia por encima, aunque entonces yo no sabía que él era el protagonista. Volver a escucharla de sus labios hizo que me estremeciera.

–Mi amigo se enfadó muchísimo, no sabes cuánto –continuó con una calma extraña en la voz–. Me dijo que estaba enfermo, que era un maricón asqueroso, que estaría mejor muerto. Estábamos en el parque, pero se fue muy enfadado y yo me quedé allí llorando. No quería volver a casa así; sabía que mi padre me pegaría si veía que había llorado «como una nena». Y entonces tal vez me obligaría a confesar lo que había ocurrido, y eso sería todavía peor...

–Estoy aquí, Mario –susurré mientras le apretaba la mano–. Estoy contigo.

Él asintió con la cabeza y respiró hondo antes de continuar.

–Me quedé en el parque hasta que anocheció. Cuando ya estaba pensando en irme a casa, oí gritos y risas no muy lejos de allí. Sabía quiénes eran; ya había tenido que sufrirlos muchas veces. Me escondí entre los árboles; con suerte, cuando comenzaran a beber y a divertirse, podría escabullirme sin que se enteraran. Pero está claro que ese no era mi día de suerte...

–Te encontraron –adiviné, y él asintió con la cabeza.

–Mi amigo les había contado lo que había ocurrido, pero había exagerado la historia. Y su hermano estaba furioso. Decía que yo lo había... tocado, que había tratado de forzarlo. Resulta que él y sus amigos no habían ido a beber, como siempre, sino a darme caza. Eran tres. No esperaban encontrarme allí todavía, pero yo se lo había puesto fácil. Si me hubiera ido a casa, puede que hubiera tenido que aguantar una paliza de mi padre, pero tal vez seguiría vivo.

–Lo que ocurrió no fue culpa tuya –me apresuré a decir–. Lo sabes, ¿verdad? Los únicos culpables son ellos.

–Sí, supongo. El caso es que uno de ellos tenía coche, y lo había dejado aparcado delante del parque. Me amordazaron entre los tres, me ataron las manos y me metieron en la parte de atrás. Una vez allí, me obligaron a... hacer cosas. Prefiero no entrar en detalles, la verdad. –Se me revolvió el estómago; no quería ni imaginarlo–. Cuando salimos del coche, estábamos frente a la mansión. Me tiraron al jardín, sin miedo; sabían que por allí nunca pasaba nadie. Entonces, me desvistieron y... En fin, también prefiero no contarte esa parte.

A esas alturas, me sentía ya a punto de vomitar. Se suponía que tenía que ser yo quien le diera consuelo a Mario, pero tuve que cerrar los ojos y respirar hondo varias veces para contener las

náuseas.

–Lo siento mucho, Mario –susurré con la voz estrangulada–. Nadia debería tener que vivir algo así.

–Ya, bueno... En realidad, en ese punto es cuando los detalles se vuelven borrosos. Recuerdo... –Tragó saliva–. Recuerdo el dolor, y recuerdo la sangre. Recuerdo patadas y golpes por todas partes. Sentí uno muy fuerte en la cabeza, y una sensación como de estar a punto de vomitar, pero entonces todo se desvaneció. Lo siguiente que recuerdo es que el dolor había desaparecido. Pero ya era demasiado tarde para mí.

–Te tiraron al pozo –dije, recordando lo que me había contado Claudia–. Al igual que al niño que vivía aquí hace muchos años.

Mario asintió con la cabeza.

–En realidad, no sé si para entonces ya estaba muerto o no... Todo está demasiado borroso. Recuerdo que estaba como flotando en la oscuridad. Supongo que tenía que buscar la típica luz o qué sé yo, pero no la encontraba. No encontraba ninguna forma de escapar de ese vacío. Y entonces sentí algo que tiraba de mí y volví a encontrarme en el mundo de los vivos. Lo primero que vi fue mi funeral.

Permanecí en silencio durante unos instantes, mientras trataba de asimilarlo todo.

–Tenemos que bajar al pozo –dije al fin, revelando la verdadera razón por la que le había pedido que fuéramos allí.

–¿Qué dices? ¿Por qué?

–¿Recuerdas la historia que me contaste, la del niño asesinado? –Mario asintió con la cabeza–. Me parece demasiada casualidad que a él lo mataran allí y muriera gente dentro de su casa, y que después te mataran a ti y se originara una maldición. En ese pozo tiene que haber algo, y puede que sea el origen de todo esto.

–No vamos a bajar ahí –replicó él, tajante.

–Mario, es importante que lo hagamos. Tenemos que averiguar lo que está pasando. He comprado cuerda en el pueblo, la llevo en la mochila. Podemos atarla a un árbol, y entonces...

–Ahí abajo no hay nada, Nacho –me interrumpió, todavía más tajante que antes.

–¿Cómo lo sabes?

–Estoy muerto, ¿recuerdas? –Me mostró una sonrisa forzada–. Yo no necesito una cuerda para bajar a un pozo. Ya he estado ahí abajo, y muchas veces. De hecho, es lo primero que hice cuando me enteré de dónde habían encontrado mi cadáver. Lo único que hay allí son manchas de sangre reseca por el paso del tiempo. Y, la verdad, preferiría que no tuvieras que ver eso.

–No puede ser. Creo que la maldición tiene su origen en ese pozo y en ese niño... Tiene que habérsete escapado algo, Mario.

–Créeme, he estado allí abajo mucho más tiempo de lo que piensas. No hay nada. –Se quedó en silencio, pero me di cuenta de que todavía no había terminado. Parecía estar sopesando sus siguientes palabras–. Pero, si crees que el origen de todo esto está en ese niño..., siempre podemos hablar con él. Aún sigue en esta casa.

Una oleada de pánico me invadió; algo me decía que aquel no sería un fantasma amable. Pero

me esforcé por mantener el miedo a raya y asentí con la cabeza.

–Está bien. Pues vamos a entrar.

–¿Estás seguro?

–No –admití–. Así que será mejor que lo hagamos antes de que me arrepienta.

Me puse en pie, sin soltarle la mano ni un momento, y él me imitó. Después, nos giramos hacia las puertas dobles y recorrimos los pocos pasos que nos separaban de ellas. Nos miramos a los ojos antes de continuar.

–Vamos allá –dijo.

Empujé las puertas para abrirlas, y estas cedieron con facilidad. Encendí la linterna del móvil para arrojar algo de luz a nuestro alrededor. Por suerte, me había asegurado de cargarlo antes de salir.

Estábamos en un clásico escenario de película de terror, lo que nos convertía en las incautas víctimas. Había telarañas por todas partes, y se respiraba casi más polvo que aire. No pude evitar toser unas cuantas veces. Aquí y allá había muebles cubiertos por sábanas blancas; los que no, tenían encima una gruesa capa de polvo fruto del paso de los años. El suelo de madera desgastada chirriaba cada pocos pasos, sobresaltándome en todas y cada una de las ocasiones.

Mientras recorriamos las estancias, me di cuenta de lo fácil que sería para alguien peligroso esconderse allí sin que nos diéramos cuenta. Y todavía más fácil si ese alguien era un fantasma... Me sudaba tanto la mano que temía que se me resbalara de entre los dedos de Mario. Por suerte, él se mantuvo firme.

–¿Sientes algo? –pregunté en voz baja, tratando de hacerme oír por encima de mi corazón desbocado.

–Está en la casa –afirmó–. Pero no sé dónde exactamente... Cerca no, desde luego. Tendremos que seguir buscando.

Recorrimos todas las habitaciones de la primera planta, y después bajamos al sótano. Me esperaba algo macabro, tal vez el esqueleto colgado de la pared, pero no había nada extraño. Volvimos a la primera planta y, a continuación, subimos a la segunda.

Las habitaciones tenían un aspecto tan decrepito como las de la planta inferior. Al ver las camas, no pude evitar preguntarme en cuántas de ellas había muerto gente. Me pregunté si habría por allí más miembros de la familia que no hubieran podido pasar al otro lado, pero no quise hacerle la pregunta a Mario. En el fondo, no estaba muy seguro de querer saber la respuesta.

En una de las habitaciones encontramos una cuerda que colgaba del techo. Nos miramos fijamente, con el ceño fruncido, y Mario asintió con la cabeza. Tiré de la cuerda, pero no pasó nada. Volví a tirar y oí un chirrido. Al fin, tiré una vez más y se abrió una trampilla, dejando caer una escalera de madera hasta el suelo.

–Esta era su habitación –susurró Mario–. Lo presiento. Sea lo que sea lo que estamos buscando..., es posible que lo encontremos allí arriba.

–No sé si me da más miedo subir yo primero o quedarme abajo mientras subes tú –admití, y él soltó una risa nerviosa.

–Iré yo primero.

Mientras él subía, iluminé la habitación para asegurarme de que no hubiera por allí nada ni nadie acechando. En cuanto Mario desapareció por la trampilla, me apresuré a ir detrás de él; no quería quedarme solo ni un segundo más. Una vez arriba, oí un sonido como de algo escabulléndose por el suelo, y tragué saliva al pensar que tal vez pudiera ser una rata u otra alimaña. A decir verdad, no sabía si me daba más miedo eso o los fantasmas.

Iluminé nuestros alrededores con el móvil. Aquello parecía una sala de juegos, sin nada fuera de lo común. Había juguetes y muñecos de peluche tirados aquí y allá, cubiertos de polvo. En un rincón había una pelota de fútbol, y en otro, un arcón de juguetes. En mitad del ático, las vías de un circuito de tren que ocupaba la mayor parte del suelo. En una pared había una ventana redonda; me asomé y vi el contorno de la piscina.

–Aquí no hay nada raro –dije.

–Tiene que haber algo –insistió él–. Hay que buscar bien.

Pero tampoco había muchos lugares donde esconder nada. La única opción era el arcón de juguetes que se encontraba en el rincón más alejado. Me acerqué y vi que tenía un candado, pero el latón estaba oxidado y maltrecho por el paso del tiempo. Tiré con fuerza y se rompió.

Abrí la tapa. Los goznes chirriaron y, por un momento, me temí que algo pudiera abalanzarse hacia mí desde dentro. Pero dentro del arcón lo único que había era...

–Ropa. Aquí no hay más que ropa vieja.

Decepcionado, hice ademán de alejarme, pero Mario me sujetó el brazo.

–Espera. Busca bien.

Comenzamos a sacar una a una las prendas, amarillentas y raídas por el paso del tiempo, y al llegar al fondo encontramos un libro. Parecía encuadernado en cuero, pero no había nada en la portada que nos diera una pista de su contenido; tan solo una serie de símbolos extraños que no supe identificar. Tragué saliva y le eché un vistazo rápido a Mario antes de sacarlo. Él se encogió de hombros, tan confuso como yo.

El libro estaba escrito a mano, con tinta negra sobre el papel amarillento. Al principio pensé que se trataba de un recetario. Sin embargo, nunca había visto recetas tan extrañas. ¿«Solución de somnolencia»? ¿«Remedio para el dolor espiritual»? Había ingredientes de los que no había oído hablar en la vida, pero pronto comencé a encontrarme con otros como «lágrimas de virgen», «costras de una herida reciente» o «sangre de menstruación». Seguí pasando las páginas, asqueado, y no tardé en encontrarme con instrucciones para lo que el libro aseguraba ser hechizos y maldiciones.

–Mario, esto es un libro de brujería –susurré.

–Sí –dijo alguien detrás de nosotros, en voz alta y clara–. Y es mío, así que será mejor que lo dejéis donde estaba.

Se me erizó todo el vello del cuerpo. Era la voz de un chico joven, tal vez a punto de entrar en la adolescencia. Me di la vuelta poco a poco, con el corazón en la garganta, y vi al niño muerto delante de mí, con una sonrisa torcida en el rostro.

CAPÍTULO 30

EL ORIGEN

NO APARENTABA MÁS DE ONCE O DOCE AÑOS. Tenía el pelo y los ojos oscuros, y su rostro era pálido bajo la luz de mi móvil. Al contrario que muchos de los otros fantasmas que había conocido, parecía ser consciente de lo que estaba sucediendo. Y eso no presagiaba nada bueno.

–No os preocupéis –dijo–. No voy a haceros daño. Siempre que dejéis mi libro donde estaba, claro.

–Aunque quisieras, no podrías hacernos nada –replicó Mario con voz firme–. Yo estoy muerto, no puedes hacerme nada peor. Y él está vivo... No podrías tocarle ni un pelo.

El niño soltó una carcajada que me provocó escalofríos.

–Sé quién eres –susurró–. Yo mismo vi cómo te mataban. Pero tú no sabes quién soy yo en realidad, ¿verdad? No sabes lo que soy capaz de hacer. Podría haceros daño si quisiera, y ni siquiera necesito recuperar el libro para eso.

Noté cómo Mario se tensaba a mi lado. ¿Sería verdad lo que estaba diciendo el fantasma? ¿O tan solo se estaba marcando un farol?

–Está bien –aceptó Mario, para mi sorpresa–. No nos llevaremos tu libro. Pero, a cambio, quiero que hables.

El fantasma volvió a esbozar esa sonrisa diabólica.

–¿Y qué es lo que quieres saber?

–Cómo moriste –dijo Mario con voz firme–. Qué sabes acerca de la maldición. De qué forma estoy yo conectado con todo esto.

–Pero tú ya sabes que eres la causa de la maldición –replicó el niño, y Mario negó con la cabeza.

–Puede que la maldición comenzara conmigo, pero yo no la lancé. No es casualidad que aquí haya un libro de hechizos o algo parecido, y no es casualidad todo lo que pasó con tu familia.

–Tienes razón: no es casualidad. Dime..., *Mario*. –Si él se sorprendió al ver que sabía su nombre, no lo demostró–. ¿Qué sabes de lo que ocurrió aquí, conmigo y con mi familia?

Entonces, Mario le contó una versión resumida de la misma historia que me había relatado a mí unos días antes: el matrimonio que se mudó a la mansión, los hijos que habían ido muriendo uno por uno, el macabro asesinato del menor, arrojado al pozo, y la muerte de todos los que quedaban en la casa en ese momento.

El niño suspiró.

–Sí... Era de esperar que las habladurías me dejaran a mí como el malo –dijo-. Y, sin embargo, en esta historia yo no soy el villano, sino la víctima.

No pude evitar resoplar, y él clavó su mirada gélida en mí.

–Venga ya –repliqué-. Mataste a todos tus hermanos, uno por uno.

–Así es –afirmó con frialdad-. Lo hice. Lo que vosotros no sabéis... es lo que ellos me hacían a mí. Todos y cada uno de ellos.

Mario y yo intercambiamos una mirada, perplejos.

–He hablado con muchos otros fantasmas de lo que pasó aquí –dijo, y esta vez su voz sonaba dudosa-. Ninguno de ellos me contó nada de esto.

–Eso es porque yo soy el único que sabe lo que pasó.

–En ese caso, adelante –dijo Mario, recuperando el tono autoritario-. Empieza a hablar.

El niño asintió y se acomodó en el suelo lleno de polvo. Mario y yo lo imitamos, aunque me percaté de que él se colocaba un poco por delante de mí, como queriendo protegerme.

–Mis hermanos se dieron cuenta de que yo era raro desde pequeño –comenzó aquel niño macabro-. Una de mis rarezas era que jamás lloraba, así que se propusieron tratar de hacerme llorar, aunque solo fuera una vez. Al principio no era nada grave: solo me molestaban un poco para tratar de hacerme rabiar. Me soplaban en la cara, me hacían cosquillas, me quitaban el chupete... Esas cosas. Pero yo no me inmutaba y, con el paso del tiempo, me fui volviendo más raro todavía. Conforme pasaban los meses y ninguno conseguía su propósito de hacerme llorar, fueron más allá. Me pellizcaban la nariz. Me tiraban del pelo. Cuando mi madre le pedía a mi hermano mayor que me calentara el biberón, él hacía hervir la leche. Cuando los mayores me bañaban, me sumergían la cabeza debajo del agua o me daban con el chorro de agua helada.

No pude evitar estremecerme. Aquello ya era horrible de por sí, pero me olía que lo peor estaba todavía por llegar.

–Ninguna de las historias que he oído habla de eso –admitió Mario.

–No me sorprende. El caso es que, en esa época, yo ya empezaba a tener uso de razón. Y, desde que tengo memoria, oía... voces. Voces que venían del ático. Cuando fui lo bastante mayor, subí por la trampilla y encontré ese libro que tenéis tan bien protegido. Era del antiguo dueño de la casa. Su espíritu pronto empezó a aparecerseme por las noches... Pero no creáis que me producía miedo. Todo lo contrario: era mi único amigo, mi confidente. Él no aprobaba lo que me hacían mis hermanos, así que me dijo lo que tenía que hacer para obligarlos a parar.

–Y entonces los mataste –supuse, pero él negó con la cabeza.

–Todavía pasó mucho tiempo para eso –dijo-. Conforme crecía, les quedó claro que yo jamás iba a llorar, gritar ni quejarme, así que aprovecharon para maltratarme todavía más. –Hizo una mueca de desprecio, o tal vez de dolor-. Me insultaban. Me pegaban. Me acercaban la sartén caliente al brazo para que me quemara. Y, con el tiempo, las cosas se fueron agravando. Cuando uno enfermó, se dedicó a toserme en la cama para que enfermara también. Un día me dieron comida caducada para ver qué pasaba. Otro, me empujaron por las escaleras. En una ocasión, trataron de ahogarme en la piscina.

Abrí mucho los ojos al oír esas últimas palabras.

–Espera. Así los mataste tú después, ¿verdad? –adiviné–. Los mataste de la misma forma que ellos te habían hecho daño.

–Eso es –confirmó con una sonrisita–. Aun así, no los maté directamente. El dueño del libro me había enseñado un hechizo de protección... que solo les devolvería el daño que ellos me causaran, pero multiplicado. Y eso fue justo lo que ocurrió. –Se encogió de hombros–. Si no me hubieran hecho daño a mí primero, no les habría pasado nada. Y, después de varios años de torturas, yo creo que se lo tenían merecido...

–Pero tus padres se dieron cuenta de lo que habías hecho –dijo Mario. El niño asintió con la cabeza–. Y por eso te mataron.

–Encontraron mi libro. No entendían muy bien lo que era, claro, pero aquella era la única explicación que necesitaban. Las páginas de los hechizos que había utilizado contra ellos estaban marcadas... Un gran error por mi parte. Se habían pasado años protegiéndome, pero entonces se dieron cuenta de qué era exactamente lo que había hecho yo. De modo que juntaron al servicio mientras yo dormía y tomaron la decisión de matarme. No puedo culparlos; después de todo, el dolor de haber perdido a seis hijos seguidos los había enloquecido. –Suspiró–. Pero, cuando llegó el momento de la verdad, ninguno pudo hacerlo. No fueron capaces de darme un golpe en la cabeza que me matara; no fueron capaces de abrirme una vena para que me desangrara. Fueron cobardes, y lo único que pudieron hacer fue meterme en un saco y arrojarme al pozo, inconsciente. Y eso fue lo que selló su destino.

–¿Los mataste desde allí? –pregunté, y él asintió con la cabeza.

–No fue difícil. No tenía el libro conmigo, pero hacía tiempo que no lo necesitaba. Conocía sus páginas de memoria, y fue sencillo pronunciar el hechizo que acabó con ellos. Aunque yo no querría haber llegado hasta ese punto... Los únicos que deberían haber muerto eran mis hermanos, mis maltratadores. –De pronto, parecía furioso–. Pero, al final, mis padres demostraron ser igual que ellos. Y no solo mis padres: durante años, la gente del pueblo asistió impasible al infierno que yo vivía. Nadie se daba cuenta de lo que me hacían, pero eso era porque nadie se molestaba en mirarme. Yo era un bicho raro al que soportar, nada más. La única que trató de impedir todo lo que me hacían fue Juliana, una de mis niñeras.

Tragué saliva; sabía perfectamente quién era Juliana.

–De modo... –dijo Mario con un hilo de voz–. De modo que decidiste maldecir al pueblo entero.

–Fue una decisión irracional –admitió el niño y, por primera vez, me pareció avergonzado–. ¿Qué puedo decir...? Era un crío. En cierto sentido lo sigo siendo, aunque ahora ya he tenido varias décadas para meditar lo que pasó. Pero, en ese momento, solo quería venganza. Había una maldición en el libro, un hechizo sencillo para maldecir un lugar cuyos habitantes hubieran provocado una muerte ajena. Pensé que, si alguien en el pueblo era responsable de algún modo de mi muerte, la maldición lo golpearía; si no, quedaría inactiva y no haría daño a nadie. Y, al principio, eso fue lo que ocurrió...

–Hasta que me mataron a mí –comprendió Mario–. Me tiraron al pozo, y ese crimen activó la maldición. Por eso, todos los años muere alguien el aniversario de mi muerte.

–Pero eso ya no tiene ningún sentido –protesté–. Hasta cierto punto, puedo llegar a comprender que murieran los asesinos de Mario, después de lo que hicieron. Pero, desde hace años, los únicos que están muriendo en el pueblo son personas inocentes. Nadie tiene la culpa de haber sido familiar de un asesino; nadie merece morir por ello. –Miré fijamente a Mario, y después al niño–. Hay que acabar con esto. Y creo que tú sabes cómo. ¿Me equivoco?

El niño permaneció en silencio durante un largo rato.

–Ni siquiera me habéis preguntado cómo me llamo.

Pestañee un par de veces, confuso por sus palabras.

–¿Cómo?

–No me habéis preguntado mi nombre. Me habéis pedido que os cuente mi historia y me estáis pidiendo que os ayude. Pero ni siquiera os habéis molestado en preguntarme cómo me llamo. –Soltó un suspiro–. Soy Víctor.

–Víctor..., lo siento –acerté a susurrar–. De verdad que lo siento.

–No te preocupes –dijo él–. Como os he dicho, he tenido muchas décadas para reflexionar sobre lo que pasó, y me he dado cuenta de que en esa época yo no estaba del todo en mis cabales. Después de todo, este libro tenía un dueño. Y, después de morir, tuve que compartir la casa con él... No fue una experiencia agradable, la verdad.

–¿Qué pasó?

–No tardé en darme cuenta de que aquel hechicero había estado manipulándome desde pequeño, usándome. Cuando morí, quiso seguir haciéndolo, pero al final acabé por negarme. Y eso no le hizo ninguna gracia.

Me estremecí. ¿De qué habría sido capaz el hombre que había escrito aquel libro perverso?

–Para entonces, la energía desatada por todas aquellas muertes había alimentado la magia de mi mentor, hasta el punto de que podía hacerse corpóreo a voluntad –continuó Víctor–. Un día, se fue de la mansión y volvió con un cadáver. Era mi cuerpo, o lo que quedaba de él. Lo encadenó al sótano y, una vez allí, lo vinculó a mi espíritu. –Víctor debió de ver nuestras caras de confusión, porque suspiró como si se armara de paciencia–. En vida, el cuerpo y el espíritu permanecen unidos, pero esa unión se rompe con la muerte. Sin embargo, ese hombre logró atar mi espíritu otra vez a mi cuerpo, con la diferencia de que ahora era poco más que un esqueleto.

–Espera –dije al comprenderlo–. La historia de esos chavales que entraron en la mansión, el esqueleto encadenado del sótano... ¡Era cierta! ¡El esqueleto eras tú!

Víctor asintió con la cabeza, con una sonrisa triste.

–Ya llevaba más de una década atado a mi cadáver. No podía descansar fuera del plano terrestre, como hacemos los espíritus, y siendo un esqueleto no tenía forma de escapar de allí; estaba atrapado en mis propios huesos. –Cerró los ojos un momento–. Necesité toda la energía acumulada durante años para poder animar lo que quedaba de mí durante unos momentos. Lo único que quería era que me ayudaran, que me liberaran. Pero no los culpo por haberse asustado... Mi mentor mató a casi todos los que entraron allí, pero no pudo matar al chico que logró huir.

–¿Y qué pasó después? –preguntó Mario–. ¿Cómo escapaste?

El niño hizo una mueca de amargura.

–El hechicero no podía permitir que nadie se diera cuenta de que allí pasaba algo raro, así que volvió a enterrar mis restos en el cementerio. Pero no podía dejarme allí, porque entonces los otros espíritus habrían podido hablar conmigo, y a él no le interesaba que nadie supiera de su existencia. De modo que me ató a esta casa. Soy libre para habitarla, pero jamás podré salir de aquí. Ni siquiera ahora que él ya no está.

–¿Por qué ya no está? –pregunté–. ¿Qué hiciste?

Víctor esbozó una sonrisa perversa.

–Mi mentor había olvidado algo crucial: yo conocía su libro a la perfección, incluso mejor que él. En ese libro había un hechizo para desterrar a un espíritu del plano terrenal, así que eso fue lo que hice.

–¿Así, sin más? –dijo Mario, arqueando una ceja–. No puede ser tan fácil.

La sonrisa del niño creció.

–Y es que no fue fácil. Pero tuve algo de suerte –admitió–. Todas las muertes que yo había causado en mi familia le habían dado fuerza a él, pero también a mí. Gracias a ello, soy más poderoso que un espíritu corriente. Comencé a proyectar mi conciencia en él, hasta que accedió a ir a verme. Entonces pude hacer un hechizo de intercambio para que su espíritu ocupara mi lugar en mi propio esqueleto.

–Y después lo desterraste –dijo Mario, y Víctor asintió con la cabeza.

–Destruí mi propio cuerpo, o lo que quedaba de él. No estaba seguro de que mi hechizo hubiera funcionado, y no pensaba permitir que volviera a atraparme.

A esas alturas, yo no sabía si estaba más intrigado o asqueado, pero temía ponerme a vomitar de un momento a otro.

–Y aquí me quedé, solo, mientras pasaban los años. –Víctor clavó los ojos en Mario y volvió a sonreír–. Tengo que decir que tu muerte fue lo más interesante que pude ver en más de una década.

Apreté las mandíbulas; no me hacía ninguna gracia que se riera así del asesinato de Mario. Pero, al menos, su historia me había demostrado que lo que decía era verdad: él era una víctima más en aquel tenebroso asunto. Sí: había matado gente y había originado la maldición que pesaba sobre el pueblo. Pero aquello no había sido fruto de la maldad, sino de una vida de manipulación y maltrato. Y, si él había sido el origen de la maldición, también sabría cómo ponerle fin.

–Tiene que haber una forma de romper la maldición –dije, y él asintió con la cabeza–. ¿Nos la contarás? ¿Nos ayudarás?

–Sí, hay una forma de romperla. –Miró fijamente a Mario, y después a mí–. Pero algo me dice que no os va a gustar.

–¿Por qué no? –preguntó Mario–. Haremos lo que haga falta.

Víctor se permitió una sonrisita antes de contestar.

–Porque hace falta mucha sangre.

CAPÍTULO 31

EL ASUNTO PENDIENTE

LA FECHA SE ACERCABA.

Ya casi había pasado una semana desde nuestra visita a la mansión. Era jueves, y al día siguiente darían comienzo las fiestas del pueblo. El aniversario de la muerte de Mario sería solo cinco días más tarde, el miércoles. Eso significaba que en menos de una semana volvería a morir alguien, pero no estábamos dispuestos a permitirlo.

Víctor nos había contado cómo romper la maldición. Por suerte, no hacía falta ningún sacrificio para ello; el problema era que íbamos a necesitar la ayuda de la gente del pueblo, y no sabíamos si sería fácil convencerlos. Pero, al menos, las fiestas congregarían a gran parte de los vecinos en un mismo sitio, así que era el momento apropiado para intentarlo. Si no salía bien... En ese caso, ya no habría ninguna forma de cambiar el triste destino de aquel pueblo.

También estaba otro asunto importante: después, Mario y yo tendríamos que enfrentarnos al fin a lo que iba a pasar con nosotros. Después de todo, yo estaba vivo y él ya no. Yo seguiría creciendo, haciéndome mayor, envejeciendo, mientras que él seguiría eternamente con los diecisiete años con los que había muerto, incapaz de avanzar. ¿Qué clase de futuro podríamos tener? ¿Tenía sentido tratar siquiera de construir algo juntos?

En cualquier caso, no quería que esos pensamientos me amargaran el tiempo que pudiéramos tener, así que me esforcé por bloquearlos. Y, la verdad, últimamente me parecía cada vez más difícil pensar en cualquier otra cosa cuando estaba con él. Cada vez que nos veíamos, nos entregábamos el uno al otro con una pasión que casi rozaba la furia.

Esa noche hacía algo más de calor de lo habitual. Como de costumbre, Mario y yo nos habíamos tumbado sobre el mantel de pícnic, en el suelo del cementerio. Habíamos comenzado a besarnos, a devorarnos mutuamente como si nuestros días estuvieran numerados. Y es que, por supuesto, así era, aunque yo todavía no sabía hasta qué punto.

–Espera un segundo –dijo, jadeante, y se quitó la camiseta–. Mucho mejor así.

Encima de mí, recortado contra el cielo nocturno, me pareció el chico más guapo del mundo. Le dirigí una enorme sonrisa que él me devolvió, antes de llevar las manos hasta mi camiseta y quitármela también. Volvió a tumbarse sobre mí para beber de mis labios otra vez. Mi pecho entró en contacto directo con el suyo, siempre a unos grados por debajo del mío, y esa unión fue como un fuego puro que me devoró por dentro y por fuera.

Enseguida, estar sin camiseta ya no era suficiente. Me quité las deportivas con los pies, y él hizo lo mismo. Le bajé los pantalones y él me bajó los míos. Pero no era suficiente, jamás sería suficiente. Así pues, sin dejar de besar sus labios, llevé la mano hasta la cinturilla de su ropa interior y se la bajé. Lo ayudé mientras él hacía lo mismo conmigo y, por fin, nuestros cuerpos encendidos pudieron unirse del todo. Llevábamos más de una semana saboreando nuestros cuerpos por completo, pero parecía imposible que llegáramos a cansarnos algún día.

Planté ambas manos sobre sus nalgas y ejercí algo de presión, apretando su cuerpo contra el mío. El contacto nos arrancó a ambos un gemido doble que se perdió en la voracidad de nuestros besos. Me di cuenta de que yo no era el único que quería más: Mario nunca estado tan ardiente como ese día.

–Nacho –susurró Mario contra mis labios, con la respiración entrecortada–, estoy preparado.

Lo comprendí de inmediato. Desde hacía un par de días, el cambio en él era evidente, y ahora al fin me lo había confirmado.

–¿Seguro? –le pregunté; quería que no tuviera dudas al respecto.

–Seguro.

Nos fundimos en un nuevo beso, y no volvimos a separarnos hasta varios minutos más tarde. Mientras recuperábamos el aliento, nos quedamos los dos tumbados sobre el mantel y comenzamos a hablar de lo que queríamos hacer exactamente y quién haría qué, aunque al final decidimos que los dos queríamos probarlo todo. Yo llevaba un par de días asegurándome de lavarme a conciencia en la ducha para evitar complicaciones, mientras que él... Digamos que no tendría ciertos problemas que sí que podríamos tener los vivos.

Lo bueno de haber estado con Luis aquel día era que, al menos, tenía alguna idea de lo que había que hacer. Mario, en cambio, era completamente novato, así que fui yo quien lo guio en todo momento, con delicadeza, procurando que aquella primera vez fuera tan especial para él como me hubiera gustado que fuera la mía. Como lo habían sido, en realidad, todas las primeras veces con él.

Al principio fue difícil: yo no era ningún experto, mientras que su inexperiencia y su torpeza resultaban más que patentes. Los dos queríamos llegar hasta el final costara lo que costara; eso era algo que teníamos claro. Pero el camino fue más largo de lo que esperábamos, aunque no por ello menos perfecto. Al fin, nuestros cuerpos se unieron de una forma que nunca habíamos experimentado, y en ese momento sentí que toda mi vida me había conducido hasta allí.

Cuando terminamos, nos quedamos los dos abrazados, tratando de recuperar el aliento. Él estaba tumbado de espaldas a mí y yo lo abrazaba por detrás, con los brazos sobre su pecho. Y, de algún modo, por imposible que pareciera, aquello era casi mejor que lo que acabábamos de experimentar juntos.

Hasta que, tras unos minutos de silencio, Mario suspiró.

–Oye, Nacho... Tenemos que hablar.

–¿Es que has conocido a otro? –bromeé con una sonrisa; en ese momento, no había nada que pudiera perturbar la paz que sentía–. Hay mucha gente enterrada en este cementerio; seguro que hay algún chico guapo por aquí.

–Tú eres el único que me interesa –replicó sin pensárselo–. Pero es en serio, Nacho. Necesito contarte una cosa. Es importante.

Mi sonrisa flaqueó. Fuera lo que fuera, aquello no sonaba bien.

–Dime.

–Pues es que... últimamente... siento un tirón.

–¿Un tirón? –El corazón me dio un vuelco; todavía no sabía a qué se refería, pero sabía que no podía ser nada bueno–. ¿Qué quieres decir?

Él cerró los ojos y respiró hondo, como tratando de poner en orden sus palabras.

–No sé cómo explicarlo bien. Es un impulso fuerte, como si hubiera algo que me empujase a ir... a ir al otro lado.

–¿Al otro...? –comencé, y me interrumpí al comprender lo que quería decir. Me quedé blanco –. Ah. Ya. ¿Te refieres al más allá?

–Sí, no sé. –Se encogió de hombros–. Supongo que podríamos llamarlo así.

–¿Y también ves una luz al final de un túnel? –volví a bromear, esta vez para tratar de ocultar mi nerviosismo.

Para mi sorpresa, él asintió con la cabeza. A continuación, se dio la vuelta y enterró la cabeza en mi pecho antes de continuar. Yo lo abracé con todas mis fuerzas, tratando de transmitirle una entereza que no sentía.

–A veces, cuando cierro los ojos..., ahí está. Un túnel oscuro, tan largo que apenas alcanzo a ver dónde acaba. Pero entonces... Entonces la veo.

–¿La luz?

–La luz –confirmó él–. Es un resplandor débil, parpadeante. Apenas más brillante que una estrella. Pero me invita a acercarme. Y entonces siento ese tirón, y me doy cuenta de que necesito avanzar. Y sé que sería muy fácil seguir adelante, pero no quiero. –Clavó los ojos en los míos, y me di cuenta de que los suyos estaban llenos de lágrimas–. Porque allí no estás tú. Así que me resisto, y entonces vuelvo a estar aquí otra vez. En el mismo mundo que tú. Pero no sé cuánto tiempo voy a poder seguir... aguantando. No sé cuánto tiempo voy a poder seguir aquí..., a tu lado.

Sus palabras fueron como una patada en el estómago. No: en realidad, eso se quedaría corto. Fueron como una patada en el estómago, un par de bofetones en ambas mejillas, una puñalada en el corazón y un cubo de agua helada vaciándose sobre mi cabeza, todo al mismo tiempo. Por supuesto, una parte de mí sabía que ese momento tenía que llegar. Después de todo, Mario estaba muerto. No podía pretender que siguiera en este mundo eternamente... Que siguiera a mi lado para siempre. Aquel momento tenía que llegar tarde o temprano.

Pero durante los últimos días me había esforzado al máximo por ignorar esa parte, por fingir que aquello no iba a pasar. Había tratado de convencerme de que Mario no era más que un chico normal y corriente, de que nuestra relación era normal y corriente. Y, ahora que al fin llegaba el golpe, era tan esperado e inesperado al mismo tiempo que no sabía cómo empezar a asimilar el dolor que sentía.

Cuando quise darme cuenta, yo también tenía los ojos llenos de lágrimas. No dije nada, no

tenía palabras. Sorbí por la nariz y él me acarició la cara con delicadeza.

–Nacho... Lo siento –musitó–. Ojalá no hubiera tenido que decirte esto, pero no podía esconderlo. Necesitaba que lo supieras.

–Te agradezco que me lo hayas dicho –le aseguré, con la voz temblorosa–. Y supongo que ya sabía que este momento acabaría llegando... Pero no lo entiendo. Se supone que te has quedado aquí porque tenías un asunto pendiente, ¿no?

Él asintió con la cabeza.

–Sí.

–Entonces, ¿por qué no puedes quedarte? ¿Qué es lo que ha cambiado?

–No sé cómo explicarte esto, pero... Llevaba mucho tiempo pensando que mi asunto pendiente era la maldición. Por eso intentaba ayudar a los otros muertos, por eso trataba de conocerlos. Pensaba que, tal vez, algún día encontraría la forma de romper la maldición y liberarnos a todos.

De pronto, comprendí la crueldad irónica de todo aquello: si no rompíamos la maldición, Mario no tendría que irse. Claro que, en ese caso, la gente del pueblo seguiría muriendo. Gente como la madre de Claudia, que no se merecía lo que le había pasado. ¿Quién sería la próxima víctima? Tal vez fuera ella; si su madre compartía sangre con el asesino, mi amiga también. O también podría ser su padre, y entonces se quedaría sola en el mundo. Pero, aunque no fuera nadie que conociera, aquello no importaba. La maldición estaba matando a gente inocente desde hacía muchos años, y ahora nosotros teníamos la oportunidad de romperla.

Aunque eso significara perder a Mario para siempre.

–Ojalá no tuviéramos que romperla –susurré.

–No, Nacho... En realidad, hace ya algún tiempo que sospecho que mi asunto pendiente no es la maldición. –Fruncí el ceño, sorprendido–. O, al menos, no es mi único asunto pendiente. Estos tirones que siento no hacen más que confirmarlo.

–¿Qué quieres decir?

–Nacho... Yo morí sin conocer realmente el amor –dijo con un hilo de voz–. En este pueblo me despreciaban por el simple hecho de sentir atracción hacia los chicos. Me pasé años tratando de ocultar quién era, aunque no sirviera de mucho. Enamorarme por primera vez fue la razón de mi muerte, y mi vida terminó sin que pudiera saber lo que era sentirme querido. Y eso es algo que no aprendí hasta que te conocí a ti.

Unas lágrimas ardientes volvieron a escapar de mis ojos.

–¿Tu asunto pendiente era... enamorarte? –acerté a preguntar, con la voz rota.

–¿Enamorarme? ¿Sentirme querido? ¿O simplemente aceptarme al fin a mí mismo, aceptar lo que soy y lo que siempre he sido? –Se encogió de hombros–. Puede que sea una de esas cosas, dos o las tres. En cualquier caso, eres tú quien me ha ayudado a cumplir mi asunto pendiente.

–Entonces, vas a morir por mi culpa, ¿no?

Él sonrió tristemente y acercó las manos a mis ojos para secarme las lágrimas.

–No voy a morir, Nacho. Yo ya estoy muerto –me recordó–. Pero eres tú quien me ha dado la vida cuando ya no lo creía posible. Eres tú quien me ha hecho sentir querido por primera vez en toda mi existencia. Y eres tú quien me ha convencido de que está bien ser como soy. Tengo

demasiadas cosas que agradecerte.

–Pero no es suficiente –susurré–. Vas a tener que marcharte de todos modos.

–No es porque no sea suficiente, sino por todo lo contrario –me aseguró–. Cuanto más crece esto que hay entre nosotros, más fuerte es el tirón. Cuanto más tiempo paso contigo, más consciente soy de que esto era lo que necesitaba sentir antes de irme de este mundo. De que esto era lo que mantuvo a mi espíritu atado aquí. ¿Nunca te has preguntado por qué somos capaces de hacer esto?

–¿El qué?

–Lo que hemos hecho hace un rato –dijo con una sonrisa tímida, y me acarició la cara–. Y esto. –Me besó en los labios–. Has interactuado con otros fantasmas, sabes que no puedes hacer esas cosas con ellos. Y, hasta que te conocí, yo no había creído que fuera posible.

Ahora que lo decía, me di cuenta de que tenía razón. El mentor de Víctor había logrado hacerse corpóreo, pero a costa de muchas muertes y magia negra; Mario, sin embargo, interactuaba conmigo sin necesidad de nada de aquello. Por eso no me había dado cuenta antes de que estaba muerto; después de todo, él era muy diferente a los otros fantasmas que había conocido. Incluso desde el primer día, nos dimos la mano para saludarnos. Muy pronto comenzamos a caminar de la mano, y más tarde llegaron los besos, y después..., más cosas. Había secado sus lágrimas con los dedos, aunque, por lo que me había contado, ya sabía que no eran más que ectoplasma. ¿Cómo podría haberme imaginado que ese chico del que me estaba enamorando sin darme cuenta era un fantasma?

–¿Cómo es posible?

–Porque tú eres mi asunto pendiente, y todo esto es lo que lo demuestra. Por eso podías verme, Nacho. Por eso podías hablar conmigo. Por eso podías tocarme, y por eso yo podía tocarte a ti.

–¿Es que estábamos destinados a estar juntos o qué? –bromeé, tratando de aligerar un poco la tensión del ambiente–. Porque ese cliché ya está muy visto, no es nada original.

Él esbozó una sonrisa triste. Después, se encogió de hombros.

–No sé si estábamos destinados a estar juntos o no, y tal vez nunca lo sepamos. Lo que sí sé es que había algo entre nosotros desde el principio. –Soltó un suspiro y negó con la cabeza–. Yo no sé qué o quién decide estas cosas, Nacho. No sé si hay un poder superior, o tal vez una energía que lo envuelve todo. Lo único que sé es que, si podías verme, oírme y tocarme desde el principio, era porque mi asunto pendiente era vivir lo que no pude vivir en vida.

–A mí me suena un poco a predestinación –señalé.

–No tiene por qué. Después de todo, tú tomaste la decisión de salir esa noche, ¿no? –preguntó, y yo asentí con la cabeza–. Tú tomaste la decisión de conocerme, de hablar conmigo. Tomaste la decisión de acompañarme noche tras noche al cementerio. Pero podrías no haberlo hecho. Podrías haberte asustado y no querer saber nada de mí, y entonces nada de esto habría ocurrido.

–¿Y qué habría pasado contigo entonces?

–Supongo que habrían llegado más chicos. Tal vez dentro de cinco años, o de veinte, o puede que de cincuenta. Tal vez fuera el siguiente, o tal vez tuviera que conocer a diez chicos más. Pero supongo que, tarde o temprano, habría acabado conociendo a alguien que me habría hecho sentir

así.

–Vale, vale; ya me queda claro que no soy lo que se dice imprescindible –bromeé, y a Mario se le escapó una sonrisa.

–Sí lo eres –susurró muy cerca de mis labios–. Claro que lo eres. Porque eres tú quien me ha hecho sentir así. No importan las posibilidades, no importa lo que hubiera podido ocurrir en mil universos diferentes. Fuiste tú quien dio el paso, y eres tú quien ha despertado todo esto dentro de mí. Y ahora, ya no hay vuelta atrás.

Para entonces, yo ya estaba llorando otra vez. Aquello era demasiado injusto. ¿Por qué tenía que estar muerto? ¿Por qué no podía quedarse conmigo?

–Tengo miedo, Mario –susurré entre lágrimas–. Tengo mucho miedo.

–¿Por qué?

–Porque nunca había sentido algo así –confesé–. Nunca había sentido esta conexión con nadie, nunca había vivido algo como esto. No sé cómo voy a poder seguir adelante sin ti.

–Podrás –me aseguró–. Eres fuerte. Seguirás adelante, claro que lo harás.

–Yo no estoy tan seguro.

–Pero yo sí. Tan solo... prométeme una cosa.

–¿El qué?

–Olvídate de Luis.

Meforcé a sonreír entre las lágrimas que caían por mis mejillas.

–¿Te me vas a poner celoso ahora, o no?

Él me devolvió la sonrisa y me secó la cara con los dedos antes de continuar.

–Más bien lo contrario. Nada me haría más feliz que saber que algún día encontrarás a alguien que te quiera como yo. Pero... tiene que ser alguien que te quiera de verdad, alguien que te valore como te mereces. Alguien que valga la pena.

–Sí, bueno. Supongo que puedo prometerarte eso...

–¿Te cuento un secreto? –preguntó, y yo asentí con la cabeza–. Yo también tengo miedo, Nacho.

–¿En serio?

–Pues claro. Para empezar, está lo obvio... No sé cómo será lo que hay al otro lado. No sé cómo será el más allá, o si hay un más allá siquiera. Pero, sobre todo..., no sé cómo va a ser existir en un sitio donde no estés tú.

–Entonces, no te vayas.

Él sonrió con infinita tristeza.

–Pero es que no nos queda otra, Nacho –respondió, y sus palabras me partieron el corazón una vez más. No sabía cuántas veces llevaba ya esa noche–. Cuanto más crece esto que hay entre nosotros, más difícil me resulta seguir aquí. Yo no quiero irme. De verdad, no quiero. Pero da igual lo que queramos o no, porque lo que hay entre nosotros es cada vez más fuerte. Y, más pronto que tarde, llegará el momento en que no pueda seguir aferrándome a ti. Entonces tendremos que decirnos adiós. Y prefiero que sea bajo nuestros términos.

Lo abracé con fuerza, como si el poder de mis brazos fuera suficiente para retenerlo. Pero no

era suficiente, jamás lo sería. Me había enamorado de él, y él se había enamorado de mí. Y ese amor que había surgido entre nosotros sería precisamente la razón de nuestra separación.

A veces, la vida y la muerte pueden llegar a ser demasiado crueles.

CAPÍTULO 32

EL RITUAL

HABÍA LLEGADO EL DÍA.

Ni siquiera había sido capaz de desayunar; tenía el estómago tan cerrado que me daba miedo vomitar cualquier cosa que entrara por mi boca. Había muchas cosas que hacer ese día, y todas eran cruciales. Si algo salía mal, no podríamos romper la maldición. Y entonces, alguien moriría tres días después.

A mediodía les conté a mis padres que no me encontraba muy bien del estómago, así que pude saltarme la comida sin levantar sospechas. Me quedé toda la tarde en mi habitación, pensando. Después, cerca del anochecer, fui al cuarto de baño y puse la ducha en marcha, pero no me metí en ella. Lo único que quería era enmascarar el chirrido de las cuerdas mientras Mario y yo terminábamos de perfilar nuestro plan.

Tenía que contárselo todo a mis padres. Si queríamos romper la maldición, había que involucrar al pueblo entero, así que no había forma de hacer nada sin que ellos se enteraran. Lo mejor era que lo supieran todo de antemano, en vez de que descubrieran el pastel de repente. Además, me vendría bien su ayuda. Así pues, me despedí de Mario con un gesto, respiré hondo y bajé las escaleras, temiendo lo peor.

Todavía no habían empezado a preparar la cena. Estaban los dos viendo la tele, uno de esos programas de juegos que suelen poner por las tardes.

–Papá..., mamá –dije en voz baja. Ellos se giraron para mirarme–. Necesito hablar con vosotros.

Intercambiaron una mirada y mi madre cogió el mando para apagar la tele.

–Claro, hijo. ¿Qué pasa?

–Es que quiero presentaros a mi novio.

Volvieron a mirarse, pero esta vez sonrieron al hacerlo.

–Claro que sí –dijo mi madre.

–¡Ya era hora! Teníamos ganas de conocer al chaval que le quita el sueño a nuestro hijo –bromeó mi padre.

En otras circunstancias, probablemente me habría puesto rojo como un tomate. Pero, tal como estaban las cosas, hasta me hizo gracia su comentario.

–¿Cómo se llama? –preguntó mi madre.

–Mario.

–¿Y va a venir ya? –añadió, nerviosa de repente–. Cariño, tenías que haberme avisado...

Podría haber preparado un bizcocho o algo... ¿Quieres que se quede a cenar? Podemos cocinar algo rico, y...

Contuve una sonrisa mientras pensaba en lo irónico que era que estuviera pensando en darle comida a Mario.

–Tranquila, mamá. No va a hacer falta. Está en la puerta... ¿Le digo que pase?

–¡Claro! –dijo ella–. Espera, me levanto y vamos los tres a recibirlo.

–No te preocupes –me apresuré a decir.

Me apresuré a acercarme a la puerta de entrada y la abrí antes de que mis padres pudieran seguirme. No había nadie fuera, pero Mario se materializó justo en el interior de mi casa al mismo tiempo que mis padres salían por la puerta del salón.

–Hola –saludó Mario–. Es un placer...

–¡Mario! –exclamó mi madre, sonriendo de oreja a oreja–. Estaba deseando conocerte.

Caminó hacia él con la clara intención de darle un abrazo, pero me interpose en su camino. No podían enterarse así.

–A Mario no le gusta el contacto físico –mentí, y ella se detuvo en seco. Su sonrisa flaqueó ligeramente, pero lo disimuló bien–. Mejor vamos los cuatro al salón, ¿vale?

Una vez allí, mis padres se sentaron en los sillones y nos dejaron el sofá a nosotros. Nos sentamos el uno junto al otro, sin saber muy bien qué decir.

–Bueno... ¿Y cómo estás, Mario? –preguntó mi madre.

–Mamá, papá –dije antes de que él pudiera hablar–. No solo quería presentaros a Mario, sino que tengo que contaros algo. Bueno, tenemos que contaros algo. Es una cosa muy importante, y necesito que tengáis la mente abierta.

Sus expresiones se volvieron serias de repente. Los conocía lo suficiente como para saber que en esos momentos había un millar de alternativas horribles pasando por su cabeza.

–¿Qué ha pasado, campeón? –preguntó mi padre en voz baja.

–No es nada grave –me apresuré a contestar–; al menos, no para mí. Pero Mario... En fin. Mario no está vivo.

Volvieron a mirarse, y esta vez no me costó imaginar lo que podían estar pensando: que su hijo se había vuelto loco.

–Nacho... –empezó mi madre, tratando de buscar las palabras–. ¿De qué estás hablando?

–Mira, yo sé que es difícil de creer, pero no tenemos mucho tiempo para andar con explicaciones detalladas. Vais a tener que verlo con vuestros propios ojos. –Miré a Mario–. Si no te importa...

Él asintió con la cabeza y se puso en pie. Después, dio un par de pasos hacia atrás, de modo que sus piernas atravesaron el sofá. Era como si su cuerpo saliera directamente del asiento. Retrocedió un poco más y su torso atravesó también el respaldo. Con un paso más, solo su cabeza quedó asomando por la pared. A continuación, avanzó unos pasos y volvió a sentarse en el sofá.

Mis padres se habían quedado petrificados, blancos como el papel. Miraban fijamente a Mario, sin saber cómo interpretar lo que acababan de ver.

–¿Qué leches está pasando aquí, Nacho? –preguntó mi padre–. ¿Esto es alguna clase de truco o algo así?

–Ya os lo he dicho: Mario está muerto. –Respiré hondo antes de continuar–. ¿Qué sabéis sobre la maldición del pueblo?

Sabía que mis padres siempre me habían apoyado en todo, pero fue un alivio que lo hicieran incluso entonces. Tras una conversación larga y tendida, en la que tuvimos que aportar decenas de explicaciones y aún más pruebas para vencer su incredulidad, les explicamos lo que íbamos a necesitar de ellos y aceptaron sin dudarlo. A continuación, se marcharon al centro de salud; no había tiempo que perder. Faltaban apenas un par de horas para el pregón de la feria.

Por supuesto, Claudia ya estaba enterada del plan, y se había convertido en una parte esencial. Su padre era amigo del alcalde, así que había hablado con él para que me dejaran subir al escenario durante el pregón. Al parecer, yo era la persona más joven que se había mudado al pueblo en los últimos diez años, así que el alcalde creía que yo iba a decir unas palabras sobre lo contento que estaba de haber llegado al pueblo y lo bien que me habían tratado todos. Si las cosas salían bien, mis palabras impactarían tanto a todo el mundo que nadie me quitara el micrófono antes de terminar.

Cuando llegó el momento, al atardecer, temblaba de pies a cabeza. Por suerte, mis padres me acompañaron; Mario había preferido no seguir materializado hasta que fuera necesario, para ahorrar fuerzas.

La feria se organizaba a las afueras del pueblo, en un espacio con unas pocas casetas que ofrecían bebidas y algunas atracciones para los más pequeños. Pero, por el momento, todo el mundo estaba en una amplia explanada, frente al escenario donde el alcalde ofrecería el tradicional pregón que daba comienzo a la feria.

Llegamos justo a tiempo y nos colocamos en un lateral, desde donde sería fácil acceder al escenario. El alcalde subió y comenzó a hablar, pero no fui capaz de escuchar nada de lo que decía. Estaba demasiado nervioso. De pronto, mi madre me dio unos golpecitos en el brazo.

–Ya te toca, Nacho. Vamos.

–Ánimo, campeón. Va a salir todo bien.

Caminé con las piernas trémulas, sintiendo los ojos de todo el público clavados en mí. Tenía que haberse congregado allí al menos la mitad del pueblo. Tratando de no mirar a nadie, me subí al tosco escenario, caminé hasta el micrófono y me aclaré la garganta.

–Creo que todos sabéis quién soy –dije, tratando de recordar las palabras que llevaba ya varios días ensayando–. Soy el recién llegado. El hijo de la familia que acaba de mudarse a este pueblo. Y, teniendo en cuenta que acabo de llegar, no entiendo cómo es posible que sea el primero que hace algo al respecto. Pero tal vez lo que necesitabais era precisamente que viniera alguien de fuera para cambiar las cosas.

Oí murmullos entre el público. La gente había perdido la sonrisa de hacía solo unos minutos, y todos cuchicheaban entre ellos con aire de preocupación. Desde luego, eso no era lo que

esperaban oír. Miré al alcalde y me di cuenta de que le costaba mantener la compostura.

–Tranquilo –susurró Mario en mi oído, invisible–. Estoy contigo.

–Este pueblo está maldito, y todos lo sabéis. –Hubo más cuchicheos, y casi todos los asistentes intercambiaron miradas con sus acompañantes–. Todos habéis presenciado sucesos extraños. Varios de vosotros han visto alguna vez a algún fantasma. Y todos, sin excepción, sabéis que aquí muere alguien una vez al año debido a esa maldición. Sabéis que no hay escapatoria, por mucho que os alejéis del pueblo. Y también sabéis muy bien cuál es el origen de la maldición. Me gustaría que alguien diera el paso y lo dijera en voz alta.

Me quedé callado, y un silencio sepulcral invadió el ambiente. Ese momento era crucial. Necesitaba que alguien del pueblo se pusiera de mi parte, que alguien alzara la voz. De lo contrario, iba a ser muy difícil que me apoyaran en lo que tendríamos que hacer después. Y, si no participaban todos, el ritual no serviría.

Entonces, alguien se aclaró la garganta, rompiendo el silencio. Nos giramos todos a una: era el padre de Claudia.

–Unos chavales del pueblo mataron a un chico –dijo.

Asentí con la cabeza.

–Eso es. ¿Recuerdas por qué lo mataron?

Bajó la cabeza, cohibido, y me di cuenta de que no podía exigirle más. Necesitaba que alguien más sumara su voz a la de él.

–Porque le gustaban los chicos –dijo una voz de mujer. La miré y me di cuenta de que aparentaba unos treinta años; debía de ser muy pequeña cuando Mario murió–. Le dieron una paliza porque le gustaban los chicos.

–Eso es –respondí–. ¿Recuerdas cómo se llamaba?

–No lo sé, lo siento.

–Se llamaba Mario –dijo un hombre.

–Sí: se llamaba Mario –asentí–. En realidad, se sigue llamando Mario. Y ahora está aquí, entre nosotros, y le gustaría hablaros.

En ese momento, Mario se apareció a mi lado. Me di cuenta de que, en otro lugar, la reacción habría sido mucho peor; pero en ese pueblo muchos habían visto a algún fantasma alguna vez, y los que no, sabían perfectamente de los sucesos extraños que ocurrían allí gracias a algún amigo o familiar que se lo hubiera contado. Por lo tanto, cuando Mario se materializó, la multitud ahogó un grito, pero nada más. No hubo alaridos de terror, nadie salió corriendo despavorido. Se quedaron con los ojos clavados en él, esperando a que hablara.

–Sé que casi todos sabéis quién soy –afirmó–. Los que tengáis más de treinta años probablemente me hayáis visto por el pueblo alguna vez, cuando estaba vivo. Y los que no, es posible que me hayáis visto en algún periódico viejo o que algún familiar os haya hablado de mí. Soy Mario, y hace más de veinte años me mataron solo por querer ser yo mismo. Desde entonces, una maldición pesa sobre este pueblo. No es culpa de ninguno de los que estamos presentes. Yo no la lancé, y los que me mataron ya hace mucho que pagaron por su crimen.

Habíamos acordado dejar a Víctor al margen de todo aquello. Después de todo, él había

muerto mucho antes de que mataran a Mario. Puede que la leyenda negra de la mansión se extendiera entre la gente del lugar durante años, pero quedó opacada cuando Mario murió y la maldición se instauró en el pueblo.

–Pero, aun así –continuó Mario–, todos podemos hacer algo por desterrar la maldición para siempre. Entre todos podemos romperla. Y no solo hablo de los vivos, sino también de los muertos. ¿Estáis dispuestos a dar el paso?

De nuevo se elevaron unos murmullos entre el público. Por un momento, temí que fueran a negarse; que se asustaran, que pensaran que todo aquello era una locura. Pero, al fin y al cabo, aquella gente había sufrido demasiado a causa de la maldición.

Primero hubo unos cuantos asentimientos de la cabeza, tan solo unas pocas personas aquí y allá. Después oí un «sí» y después otro, tan solo dos personas que rompieron el hielo con timidez. Pero entonces hubo una tercera, y también una cuarta. Pronto, todo el público estaba gritando en señal de asentimiento.

–Sé que esto no va a resultaros fácil –continuó Mario, hablando con voz clara–. Hay muertos entre vosotros, y muchos os habéis dado cuenta de ello alguna vez. Y, entre esos muertos, es muy probable que haya familiares o amigos vuestros. Hoy esas personas están aquí, mezcladas con la gente, y es posible que muchos las veáis. Por favor, no os asustéis. Si queremos seguir adelante con esto, es preciso que mantengamos la calma. Tenemos que permanecer unidos.

En ese momento, comenzaron a aparecer los muertos entre el público. Muchas personas no se dieron ni cuenta; eran incapaces de verlos. Seguían con los ojos fijos en Mario y en mí. Pero algunos sí vieron a los fantasmas que se aparecían frente a ellos, y sus reacciones fueron más diversas. Un niño comenzó a gritar al ver a su abuelo fallecido y salió corriendo a refugiarse en los brazos de su madre, asustado. Una señora de mediana edad corrió a abrazar al que tal vez hubiera sido su hijo, aunque sus brazos lo atravesaron. Un anciano se echó a llorar frente a la que parecía ser su esposa muerta. Una mujer estuvo a punto de desmayarse al ver a otra, tal vez su hermana o una antigua amiga. Claudia miraba con incredulidad a la que no podía ser otra que su madre.

–Sé que este momento es emocionante para muchos de vosotros –dijo Mario–, pero tenemos que centrarnos en lo importante. Vuestros seres queridos no van a poder estar aquí eternamente. Ahora, es importante que vayamos todos a la mansión de las afueras... El lugar donde me mataron. Si tenéis amigos o familiares que estén en sus casas, id a llamarlos por el camino. Cuantos más seamos, mejor.

Todos a una, echamos a andar por el pueblo en una extraña procesión, vivos y muertos por igual, envueltos en la penumbra del ocaso. Algunas personas se metían en sus casas al pasar y otras se alejaban del grupo por el camino, pero quise pensar que tan solo estaban siguiendo las instrucciones de Mario y habían ido a avisar a otros familiares.

Cuando llegamos a la mansión, allí estaba Víctor, esperando con aire melancólico cerca del pozo. No sabía si los demás podrían verlo y, de ser así, lo más probable era que no lo reconocieran: había muerto hacía mucho tiempo. Pero todo aquello había empezado con él, y también tendría que terminar con él. Era Víctor quien había lanzado el hechizo para que la gente

pudiera reencontrarse con sus seres queridos, quien había permitido que la barrera entre los vivos y los muertos estuviera más difusa que nunca.

Mario y yo nos detuvimos cerca del pozo. Por las luces de los móviles en la lejanía nos dimos cuenta de que todavía estaba viniendo gente, tal vez aquellas personas que no estaban en la plaza cuando les expliqué lo que teníamos que hacer, así que esperamos a que todos llegaran. Mientras tanto, podía ver a algunos de los asistentes vivos hablando con sus seres queridos fallecidos, incrédulos y conmovidos por estar viviendo ese momento.

Cuando ya no veía más luces por el camino, tomé la palabra una vez más.

–Estamos en la escena de un crimen –dije–. Casi todos lo sabéis. Hace más de veinte años, un grupo de chicos del pueblo mataron a Mario y lo tiraron a este mismo pozo. Pero lo que ellos no sabían era que el pozo estaba maldito y, cuando la sangre de Mario se derramó en él, el pueblo entero fue presa de su maldición.

–Para anularla –continuó él, repitiendo lo que nos había contado Víctor–, es preciso que ahora seáis vosotros quienes derramáis vuestra sangre.

Se levantó un murmullo de preocupación que me apresuré a calmar.

–No os preocupéis. Nadie tiene que morir esta noche –aseguré.

–Pero, si fue mi sangre la que activó la maldición de este pozo –dijo Mario–, es la vuestra la que tiene que romperla. Y, para romperla, tiene que caer dentro de él.

En ese momento le hice un gesto a mi madre, que me observaba desde la primera fila. Se adelantó un poco y abrió la gran bolsa de lona que había llevado. Sacó algo de su interior, le quitó el envoltorio de plástico y mostró en alto un objeto puntiagudo que relució débilmente bajo la luz de la luna.

–Son agujas esterilizadas –explicó–. Debería haber suficientes para todos.

–Necesitamos que los que estáis vivos forméis una fila delante de nosotros –dije–. Tan solo tendréis que pincharos un dedo y dejar que caiga al menos una gota dentro del pozo. Nosotros tenemos que decir unas palabras, y los demás podéis repetirlas si queréis.

–Estáis todos locos –dijo de repente un hombre, y todas las miradas se dirigieron hacia él–. ¿De verdad vamos a hacer una especie de hechizo, o lo que sea esto?

Mario y yo nos miramos, sin saber muy bien qué decir.

–La única locura es que nadie haya buscado la forma de romper la maldición hasta que llegó alguien nuevo al pueblo –replicó Mario, y después se dirigió al resto de congregados–. Si hay alguien que tenga dudas, que se largue de aquí. Pero que no se os ocurra estropear el ritual, porque vosotros estáis tan condenados como los que ya han muerto presa de ella.

Tal vez yo hubiera tratado de adoptar un enfoque un poco más diplomático, pero lo cierto es que funcionó. El hombre se quedó en silencio, y todos los presentes formaron una fila frente al pozo. Mis padres fueron los primeros, seguidos por Claudia.

Víctor nos había explicado que, para realizar correctamente el ritual, era preciso que un muerto y un vivo pronunciaran una fórmula al mismo tiempo. Como no podía ser de otra manera, íbamos a ser Mario y yo los que habláramos. Nos habíamos pasado toda la tarde ensayando las palabras, entre besos y lágrimas.

Le hice un gesto con la cabeza a mi madre, y ella se acercó al pozo. Con la aguja que había sacado antes de la bolsa de lona, se pinchó el dedo y lo apretó para que cayeran unas gotas en el agua.

–De la sangre a la sangre, pagamos la deuda –recitamos Mario y yo al unísono–. De la sangre a la sangre, rompemos la maldición.

Me dio la impresión de que sopló una leve brisa en el momento en que pronunciamos las palabras. Entonces, mi madre metió la aguja usada en una bolsa vacía que llevaba mi padre y se apartó a un lado. Le tendió una aguja nueva a mi padre, y él le quitó el plástico y se pinchó el dedo también.

–De la sangre a la sangre, pagamos la deuda –repetimos Mario y yo–. De la sangre a la sangre, rompemos la maldición.

Volvió a soplar una leve brisa; aquello no era casualidad. Mi padre tiró la aguja en su bolsa y se quedó al otro lado del pozo, para que los siguientes participantes pudieran echar sus agujas usadas. Entonces le llegó el turno a Claudia. Tenía lágrimas en los ojos mientras caminaba con su madre al lado, pero se mantuvo firme mientras cogía la aguja y se pinchaba el dedo. Mario y yo recitamos las dos frases, conmovidos, y de nuevo notamos cómo el aire nos acariciaba. No había duda de que estábamos consiguiendo algo.

Cuando le llegó el turno al padre de Claudia, pude oír claramente la voz de mis padres pronunciando las palabras con nosotros, y esa vez la brisa fue más fuerte. El resto de habitantes del pueblo se fueron acercando uno a uno para verter su sangre, y cada vez eran más las voces que se unían a las nuestras. Cuando ya habían sacrificado su sangre cerca de veinte personas, la brisa se había convertido en un viento leve que no cesaba. Y, para cuando ya nos acercábamos a las cincuenta, el viento había arreciado hasta formar un fuerte remolino que agitaba la hierba, nuestra ropa y nuestro pelo.

Más de media hora después, casi todos los presentes habían querido aportar su granito de arena, o más bien su gotita de sangre, incluidos niños y ancianos. El único que quedaba por participar era el hombre que había hablado antes, el que nos había tachado de locos. Lo miré a los ojos, preguntándome qué haría, y sonreí al ver que avanzaba hacia el pozo y tomaba la aguja que le tendía mi madre. Dudó un instante, pero entonces se pinchó el dedo y dejó caer su sangre.

–¡De la sangre a la sangre, pagamos la deuda! –recitamos todos a una, elevando aquel cántico hacia el cielo nocturno–. ¡De la sangre a la sangre, rompemos la maldición!

Cogí la aguja que me tendía mi madre, derramé mi sangre dentro del pozo mientras repetíamos las palabras y, después, se la tendí a Mario. Ese era el último paso.

Él se pinchó el dedo también. Unas gotas rojas de algo parecido al humo cayeron de él, dejando una estela luminiscente en la penumbra.

–¡De la sangre a la sangre, pagamos la deuda! –gritamos todos una última vez–. ¡De la sangre a la sangre, rompemos la maldición!

De pronto, la intensidad del viento aumentó, volviéndose huracanado. Del interior del pozo brotó un resplandor rojo: la luz maligna de una maldición que había atormentado al pueblo durante más de veinte años. Todos nos protegimos los ojos, sobrecogidos, sin dejar de repetir

aquel cántico que se había vuelto casi hipnótico.

Hasta que, al fin, como si fuera de cristal, la luz se hizo añicos, se fragmentó en mil pedazos que se esparcieron por el aire y se disolvieron a nuestro alrededor. Habíamos roto la maldición.

Las reacciones fueron de todo tipo. Hubo quien se echó a reír, otros a llorar, y algunos hasta empezaron a bailar. Y no era para menos: después de veinte años, por fin se habían librado de aquel destino funesto que tanto los había atormentado, que tanto dolor les había causado.

Mario y yo nos miramos con una sonrisa agridulce en los labios. Para nosotros, aquello todavía no había terminado.

CAPÍTULO 33

LA DESPEDIDA

EL DÍA DE NUESTRA DESPEDIDA, desperté con un nudo en el estómago.

Habíamos pasado la noche anterior juntos, casi hasta el amanecer. Y esa noche fue, al mismo tiempo, la mejor y la peor de mi vida.

Fue la mejor porque la pasé entera con Mario, desde el momento en que se puso el sol. Lo bueno de habérselo contado todo a mis padres era que ya no tenía que ocultar nada, así que no me pusieron objeciones de ningún tipo. Me prepararon unos sándwiches para cenar y unas botellas de agua y zumo, y se despidieron de mí con abrazos y palabras de cariño.

Pasamos la mitad de la noche en la piscina, y la segunda mitad en el cementerio. Y en ambos lugares dedicamos esas últimas horas juntos a hablar, besarnos, abrazarnos, acariciarnos y amarnos de todas las formas posibles. Nos hicimos fotos con el móvil; serían la única prueba que tendría de que Mario había existido cuando ya no estuviera contigo. Compartí los auriculares con él y le puse todas las canciones de Darío. Él me habló de los grupos y artistas que le gustaban en vida, y me los apunté todos para escucharlos más tarde: Presuntos Implicados, Nirvana, David Bowie, Bonnie Tyler... Le hizo mucha ilusión ver que yo tenía canciones de Queen en el móvil, y me quedé flipando al ver que se sabía la letra entera de... *Baby One More Time*, de Britney Spears. Por su parte, él flipó cuando le conté todo lo que le había pasado y cómo había luchado para liberarse de su padre. Después, le hablé de mis películas y libros favoritos, y también me apunté los suyos.

Y aun así no era suficiente: quería saberlo todo de él y más.

No queríamos dormir; ninguno de los dos estaba dispuesto a perder ni un solo segundo. Había demasiadas cosas que no habíamos hecho juntos y que ya jamás tendríamos la oportunidad de hacer. Pasamos la noche en vela hasta que los primeros rayos del sol comenzaron a aparecer en el horizonte, y solo entonces nos marchamos del cementerio.

Pero también fue la peor noche de mi vida porque sabía que sería la última. Al día siguiente, o más bien a la noche siguiente, se cumpliría un año desde el aniversario de la muerte de Mario. La fecha en sí no tenía por qué significar nada, pero Mario me había contado que los tirones que sentía eran casi insoportables: ese otro lado lo llamaba, y ya me había dicho que no iba a ser capaz de aguantar mucho más. Si no se iba por voluntad propia estando conmigo, acabaría por desaparecer cuando estuviéramos separados, y entonces no tendríamos siquiera la oportunidad de despedirnos. Y ninguno de los dos estaba dispuesto a permitir que eso ocurriera.

Aunque dedicamos la noche entera a dar rienda suelta a todo lo que sentíamos el uno por el

otro, era inevitable que de vez en cuando volviera a nuestras mentes lo que estaba a punto de pasar. En esos momentos llorábamos, gritábamos, nos consolábamos mutuamente como podíamos. Pero, en realidad, no había consuelo posible.

Antes de levantarme de la cama, miré el móvil. Eran casi las dos de la tarde, lo que significaba que la comida estaría casi lista. No es que me apeteciera mucho comer, pero tampoco quería dar más razones a mis padres para que se preocuparan. Por supuesto, lo primero que hice fue ir al cuarto de baño. Allí me esperaba la nota de Mario, y sentí un pinchazo en el estómago al darme cuenta de que sería el último día que viera una de ellas al despertarme.

Buenos días. ¿Has dormido bien?

Bueno, habría dormido mejor contigo.

¿Tú cómo estás?

Envié la nota hasta el otro lado de la cuerda, pero Mario no apareció. En realidad, no tenía esperanzas de que lo hiciera. Últimamente empleaba todas sus energías para materializarse desde que anochecía hasta que amanecía, así que tenía que pasarse el resto del tiempo descansando.

En el móvil tenía un mensaje de Claudia. Ya le había contado lo que iba a pasar, y me preguntaba si quería pasar la tarde con ella para distraerme. Le dije que no me apetecía salir de casa, así que después de comer se acercó ella a la mía y nos pasamos la tarde en el salón, viendo películas a las que no fui capaz de hacer ningún caso.

Al fin, llegó la puesta de sol y, con ella, la hora de volver a ver a Mario. Por última vez.

–Cariño... –me dijo mi madre cuando bajé del cuarto de baño, ya duchado y listo para salir–. ¿Podemos ver a Mario nosotros también?

La pregunta me descolocó un poco, pero asentí con la cabeza. Ni siquiera me molesté en hacer el paripé de salir por la puerta; ya no era necesario.

–¿Mario?

Él se apareció en el recibidor, a solo un par de metros de nosotros. Me dirigió una sonrisa triste, y yo se la devolví.

–Campeón, ¿nos dejas un momento a solas? –dijo mi padre.

Eso me descolocó todavía más, pero me encogí de hombros y entré en la cocina. Una vez allí, me serví un vaso de agua y me senté a la mesa mientras ellos hablaban. Clavé los ojos en la ventana, y entonces recordé esa primera noche en que había visto al otro lado la sombra de Mario. ¿De verdad había pasado solo un mes? Parecía que hubiera pasado una vida.

–¿Nacho? –dijo una voz detrás de mí. Me di la vuelta y allí estaba él, en el umbral–. ¿Nos vamos?

Asentí con la cabeza, me bebí de un trago el vaso que todavía no había tocado y me puse en pie. Ni siquiera nos besamos al salir de casa: tan solo nos dimos la mano y emprendimos el camino hasta llegar al cementerio.

–¿Qué querían decirte mis padres? –pregunté tras unos minutos de silencio.

–Querían darme las gracias –respondió con una sonrisa tímida.

–¿Las gracias? ¿Por qué?

–Por hacerte feliz. –Se encogió de hombros–. Lo han dicho ellos, no yo.

–Lo has hecho. Me has hecho muy feliz –dije sin necesidad de pensarlo.

–Bueno... Tú a mí también. Ah, y me pidieron que te cuidara.

–¿Cómo?

–Sí, ya sabes... Desde el cielo, el otro lado o como quieras llamarlo. Me pidieron que te cuidara desde allí.

–¿Lo harás? –pregunté con un nudo en la garganta–. ¿Me cuidarás?

Me miró, con los ojos rebosantes de lo que yo ya sabía que era un amor profundo.

–No sé lo que habrá al otro lado. No sé lo que pasará, no sé si seré capaz de tener conciencia de este mundo siquiera. Pero te juro aquí y ahora que siempre estaré junto a ti. De una forma u otra.

El nudo de mi garganta creció hasta ahogarme, así que me lanzó a sus brazos y rompí a llorar. Él me abrazó con fuerza, acariciándome el pelo y la espalda con suavidad, consolándome como tantas veces había hecho durante los últimos días. Y, como tantas veces había hecho yo, traté de aferrarme a la idea absurda de que todo aquello no era más que una broma macabra que había ido demasiado lejos.

Después de todo, ¿cómo podía estar muerto? ¿Cómo podía ser un fantasma? Su cuerpo era demasiado tangible, su olor era demasiado embriagador; sus besos, demasiado reales. Nada en él indicaba que estuviese muerto y, sin embargo, sus huesos llevaban más de veinte años descansando en el cementerio.

Me ayudó a saltar el muro, aunque cada vez me costaba menos. Una vez dentro, caminamos los dos hacia su tumba, el lugar que habíamos escogido para despedirnos. Cuando llegamos, Mario abrió la mochila, sacó el mantel y lo extendió.

–Nunca te lo he preguntado –dije–. ¿De dónde has sacado todo esto? Y también el papel de las notas, el bolígrafo...

Él me dirigió una sonrisa avergonzada.

–Es todo robado –admitió, y yo me eché a reír–. De tiendas del pueblo. Si estas cosas hubieran pertenecido a alguien, la energía vital de sus dueños habría sido demasiado potente como para poder tocarlas.

–O sea, que también podrías haber robado un bañador para cuando fuimos a la piscina, pero no te dio la gana.

–Exactamente –respondió entre risas.

Y así, riendo, nos tumbamos sobre el mantel y nos abrazamos con fuerza. No nos besamos ni tampoco nos rendimos a la pasión a la que nos habíamos entregado los días anteriores. Simplemente nos quedamos abrazados, mientras nuestra respiración se sincronizaba una vez más. Una última vez. Lo único que necesitaba era estar allí, entre sus brazos, respirando su aroma con la cabeza sobre su pecho, escuchando el latido imposible de un corazón que había dejado de latir antes de que yo naciera.

–Nacho... Lo estoy notando otra vez –dijo cuando ya llevábamos un rato en completo silencio.
–¿El tirón? –pregunté, y él asintió con la cabeza.

Solté un suspiro. Había llegado el momento: si queríamos despedirnos, tendríamos que hacerlo ya. Nos separamos para sentarnos con las piernas cruzadas, el uno enfrente del otro, y nos miramos a los ojos mientras uníamos las manos una última vez.

Vi que tenía los ojos llenos de lágrimas, y sentí que los míos también se humedecían.

–No quiero irme –dijo, mitad susurro y mitad sollozo.

–Y yo no quiero que te vayas –musité, y entonces decidí pronunciar las palabras que no le había dicho todavía. Unas palabras que había temido decir, y que tal vez estuviera guardando de forma inconsciente para ese momento–. Te quiero, Mario. Y siempre te querré.

En ese momento, nuestras lágrimas se derramaron en perfecta sincronía.

–Te quiero, Nacho. Y siempre te querré. –Tragó saliva antes de continuar–. Vive feliz, ¿de acuerdo? No sé si algún día volveremos a encontrarnos al otro lado, pero, si eso sucede, no quiero que hayas pasado tu vida esperándome. Enamórate todas las veces que sea necesario. Sé feliz. Encuentra a alguien con quien compartir tu vida, alguien que pueda acompañarte como yo no he podido.

–Tranquilo. Lo haré –respondí, aunque en esos momentos no era capaz de pensar en nadie que no fuera él.

–Pero, por favor..., no me olvides, ¿vale? No sé cómo será estar allí, pero te juro que yo no te olvidaré.

–Jamás te olvidaré, Mario –le aseguré.

Después de todo, ¿cómo podría hacerlo?

Y entonces nos besamos. Sin pasión, sin deseo: tan solo con una dulzura infinita, la dulzura del último beso que podríamos darnos en esta vida.

De pronto, sentí calor en los labios. Abrí los ojos y vi que Mario había comenzado a resplandecer, como si estuviera ardiendo desde dentro. La visión era hermosa y terrorífica al mismo tiempo, como un ángel radiante pero terrible.

–Lo veo... –susurró.

–¿El qué? –acerté a preguntar entre las lágrimas.

–La luz... Veo la luz. Me está llamando.

Estaba pasando. Al fin estaba pasando, y no había nada que pudiera hacer para impedirlo. Tan solo podía acompañarlo en ese trance hasta donde me fuera posible.

–Pues ve, Mario –lo animé. Me dolía en lo más profundo de mi corazón, pero sabía que era necesario–. No lo dudes... Sigue adelante.

–Nos vemos al otro lado, ¿vale? –Asentí con la cabeza, incapaz de responder–. Te quiero, Nacho.

–Te quiero, Mario –respondí con voz estrangulada.

Y entonces desapareció entre retales de luz. Su silueta se disipó como si jamás hubiera existido. Lo único que quedaba de Nacho era ese mantel sobre el que me encontraba, la mochila que había dejado encima y la lápida con su nombre grabado en ella.

Acaricié las letras de su nombre, mientras mis lágrimas silenciosas caían sobre la hierba. Por fin se había cerrado el ciclo. Por fin podría descansar en paz.

Contemplé la inmensidad oscura del cementerio. Tan solo unas semanas antes, aquel lugar me habría aterrado. Tan solo unas semanas antes, habría preferido perder una pierna antes que quedarme allí solo. Y, sin embargo, ya no sentía miedo. Después de lo que había vivido con Mario, era incapaz de sentir nada ni remotamente parecido al temor. Aunque él se hubiera ido, algo de él se había quedado dentro de mí, como un talismán que me protegía.

Me puse en pie, doblé el mantel y lo metí en la mochila. Después, me arrodillé frente a su lápida, abrí mi propia mochila y saqué las flores que no había querido enseñarle. Eran diecisiete, una por cada uno de los años que había vivido en este mundo antes de morir. Las deposité una por una sobre la hierba, pegadas a la lápida.

–Gracias –susurré–. Gracias por haberte cruzado en mi camino.

Me tumbé sobre la hierba, me hice un ovillo, me abracé a su mochila y cerré los ojos. Su cuerpo yacía por debajo del mío, a un par de metros bajo tierra. Era incapaz de imaginarlo como el conjunto de huesos que debía de ser; en lugar de eso, me lo imaginé como el Mario que yo había conocido: su pelo y sus ojos oscuros, esa tez pálida y esos labios gruesos que tanto me había gustado besar. Su cuerpo que tan bien había llegado a conocer, sus manos suaves que nunca perdían la oportunidad de tocarme. Entrelacé mis manos sobre la mochila, imaginando que agarraba las suyas, y dejé que su recuerdo me invadiera. Por un momento, llegué a imaginar que Mario seguía ahí conmigo, abrazándome como solo él sabía hacer.

Pero el momento pasó. Puede que Mario estuviera a solo dos metros por debajo de mi cuerpo, pero también estaba en un lugar lejano, un lugar al que yo no podía llegar por mucho que lo intentara. Estaba tan cerca y a la vez tan lejos que el dolor que sentía amenazaba con desgarrarme el corazón. Y, finalmente, algo se quebró dentro de mí y rompí a llorar una vez más.

No sé cuánto tiempo pasé llorando, pero al final acabé por quedarme dormido. Cuando desperté, el sol ya había comenzado a elevarse sobre el horizonte. Pestañeeé, desorientado. El cementerio era diferente de día, era... extraño. Como un lugar distinto.

Miré una vez más la lápida de Mario, esas letras grabadas con su nombre. Las flores que le había dejado. Suspiré y me puse en pie; no quería que mis padres se asustaran al ver que todavía no había llegado.

Al llegar al muro, me di cuenta de que tenía un problema. Hasta entonces, siempre lo había saltado con Mario. Era él quien me tendía la mano para ayudarme a subir, quien me animaba para convencerme de que, en realidad, no era tan difícil. Pero ahora estaba solo. En cierto sentido, aquello parecía una metáfora de lo que era ahora mi vida.

Coloqué ambas manos sobre la parte superior, como solía hacer Mario, me impulsé con todas mis fuerzas y apoyé los pies sobre la piedra. Me quedé inmóvil durante unos instantes, tratando de asegurarme de que iba bien. No quería caerme y romperme algo estando allí solo. Entonces, aprovechando los puntos de apoyo de mis pies, volví a impulsarme hasta que al fin logré sentarme arriba. Miré hacia el interior del cementerio. Ese mausoleo, que tanto miedo me había dado los primeros días, ahora me parecía hasta bonito, y no pude evitar sonreír.

Salté al otro lado y emprendí el camino de vuelta. Al entrar en casa, me sorprendió ver una luz débil que venía del salón. Entré y, a la luz de una lámpara, vi que mis padres se habían quedado dormidos en el sofá.

–¿Papá? –susurré–. ¿Mamá?

Ellos se despertaron, sobresaltados, y se pusieron en pie mientras yo me acercaba.

–¿Se ha ido ya? –preguntó mi madre con un hilo de voz.

No fui capaz de responder; tan solo pude asentir con la cabeza.

–Lo siento mucho, campeón.

Y, entonces, me abrazaron entre los dos. Y aunque había pensado que ya no podían quedarme lágrimas que derramar, que era imposible que volviera a llorar, eso fue lo que hice. Lloré entre sus brazos, mientras ellos me abrazaban. Después, me condujeron hasta el sofá y allí me hice un ovillo mientras me dejaba querer, liberando el dolor que arañaba mi interior.

Cuando por fin me quedé sin lágrimas, me dolía tanto la cabeza que sentía que me iba a explotar.

–Deberías descansar, campeón –dijo mi padre–. No has dormido en toda la noche, ¿verdad?

Era casi cierto, pero no sabía cómo iba a poder dormir ahora que Mario ya no estaba. Ahora que no volvería a recibir ninguna de sus notas al despertarme. Aun así, mi padre tenía razón: tenía que descansar. De modo que asentí con la cabeza y, sin decir nada, subí las escaleras.

El rostro que me devolvió la mirada en el espejo del baño parecía el de un extraño. Tenía la cara roja y los ojos hinchados. Mis ojeras eran más grandes que nunca, y mi pelo estaba apelmazado por el sudor. Desde luego, mi aspecto exterior reflejaba bien cómo me sentía por dentro. Me lavé la cara, agradeciendo el contraste del agua fría con mi frente y mis mejillas ardientes.

Estaba a punto de salir por la puerta, pero no podía hacerlo. Me acerqué a la ventana y miré una vez más al otro lado, hacia esa ventana por la que tantas veces lo había visto. Entonces, bajé la vista y el corazón me dio un vuelco. Ahí, al lado de mi ventana, había una pinza que sujetaba varios trozos de papel que se mecían con suavidad al viento.

El corazón me latió con fuerza mientras los cogía. ¿De verdad era posible? ¿De verdad Mario había encontrado la forma de enviarme mensajes desde el otro lado? Desdoblé el primero de ellos... y me di cuenta de que ya lo había leído. En ese trozo de papel estaban tanto su letra como la mía; era esa primera nota que se había quedado él cuando se quedó sin espacio para escribir.

Volví a leer los mensajes uno por uno, mientras unas lágrimas imposibles volvían a brotar en mis ojos. Pensaba que Mario las habría tirado, pero no era así. Al igual que yo, había guardado nuestras notas y, antes de irnos al cementerio, me las había enviado para que yo las tuviera cuando él ya se hubiera ido.

Pero no todas eran antiguas. El último papel era nuevo, y también contenía el mensaje más largo de todos, aunque apenas era capaz de leerlo a causa de las lágrimas que me nublaban la visión. Tuve que secármelas con el dorso de la mano para entender lo que decía.

Te quiero, Nacho. Y, aunque no sé lo que habrá

al otro lado, sé que siempre te querré.
Gracias por haberme dejado pasar
estas semanas contigo.
Gracias por haberme hecho sentir
lo que jamás pude llegar a sentir en vida.
Gracias por hacerme sentir más vivo que nunca, aunque ya no lo esté. Gracias por abrirme
tu corazón. Gracias por haberme ayudado
a seguir adelante. Aunque ahora esté lejos,
siempre estaré contigo. Estaré contigo
en la brisa, cuando el viento sople
y acaricie tu cara como tanto me gustaba hacer.
Estaré contigo en el agua, cuando la lluvia caiga
sobre ti o nades como hacíamos en la piscina.
Estaré contigo en la noche, observándote
desde las estrellas, cuidándote siempre
y para siempre. Pase lo que pase, y por muy lejos
que esté, siempre estaré contigo.
Una cosa más. Pronto será tu cumpleaños,
y hay algo que me gustaría que tuvieras.
En la esquina contraria a la puerta de tu habitación
hay unas tablas sueltas en el suelo. Si las sacas,
encontrarás algo que escondí allí en vida.
Entonces no lo sabía, pero ahora sé que era para ti. Pero espera a tu cumpleaños, ¿de
acuerdo?
Quiero que sea mi regalo para ti.
Te quiero,
Mario

Tuve que secarme las lágrimas tres veces más mientras leía. Cuando terminé, sentía un dolor tan intenso en el corazón que llegué a pensar que se me iba a romper de verdad. Caí de rodillas al suelo y, por enésima vez esa noche, di rienda suelta a ese dolor que amenazaba con acabar conmigo.

Pero yo fui más fuerte. Finalmente, el llanto remitió, y me puse lentamente en pie. Volví a lavarme la cara, y después, como sumido en un trance, caminé paso a paso hasta mi habitación. Desde la puerta miré hacia la esquina que me había indicado Mario, y me invadió la curiosidad por ver qué era lo que había dejado allí. Pero él quería que esperara hasta mi cumpleaños, así que respeté su deseo. En su lugar, caminé hacia la mesilla de noche, donde el resto de las notas que habíamos intercambiado me esperaban en un cajón. En cierto modo, recorrer esos pocos metros fue como emprender el camino hacia mi nueva vida.

Una vida sin fantasmas, una vida sin historias de miedo entre las lápidas de un cementerio. Una vida sin sus manos, sin sus abrazos, sin sus besos. Una vida sin su olor, sin sus caricias, sin el sonido de su voz hablándome al oído. Una vida sin sus ojos perdidos en los míos, una vida sin su risa y su sonrisa.

Una vida sin él.

TRES AÑOS DESPUÉS

ME RESULTA EXTRAÑO estar otra vez aquí. Las mismas casas, las mismas calles; la misma gente, pero ahora alegre, sin esa tristeza que fruncía sus ceños y apagaba sus ojos. Los mismos árboles, el mismo cielo nocturno tan diferente del que estoy acostumbrado a ver en casa. El mismo cementerio, los mismos muros que se alzan a unos metros por delante de nosotros. Desde que me fui del pueblo he vuelto una vez al año, siempre en las mismas fechas, pero esta es la primera vez que no lo hago solo.

–Esto me da muy mal rollo –dice junto a mí–. ¿No podíamos haber venido de día?

Esbozo una sonrisa al recordar la primera vez que yo visité este lugar, hace lo que parece una vida entera. En ese momento estaba aterrorizado, aunque no quisiera admitirlo. Me giro hacia él y lo rodeo con los brazos.

–Ven aquí, anda. No pasa nada, ¿vale? En su día, me pasé un verano viniendo aquí todas las noches. No hay ningún peligro, créeme.

Él pone los ojos en blanco.

–A ver, que ya sé que los fantasmas no existen y todo eso. Solo digo que podíamos haber venido de día.

Me alegro de tener la cara enterrada en su hombro para que no vea mi expresión. Si él supiera...

–Tenía que ser de noche –digo simplemente.

Continuamos caminando hasta el muro y le doy las flores para que me las sujete. Después, tal como hice tantas veces durante ese verano, tomo impulso para subirme. Mis músculos han perdido práctica, pero consigo encaramarme sin hacer el ridículo.

–Igual te cuesta un poquito subir, por ser la primera vez y todo eso –le aviso al ver que hace ademán de imitarme.

Pero, entonces, se impulsa casi sin esfuerzo y se queda sentado a mi lado.

–No ha sido para tanto –replica, y decido no contarle jamás lo que me costó a mí la primera vez. Y las siguientes.

Bajamos al interior del cementerio y echo a caminar hasta la tumba. Por supuesto, recuerdo a la perfección el lugar donde se encuentra y puedo orientarme sin problemas a la luz de la luna.

Cuando llegamos, él se queda a un par de metros por detrás de mí y yo me arrodillo frente a la lápida. Acaricio la piedra y no puedo evitar sonreír al ver las flores; no deben de tener más de dos o tres días. Puede que esté muerto, pero me alegra ver que su recuerdo todavía sigue muy vivo en el pueblo.

–No te han olvidado, Mario –susurro–. Y yo tampoco lo he hecho.

Cierro los ojos y, de pronto, siento una brisa que me revuelve el pelo, casi como una caricia. Por un instante, me parece oír su voz. Y sé qué es lo que me preguntaría si estuviera aquí en este momento.

–Este es Javi –le explico, y trago saliva antes de pronunciar las siguientes palabras–. Es mi... Bueno, es mi novio. Sí, lo sé, yo tampoco me lo creo todavía. Pero quería que lo conocieras. Hacemos diez meses la semana que viene. –Hago una pausa mientras escucho la voz de la brisa, y me doy cuenta de que tengo lágrimas en los ojos–. En realidad, te lo debo a ti, ¿sabes? Tú me enseñaste que la vida es muy corta para aferrarte a alguien que no te quiere, y tal vez por eso fui capaz de reconocer a quien sí me quería de verdad cuando llegó el momento.

Me quedo así durante un largo rato. Javi permanece paciente detrás de mí, dándome el espacio y el tiempo que necesito. Cuando por fin me levanto, se acerca y me rodea con los brazos. La brisa sopla a nuestro alrededor, y es como si Javi no fuera el único que me está abrazando.

–Nacho, ¿estás bien? –me pregunta cuando nos separamos, y yo asiento con la cabeza–. Estás llorando.

Me llevo la mano a la mejilla y compruebo que es cierto: una lágrima solitaria se ha deslizado por ella sin que me dé cuenta.

–No te preocupes.

–Bueno, vale. ¿Te importa si me acerco?

–No, claro. Adelante.

Lo observo mientras se arrodilla frente a la lápida y, al igual que he hecho yo, pasa los dedos por la piedra. De pronto, se queda paralizado.

–Oye, Nacho.

–Dime.

–¿Estás seguro de que esta es la lápida correcta?

–Sí, claro.

–Mira, ven. –Me acerco y me arrodillo junto a él, todavía sin comprender a qué se refiere–. Aquí pone que murió en 1999. Ni siquiera habíamos nacido.

Cierro los ojos un instante, deseando que me trague la tierra. No había pensado en ese pequeño detalle.

–Bueno... ¿Recuerdas cuando antes has dicho que los fantasmas no existen?

Él asiente con la cabeza, con el ceño fruncido.

–Eh... Sí, claro.

–Pues... –Trago saliva–. En realidad, tengo algo que contarte.

Entonces, abro la mochila y saco el álbum de fotos que me dejó Mario bajo la tarima de la habitación. Son fotos de toda su vida, desde su nacimiento hasta la adolescencia. La última que hay es de apenas unos meses antes de que lo mataran. Después, en las últimas páginas, yo pegué las fotos que nos habíamos hecho con mi móvil. Aunque escaneé todas las páginas y las guardé en el móvil, en el portátil y en la nube para asegurarme de no perderlas jamás, hoy quería traer el álbum aquí.

Le tiendo el álbum a Javi y lo observo mientras pasa las páginas con lentitud, esperando su reacción cuando vea que las fotos de ese chico de los ochenta y los noventa dan paso a unas pocas fotos del mismo chico conmigo, en la actualidad. Por suerte, sé que podría contarle cualquier cosa. Y también sé que Mario estará a mi alrededor para apoyarme y darme fuerzas, abrazándome con esa brisa que sopla desde el otro lado.

AGRADECIMIENTOS

ESCRIBIR UNA NOVELA ES UN LARGO VIAJE, y siempre hay muchas personas que te tienden la mano durante el camino y sin las cuales nada de esto sería posible. Las primeras ideas para esta historia surgieron a principios de 2020, en una sala de cine. Comencé a escribirla a mediados de 2021, y verá la luz en verano de 2023. Son tres años y medio de viaje y, por tanto, tengo unas cuantas personas a las que dar las gracias.

A principios de 2021 murió mi abuelo a causa del coronavirus. Ese mismo verano fue cuando comencé a escribir *Al otro lado*, aunque entonces no sabía todavía por qué necesitaba hacerlo. Creo que ni siquiera me había dado cuenta de la conexión que había entre la temática de la novela y la pérdida que había sufrido. Ahora, casi dos años más tarde, he comprendido la razón: al igual que tantos de mis libros, este me ha ayudado a sanar. Para mí, escribir tiene mucho de catarsis, de arrancarme cosas que me hacen daño por dentro y de ayudarme a cerrar heridas. Es el caso de casi todas mis novelas publicadas, y esta no ha sido una excepción.

Mi abuelo no entendía muy bien mi identidad, ni tampoco los libros que escribía, pero me apoyaba. Cuando hice la presentación en Sevilla de mi primera novela, él fue a escondidas a verme. Yo no quería que lo hiciera; pero él siempre se había enorgullecido de todos mis logros, ¿cómo no iba a ir? Y, tras haberme pasado una época bastante alejado del mundo literario por razones como la ansiedad, el síndrome del impostor y una depresión bastante fuerte, pensar en él es lo que me ha dado fuerzas para seguir adelante y volver a las librerías. Es por eso que el primer agradecimiento de esta novela tenía que ser para él.

Pero ya he llorado bastante escribiéndola, así que vamos a pasar a cosas más alegres.

Si este libro está ahora en tus manos es en buena parte (aunque ella diga que no) gracias a la maravillosa Marta Gallas, que había leído mis libros anteriores y me recomendó al equipo de TBR cuando estaban buscando autores. Gracias por la recomendación, gracias por el cariño y, sobre todo, gracias por el entusiasmo. Sin ti, tal vez nada de esto habría pasado.

Pero, por supuesto, tampoco habría pasado nada de esto si TBR no hubiera decidido confiar en mí. Así que gracias infinitas también a la magnífica Xohana Bastida, por interesarte por mis proyectos y apostar por este. Gracias por las llamadas, los correos, los consejos y, sobre todo, por ser una editora impresionante. Gracias por todo lo que he aprendido contigo, y gracias por la paciencia cuando apuraba las fechas límite al máximo. No podría haber dejado mi historia en mejores manos, así que gracias una vez más por tratarla con tanto mimo.

Gracias infinitas a David Lozano, compañero de letras, amigo y maestro desde hace muchos años. Gracias por tus siempre valiosos consejos en asuntos macabros y, en particular, por

convencerme de que menos, a veces, es más.

Gracias a Álvaro, por ser la primera persona que leyó esta historia dos años antes de su publicación. Llegaste a mi vida en un momento difícil, y compartir estos personajes contigo fue lo que me animó a darles vida.

Gracias a Sergio, por ser el mejor amigo que nadie podría desear. Aunque casualmente solo leas las novelas que no publico (empiezo a pensar que tal vez debería dejar de mandártelas), no sé qué haría sin tu apoyo, tu entusiasmo y tu fe infinita en mí. Te quiero mucho (no homo).

Gracias también a Jony, por todo y más. Sobran las palabras.

Gracias a Iván Pineros, por la maravillosa ilustración de cubierta y por tus bonitas palabras sobre el libro. La portada es totalmente distinta a lo que imaginaba, pero me ha enamorado por completo. Ya no puedo ver a Nacho y Mario de otra forma.

Gracias también a Andrea Smith, por leer esta historia con tanto cariño, por todos los audios comentándola y por la maravillosa frase para la contraportada. Esperemos que las pizzas te esperen al otro lado...

Y, por supuesto, gracias a mi madre, por haber sido siempre mi roca y mi refugio.

Gracias a las personas que se fueron de mi vida cuando menos lo esperaba y cuando más os necesitaba, por enseñarme que merezco cosas mejores. Si leéis esto sabréis perfectamente quiénes sois, así que espero que la vida os haya enseñado a tratar mejor a la gente que os quiere.

Por último, gracias a mis lectores, por estar siempre al otro lado (je, je) animándome a seguir adelante. Ya sea a través de una pantalla o en una firma de libros, sin vuestro cariño y vuestro entusiasmo nada de esto sería posible. No sabéis lo feliz que me hace volver.

¿SABES YA CUÁL ES TU PRÓXIMO LIBRO?

Si te ha gustado esta historia y no puedes esperar para seguir leyendo, visita nuestra web y redes sociales para estar al tanto de todas las novedades TBR:



Nos vemos en tu próxima lectura



Contenido

Portada

Dedicatoria

Tres semanas antes

Primera parte. El pueblo y la maldición

Capítulo 1. Un rostro en la ventana

Capítulo 2. Una sombra en la noche

Capítulo 3. El vecino de enfrente

Capítulo 4. Chirridos en la oscuridad

Capítulo 5. Mensajes desde el otro lado

Capítulo 6. Maldiciones y supersticiones

Capítulo 7. Una propuesta inesperada

Capítulo 8. Una noche en el cementerio

Capítulo 9. La secta

Capítulo 10. A través de la ventana

Capítulo 11. Historias de miedo

Segunda parte. Almas en pena

Capítulo 12. El fantasma

Capítulo 13. Bajo las estrellas

Capítulo 14. De la mano

Capítulo 15. El siguiente paso

Capítulo 16. Sin hogar

Capítulo 17. Interceptación

Capítulo 18. La mansión

Capítulo 19. Piel contra piel

Capítulo 20. Conversaciones incómodas

Capítulo 21. El mausoleo

Capítulo 22. La revelación

Tercera parte. Asuntos pendientes

Capítulo 23. La casa

Capítulo 24. Una decisión complicada

Capítulo 25. La última noche

Capítulo 26. La confesión

Capítulo 27. La tumba

Capítulo 28. El asesinato

Capítulo 29. Dentro de la mansión

Capítulo 30. El origen

Capítulo 31. El asunto pendiente

Capítulo 32. El ritual

Capítulo 33. La despedida

Tres años después

Agradecimientos

Créditos

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Dirección de arte: Lara Peces
Coordinación gráfica: Eduardo Nacarino

Ilustración de cubierta: Iván Pineros

© del texto: Miguel Trujillo, 2023
© Ediciones SM, 2023
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

Coordinación técnica: Iria Torres
Digitalización: ab serveis

ISBN: 978-84-1962-127-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

RAQUEL VASQUEZ GILLILAND



Y entonces Moon Fuentez se enamoró del universo

Vasquez Gilliland, Raquel

9788419621269

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Os lo juro: yo no empecé siendo una fracasada.No recuerdo cuándo fue la última vez que alguien me miró. Que me miró y me vio a mí de verdad, no a la hermana de una famosísima influencer, a la chica rara que hace fotos en la naturaleza o a la que tiene una talla más grande de lo socialmente aceptado. Bueno, qué más da. La cuestión es que mi vida entera cambió en un único verano. En apenas dos meses dejé de ser la invisible melliza de Star Fuentez, la hija repudiada por su madre y la chica que se había acostado con más de un tío.Pero vamos, que solo soy yo, Moon Fuentez, hablando conmigo misma.Diecisiete años y ya estoy como una cabra.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Un destino de ira y fuego

Tucker, K.A.

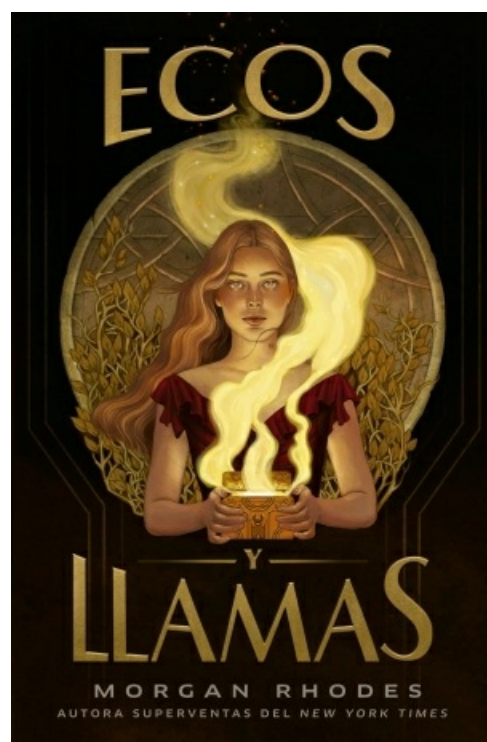
9788419621221

640 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este hombre me ha condenado a muerte. Después de besarme. Una ladrona criada en las calles de Nueva York. Un mundo desconocido gobernado por la magia. Un príncipe traicionado. Una misión peligrosa. Un destino cruel. Ella tendrá que fingir para salvarse. Él deberá confiar en su peor enemiga. Pero el destino tiene sus propios planes...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Ecos y llamas

Rhodes, Morgan

9788419621160

424 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Josslyn Drake, hija del antiguo primer ministro del Imperio Regariano, pasa la vida de fiesta en fiesta, sin preocuparse demasiado de su futuro ni de nada que le suene a cosa seria. Desde luego, jamás se le ha ocurrido pensar en la magia, algo de lo que solo sabe tres cosas: que es escasa, que es letal y que todos los que se mezclen con ella serán condenados a muerte. Así que, cuando Josslyn se infecta accidentalmente de magia, sabe que tiene que librarse de ella cuanto antes; si no, su vida corre peligro. Pero nadie puede ayudarla... Salvo, quizá, el enigmático Jericho Nox, un ladrón tan misterioso como atractivo que pronto la hará cuestionarse todas sus creencias. En un imperio construido sobre la mentira, tal vez la verdad sea el arma más potente...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

«Un brillante romance atrapado en el tiempo.
Me hubiera gustado que no terminase nunca.
Adam Silvera, autor de *Al final siempre los dos*»

SI TE VUELVO A VER MAÑANA

ROBBIE COUCH



Si te vuelvo a ver mañana

Couch, Robbie

9788419621238

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Clark ha vivido el mismo día 309 veces. Sin parar. Está atrapado en un bucle temporal y, al parecer, no hay nada que pueda hacer para detenerlo. Hasta que el día 310 resulta ser... diferente. De repente, su clase de trigonometría habitual se ve interrumpida por una anomalía: un chico al que nunca había visto. Clark jamás se hubiera imaginado que podría enamorarse en un solo día. ¿Será Beau la respuesta a su soledad? Y si lo es, ¿podrá construir un futuro con él sin saber si habrá un mañana?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La estrella y el vacío

Vázquez Beltrán, África

9788419621214

416 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La esperanza de una victoria siempre es mejor que la certeza de una derrota. North sueña con una galaxia en la que todo el mundo pueda cubrir sus necesidades básicas y vivir seguros sin tener que pagar grandes sumas de dinero. Por eso se unió al Escuadrón Tormenta. Por eso acabó en la cárcel. Ahora tiene la oportunidad de salir... si el amor no se interpone en su camino. Tres meses. Una misión. Eso es todo lo que necesita North para recuperar la libertad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)